

El Cielo y sus maravillas y el Infierno de cosas oídas y vistas

Por Emanuel Swedenborg

Traducido por Jørgen Anderson

Índice de la obra.

§1 [Prólogo del Autor]

El Cielo

- [1] §§ 2—6 El Dios del Cielo es el Señor
- [2] §§ 7—12 La Divinidad del Señor hace el Cielo
- [3] §§ 13—19 En el Cielo la Divinidad del Señor es el amor a Él y la caridad hacia el prójimo
- [4] §§ 20—28 El Cielo está dividido en dos reinos
- [5] §§ 29—40 Hay tres cielos
- [6] §§ 41—50 Los cielos se componen de innumerables sociedades
- [7] §§ 51—58 Cada sociedad es un Cielo en la más pequeña forma, y cada ángel en la más pequeña forma, constituye un Cielo
- [8] §§ 59—67 Todo Cielo en su conjunto, refleja a un sólo hombre
- [9] §§ 68—72 Cada sociedad en el Cielo refleja a un sólo hombre
- [10] §§ 73—77 Todo Ángel está en el Cielo en forma completamente humana
- [11] §§ 78—86 De la Divina Humanidad del Señor es de donde el Cielo, como un todo y una parte, se refleja en el hombre
- [12] §§ 87—102 Hay una correspondencia de todas las cosas del Cielo con todas las cosas del hombre
- [13] §§ 103—115 Hay una correspondencia del Cielo con todas las cosas de la Tierra
- [14] §§ 116—125 El sol en el Cielo
- [15] §§ 126—140 La luz y el calor en el Cielo
- [16] §§ 141—153 Las cuatro partes del Cielo o los cuatro puntos cardinales
- [17] §§ 154—161 Cambios de estado de los ángeles en el Cielo
- [18] §§ 162—169 El tiempo en el Cielo
- [19] §§ 170—176 Las representaciones y las apariencias en el Cielo
- [20] §§ 177—182 Los vestidos con que los ángeles aparecen ataviados
- [21] §§ 183—190 Las moradas de los ángeles
- [22] §§ 191—199 El espacio en el Cielo
- [23] §§ 200—212 La Forma del Cielo y de cómo ésta determina las afiliaciones y las comunicaciones allá
- [24] §§ 213—220 Los gobiernos en el Cielo
- [25] §§ 221—227 El culto Divino en el Cielo
- [26] §§ 228—233 El poder de los ángeles en el Cielo
- [27] §§ 234—245 El habla de los ángeles
- [28] §§ 246—257 El habla de los ángeles con el hombre
- [29] §§ 258—264 La escritura en el Cielo
- [30] §§ 265—275 La sabiduría de los ángeles del Cielo
- [31] §§ 276—283 El estado de inocencia de los ángeles en el Cielo

EL CIELO Y EL INFIERNO

- [32] §§ 284—290 El estado de paz en el Cielo
- [33] §§ 291—302 La unión del Cielo con la especie humana
- [34] §§ 303—310 La unión del Cielo con el hombre a través de la palabra
- [35] §§ 311—317 El Cielo y el Infierno son propios de la especie humana
- [36] §§ 318—328 Situación de los no cristianos o de los que están fuera de la Iglesia, en el Cielo
- [37] §§ 329—345 Los niños en el Cielo
- [38] §§ 346—356 Los sabios y los sencillos en el Cielo
- [39] §§ 357—365 Los ricos y los pobres en el Cielo
- [40] §§ 366—386 Los matrimonios en el Cielo
- [41] §§ 387—394 Los empleos de los ángeles en el Cielo
- [42] §§ 395—414 La alegría y la felicidad en el Cielo
- [43] §§ 415—420 La inmensidad del Cielo

El Mundo de los Espíritus

- [44] §§ 421—431 De lo que es el mundo de los espíritus
- [45] §§ 432—444 Con respecto a su interioridad, todo hombre es un espíritu
- [46] §§ 445—452 La resurrección y la entrada a la vida eterna
- [47] §§ 453—460 El hombre después de la muerte está en completa forma humana
- [48] §§ 461—469 Después de la muerte el hombre posee todos los sentidos, toda la memoria, pensamiento y afección que tuvo en el mundo, no dejando nada tras de sí, sino su cuerpo terrenal
- [49] §§ 470—484 El hombre después de la muerte es tal como lo fue en su vida en el mundo
- [50] §§ 485—490 Las delicias de la vida de cada cual, se transforman, después de la muerte, en las delicias correspondientes
- [51] §§ 491—498 El primer estado del hombre después de la muerte
- [52] §§ 499—511 El segundo estado del hombre después de la muerte
- [53] §§ 512—520 El tercer estado del hombre después de la muerte: estado de instrucción para aquellos que entran al Cielo
- [54] §§ 521—527 Nadie entra al Cielo por mera misericordia sin los medios necesarios para ello
- [55] §§ 528—535 No es tan difícil vivir la vida que conduce al Cielo como muchos creen

El Infierno

- [56] §§ 536—544 El Señor gobierna los infiernos
- [57] §§ 545—550 Ninguno es arrojado al Infierno por el Señor, esto lo hace el espíritu de cada cual
- [58] §§ 551—565 Todos los que están en los infiernos están en los males y en los errores que hay en ellos, derivados del amor al yo (egoísmo) y al mundo
- [59] §§ 566—575 Lo que es el fuego del Infierno y el crujir de dientes
- [60] §§ 576—581 La malicia y los artificios de los espíritus infernales
- [61] §§ 582—588 La aparente situación y número de los infiernos
- [62] §§ 589—596 El equilibrio entre el Cielo y el Infierno
- [63] §§ 597—603 Por medio del equilibrio entre el Cielo y el Infierno, el hombre tiene libertad

PRÓLOGO.

1. Cuando el Señor, ante Sus discípulos, habla de la consumación del siglo, por lo cual se entiende el último período de la vida de la iglesia, al final de la predicción acerca de los sucesivos estados de la misma con respecto al amor y a la fe, dice así:

Luego... después de la aflicción de aquellos días el sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo y las potencias del cielo serán conmovidas, y entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con potencia y grande gloria, y enviará sus ángeles con trompeta y magna voz, y juntará sus escogidos de los cuatro vientos, del extremo de los cielos hasta el extremo de ellos (Maleo 24 29-31).

Él que toma estas palabras en el sentido literal cree que todo cuanto expresan según la descripción en ese sentido se verificará en el postrer tiempo llamado el último juicio, es decir, no solamente que el sol y la luna se oscurecerán y que las estrellas caerán del cielo, así como que la señal del Señor aparecerá en el cielos y que verán a Él en las nubes y también a los ángeles con trompetas, sino que también según la predicción en otro lugar, el mundo visible entero perecerá y que luego aparecerá un nuevo cielo con una nueva tierra. En esta creencia está hoy día la mayor parte en la iglesia. Pero los que así creen no conocen los arcanos que están ocultos en cada detalle del Verbo; porque en cada detalle del Verbo hay un sentido interior, el cual no expresa cosas naturales y mundanas como las que se hallan en el sentido literal, sino espirituales y celestiales, y esto no tan sólo con respecto a la significación de una pluralidad de palabras, sino también con respecto a cada palabra en particular, porque el Verbo es compuesto de puras correspondencias, a fin de que haya sentido interior en cada detalle. La índole de este sentido se puede conocer por todo cuanto con respecto al mismo se ha dicho y manifestado en "Arcana Coelestia," lo cual también puede verse en compendio en la explicación de "El Caballo Blanco," del cual se habla en el Apocalipsis. Según este sentido deben entenderse las cosas que en el lugar arriba indicado dijo el Señor acerca de Su venida en las nubes del cielo. Allí, el "sol" que se oscurecerá significa el Señor con respecto al amor, la "luna" el Señor con respecto a la fe, las "estrellas" los conocimientos del bien y de la verdad o sea del amor y de la fe la "señal del Hijo del Hombre en el cielo" la aparición de la Divina verdad; las "tribus de la tierra," que lamentarán, todo cuanto pertenece a la verdad y al bien o sea a la fe y al amor; " la venida del Señor en las nubes del cielo con potencia y gloria," Su presencia en el Verbo y la revelación; por "nubes" se significa el sentido literal del Verbo, y por "gloria" el sentido interior del Verbo; por "ángeles con trompeta y potente voz" se significa el cielo de donde procede la Divina verdad. Por esto es evidente que por aquellas palabras del Señor se entiende que al final de la iglesia, cuando ya no quede amor alguno y por ello tampoco fe alguna, abrirá el Señor Su Verbo con respecto a su sentido interior, y revelará los arcanos del cielo. Los arcanos que en lo siguiente serán revelados se refieren al cielo y al infierno así como a la vida del hombre después de la muerte. El hombre de la iglesia hoy día apenas sabe cosa alguna acerca del cielo y del infierno, ni de su vida después de la muerte, por más que todas estas cosas se hallan consignadas en el Verbo; hasta hay muchos, nacidos dentro de la iglesia, que las niegan, diciendo en su corazón: "¿Quién ha venido de allí y las ha contado?" Con el fin, pues, de que semejante negación, la cual reina principalmente entre aquellos que tienen mucho de

EL CIELO Y EL INFIERNO

la sabiduría del mundo, no contamine y corrompa también a los de sencillo corazón y de sencilla fe, me ha sido otorgado estar con los ángeles, y hablar con ellos como hombre con hombre y así como ver las cosas que hay en el cielo y también las que hay en el infierno, y esto por espacio de trece años, siéndome ahora permitido referirlas por oídas y vistas, esperando que así la ignorancia será iluminada y la incredulidad disipada. La razón por la cual tal inmediata revelación tiene lugar actualmente es que esta revelación es lo que se entiende por "la venida del Señor."

— Parte I —

El Cielo y sus maravillas

1

EL DIOS DEL CIELO ES EL SEÑOR

2. Lo primero será saber quien es el Dios del cielo, puesto que de ello dependen las demás cosas. En el cielo entero sólo el Señor es reconocido por Dios del cielo y ningún otro. Allí dicen, como Él mismo enseñó:

Que Él es uno con el Padre; que el Padre es en Él y Él en el Padre; que quien ve a Él, ve al Padre y que todo lo Santo procede de Él (Juan 10: 30, 38; 14: 9-11; 16: 13-15).

He hablado varias veces con los ángeles sobre este particular, y siempre han dicho, que en el cielo no se puede partir lo Divino en tres, porque saben y sienten que la Divinidad es única, y que es única en el Señor. También han dicho, que los de la iglesia que llegan del mundo, teniendo la idea de tres Divinidades (Divinas Personas), no pueden ser admitidos en el cielo, puesto que su pensamiento pasa continuamente de uno a otro, y allí no es permitido pensar tres y decir uno; porque cada uno en el cielo habla por el pensamiento, siendo así que allí el hablar es pensar, o sea el pensar es hablar, por lo cual los que en el mundo han dividido la Divinidad en tres, formándose separada idea de cada uno, y no habiéndolos reunido y concentrado en el Señor, no pueden ser recibidos, porque en el cielo tiene lugar una comunicación de todo pensamiento; por lo cual si allí entrase alguien que pensara tres y dijera uno, sería en seguida descubierto y rechazado. Pero hay que saber que todos aquellos que no han separado la verdad del bien, o sea la fe del amor, al ser instruidos en la otra vida, reciben el celestial concepto del Señor de que Él es el Dios del universo. Otra cosa sucede con los que han separado la fe de la vida, es decir, los que no han vivido conforme a los preceptos de la verdadera fe.

3. Aquellos de la iglesia que han negado al Señor, re-conociendo tan sólo al Padre, y que se han confirmado en semejante fe, están fuera del cielo, y puesto que en ellos no tiene lugar influjo alguno del cielo, donde el Señor solo es adorado, son gradualmente privados de la facultad de pensar la verdad de cualquier cosa, y acaban por quedar o bien como mudos o bien hablando necedades, con el paso vacilante, los brazos pendientes y vibrando como si les faltare fuerzas en las articulaciones. Por otra parte, aquellos que han negado la Divinidad del Señor, reconociendo tan sólo su Humanidad, como los Socinianos, están igualmente fuera del cielo; son conducidos adelante un poco hacia la derecha, y despedidos en la profundidad, siendo así enteramente separados del resto del mundo cristiano. Pero los que se dicen creer en una Divinidad invisible, a la que llaman Ente del Universo (Ens Universi) y a la que atribuyen todas las cosas, rechazando la fe en

el Señor, se aperciben de que no creen en Dios alguno, porque la Divinidad invisible es para ellos lo mismo que la Naturaleza en sus rudimentos, los cuales no pueden ser objeto de fe ni de amor porque no alcanza a ellos el pensamiento. Estos son desterrados con aquellos que se llaman naturalistas. Otra cosa sucede con los que han nacido fuera de la iglesia, llamados gentiles, de quienes hablaremos más adelante.

4. Todos los niños, de los cuales consta la tercera parte del cielo, son iniciados en la creencia y confesión de que el Señor es su Padre, y luego que Él es el Señor de todos; por consiguiente el Dios del cielo y de la tierra. Que los niños crecen en el cielo, y que son perfeccionados mediante conocimientos hasta llegar a angélica inteligencia y sabiduría, se verá más adelante.

5. Que el Señor es el Dios del cielo, no lo pueden dudar los que pertenecen a la iglesia; porque Él Mismo enseñó:

Que todo lo que tiene el Padre es Suyo (Mateo 11: 27; Juan 16: 15; 17: 2).

Que Él tiene toda potestad en el cielo y en la tierra (Mateo 28: 18);

"en el cielo y en la tierra"—dice—porque Él que gobierna el cielo gobierna también la tierra, puesto que esta depende de aquel. "Gobernar el cielo y la tierra" significa recibir de Él todo bien que procede del amor y toda verdad que pertenece a la fe, es decir, toda inteligencia y sabiduría y por consiguiente toda felicidad, en fin, la vida eterna. Esto mismo enseñó el Señor al decir:

Él que cree en el Hijo tiene vida eterna, mas él que es incrédulo al Hijo, no verá la vida (Juan 3: 36).

En otro lugar;

Yo soy la resurrección y la vida; él que cree en Mí, aunque esté muerto vivirá, y todo aquel que vive y cree en Mí no morirá eternamente (Juan 11: 25, 26).

Y en otro lugar:

Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14: 6).

6. Hubo ciertos espíritus que mientras vivían en el mundo, profesaban creencia en el Padre; pero del Hijo tenían el concepto que se tiene de cualquier otro hombre, por consiguiente no creían que Él era el Dios del cielo. Por esta razón les fue permitido ir por todas partes y preguntar donde quisieran, si existía otro cielo que el del Señor. Buscaron varios días sin hallarlo en parte alguna. Eran de aquellos que ponen la bienaventuranza del cielo en honores y poderío, y no pudiendo conseguir lo que anhelaban, y habiéndoseles dicho que el cielo no consiste en tales cosas, se enojaron y reclamaban un cielo en el cual pudieran dominar y ostentar una gloria como la del mundo.

2

LA DIVINIDAD DEL SEÑOR HACE EL CIELO

7. Los ángeles en conjunto se llaman cielo, porque ellos lo constituyen; pero lo Divino que continuamente procede del Señor, y que influye en los ángeles y es recibido por ellos es no obstante lo que constituye el cielo en su generalidad y en sus detalles. Lo Divino que procede del Señor es el bien del amor y la verdad de la fe; tanto como los ángeles reciben del Señor el bien y la verdad, tanto son ángeles y cielo.

8. Cada uno en el cielo sabe, cree y percibe que nada de bueno quiere ni hace por sí mismo, y que ninguna verdad piensa ni cree de y por sí mismo sino de lo Divino, es decir, del Señor; y que el bien y la verdad que de ellos proceden ni son bien ni verdad, porque no hay en ellos vida de lo Divino. Los ángeles del íntimo cielo también perciben y

EL CIELO Y EL INFIERNO

sienten distintamente el influjo, y cuanto reciben, tanto se sienten estar en el cielo, porque tanto como están en el amor y en la fe tanto están en la luz de la inteligencia y de la sabiduría, y por ello, en goce celestial: puesto que todas estas cosas proceden de lo Divino del Señor, y que en ellas está el cielo para los ángeles, es claro que lo Divino del Señor hace el cielo, y no los ángeles por cosa alguna propia de ellos. De allí viene que el cielo en el Verbo se llama la "Habitación" del Señor y también "Su Trono," y que se dice de los que están allí que "están en el Señor." Pero de qué modo lo Divino procede del Señor y llena el cielo será dicho más adelante.

9. Los ángeles por su sabiduría van aun más lejos; dicen que procede del Señor no tan sólo todo bien y toda verdad, sino también todo cuanto a la vida pertenece. Confirmado por esto, de que nada puede originar de y por sí mismo, sino de un anterior, sea que todas las cosas provienen de un Primero, al que llaman el Ser mismo (Essé) de la vida de todos, y que de la misma manera subsisten las cosas; puesto que la subsistencia es perpetua existencia, y lo que no es mantenido en continua comunicación con lo Primero, mediante cosas intermediarias, es inmediatamente disuelto y completamente disipado. Sostienen además que hay tan sólo una fuente de vida, y que la vida del hombre es una emanación de ella, la cual si no subsistiese continuamente por su fuente, se secaría inmediatamente. Además que de esta única fuente, que es el Señor, proceden únicamente el Divino bien y la Divina verdad, y que estos afectan a cada uno conforme sean recibidos; que en aquéllos que los reciben en la fe y en su vida está el cielo; pero que aquellos que los rechazan o sofocan los convierten en infierno, transformando el bien en mal y la verdad en mentira, convirtiendo por consiguiente la vida en muerte. Que todo cuanto pertenece a la vida procede del Señor lo confirman también por el hecho de que todas las cosas en el universo se refieren al bien y a la verdad; al bien, la vida de la voluntad del hombre, la cual es su vida de amor, y a la verdad, la vida intelectual del hombre, la cual es su vida de fe, por lo cual, puesto que todo bien y toda verdad vienen de arriba, resulta que todo cuanto pertenece a la vida también viene de allí. Por creer así los ángeles renuncian a todo agradecimiento por el bien que hacen: se disgustan y se retiran si alguien atribuye el bien a ellos. Se asombran de que alguien crea que sea sabio o que haga el bien por propia virtud; obrar el bien en beneficio propio, no llaman bien, puesto que viene de lo propio; pero obrar el bien por amor al bien llaman bien de lo Divino, y (dicen) que este bien es el bien que hace el cielo, puesto que este bien es el Señor.

10. Los espíritus que mientras vivían en el mundo se confirmaron en la creencia de que el bien que hacen y la verdad que creen son de ellos mismos, o que les son apropiados como suyos, en cuya creencia están aquellos que consideran que las buenas obras son meritorias y que reclaman justicia, no son recibidos en el cielo. Los ángeles los huyen; los consideran estúpidos y ladrones; estúpidos, porque siempre miran hacia sí mismos y no hacia lo Divino; y ladrones porque roban del Señor lo que es Suyo. Estos se oponen a la fe del cielo, que lo Divino del Señor hace el cielo.

11. Que los que están en el cielo y en la iglesia están en el Señor y el Señor en ellos, enseña también Él, diciendo:

Permaneced en Mí y Yo en vosotros; como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo si no estuviera en la vid, así ni vosotros si no estuvierais en Mí. Yo soy la vid y vosotros los pámpanos; él que está en Mí y Yo en él este lleva mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer (Juan 15: 4, 5).

12. Por todo esto puede ahora constar que el Señor habita en lo Suyo en los ángeles del cielo y que así el Señor es todo en todos en el cielo, y esto por la razón de que el bien del Señor es el Señor en ellos, porque lo que es de Él es Él Mismo; por consiguiente que el bien del Señor es el cielo para los ángeles y no cosa alguna propia de ellos.

3

EN EL CIELO LA DIVINIDAD DEL SEÑOR ES EL AMOR A ÉL Y LA CARIDAD HACIA EL PRÓJIMO

13. Lo Divino que procede del Señor se llama en el cielo Divina verdad por la razón que más adelante se dirá. Esta Divina verdad influye en el cielo, procedente del Señor, de Su Divino amor. El Divino amor, y la Divina verdad que procede del mismo, son como el fuego del sol del mundo y la luz que procede de este; el amor como el fuego solar y la verdad del amor como la luz del sol. Así es también que por correspondencia el fuego significa el amor y la luz la verdad que procede del mismo. Por esto se puede ver de que naturaleza es la Divina verdad, que procede del Divino amor del Señor, es decir, que en su esen-cia es el Divino bien unido a la Divina verdad, y puesto que se halla unido a ella, vivifica todo cuanto hay en el cielo, como en el mundo el calor solar, unido a la luz, hace fructificar a todo cuanto hay en la tierra, lo cual sucede en la primavera y en el verano. Otra cosa acontece cuando el calor no va unido a la luz, es decir, cuando la luz es fría; entonces todo entumece y yace exánime. El Divino bien comparado con el calor es el bien del amor en los ángeles, y la Divina verdad comparada con la luz es el conducto por el cual viene el bien del amor.

14. La razón por la cual lo Divino en el cielo, que hace el cielo, es amor, es que el amor es una conjunción espiritual; une los ángeles al Señor y los une entre sí mutuamente, los entreúne de manera que todos forman una sola entidad ante la vista del Señor. Además el amor es el Ser mismo de la vida de cada uno; de él viene por lo tanto la vida del ángel y también la vida del hombre. Que lo más íntimo de la vida del hombre viene del amor puede saberlo todo él que reflexiona; porque por la presencia del mismo siente calor, por su ausencia frío, y por su privación se muere. Pero hay que saber que tal como es la vida de cada uno, tal es su amor.

15. Hay dos distintas clases de amor en el cielo, el amor al Señor y el amor al prójimo. En el íntimo o sea tercer cielo, está el amor al Señor; en el segundo cielo o sea en el intermedio, el amor al prójimo. Ambos proceden del Señor y ambos hacen el cielo. El modo de distinguirse y el modo de unirse, los dos amores, se ve claramente en el cielo; pero en el mundo tan sólo de una manera oscura. En el cielo, por amar al Señor no se entiende amar a Él como Persona, sino amar al bien que de Él procede, y amar al bien es querer y hacer el bien por amor; y por amar al prójimo no se entiende amar al compañero, como persona, sino amar a la verdad que viene del Verbo, y amar a la verdad es quererla y practicarla. Por esto es evidente que ambos amores son distintos como el bien y la verdad. Pero esto entra difícilmente en la idea de un hombre, que ignora lo que es el amor, lo que es el bien y lo que es el prójimo.

16. He hablado repetidamente con los ángeles sobre este asunto. Han dicho que les sorprendía el que los hombres de la iglesia no supiesen que amar al Señor y amar al prójimo es amar al bien y a la verdad y hacerlos por voluntad; siendo así que bien pueden saber que cada uno demuestra su amor con querer y hacer lo que otro quiere; que así se hace amar del otro y se une a él, y no con amarle sin hacer su voluntad, lo cual en sí

EL CIELO Y EL INFIERNO

mismo no es amar, y también porque pueden saber que el bien que viene del Señor es su seme-janza, puesto que Él Mismo está en este bien y que son transformados en semejanza Suya y unidos a Él aquellos que hacen el bien y la verdad, su vida queriéndolos y practicándolos. Además querer es desear obrar. Que esto es así enseña también el Señor cuando dice en el Verbo:

Él que tiene Mis mandamientos y los guarda aquel es él que Me ama y Yo le amaré y haremos con él morada (Juan 14: 21, 23).

Y en otro lugar:

Si guardareis Mis mandamientos estaréis en Mi amor (Juan 15: 10,12).

17. Que lo Divino que procede del Señor, que influye en los ángeles y hace el cielo, es amor lo demuestra toda experiencia en el cielo, porque todos los que allí están son formas del amor y de la caridad; son de inefable hermosura, y el amor se manifiesta en sus rostros, en sus palabras y en cada mínimo detalle de su vida. Además hay esferas espirituales de vida, que proceden de todo ángel y de todo espíritu, rodeándoles, y por estas se conoce, a veces a grande distancia, su calidad con respecto a las inclinaciones, que son del amor; porque estas esferas emanan de la vida de las inclinaciones y por ello de los pensamientos, es decir, de la vida del amor, y por ello de la fe, de cada uno. Las esferas que proceden de los ángeles son tan llenas de amor que afectan a la más íntima vida de aquellos con quienes están. Algunas veces han sido notadas por mí y me han afectado de esa manera. Que es por el amor que los ángeles tienen vida es también claro por esto de que cada uno en la otra vida se vuelve según su amor. Los que están en el amor al Señor y en el amor al prójimo se vuelven constantemente hacia el Señor; por otra parte los que están en el amor a sí mismo se vuelven constantemente en dirección opuesta al Señor. Esto hacen en cada movimiento de su cuerpo, porque en la otra vida la extensión se halla con arreglo al estado interior de ellos; igualmente los puntos cardinales, los cuales no se determinan allí como en el mundo, sino que se determinan con arreglo a la dirección en que vuelven sus rostros. Verdad es que no son los ángeles que se vuelven hacia el Señor, sino el Señor quien vuelve hacia Sí a aquellos que aman el hacer lo que es de Él. Detalles sobre esto, más adelante, donde se tratará de los puntos cardinales en la otra vida.

18. La razón por la cual lo Divino del Señor en el cielo es amor, es que el amor es el receptáculo de todo lo que hay en el cielo, a saber, la paz, la inteligencia, la sabiduría y la felicidad, porque el amor recibe en sí todo aquello que en totalidad y en parte con él concuerda y lo anhela, solicita y absorbe espontáneamente, porque tiene continuo deseo de enriquecerse y perfeccionarse con ello, cuyo hecho es también conocido del hombre, porque en él el amor pasa por así decir revista de las existencias de su memoria, eligiendo todo aquello que concuerda, reuniéndolo y arrojándolo dentro sí mismo y bajo sí mismo; dentro de sí mismo, a fin de que sea suyo, y bajo sí mismo, a fin de que le sirva; por otra parte, las demás cosas, que no concuerdan, las rechaza y expulsa. En los que han sido elevados al cielo se ha visto también claramente que el amor posee toda facultad de recibir la verdad que con él concuerda, y también el deseo de unirla consigo. Por más que estos en el mundo habían sido simples, llegaron a tener hasta angelical sabiduría y celestial felicidad al entrar entre los ángeles. La causa era que habían amado el bien y la verdad por ser bien y verdad, y los habían implantado en su vida, siendo por ello hechos facultades para recibir el cielo, con todas las inefables cosas que en él hay. Los que por el contrario están en amor a sí mismo y al mundo no tienen facultad alguna para recibir

estas cosas; se apartan de ellas, las rechazan, y al primer contacto é influjo huyen de ellas y se juntan en el infierno con aquellos que se hallan en amores parecidos a los suyos. Hubo algunos espíritus que dudaron de que hubiera en el amor celestial tales cosas, y desearon saber si esto era así; por lo cual fueron introducidos en el estado del amor celestial después de haber sido alejados los obstáculos, y fueron conducidos adelante a una distancia, donde estaba el cielo de los ángeles; y desde allí hablaron conmigo, diciendo que sentían una felicidad mas íntima de lo que podían expresar con palabras, lamentándose mucho de tener que volver a su estado anterior. Otros fueron también elevados al cielo, y conforme fueron elevados más al interior o sea a mayor altura, entraron en tal inteligencia y sabiduría, que podían entender lo que antes les era incomprendible. Por esto es evidente que el amor que procede del Señor es el receptáculo del cielo y de todo cuanto allí hay.

19. El amor al Señor y el amor al prójimo encierran en sí toda verdad Divina; lo cual también es evidente por lo que el Señor mismo ha dicho acerca de estos dos amores, o sea:

Amarás al Dios tuyo de todo tu corazón y de toda tu alma; este es el primero y el grande mandamiento; el segundo, que es semejante a este, es, amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas (Mateo 22: 37-40). "La ley y los profetas" son todo el Verbo o sea toda la Divina verdad.

4

EL CIELO ESTÁ DIVIDIDO EN DOS REINOS

20. Puesto que en el cielo hay infinitas variedades y que una sociedad no es enteramente igual a otra, ni los ángeles entre sí, por esto el cielo se divide de manera general, especial y particular; de manera general en dos reinos, de manera especial en tres cielos, y de manera particular en innumerables sociedades. De esto se tratará detalladamente en lo que a continuación sigue. Se dice reinos, porque el cielo se llama el "Reino de Dios."

21. Los ángeles reciben unos más y otros menos íntimamente lo Divino que procede del Señor; los que más íntimamente lo reciben se llaman ángeles celestiales, y los que menos, ángeles espirituales. Es por esto que el cielo se distingue en dos reinos; uno de los cuales se llama el Reino Celestial y el otro el Reino Espiritual.

22. Los ángeles que constituyen el reino celestial, por recibir más íntimamente lo Divino del Señor, se llaman ángeles interiores y también superiores, y en su consecuencia el cielo que constituyen es llamado cielo interior y también superior. Se dice superiores e inferiores, puesto que así se llaman las cosas interiores y exteriores.

23. El amor en el cual están los que viven en el reino celestial se llama amor celestial, y el amor en el cual están los que viven en el reino espiritual se llama amor espiritual.

El amor celestial es amor al Señor, y amor espiritual es caridad, y puesto que todo bien pertenece al amor, porque lo que uno ama es para el bueno, de ahí que el bien de uno de los reinos se llama celestial, y el del otro, espiritual. Por esto se ve como se distinguen estos dos reinos, sea como el bien del amor al Señor, y el bien de la caridad; y puesto que el primero es un bien interior, y su amor un amor interior, de ahí que los ángeles celestiales son ángeles interiores y se llaman superiores.

24. El reino celestial se llama también el reino sacerdotal del Señor, y en el Verbo " Su Habitación," y el reino espiritual se llama Su reino real y en el Verbo "Su Trono." Por lo

EL CIELO Y EL INFIERNO

celestial Divino fue también el Señor en el mundo llamado "Jesús" y por lo espiritual Divino, "Cristo."

25. Los ángeles en el reino celestial del Señor exceden altamente en sabiduría y en gloria a los ángeles que están en el reino espiritual a causa de recibir más íntimamente lo Divino del Señor, porque están en amor a Él y por ello más cerca y más unidos a Él. La razón por la cual estos ángeles son tales es que recibieron y reciben las Divinas verdades directamente en la vida y no como los espirituales, previamente en la memoria y en el pensamiento, por lo cual las llevan inscritas en sus corazones; las perciben y las ven por así decir dentro de sí; y nunca racionan sobre ellas si es o si no es así. Son como los que se describen en Jeremías:

Daré Mi ley en sus mentes y la grabaré en sus corazones; no enseñaré más a alguien a su amigo y alguien a su hermano, conoced a Jehová, Me conocerán desde el más pequeño hasta el más grande de ellos (31: 33,34).

Y como los que se llaman en Isaías: Enseñados por Jehová (54: 13).

Los que son "enseñados por Jehová" son los que son "enseñados por el Señor"; esto enseña el Señor mismo en Juan (6: 45, 46).

26. Se ha dicho que estos tienen mayor sabiduría y gloria que los demás, porque recibieron y reciben las Divinas verdades inmediatamente en su vida; porque tan pronto como las oyen las quieren y las hacen y no las detienen en la memoria para reflexionar si es así. Los que son así saben al momento por influjo del Señor si la verdad que oyen es la verdad, porque el Señor influye directamente en la voluntad del hombre, e indirectamente, por conducto de la voluntad, en su pensamiento, o lo que es lo mismo, el Señor influye directamente en el bien e indirectamente por conducto del bien en la verdad; porque bien se llama lo que es de la voluntad y por consiguiente del obrar, y verdad, lo que es de la memoria y por ello del pensar. Toda verdad es también transformada en bien e implantada en el amor tan pronto como entra en la voluntad; pero tanto como la verdad permanece (detenida) en la memoria y por consiguiente en el pensamiento, no llega a ser bien, ni vive ni es apropiada por el hombre, puesto que el hombre es hombre por la voluntad y en virtud de ella por la inteligencia, y no por la inteligencia separada de la voluntad.

27. Puesto que existe tal diferencia entre los ángeles del reino celestial y los ángeles del reino espiritual, no están juntos ni tienen trato entre sí; se comunican únicamente por medio de sociedades de ángeles intermedias las cuales se llaman celeste-espirituales. Por conducto de estos influye el reino celestial en el espiritual. Así es que el cielo, por más que se distingue en dos reinos, forma sin embargo uno. El Señor provee siempre tales ángeles intermedios, por cuyo conducto puede haber comunicación y conjunción.

28. Puesto que en lo que sigue se tratará mucho de los ángeles del uno y del otro reino no entramos aquí en detalles.

5

HAY TRES CIELOS

29. Hay tres cielos y estos enteramente distintos entre sí; el íntimo o tercero, el intermedio o segundo y el extremo o primero; estos se siguen y subsisten el uno por el otro como la parte superior del hombre, llamada cabeza, su parte intermedia, llamada cuerpo, y sus extremos llamados pies; o como la parte superior de una casa, su parte

intermedia y su parte baja; en tal orden se halla también lo Divino que procede y desciende del Señor. Así es que por necesidad del orden, el cielo se halla tripartido.

30. Las cosas interiores del hombre, que son las de su mente y de su alma se hallan también en parecido orden; hay en ellos un íntimo, un intermedio y un último; porque en el hombre al ser creado le fueron concentradas todas las cosas del Divino orden, hasta el punto de ser hecho Divino orden en forma, y por consiguiente un cielo en miniatura. A consecuencia de esto el hombre se halla en comunicación con el cielo y después de la muerte viene entre los ángeles; entre los ángeles del íntimo cielo, del intermedio o del último según y conforme el recibimiento del Divino bien y verdad del Señor mientras vive en el mundo.

31. Lo Divino que del Señor influye en el tercer cielo o sea en el íntimo, y es recibido allí, se llama celestial, y por consiguiente los ángeles que viven allí se llaman ángeles celestiales. Lo Divino que del Señor influye y es recibido en el segundo cielo, o sea en el intermedio, se llama espiritual, y por consiguiente los ángeles que viven allí, ángeles espirituales; y lo Divino que del Señor influye y es recibido en el último, o sea en el primer, cielo se llama natural; pero puesto que lo natural de este cielo no es como lo natural del mundo, sino que encierra en sí lo espiritual y lo celestial, por ello este cielo se llama espíritu-celeste-natural, y los ángeles que allí viven espíritu-celeste-naturales; espíritu-naturales se llaman aquellos que reciben en sí el influjo por el cielo intermedio, o sea el segundo, cielo, el cual es el cielo espiritual; y celeste-naturales se llaman aquellos que reciben el influjo por el tercer cielo, o sea el cielo íntimo, el cual es el cielo celestial. Los ángeles espíritu-naturales y celeste-naturales se hallan separados entre sí; pero constituyen, sin embargo, un solo cielo, puesto que se hallan en un mismo grado.

32. En cada uno de los cielos hay un interior y un exterior; los que están en el interior se llaman allí ángeles interiores, y los que están en el exterior, ángeles exteriores. El interior y el exterior en el cielo o sea en cada uno de los cielos, son como lo voluntario y lo intelectual en el hombre; el interior como lo voluntario y el exterior como lo intelectual. Todo cuanto hay en la región de la voluntad tiene su correspondiente parte intelectual; no puede haber uno sin el otro. Comparativamente, lo voluntario es como la llama, y su correspondiente intelectual como la luz de esta.

33. Importa saber cuales son las cosas interiores que en los ángeles determinan su residencia en uno o en otro cielo: porque cuanto más íntimamente están abiertos al Señor, en tanto más interior cielo residen. Tres grados hay de cosas interiores en cada uno; tanto en el ángel como en el espíritu y también en el hombre. Aquellos a quienes el tercer grado está abierto están en el íntimo cielo; aquellos a quienes el segundo o tan sólo el primer grado está abierto están en el cielo intermedio o en el último. Los (grados) interiores se abren mediante recibimiento del Divino bien y de la Divina verdad. Los que se afectan por las Divinas verdades, admitiéndolas directamente en su vida, es decir en la voluntad y de ahí en obras, están en el íntimo cielo, o sea en el tercero, y están allí con arreglo al recibimiento del bien por inclinación a la verdad; por otra parte, los que no las admiten inmediatamente en la voluntad, sino en la memoria y de allí en el entendimiento, y que por ello las quieren y las hacen, éstos están en el cielo intermedio o sea en el segundo; mientras que los que observan la moralidad en su vivir y creen en lo Divino, sin empeñarse en ser instruidos, están en el último cielo o sea en el primero. Por esto puede ser claro que el estado interior hace el cielo, y que el cielo se halla dentro de cada uno y no fuera de él; lo cual también el Señor enseña, diciendo:

EL CIELO Y EL INFIERNO

El reino de Dios no viene con advertencia; no dirán helo aquí, o helo allí, porque he aquí, el reino de Dios está dentro de vosotros (Lucas 17: 20, 21).

34. Además toda perfección aumenta hacia los interiores y disminuye hacia los exteriores, puesto que los interiores están más próximos a lo Divino, y son en sí mismos más puros, mientras que los exteriores están más lejanos de lo Divino y son en sí mismos menos puros. La perfección de los ángeles consiste en inteligencia, sabiduría, amor y en todo bien, y por ello en felicidad; pero no en felicidad sin aquellos, porque sin ellos la felicidad es exterior y no interior. Por estar el interior de los ángeles del íntimo cielo abierto hasta el tercer grado, la perfección de estos excede inmensamente a la perfección de los ángeles del cielo intermedio, cuyo interior está abierto hasta el segundo grado. De igual manera la perfección de los ángeles del cielo intermedio excede a la perfección de los ángeles del último cielo.

35. Por haber tal diferencia no pueden los ángeles de uno de los cielos entrar entre los ángeles de otro cielo, es decir, que nadie puede subir desde un cielo inferior y nadie descender desde un cielo superior; el que ascienda desde un cielo inferior siente angustia hasta el tormento, y no puede ver a los que están allí, menos aún habitar con ellos; y el que descende desde un cielo superior pierde su sabiduría, balbucea y se siente invadido de desesperación. Hubo algunos del último cielo quienes, no teniendo aún conocimiento de que el cielo consiste en las cosas interiores del ángel, creían que gozarían de la suma felicidad celestial con tan sólo entrar en el cielo donde viven estos ángeles; les fue también permitido entrar entre ellos; pero cuando llegaron allí, a nadie vieron por más qué buscaron, a pesar de haber allí una grande multitud; porque los interiores de los recién venidos no estaban abiertos hasta el grado en que estaban los interiores de los ángeles que vivían allí, por consiguiente tampoco la vista, y poco después experimentaron una angustia de corazón, tal que no sabían si estaban o no estaban con vida, por lo cual se fueron rápidamente de allí al cielo a que pertenecían, contentísimos de entrar entre los suyos, prometiéndose no anhelar en adelante cosas más elevadas que las que concordaban con su vida. Vi también algunos que fueron descendidos del cielo superior y privados de su sabiduría hasta el punto de no saber de que naturaleza era su cielo. Otra cosa sucede cuando el Señor eleva a alguien desde un cielo inferior a un cielo superior, con el fin de que vea la gloria que allí hay, lo cual sucede a menudo; entonces son preparados de antemano y bien circundados por ángeles intermedios, por quienes se efectúa la comunicación. Es por lo tanto claro y evidente que estos tres cielos son entre sí enteramente distintos.

36. Por otra parte, aquellos que viven en un mismo cielo pueden tener trato allí como cualquiera, siendo sin embargo el goce del trato según las afinidades del bien en el cual se hallan. Más se dirá sobre esto en los artículos que siguen.

37. A pesar de que los cielos son tan distintos que los ángeles de uno de ellos no pueden tener trato con los ángeles de otro, el Señor une sin embargo a los cielos por influjo directo é indirecto; por influjo directo de Sí mismo une todos los cielos y por influjo indirecto, un cielo a otro. Así hace que los tres cielos forman uno, y que todos se hallan unidos desde lo primero hasta lo último tanto que nada hay que esté incomunicado; lo que no se halla en comunicación con lo primero por conducto de intermedios tampoco subsiste, sino que se disuelve y es aniquilado.

38. Él que no conoce el Divino orden con respecto a los grados no puede saber de que manera se distinguen los cielos, ni siquiera lo que es el hombre exterior y el hombre

interior. La mayoría en el mundo tiene de las cosas interiores y exteriores, o sea superiores e inferiores, la idea de que son cosas continuas o coherentes por continuidad, desde un más puro a un más grueso; pero las cosas interiores y exteriores no tienen relación por continuidad sino distintamente. Hay dos clases de grados, hay grados continuos y hay grados no continuos. Los grados continuos son como los grados de la disminución de la luz desde la llama hasta la oscuridad, o como los grados de la disminución de la vista desde los objetos que se hallan en la luz hasta aquellos que están en la sombra, o como los grados de la pureza de la atmósfera desde su base hasta su extrema altura. Las distancias determinan estos grados. Los grados no continuos, o discretos, se distinguen como lo anterior y lo posterior, como causa y efecto, y como lo producente y lo producido. Él que investiga verá, que en el mundo entero y en cada detalle del mismo, cualesquiera que sean las cosas, hay grados en su producción y composición de tal carácter que de lo primero viene un segundo, de este un tercero, y así sucesivamente. Él que no se forma idea clara de estos grados no puede en manera alguna saber distinguir entre los cielos, ni entre lo interior y lo exterior del hombre, ni entre el mundo espiritual y el mundo natural, tampoco puede distinguir entre el espíritu del hombre y su cuerpo y por consiguiente tampoco puede entender lo que son correspondencias y representaciones y de donde proceden, ni lo que es influjo. Los hombres sensuales no entienden estas distinciones, porque se figuran que también según estos grados distintos los aumentos y las disminuciones son continuos; por lo tanto no pueden concebir lo espiritual sino como un natural más puro; por lo cual también se hallan en las afueras y muy lejos de la inteligencia.

39. Para concluir, se puede referir cierto arcano, referente a los ángeles de los tres cielos, cuyo arcano hasta ahora a nadie ha venido a la mente por no haber comprendido los grados; es decir, que en cada ángel y también en cada hombre hay un grado íntimo o superior, o sea algo sumamente íntimo y supremo, en lo cual lo Divino del Señor influye en primer lugar, y más directamente, desde lo cual dispone las demás cosas interiores, las cuales luego siguen en él con arreglo a los grados del orden. Este algo sumamente íntimo o supremo puede llamarse la entrada del Señor en el ángel y en el hombre, y también Su propia morada en ellos. Por este íntimo y supremo, el hombre es hombre y se distingue del bruto, porque este no tiene aquello. De aquí viene que el hombre, con diferencia del animal, puede con respecto a sus cosas interiores, que son las de su mente y alma, ser elevado por el Señor hacia Él; puede creer en Él, sentir amor por Él, y de esta manera verle a Él; y puede recibir entendimiento y sabiduría y hablar mediante la razón; de allí viene también el que pueda vivir eternamente. Pero lo que el Señor dispone y provee en aquella parte íntima o suprema no influye de una manera perceptible por ángel alguno, puesto que esto está por encima de su pensar y excede a su sabiduría.

40. Estas son por ahora las verdades generales con respecto a los tres cielos. En lo que sigue se hablará de cada uno de los cielos especialmente.

6

LOS CIELOS SE COMPONEN DE INNUMERABLES SOCIEDADES

41. Los ángeles de cada cielo no están juntos en un mismo lugar sino distribuidos en sociedades mayores y menores, con arreglo a las variedades del bien del amor y de la fe en que se hallan. Los que se hallan en igual bien forman una sociedad. Los bienes en los cielos son de infinita variedad y todo ángel es tal como es su bien.

EL CIELO Y EL INFIERNO

42. Las sociedades de ángeles en los cielos también distan unas de otras según la diferencia que hay entre sus respectivos bienes en general y en particular; porque las distancias en el mundo espiritual no tienen otro origen que la diferencia de los estados interiores en el cielo; pues, la diferencia de los varios estados del amor. Distan mucho los que mucho diferencian, y distan poco los que poco diferencian. La igualdad hace que estén juntos.

43. Todos en una misma sociedad se distinguen también entre sí. Los que son más perfectos, es decir, los que sobresalen en el bien o lo que es lo mismo, en amor, sabiduría é inteligencia, se hallan en el centro, los que menos sobresalen están alrededor, a distancias con arreglo a los grados según las cuales disminuye la perfección. Es como la luz que desde el centro disminuye hacia la periferia; los que están hacia el centro están también en mayor luz; los que se hallan hacia la periferia, en menos y menos.

44. Parecidos son llevados como de sí mismos a parecidos, porque entre parecidos se sienten como entre los suyos y como en su casa; entre otros, por el contrario, como forasteros y fuera. Cuando se hallan entre parecidos están también en su libertad y por consiguiente en completo goce de vida.

45. De esto resulta claro qué el bien une a todos en los cielos y que se distinguen según las variedades del mismo; pero, sin embargo, no son los ángeles quienes así se asocian, sino el Señor, de quien viene el bien; Él los conduce, los une, los clasifica y los mantiene, tanto en libertad cuanto en el bien; es decir, a cada uno en la vida de su amor, de su fe, de su inteligencia y sabiduría; y por consiguiente en felicidad.

46. También, se conocen todos los que están en un parecido bien, de la misma manera que los hombres en el mundo conocen a sus parientes cercanos, a sus parientes lejanos y a sus amigos, por más que nunca antes los vieron, por la causa de que en el otro mundo no hay parentesco, afinidades ni amistades otras que las espirituales, o sea las que son del amor y de la fe. Esto me ha sido dado ver varias veces cuando he estado en el espíritu, es decir, separado del cuerpo, y de esta manera en consorcio con los ángeles. "Entonces he visto a algunos de ellos como conocidos de infancia; otros, por el contrario, como de ninguna manera conocidos. Los que me parecieron conocidos de infancia eran los que se hallaban en un estado similar al de mi espíritu, los no conocidos, por el contrario, en un estado diferente."

47. Los que forman una sociedad de ángeles son todos de parecido rostro en el conjunto de las facciones pero no parecido en los detalles. De qué naturaleza son las similitudes en el conjunto y las variedades en los detalles, puede hasta cierto punto comprenderse por cosas parecidas en el mundo. Sabido es que todo pueblo tiene en los rostros y en la mirada cierto parecido por el cual se conoce y se distingue de otro pueblo; y más aun, una familia de otra; pero esto en mucho más perfecto grado en el cielo, puesto que allí todas las inclinaciones interiores se reflejan y traslucen en el rostro, porque allí el rostro es la forma exterior que las expresa. Tener otro rostro que el de sus inclinaciones no es posible en el cielo. También me ha sido manifestado de qué modo la semejanza en la generalidad varía en los detalles en cada uno que están en una misma sociedad. Me apareció un rostro como el de un ángel, y este sufría variaciones con arreglo a las inclinaciones del bien y de la verdad que hay en los que forman una sociedad. Estas variaciones continuaron bastante tiempo, y observé que el mismo rostro o contorno general permanecía como base, y que los otros eran tan solo derivaciones y reproducciones de este. Así me fueron manifestadas por este medio también todas las inclinaciones de la sociedad, con arreglo a las cuales

varían los rostros de los que están allí; porque como ya se ha dicho, los rostros de los ángeles son las formas de sus cosas interiores, es decir, de sus inclinaciones, que son del amor y de la fe.

48. De allí viene también el que el ángel que excede en sabiduría ve en seguida, por el rostro de otro, de que calidad es este; allí nadie puede ocultar su interior bajo la expresión del rostro y disimular ni en manera alguna mentir y engañar con astucia é hipocresía. Sucede a veces que en una sociedad se introducen hipócritas, que han aprendido a ocultar su interior y componer su exterior de manera que imita la forma del bien en que están los que forman la sociedad, y así con engaño presentarse como ángeles de luz. Pero estos no pueden permanecer allí mucho tiempo, porque empiezan a sentir angustias en su interior y sufrir tormentos, sus rostros se vuelven lívidos y quedan como exánimes. Así son afectados por la vida contraria que influye y obra, por cuya razón se precipitan al infierno, donde sus parecidos se hallan, y no se atreven a volver a subir. Estos son los que se entiende por él que fue hallado entre los comensales é invitados sin llevar traje de boda, y echado fuera en las tinieblas del exterior (Mateo 22:11 y siguientes).

49. Todas las sociedades del cielo tienen comunicación entre sí; no por trato abierto porque pocos salen de su sociedad para ir a otra, puesto que salir de la sociedad es salir de sí mismo, o sea de su vida, y entrar en otra no tan armoniosa; pero sí, mediante extensión de las esferas que salen de la vida de cada uno. La esfera de vida es la esfera de las inclinaciones que salen del amor y de la fe; esta se extiende hasta las sociedades vecinas, en dirección longitudinal y latitudinal, y tanto más lejos cuanto más interiores y perfectas son las inclinaciones. Con arreglo a esta extensión tienen los ángeles inteligencia y sabiduría. Los que están en el cielo interior, y allí en el medio, tienen extensión al cielo entero. Así es que todos en el cielo tienen comunicación con cada uno y cada uno con todos. Pero de esta extensión se dirá más ampliamente en lo que sigue, donde se tratará de la forma celestial, según la cual se hallan arregladas las sociedades de ángeles, y también donde se tratará de la sabiduría y entendimiento de los ángeles, porque toda extensión de inclinaciones y pensamientos procede según esta forma.

50. Se ha dicho antes que en el cielo hay sociedades mayores y menores; las mayores consisten de miríadas, las medianas de algunos millares, y las menores de algunos centenares de ángeles. Hay también (ángeles) que viven solitarios; casa y casa, familia y familia. Estos, por más que viven así diseminados, se hallan sin embargo organizados de idéntica manera que aquellos que viven en sociedades, es decir, que los más sabios de ellos se hallan en el medio, y los simples en los contornos. Estos se hallan más directamente bajo el divino auspicio del Señor y son los mejores de los ángeles.

7

CADA SOCIEDAD ES UN CIELO EN LA MÁS PEQUEÑA FORMA, Y CADA ÁNGEL EN LA MÁS PEQUEÑA FORMA, CONSTITUYE UN CIELO

51. La razón por la cual cada sociedad es cielo en menor forma y cada ángel en mínima (forma) es que el bien del amor y de la fe hace el cielo, y este bien se halla en cada sociedad del cielo y en cada ángel de la sociedad. Nada importa el que este bien sea en todas partes diferente y variado; es sin embargo el bien del cielo, la diferencia es tan solo que el cielo por acá es tal, por allá otro. Por esto se dice, cuando es elevado alguien a una sociedad del cielo que viene al cielo, y de aquellos que están allí, que están en el cielo y cada uno en el suyo. Esto saben todos en la otra vida; y por lo mismo aquellos que se

EL CIELO Y EL INFIERNO

hallan fuera o debajo del cielo, y miran en lontananza donde hay multitudes de ángeles, dicen que el cielo está por allí, é igualmente por allá. Es comparativamente como jefes, oficiales y servi-dores en un mismo palacio real o en una misma corte; por más que viven separados, cada uno en sus habitaciones o en sus estancias, unos arriba, otros abajo, se hallan sin embargo en un mismo palacio o en una misma corte, cada uno allí en su oficio al servicio del rey. Por esto es claro lo que quieren decir las palabras del Señor, que:

En el reino de Su Padre hay muchas habitaciones (Juan 14: 2);

y

"las habitaciones del cielo" y "los cielos de los cielos" en los profetas.

52. Que cada sociedad es cielo en menor forma puede verse también por el hecho que cada sociedad tiene una forma celeste semejante a la del cielo entero: en todo el cielo se hallan en el centro aquellos que sobresalen, y en los alrededores hasta los confines por orden decreciente los que menos sobresalen, según puede verse en un artículo anterior (n. 43); y también por el que el Señor conduce a todos en el cielo entero como si fueran un solo ángel; de igual manera a los que están en cada sociedad. En virtud de esto aparece a veces una sociedad entera de ángeles, en la forma de un (solo) ángel, lo cual también me ha sido permitido ver por el Señor. Asimismo, cuando el Señor aparece en medio de los ángeles, no aparece rodeado de varios, sino como uno, en forma angelical. De aquí viene el que el Señor en el Verbo se llama "ángel," y el llamarse así también una sociedad entera. "Miguel," "Rafael" y "Gabriel" son sociedades de ángeles, que a causa de sus respectivas funciones se llaman así.

53. Así como una sociedad entera es cielo en menor forma, así el ángel es también cielo en mínima forma, porque el cielo no está fuera del ángel sino dentro de él, puesto que sus cosas interiores, que son de su mente, se hallan arregladas según la forma del cielo, es decir, arregladas al recibimiento de todas las cosas del cielo, que se hallan por fuera. Estas cosas recibe asimismo con arreglo a la calidad del bien que del Señor está en él; es en virtud de esto que el ángel es cielo.

54. Jamás puede decirse que el cielo está fuera de alguien, sino dentro de él, porque todo ángel recibe el cielo que está fuera de él con arreglo al cielo que está dentro de él. Por esto es evidente cuanto se engaña él que cree que el venir al cielo es sencillamente ser elevado entre los ángeles sea cual fuere su calidad con respecto a su vida interior, o que el cielo es dado a cualquiera por inmediata misericordia, siendo así que cuando dentro de uno nada hay del cielo, nada llega del cielo que está fuera de él y nada es recibido. Hay muchos espíritus que tienen aquella opinión, y que por ello también, a causa de su fe, han sido elevados al cielo; pero una vez allí, puesto que su vida interior era contraria a la vida en la cual estaban los ángeles, empezaron a perder la vista con respecto a sus facultades intelectuales, hasta quedar como imbéciles, y con respecto a las cosas de su voluntad, a sufrir tormentos hasta el punto de comportarse como dementes. En una palabra, los que viven mal y vienen al cielo respiran con dificultad y se retuercen como peces en la atmósfera fuera del agua, y como animales en el éter debajo de la campana de la bomba neumática después de extraído el aire. Por esto puede ser claro que el cielo está dentro de uno y no fuera de él.

55. Puesto que todos reciben el cielo que está fuera de ellos conforme la cualidad del cielo que está dentro de ellos, reciben de igual manera al Señor, siendo así que lo Divino del Señor hace el cielo. De ahí viene que el Señor, cuando aparece presente en alguna sociedad, aparece allí conforme el bien en el cual está la sociedad, es decir, de diferente

aspecto en cada sociedad; no es que aquella diferencia esté en el Señor, sino en aquellos que le ven a Él desde su bien, es decir, conforme a este. La impresión que reciben de Su vista está en arreglo a la cualidad de su amor; aquellos que le aman íntimamente son íntimamente impresionados, los que menos aman son menos impresionados; los malos que están fuera del cielo sufren por Su presencia. Cuando el Señor aparece en alguna sociedad aparece allí como ángel, pero se distingue de otros ángeles por la Divinidad que trasluce.

56. El cielo está también en donde se confiesa al Señor, en donde se le ama a Él y se cree en Él. La variedad de culto que resulta de la variedad del bien en unas y otras sociedades no causa perjuicio, sino trae ventaja, siendo así que de allí viene la perfección del cielo. Que la perfección del cielo viene de allí puede difícilmente explicarse de manera concebible, sin recurrir a términos empleados y conocidos en el mundo científico, haciendo ver mediante ellos como una entidad que es perfecta ha de componerse de varias partes. Toda entidad se compone de varias partes porque un todo sin partes nada es; no tiene forma y por consiguiente no tiene calidad. Cuando, por el contrario, una totalidad se compone de varias partes y estas tienen perfecta forma, por la cual cada parte va adherida a otra en serie como amigos que simpatizan, entonces la calidad es también perfecta. El cielo es igualmente una totalidad compuesta de varias partes, dispuestas en perfectísima forma, porque la forma celestial es la más perfecta de todas las formas. Que toda perfección viene de ahí es evidente también por la naturaleza de todo lo que es hermoso, grato y agradable, por lo cual se impresionan los sentidos tanto como el alma, porque estas cosas no vienen sino del acuerdo y armonía de varias partes concordantes y mutuamente consentidas, sea por orden simultáneo sea por orden consecutivo; pero no de una totalidad sin variedad. Por esta razón se dice que la variación da placer, y se sabe que el placer está con arreglo a la calidad de la variación. Por esto se puede ver como en un espejo que también en el cielo la perfección nace de la variedad, porque por las cosas que existen en el mundo natural se puede ver como en un espejo lo que hay en el mundo espiritual:

57. De la iglesia se puede decir lo mismo que del cielo, porque la iglesia es el cielo del Señor en la tierra. También las iglesias son muchas y sin embargo cada una se llama iglesia, y es también iglesia tanto cuanto en sí reúne el bien del amor y de la fe. El Señor forma también allí de varias partes una entidad, es decir, de varias iglesias una sola. Del hombre de la iglesia puede también en particular decirse lo mismo que de la iglesia en general, es decir, que la iglesia está dentro del hombre y no fuera de él, y que todo hombre en quien el Señor está presente en el bien del amor y de la fe, es iglesia. Del hombre en quien está la iglesia se puede decir lo mismo que del ángel en quien está el cielo, o sea que es iglesia, en mínima forma de la misma manera que el ángel es cielo en mínima forma; es más, que el hombre en quien está la iglesia es cielo igualmente que el ángel, porque fue creado con el fin de ir al cielo y ser ángel, por lo cual aquel que tiene en sí el bien del Señor es hombre ángel. Es lícito manifestar lo que el hombre tiene de común con el ángel y lo que tiene más que el ángel. El hombre tiene de común con el ángel el que su interior se halla igualmente formado según la imagen del cielo, y que así mismo es hecho imagen del cielo en la medida que entra en el bien del amor y de la fe. El hombre tiene más que el ángel el que su exterior está formado a imagen del mundo, y que en la medida en que se halla en el bien, el mundo en él se halla subordinado al cielo y

EL CIELO Y EL INFIERNO

sirve al cielo; estando entonces el Señor presente en ambos, como en Su cielo, porque en ambos está en Su Divino orden, siendo así que Dios es el orden.

58. Finalmente, debo manifestar que quien tiene en sí el cielo no tiene el cielo tan sólo en cuanto a sus cosas mayores o a su generalidad, sino también en cuanto a sus mínimas cosas, o sea sus detalles, y que allí las cosas menores presentan la imagen de las mayores. Esto viene de que cada uno es su amor y es tal como es su amor dominante; lo que domina influye en los detalles, disponiéndolos é introduciendo en todas partes su propia semejanza. En el cielo reina el amor al Señor, puesto que allí se ama al Señor sobre todas las cosas. Por ello el Señor es allí todo en todos; influye en todos y en cada uno, disponiéndoles é introduciendo Su semejanza, haciendo que donde Él estuviere, allí está el cielo. Por virtud de esto el ángel es cielo en mínima forma, una sociedad lo es en mayor forma y todas las sociedades en conjunto en su más amplia forma. Que lo Divino del Señor hace el cielo, y que Él es todo en todos puede verse arriba (n. 7-12).

8

TODO CIELO EN SU CONJUNTO, REFLEJA A UN SÓLO HOMBRE

59. Que el cielo en todo su conjunto representa a un solo hombre es un arcano no todavía conocido en el mundo; en el cielo, es por el contrario conocidísimo. Saber esto y los correspondientes detalles especiales y particulares, es allí lo principal de la inteligencia de los ángeles. De esto dependen también una multitud de cosas, las cuales, sin aquello por base común, no entrarían distinta y claramente en las ideas de sus mentes. Puesto que saben que todos los cielos con sus respectivas sociedades representan a un solo hombre, llaman también al cielo el Hombre Máximo y Divino porque lo Divino del Señor hace el cielo (véase arriba, n. 7-12).

60. Los que no tienen idea exacta de las cosas espirituales y celestiales no pueden comprender que las cosas celestiales y espirituales se hallen arregladas y combinadas en tal forma. Piensan que las cosas terrestres y materiales que componen el exterior del hombre constituyen a este; pero sepan que el hombre no es hombre por ellas, sino por poder entender la verdad y querer el bien; estas son las cosas espirituales y celestiales que hacen el hombre. El hombre sabe también que cada uno es tal hombre cual es con respecto a su inteligencia y voluntad, y puede saber también que su cuerpo terrenal está formado para servir en el mundo a estas y prestarles debidamente usos en la esfera ulterior natural. Por esta razón el cuerpo solo nada puede hacer, sino que obra en completa obediencia al dictado de la inteligencia y de la voluntad, hasta tal punto que cuanto el hombre piensa lo expresa con la lengua y la boca, y cuanto quiere lo hace con el cuerpo y los miembros, de manera que son el entendimiento y la voluntad los que obran, mientras que el cuerpo de sí y por sí mismo nada hace.

Esto demuestra que las cosas de la inteligencia y la voluntad constituyen el hombre, y que estas cosas tienen idéntica forma humana puesto que obran en las más mínimas partículas del cuerpo como lo interior en lo exterior. Por la misma razón el hombre se llama a causa de ellas, hombre interior y espiritual. Tal hombre, en forma la mayor y más perfecta, es el cielo.

61. Tal es la idea de los ángeles con respecto al hombre, porque no prestan atención a lo que el hombre hace mediante el cuerpo, sino a la voluntad por virtud de la cual obra el cuerpo. A esta y a la inteligencia en cuanto obra en armonía con la voluntad, llaman el verdadero hombre.

62. Los ángeles no ven por cierto el cielo en forma humana en todo su conjunto, porque la totalidad del cielo no cabe en la vista de ángel alguno; pero a veces ven desde lejos a sociedades consistiendo de muchos millares de ángeles como uno solo en tal forma; y por una sociedad como por una parte deducen la idea acerca de lo general que es el cielo; porque en la más perfecta forma lo general es como las partes y las partes como lo general. La diferencia es únicamente como entre cosas similares más grandes y más pequeñas. Por esta razón dicen que el cielo entero es tal ante la vista del Señor, puesto que lo Divino desde lo más íntimo y más supremo ve a todo.

63. Siendo tal el cielo es dirigido también por el Señor como un solo hombre y por consiguiente como una entidad: porque sabido es que por más que el hombre consista de una innumerable variedad de cosas, tanto en su conjunto como en sus partes—en su conjunto, de miembros, órganos y entrañas; en sus partes, de series de fibras, de nervios y de vasos sanguíneos, es decir, de miembros dentro de miembros y partes dentro de partes—el hombre al obrar, obra sin embargo como un solo cuerpo. Tal es también el cielo bajo los auspicios y la dirección del Señor.

64. La razón por la cual las diversas cosas en el hombre obran todas como una sola cosa, es que nada hay en él que no contribuya algo al bien común, que no preste algún provecho. Lo común presta provecho a sus partes y las partes prestan provecho a lo común, porque lo común consta de las partes y las partes constituyen lo común; por lo cual se atienden recíprocamente, se miran mutuamente, combinándose en tal forma que todo y cada detalle se refiere a lo común y a su bien. Es así que obran como una sola cosa. De igual carácter son las asociaciones en los cielos, se combinan allí en parecida forma según los provechos, por lo cual las que no prestan provecho al común son echadas del cielo, por ser cosas heterogéneas. Prestar provecho es desear el bien a otros por interés del bien común, y el no prestar provecho es querer hacer bien a otros no por interés del bien común, sino por interés propio; estos últimos son los que se aman a sí mismos sobre todas las cosas; pero los primeros son los que aman al Señor sobre todas las cosas. De ahí viene el que aquellos que están en el cielo actúan como una sola cosa; pero esto no por sí mismos, sino por el Señor; porque miran a Él como al Único Origen (Unicum á Quo), y a Su reino como a la comunidad a la que se debe atender. Esto significan las palabras del Señor:

Buscad... primeramente el reino de Dios y Su justicia y todas (estas) cosas os serán añadidas (Mateo 6: 33).

"Buscar Su justicia" es buscar Su bien. Los que en el mundo aman el bien de la patria más que el suyo, y el bien de su prójimo tanto como el suyo, ellos son los que en la otra vida aman y quieren el reino del Señor, porque allí el reino del Señor está en lugar de la patria; y los que aman a hacer bien a otros no por su interés propio sino por interés del bien, estos aman al prójimo, porque allí el bien es el prójimo. Los que están así se hallan todos en el máximo Hombre, es decir en el cielo.

65. Puesto que el cielo entero representa a un solo hombre y que también es el Hombre Divino Espiritual en su mayor forma, y también en efigie, se distingue por consiguiente el cielo en miembros y partes de igual manera que el hombre, y se denominan estas de la misma manera. Los ángeles saben también en que miembro se halla una sociedad y en que otro otra, y dicen que tal sociedad se halla situada en la cabeza o sea en una región de ella, tal otra en el pecho o región del mismo, otra más en alguna región del lomo, y así sucesivamente. En general el supremo cielo, o sea el tercero, forma la cabeza y el cuello,

EL CIELO Y EL INFIERNO

y el intermedio cielo, o sea el segundo, forma el pecho y las piernas hasta las rodillas; el último cielo, o sea el primero, forma los pies hasta las plantas, y también los brazos hasta los dedos, porque los brazos y las manos son las extremidades del hombre, por más que están a los lados. De aquí es una vez más evidente el por qué hay tres cielos.

66. Los espíritus que se hallan debajo del cielo se muestran sumamente asombrados cuando oyen y ven que el cielo está encima de ellos y también debajo, porque están en la misma creencia en que están los hombres en el mundo, en que el cielo no se halla más que hacia arriba, no sabiendo que la situación del cielo es como la situación de los miembros, órganos y vísceras en el hombre, los cuales están unos arriba, otros abajo, y que es como la situación de las divisiones en cada miembro, órgano y víscera, de las cuales unas están en el interior, otras en el exterior; por ello se confunden con respecto al cielo.

67. Estas cosas referentes al cielo como el máximo Hombre han sido referidas porque sin este reconocimiento previo nada se puede concebir de las cosas que siguen, referentes al cielo. Tampoco se puede formar concepto claro de la forma del cielo, de la conjunción del Señor con el cielo, ni de la conjunción del cielo con el hombre; tampoco del influjo del mundo espiritual en el mundo natural, y nada absolutamente de correspondencia, de cuyas cosas hemos de tratar, sin embargo según su orden en lo que sigue. Para dar luz sobre estos puntos, queda adelantado lo presente.

9

CADA SOCIEDAD EN EL CIELO REFLEJA A UN SÓLO HOMBRE

68. Cada sociedad del cielo representa igualmente un solo hombre y también tiene la semejanza de un hombre; esto me ha sido permitido ver varias veces. Hubo una sociedad en la cual se habían introducido varios que sabían revestir apariencia de ángeles de luz; eran hipócritas. Al ser separados estos de los ángeles, vi que la sociedad entera al principio parecía una masa oscura, luego gradualmente la vi en forma humana, igualmente oscura, pero finalmente en luz como un hombre. Los que pertenecían a este hombre y le componían eran los que se hallaban en el bien de aquella sociedad; los otros que no pertenecían al hombre y que no le componían eran los hipócritas: estos fueron rechazados, aquellos guardados, verificándose así una separación. Los hipócritas son los que hablan el bien y también obran el bien, pero miran hacia sí mismos en cada mínimo detalle. Hablan como los ángeles sobre asuntos del Señor, del cielo, del amor, de la vida celestial, y también obran el bien a fin de parecer ser tales como hablan; pero piensan de otra manera, nada creen, ni quieren el bien a no ser para ellos mismos. Si hacen el bien es por interés propio, si es en interés de otros es a fin de ser observados, por consiguiente igualmente en interés propio.

69. Que una sociedad entera de ángeles, al aparecer el Señor, se presenta como una sola forma humana, también me ha sido permitido ver. En la altura hacia el oriente apareció descendiendo una cosa como una nube de resplandeciente blancura tornándose en arbol, circundada por estrellas pequeñas, y a medida que descendía iba aumentándose su resplandor, hasta que por último se presentó en una perfecta forma humana: las estrellas que circundaban a la nube eran ángeles, quienes así aparecían a causa de la luz que procedía del Señor.

70. Hay que saber que por más que los que forman una sociedad del cielo, al estar juntos, presentan la semejanza de un hombre, una sociedad no es sin embargo idéntico hombre a

otra sociedad, se distinguen entre sí como los rostros humanos de una misma estirpe, siendo, la causa la que antes (n. 47) se ha indicado; es decir, que se distinguen según las variedades del bien en el cual están, y el cual les forma; en sumamente perfecta y hermosa forma aparecen las sociedades que están en el íntimo o supremo cielo, y allí en el medio.

71. Digno de mencionarse es que cuanto más numerosos son los miembros de una sociedad del cielo, y cuanto más obran como uno, tanto más perfecta es su forma, porque las variedades dispuestas en forma celestial hacen la perfección, como antes (n.56) se ha manifestado, y variedades hay donde hay pluralidad. Todas las sociedades del cielo aumentan también diariamente, y conforme van aumentando, se hacen más perfectas. De esta manera se perfeccionan no tan sólo las sociedades sino también el cielo en general, puesto que las sociedades constituyen el cielo. Siendo así que el cielo se perfecciona por una creciente multitud, es evidente cuanto se equivocan los que creen que el cielo se habrá de cerrar a causa de plenitud, siendo por el contrario así que nunca ha de cerrarse, y que una abundancia mayor y mayor le perfecciona. Por lo cual los ángeles no tienen mayor deseo que el que lleguen nuevos huéspedes.

72. La razón por la cual toda sociedad tiene la figura de un hombre cuando en conjunto aparece como un solo efigie, es que todo el cielo tiene esta figura, como se puede ver en el precedente artículo; y en la perfecta forma, tal como es la forma del cielo, hay semejanza entre las partes y la totalidad, y entre lo menor y lo mayor; las cosas menores y partes del cielo son las sociedades de las cuales se compone, las cuales también son cielo en menor forma, según se puede ver arriba (n. 51-58). La causa de que existe tal perpetua semejanza es que en los cielos todas las variedades del bien vienen de un mismo amor, es decir, de un solo origen. Este único amor, del cual originan todas las variedades del bien allí, es el amor al Señor procedente del Señor. Es por esta causa que todo el cielo es semejanza Suya en general, cada sociedad en menor forma y cada ángel en particular. Véase también lo que se ha dicho arriba (n. 58) sobre este particular.

10

TODO ÁNGEL ESTÁ EN EL CIELO EN FORMA COMPLETAMENTE HUMANA

73. En los dos artículos precedentes se ha manifestado que el cielo en todo su conjunto representa a un solo hombre; e igualmente cada una de las sociedades en el cielo; por la serie de causas, allí expuestas, resulta que cada ángel igualmente representa a un hombre. Así como el cielo es hombre en mayor forma, y una sociedad en menor forma, así el ángel lo es en mínima forma; porque en la perfecta forma, tal como es la forma del cielo, existe una semejanza de la totalidad en la parte y de la parte en la totalidad. La causa de esto es que el cielo es una comunión; porque comunica todo lo suyo a cada uno, y cada uno recibe por esta comunión todo lo suyo; el ángel es un receptáculo y por ello un cielo en mínima forma, lo cual ya se ha expuesto en su artículo. De igual manera el hombre; cuanto recibe el cielo tanto es receptáculo, cielo y ángel (véase arriba, n. 57). Esto se halla expuesto en el Apocalipsis así:

Midió el muro de la Santa Jerusalén, ciento cuarenta y cuatro codos, la medida de un hombre, es decir de un ángel (21: 17).

"Jerusalén" es allí la iglesia del Señor, y en su más elevada significación, el cielo; "Muro" es la verdad que protege contra las agresiones de la falsedad y del mal; "Ciento cuarenta y cuatro" son todas las verdades y variedades del bien en conjunto; "medida" es su

EL CIELO Y EL INFIERNO

qualidad; "hombre" es aquel en quien se hallan todas estas cosas en su generalidad y en sus partes, es decir, en quien está el cielo; y siendo así que el ángel es igualmente hombre, se dice: "la medida de un hombre, la cual es la de un ángel." Este es el sentido espiritual de esas palabras. ¿Quién sin este sentido podría comprender que el muro de la Santa Jerusalén fuese de la medida de un hombre, la cual es la de un ángel?

74. Pero vamos a la experiencia. Mil veces he visto que los ángeles tienen forma humana, o sea que son hombres, porque he hablado con ellos como hombre con hombre, ya con uno, ya con varios en consorcio; no he visto en ellos cosa alguna diferente de las del hombre en cuanto, a la forma, y varias veces me ha extrañado de que fueran tales. Para que no se dijere que fuera un engaño o juego de la fantasía, me ha sido dado verlos en plena vigilia, o sea encontrándome en posesión de todos los sentidos del cuerpo y con clara percepción. Muchas veces les he referido también que los hombres en el mundo cristiano se hallan en tal ignorancia con respecto a los ángeles y los espíritus que creen que son mentes sin forma y meros pensamientos, no teniendo de ellos otro concepto que de una cosa aeriforme en la cual hay vida. Así, no atribuyéndoles cosa alguna del hombre, con excepción del pensar, creen que no ven porque no tienen ojos, y que no hablan porque no tienen boca y lengua. A esto dijeron los ángeles que saben que muchos en el mundo tienen tal creencia, que predomina entre los eruditos y también—de lo cual se asombran— entre los clérigos. Dijeron también que la causa era que los hombres eruditos, que fueron los jefes y que primero concibieron tal idea de los ángeles y de los espíritus, pensaban de ellos mediante las cosas sensuales del hombre exterior, y los que piensan por estas cosas y no por una luz interior, y por la idea común implantada en cada uno, no pueden evitar el concebir tales cosas, siendo así que los sentidos del hombre exterior admiten asuntos que pertenecen a la naturaleza; pero no aquellos que se hallan por encima de la misma, por consiguiente nada de lo que concierne al mundo espiritual. Partiendo de estos jefes de sectas, el concepto erróneo respecto a los ángeles se ha comunicado a otros, quienes derivaron sus pensamientos de los antedichos jefes, y no de su propia razón; y los que empiezan por pensar mediante los pensamientos ajenos y a formar así su fe, luego cuando examinan a esta en su entendimiento, pueden difícilmente desistir de ella, por cuyo motivo la mayor parte halla sosiego en confirmarla. Dijeron además que los de sencilla fe y corazón no tienen esta idea de los ángeles, sino que tienen idea de ellos como de hombres del cielo, a causa de que no han extinguido en sí por la ciencia lo que del cielo está implantado en ellos; tampoco conciben cosa alguna sin forma. De ahí viene el que en los templos los ángeles esculpidos o pintados son representados como hombres. Acerca de lo implantado que es del cielo, dijeron que es lo Divino que influye en aquellos que se hallan en el bien de la fe y del vivir.

75. En virtud de toda mi experiencia, que ahora es de varios años, puedo manifestar y asegurar que los ángeles, en cuanto a su forma, son completa y enteramente hombres; que tienen rostros, ojos, oídos, pechos, brazos, manos, pies, que se ven unos a otros, se oyen y hablan entre sí; en una palabra, que absolutamente nada les falta de lo que pertenece al hombre, excepción hecha de que no se hallan revestidos de un cuerpo material. Los he visto en su propia luz la cual excede en muchos grados a la luz del mediodía del mundo, y en ella todas las facciones de sus rostros más clara y distintamente que se ven los rostros de los hombres en la tierra. Me ha sido permitido ver también un ángel del más íntimo de los cielos; tenía un rostro más resplandeciente y fulgurante que los ángeles de los cielos inferiores; le examiné atentamente y tenía forma humana en toda su perfección.

76. Pero hay que saber que los ángeles no pueden ser vistos por los hombres mediante la vista del cuerpo, sino por los ojos del espíritu, que está en el hombre; puesto que el espíritu se halla en el mundo espiritual, y todo lo que es del cuerpo en el mundo natural. Semejante ve a semejante a causa de la semejanza. Además el órgano de la vista del cuerpo, es decir el ojo, es tan grosero que ni siquiera ve los diminutos objetos de la naturaleza, sino por medio de un cristal óptico, lo cual es muy conocido; por consiguiente menos aun los objetos que están por encima de la esfera de la naturaleza, como todos los que se hallan en el mundo espiritual; sin embargo son vistos por el hombre, cuando apartado de la vista corporal, ve con los ojos del espíritu, lo cual se efectúa momentáneamente cuando al Señor le place que vea; en este caso el hombre cree que las ve con los ojos del cuerpo. De esta manera los ángeles fueron vistos por Abraham, Lot, Manoach y los profetas; de la misma manera fue visto el Señor por los discípulos después de la resurrección; de igual manera he visto yo también a los ángeles. Puesto que los profetas veían de esta manera, fueron llamados los videntes, los "abiertos de ojos"(1 Samuel 9: 8; Números 24:3); y hacer que así vieses, llamaban " abrirles los ojos," como fue el caso con el criado de Eliseo, acerca del cual se lee como sigue:
Y oró Eliseo y dijo: ruégate, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del mozo y vio que el monte estaba lleno de gente a caballo y de carros de fuego alrededor de Eliseo (2 Rey 6: 17).

77. Unos espíritus rectos, con quienes también he hablado sobre este particular, se sintieron desolados al saber que existe tal ignorancia en la iglesia con respecto al cielo, a los espíritus y a los ángeles, diciéndome, indignados, que debía positivamente manifestar que no son mentes sin forma, tampoco seres aeriformes, sino que son hombres en imagen, y que ven, oyen y sienten tanto y tan bien como los que están en el mundo.

11

DE LA DIVINA HUMANIDAD DEL SEÑOR ES DE DONDE EL CIELO, COMO UN TODO Y UNA PARTE, SE REFLEJA EN EL HOMBRE

78. Que el cielo en su totalidad y en sus partes representa a un hombre, lo cual es por virtud de lo Divino-Humano del Señor, sigue como conclusión de todo cuanto en los artículos precedentes se ha expuesto y manifestado. En los precedentes artículos ha sido expuesto:

- (i) que el Señor es el Dios del cielo;
- (ii) que lo Divino del Señor hace el cielo;
- (iii) que el cielo consta de innumerables sociedades;
- (iv) que el cielo en su conjunto representa aun solo hombre;
- (v) que cada sociedad en el cielo igualmente representa a un hombre;
- (vi) que por ello todo ángel tiene perfecta forma humana.

Todo esto conduce ala conclusión que lo Divino, puesto que constituye el cielo, es Humano en su forma. Que esto es lo Divino-Humano del Señor puede verse aun más claro por las referencias a "Arcana Coelestia" que en el apéndice son consignadas y reunidas en compendio. Que lo Humano del Señor es Divino y no como se cree en la iglesia que lo humano del Señor no es Divino, puede también verse por estos extractos, así como por la Doctrina de la Santa Jerusalén, al final donde se trata del Señor.

79. Que así es me ha sido demostrado por múltiples experiencias; acerca de lo cual se dirá algo en lo que ahora sigue. Los ángeles que están en el cielo nunca perciben a lo

EL CIELO Y EL INFIERNO

Divino bajo otra forma que la humana; y—lo que es extraño—los que están en los cielos superiores no pueden pensar acerca de lo Divino de otra manera. La necesidad que tienen de pensar de esta manera les viene por lo Divino mismo que influye sobre ellos y también por la forma del cielo, con arreglo a lo cual sus pensamientos se extienden alrededor de ellos, porque todo pensamiento de los ángeles tiene su extensión en el cielo, y conforme esta extensión tienen inteligencia y sabiduría. De allí viene el que todos allí reconocen al Señor, puesto que lo Divino-Humano no existe sino en Él. Esto no solamente me ha sido manifestado por los ángeles, sino también me ha sido dado percibir al ser elevado a la esfera interior del cielo. Por esto es claro que cuanto más sabios son los ángeles tanto más distintamente perciben estas cosas; y de allí viene el que el Señor aparece a ellos; porque el Señor aparece en Divina forma angélica, que es la humana, a aquellos que reconocen y creen en una Divinidad visible, pero no a aquellos que creen en una Divinidad invisible. Los primeros pueden ver a su Divino; estos últimos no pueden verlo..

80. Siendo así que los ángeles no perciben un Divino invisible, cuyo Divino llaman un Divino sin forma, sino un Divino visible en forma humana, tienen por costumbre el decir que sólo el Señor es Hombre, y que ellos son hombres por Él, y que cada uno tanto es hombre cuanto recibe a Él. Por recibir a Él entienden recibir bien, y la verdad que emanan de Él, puesto que el Señor mora en Su bien y en Su verdad; a esto llaman también sabiduría é inteligencia; dicen que todos saben que la inteligencia y la sabiduría hacen el hombre, y no el rostro sin ellos; que esto es así consta también por los ángeles del cielo interior; por hallarse estos por el Señor en el bien y en la verdad, y por ello en sabiduría é inteligencia, tienen la más bella y más perfecta forma humana; y los ángeles de los cielos inferiores la tienen menos perfecta y bella, siendo lo contrario en el infierno; los que están allí, vistos en la luz del cielo, apenas parecen hombres, sino monstruos; porque se hallan en el mal y en el error, y no en el bien y en la verdad, por consiguiente en oposición a la sabiduría y a la inteligencia, por cuya razón la vida de ellos tampoco se llama vida sino muerte espiritual.

81. Puesto que el cielo en totalidad y en parte representa a un hombre debido a lo Divino-Humano del Señor, los ángeles dicen que están en el Señor, y algunos que están en su cuerpo, por lo cual entienden estar en el bien de su amor; como también el Señor enseña diciendo:

Estad en Mí y Yo en vosotros; como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo si no estuviere en la vid, así ni vosotros si no estuviereis en Mí... porque sin Mí nada podéis hacer... estad en Mi amor, si guardareis Mis mandamientos, estaréis en Mi amor (Juan 15: 4-10).

82. Por existir en el cielo tal percepción de lo Divino se halla implantado en todo hombre que recibe algún influjo del cielo el pensar de Dios bajo forma humana; así pensaban los hombres primitivos, así piensan también los actuales, tanto los de la iglesia cuanto los de fuera de ella. Los simples le ven a Él con el pensamiento como el anciano en resplandeciente luz; pero este sentimiento íntimo ha sido extinguido en aquellos que han rechazado el influjo del cielo por su propia inteligencia y por su mala vida; aquellos que lo han apagado mediante su propia inteligencia quieren un Dios invisible; los que por otra parte lo han hecho por su mala vida no quieren Dios alguno. Aquellos y estos últimos no saben que hay tal (percepción) implantada, puesto que no se halla en ellos, siendo, sin embargo, así que esta percepción es lo Divino celestial mismo, que del cielo influye en

primer lugar en el hombre, puesto que el hombre ha nacido para el cielo, y nadie viene al cielo sin idea de lo Divino.

83. Por esta razón, el que no tiene idea del cielo, es decir idea de lo Divino de lo cual viene el cielo, no puede ser elevado (siquiera) al primer umbral del cielo; apenas llegue allí, experimenta resistencia y fuerte aprensión. La causa es que los interiores en él, que son receptáculo del cielo, están cerrados por no hallarse en la forma del cielo, y cuanto más se acerca al cielo tanto más fuerte se cierran.

Tal es la suerte de aquellos dentro de la iglesia ""que niegan al Señor y de los que, como los Socinianos, niegan Su Divinidad. Cual, por otra parte, es la suerte de los que han nacido fuera de la iglesia, por quienes el Señor no es conocido por no tener ellos el Verbo, se verá en lo que sigue.

84. Prueba de que los ancianos tenían la idea de lo Divino como siendo un Humano se ve en las apariciones de la Divinidad ante Abrahán, Lot, Josué, Gedeón, Manoach, su esposa y otros, quienes, por más que vieron a Dios como Hombre, sin embargo adoraron a Él como el Dios del Universo, llamándole el Dios del cielo y de la tierra, y también Jehová. Que era el Señor a quien vio Abrahán, enseña Él mismo según Juan (8: 56); que también era Él quien apareció a los otros es evidente por las palabras del Señor:

Que nadie vio al Padre, ni a su parecer ni oyó su voz (Juan 1: 18; 5: 37).

85. Pero aquellos que juzgan de todo por las cosas sensuales del hombre exterior pueden difícilmente comprender que Dios es hombre, porque el hombre sensual puede pensar de Dios únicamente según el mundo y las cosas que en el mismo hay; o sea que no pueden pensar del Hombre Divino y espiritual de otra manera que del hombre corporal y material. Concluye, por lo tanto, que si Dios fuese hombre habría, en cuanto a tamaño, de ser como el universo, y si gobernase el cielo y la tierra habría de ser por conducto de muchos como gobiernan los reyes en el mundo. Si se les dijese que en el cielo no hay extensión de espacio como en el mundo no lo concebirían en manera alguna, porque el que piensa por la naturaleza, y tan sólo por la luz de ella, piensa siempre con respecto a extensión, de tal manera cual se manifiesta delante de los ojos. Pero se engañan en el más alto grado cuando piensan de igual manera acerca del cielo. La extensión que hay allí no es como la extensión que hay en el mundo; en el mundo la extensión es determinada y, por lo tanto, mensurable, pero en el cielo la extensión es indeterminada y, por lo tanto, inmensurable.

Pero de extensión en el cielo se verá más adelante, donde se tratará del espacio y del tiempo en el mundo espiritual. Además todos saben cuanto se extiende la vista de los ojos, es decir, hasta el sol y las estrellas, que tanto distan. Los que piensan más a fondo saben también que la vista interior, que es la del pensamiento, se extiende aun más lejos; ¿hasta dónde, pues, no se extiende la vista Divina, la más interior y la más suprema? Por tener los pensamientos tal extensión todo el cielo comunica con cada uno allí, por consiguiente todo lo Divino, que hace el cielo y que le llena, según queda manifestado en los artículos que preceden.

86. Los que están en el cielo se asombran de que se creen entendidos los hombres que, al pensar en Dios, piensan en una cosa invisible, o en una cosa que sería incomprensible si estuviera bajo cualquier forma, y de que estos hombres llaman no entendidos y también simples a los que piensan de otra manera, siendo sin embargo así que es todo lo contrario. Dicen que si aquellos, que por estas cosas se creen entendidos, se examinaran a sí mismos—¿en vez de Dios, acaso no verían la naturaleza?—algunos de ellos la que se

EL CIELO Y EL INFIERNO

halla delante de los ojos, otros, la que no se halla delante de los ojos—¿no se sentirían ciegos hasta el punto de ignorar lo que es un Dios, lo que es un ángel, un espíritu, y lo que es su alma que ha de vivir después de la muerte; lo que es la vida del cielo en el hombre y mil otras cosas pertenecientes al entendimiento?—mientras que los que califican de simples sin embargo saben todo esto a su manera, tienen la idea de su Dios de que Él es la Divinidad en forma Humana, la idea de un ángel de que es un hombre celestial, de su alma que ha de vivir después de la muerte, la idea de que es como un ángel y de la vida del cielo en el hombre de que es vivir conforme los Divinos mandamientos. A estos los ángeles llaman por lo mismo entendidos y aptos para el cielo, a los primeros, por el contrario, no inteligentes.

12

HAY UNA CORRESPONDENCIA DE TODAS LAS COSAS DEL CIELO CON TODAS LAS COSAS DEL HOMBRE

87. Hoy día se ignora lo que es correspondencia; se ignora por varias causas; la principal es que el hombre se ha apartado del cielo por amor a sí mismo y al mundo; porque quien ama a sí mismo y al mundo sobre todas las cosas mira únicamente a lo mundano, puesto que esto halaga a los sentidos externos y alegra a su genio, y no (mira) a lo espiritual, porque esto halaga a los sentidos internos y alegra a la mente, por lo cual rechaza esto bajo pretexto de que es demasiado elevado para ser objeto del pensamiento. Los ancianos opinaban de otra manera, para ellos la ciencia de la correspondencia era la más excelente de todas las ciencias; por conducto de ella adquirieron también entendimiento y sabiduría, y los que eran de la iglesia tenían por medio de ella comunicación con el cielo, porque la ciencia de la correspondencia es ciencia angélica. Los primitivos ancianos, los cuales eran hombres celestiales, pensaban por la correspondencia misma como los ángeles; por ello hablaban también entre sí como los ángeles y por lo mismo el Señor apareció más a menudo a ellos, instruyéndoles. Pero actualmente esta ciencia se halla extinguida hasta el punto de que se ignora lo que es correspondencia.

88. En vista de que por falta de percepción de lo que es correspondencia, actualmente nada se puede saber con claridad acerca del mundo espiritual, del influjo de este en el mundo natural, de cosas espirituales con respecto a cosas naturales, y que tampoco puede saberse algo con claridad acerca del espíritu del hombre, que se llama alma, de su operación en el cuerpo ni del estado del hombre después de la muerte; se dirá lo que es correspondencia y cual es su carácter, preparando así la vía también para lo que luego ha de seguir.

89. Primero se dirá lo que es correspondencia. El mundo natural entero corresponde al mundo espiritual, y no tan solo al mundo espiritual en generalidad, sino también particularmente hasta en sus más mínimos detalles. Por lo tanto todo cuanto en el mundo natural nace por el mundo espiritual se llama correspondiente. Hay que saber que el mundo natural existe y subsiste por conducto del mundo espiritual, precisamente cómo el efecto por su causa eficiente. Mundo natural se llama cuanto se halla en la extensión debajo del sol, recibiendo de este (su) calor y luz, y a este mundo pertenecen todas las cosas que por el mismo subsisten; pero el mundo espiritual es el cielo y a ese mundo pertenece todo cuanto hay en el cielo.

90. Puesto que el hombre es cielo y también mundo en mínima forma al imagen del mayor (véase arriba n. 57), se encuentran por lo tanto en él el mundo espiritual y el

mundo natural; las cosas interiores que son de su mente y que se refieren a la inteligencia y a la voluntad, forman su mundo espiritual; las cosas exteriores, por otra parte, que pertenecen a su cuerpo y que se refieren a sus sentidos y a su actividad, forman su mundo natural; y por lo cual todo cuanto en su mundo natural o sea su cuerpo (sus sentidos y actos) existe por medio de su mundo espiritual, es decir por su mente (su inteligencia y voluntad), se llama correspondiente.

91. De que naturaleza es la correspondencia se puede ver en el hombre por su rostro; en un rostro que no ha aprendido a disimular se manifiestan todas las inclinaciones de la mente visibles en forma natural como en su tipo; por esto mismo el rostro se llama el índice del alma, o sea su mundo espiritual en su mundo natural; del mismo modo (se vé) las cosas que pertenecen a la inteligencia en el habla, y las que son de la voluntad en los gestos del cuerpo; por lo tanto todo cuanto se efectúa en el cuerpo, sea en el rostro sea en el habla, sea en los gestos, se llama correspondencia.

92. Por esto puede también verse lo que es el hombre interior y lo que es el exterior; es decir que el interior es él que se llama el hombre espiritual, y el exterior el natural, y asimismo que el uno se distingue del otro como el cielo se distingue del mundo; así como que todo cuanto nace y acontece en el exterior, o sea en el hombre natural, nace y acontece por virtud del interior, o sea del espiritual.

93. Esto queda dicho con respecto a la correspondencia del hombre interior, o sea del hombre espiritual, con su hombre exterior, o sea con su hombre natural, pero en lo que sigue se tratará de la correspondencia de todo el cielo con las diversas cosas en el hombre.

94. Queda manifestado que el cielo entero representa a un solo hombre; que es Hombre en imagen y que por ello es llamado el Mayor Hombre. También se ha manifestado que en su consecuencia las sociedades de ángeles, de los cuales se compone el cielo, se hallan dispuestas como los miembros, órganos y vísceras en el hombre, es decir, que algunas se hallan en la cabeza, otras en el pecho, otras en los brazos y otras en sus más mínimas partes (véase arriba, n. 59-72). Así es que las sociedades que allí se hallan en algún miembro corresponden a similar miembro en el hombre; las que allí se hallan en la cabeza corresponden a la cabeza en el hombre, las que allí se hallan en el pecho corresponden al pecho en el hombre, las que allí se hallan en los brazos corresponden a los brazos en el hombre y así también en cuanto a lo demás; por esta correspondencia subsiste el hombre, porque el hombre no subsiste sino por virtud del cielo.

95. En su artículo más arriba se ha visto que el cielo se distingue en dos reinos, de los cuales el uno es llamado el reino celestial, el otro el reino espiritual. El reino celestial corresponde en general al corazón y a todo cuanto al corazón pertenece en todo el cuerpo, y el reino espiritual a los pulmones y a sus dependencias en todo el cuerpo; el corazón y los pulmones forman en efecto dos reinos en el hombre; el corazón reina allí por las arterias y las venas, el pulmón por las fibras nerviosas y motrices, ambos (juntos) en cada energía y acción. En todo hombre, en su mundo espiritual, que es llamado su hombre espiritual, hay también dos reinos; uno pertenece a la voluntad, el otro a la inteligencia; la voluntad reina por medio de las inclinaciones al bien, y la inteligencia por las inclinaciones a la verdad; estos reinos corresponden asimismo a los reinos del corazón y de los pulmones en el cuerpo. De igual manera en el cielo. El reino celestial es lo voluntario del cielo y allí reina el bien del amor; y el reino espiritual es lo intelectual del cielo y allí reina la verdad; estos son los que corresponden con las funciones del corazón

EL CIELO Y EL INFIERNO

y de los pulmones en el hombre. Es por esta correspondencia que "Corazón" en el Verbo significa la voluntad y también el bien del amor, y que el "Espíritu" (respiración de los pulmones) significa la inteligencia y la verdad de la fe; es también por esta misma correspondencia que al corazón se atribuyen las inclinaciones, por más que estas no se hallan en él ni vienen de él.

96. La correspondencia de los dos reinos del cielo, con el corazón y los pulmones, es la correspondencia común del cielo con el hombre; una menos común existe con sus diversos miembros, órganos y vísceras; de que naturaleza esta es se dirá también. Los que en el Mayor Hombre, que es el cielo, se hallan en la cabeza están en todo bien con preferencia de los demás; porque están en amor, paz, inocencia, sabiduría, inteligencia y por ello en goce y felicidad. Estos influyen en la cabeza y en las cosas que pertenecen a la cabeza en el hombre y corresponden con ellas. Los que en el Mayor Hombre, que es el cielo, se hallan en el pecho están en el bien de la caridad y de la fe, y estos influyen también en el pecho del hombre y corresponden con él. Por otra parte, los que en el Mayor Hombre, o sea el cielo, se hallan en los lomos y en los órganos allí dedicados a la engendración están en el amor conyugal; los que se hallan en los pies están en el bien del último cielo, el cual es llamado bien espiritual-natural; los que se hallan en los brazos y en las manos están en potencia de la verdad por el bien; los que se hallan en los ojos están en inteligencia; los que se hallan en los oídos están en atención y obediencia; los que están en las narices están en percepción; los que están en la boca y en la lengua tienen facultad oratoria por entendimiento y percepción; los que están en los riñones están en verdad escudriñadora, distinguidora y castigadora; los que se hallan en el hígado, el páncreas y el bazo están en varias clases de bien y verdad purificadora; y de varias maneras en las demás partes. Influyen en similares partes en el hombre y corresponden con ellas. El influjo del cielo tiene lugar en las funciones y usos de los miembros, y los usos (provechos), siendo del mundo espiritual, toman forma en aquellas cosas que se hallan en el mundo natural, y así se ultiman en el efecto: de allí viene la correspondencia.

97. Por esto es que estos mismos miembros, órganos y vísceras en el Verbo significan cosas semejantes, porque allí todo tiene significación conforme las correspondencias; allí por cabeza se significa inteligencia y sabiduría; por pecho, caridad; por lomo, amor conyugal; por brazos y manos, la potencia de la verdad; por pies, lo natural; por ojos, entendimiento; por narices, percepción; por oídos, obediencia; por riñones, el escrutar de la verdad, y así sucesivamente. De allí viene también la costumbre en el hombre de decir, cuando se trata de alguien que es inteligente y sabio, que este tiene cabeza; cuando se trata de uno que tiene caridad, que este es hombre de pecho; de uno que tiene percepción, que tiene nariz fina; de un entendido, que tiene penetrante vista; de él que tiene poder, que tiene el brazo largo; de él que quiere y hace algo por amor, que es todo corazón. Estas y varias otras expresiones del lenguaje del hombre vienen de las correspondencias, porque tales cosas proceden del mundo espiritual, por más que el hombre lo ignora.

98. El que existe tal correspondencia entre todas las cosas del cielo y todas las cosas del nombre me ha sido demostrado por mucha experiencia y por tanta que he llegado a convencerme de ella como de un hecho evidente y en ninguna manera dudoso. Pero no es necesario el referir aquí toda esta experiencia; tampoco sería posible a causa de su abundancia. Puede verse referida en "Arcana Coelestia," donde se trata de correspondencias, de representaciones, del influjo del mundo espiritual en el mundo natural y del comercio del alma con el cuerpo.

99. Pero por más que todas las cosas del hombre, con respecto al cuerpo, corresponden con todo en el cielo, el hombre no es, sin embargo, imagen del cielo con respecto a la forma exterior, sino con respecto a la interior; porque las cosas interiores del hombre reciben el cielo y sus cosas exteriores reciben el mundo; por lo tanto, en la medida en que sus cosas interiores reciben el cielo, en esta medida el hombre, con respecto a ellas, es cielo en mínima forma, según la imagen del mayor; por otra parte, tanto como sus cosas interiores no reciben (el cielo) tanto no es cielo é imagen del mayor; las cosas exteriores que reciben el mundo pueden, sin embargo, tener forma según el mundo, y por esto, variada hermosura, porque la hermosura externa, que es del cuerpo, lleva su causa de los padres y de la formación en las entrañas de la madre, siendo después mantenida por el influjo general del mundo; por esta razón la forma del hombre natural se distingue mucho de la forma de su hombre espiritual. Varias veces me ha sido manifestado como es el espíritu del hombre en cuanto a forma, y he visto que en algunos que de rostro eran hermosos y agraciados el espíritu era deforme, negro y monstruoso, pudiéndose llamar imagen del infierno más bien que del cielo; por otra parte, en algunos que no eran hermosos era de perfecta forma, blanco, resplandeciente y angelical. El espíritu del hombre aparece asimismo después de la muerte tal cual ha sido en el cuerpo mientras vivió en el mundo.

100. Pero la correspondencia se extiende más allá del hombre, porque hay correspondencia de los cielos entre sí; el tercer cielo, o sea el íntimo, corresponde con el segundo cielo, o sea el intermedio; y el segundo, o sea el intermedio corresponde con el primero, o sea el último, y este corresponde con las formas corporales en el hombre, llamadas sus miembros, órganos o vísceras; es pues sobre las cosas corporales del hombre, en las cuales ulteriormente termina el cielo, que este descansa como sobre su base; pero este secreto será más ampliamente desarrollado en otro lugar.

101. Es necesario saber que toda correspondencia que existe con el cielo tiene lugar con lo Divino-Humano del Señor, puesto que el cielo procede de Él y Él Mismo es el cielo, como queda manifestado en los artículos precedentes; porque si lo Divino-Humano no influyera en todas las cosas del cielo, y según la correspondencia en todas las cosas del mundo, no habría ángeles, ni habría hombre. Por esto es también claro el porque el Señor se hizo hombre, y revistió la Divinidad con la Humanidad desde lo primero hasta lo último, sea que fue porque lo Divino-Humano, de lo cual venía el cielo antes de la venida del Señor, no bastaba ya ampliamente para el mantenimiento de todo, puesto que el hombre, que es la base del cielo, había deshecho y destruido el orden. Acerca de cual y como era lo Divino-Humano que había antes de la venida del Señor y cual era entonces el estado del cielo, véase en las notas aplicadas al precedente capítulo.

102. Los ángeles quedan como estupefactos cuando oyen que hay hombres quienes atribuyen todas las cosas a la naturaleza y nada a lo Divino, que también hay quienes creen que sus cuerpos, en los cuales se hallan concentradas tantas cosas maravillosas del cielo, son formados por la naturaleza, y—lo que es más—que la racionalidad del hombre también procede de ella, cuando, sin embargo, con elevar algún tanto la mente, pueden ver que semejantes cosas vienen de lo Divino y no de la naturaleza, la cual es creada con el único fin de revestir el espíritu y representarlo en formas correspondientes en el último grado del orden; pero a tales hombres comparan con lechuzas, que ven en las tinieblas y no en la luz.

HAY UNA CORRESPONDENCIA DEL CIELO CON TODAS LAS COSAS DE LA TIERRA

103. Lo que es correspondencia se ha dicho en el artículo precedente; asimismo se ha manifestado allí que todas las cosas del cuerpo animal, en general y en cada detalle, son correspondencias. Procede ahora manifestar que todas las cosas de la tierra y, en general, todas las cosas del mundo, son correspondencias.

104. Todo cuanto pertenece a la tierra se distingue en tres géneros, llamados reinos: el reino animal, el reino vegetal y el reino mineral. Las cosas que se hallan en el reino animal son correspondencias en el primer grado porque viven; las que se hallan en el reino vegetal son correspondencias en el segundo grado, puesto que solamente crecen; las que hay en el reino mineral son correspondencias en el tercer grado, puesto que ni viven ni crecen. Las correspondencias en el reino animal son seres vivientes de varias clases, tanto los que andan y se arrastran por la tierra cuanto los que vuelan por el aire, los cuales no nombraremos por sus especies, por ser conocidos. Las correspondencias en el reino vegetal son todos los vegetales que crecen y florecen en jardines, selvas, huertas y campos, los cuales tampoco nombraremos, siendo también conocidos. Las correspondencias en el reino mineral son metales ricos y pobres, piedras preciosas y comunes, varias clases de tierra y también agua. Además de estas cosas son también correspondencias las que por medio de la industria humana son manufacturadas de ellas para uso y provecho; como toda clase de alimentos, vestidos, casas, templos (aedes) y otros.

105. Las cosas que están encima de la tierra, tales como el sol, la luna, las estrellas y también las que hay en la atmósfera, como nubes, nieblas, lluvias, relámpagos, truenos, son asimismo correspondencias; las que provienen del sol, de su presencia y ausencia, como luz, oscuridad, calor y frío, son también correspondencias; igualmente las que por ellos siguen, como las estaciones del año, llamadas primavera, verano, otoño é invierno; y las divisiones del día: la mañana, el mediodía, la tarde y la noche.

106. En una palabra, todo cuanto existe en la naturaleza, desde lo más pequeño hasta lo más grande en ella, son correspondencias. La razón por la cual son correspondencias es que el mundo natural con todo lo suyo existe y subsiste por el mundo espiritual, y ambos por lo Divino. Digo que también subsiste, porque todo subsiste por aquello de lo cual nace (existe), puesto que la subsistencia es un perpetuo nacimiento (existencia), y porque nada puede nacer de y por sí mismo, sino de un anterior, así pues de un primero, y por lo tanto si es separado de este, al momento perece y desvanece.

107. Todo cuanto en la naturaleza existe y subsiste en virtud del Divino orden es una correspondencia. El Divino orden existe por el Divino bien que sale del Señor; empieza en Él, procede de Él, pasando por los cielos sucesivamente al mundo y termina allí en las últimas cosas. Las cosas que allí se hallan en arreglo al Divino orden son correspondencias. En arreglo al orden se hallan allí todos los objetos que son buenos y perfectos al uso, porque todo bien es bien con arreglo al uso y al provecho; la forma se refiere a la verdad, puesto que la verdad es la forma del bien. Es por esto que todas las cosas que en el universo y en la naturaleza del mundo se hallan en arreglo al Divino orden se refieren al bien y a la verdad.

108. Que todas cosas que hay en el mundo nacen de lo Divino y se revisten de tales formas en la naturaleza mediante cuales pueden estar allí, prestar uso y así corresponder, consta claramente por las cosas singulares que se presentan tanto en el reino animal

LA TIERRA

cuanto en el reino vegetal. En ambos hay cosas tales que toda persona, si piensa desde su interior, puede ver que son del cielo. Para ilustrar, se puede, entre innumerables otras, citar unas pocas; he aquí primero, algunas en, el reino animal. Que un especie de .saber se halla allí, por así decir implantado en cada animal, es conocido por varias personas. Las abejas saben recoger el miel de las flores, construir celdas de cera en las cuales guardan su miel, y de esta manera proporcionarse alimento a sí mismas y a los suyos, también para el venidero invierno. La hembra deposita huevos, las demás prestan sus servicios, cubriéndolos por todos lados, para que nazca de ellos una nueva prole. Viven bajo cierta forma de gobierno, la cual todas ellas conocen por (un saber) implantado; guardan las útiles, expulsan las inútiles y las despojan de sus alas; aparte de otras cosas maravillosas, que del cielo tienen a causa del provecho, porque la cera sirve al género humano para luz en todas partes del mundo, y la miel para agregar dulzor a los alimentos. ¿Qué no sucede con las orugas, que en el reino animal son los más inferiores? Saben nutrirse del jugo de sus hojas especiales y, transcurrido el plazo exacto, circundarse de un filamento, y por así decir meterse en útero, así empollando la prole de su género. Algunas se convierten en ninfas y crisálidas, produciendo hilos, siendo después de cumplido trabajo dotadas de otro cuerpo y adornadas con alas, vuelan por el aire como en su cielo, celebran nupcias, depositan huevos y se proporcionan su prole. Además de estos especialmente, todo volátil bajo el cielo, en general, conoce su alimento del cual se ha de nutrir, no tan solo cual es, sino también donde se encuentra; saben construir sus nidos, una especie diferentemente de otra especie, depositar en ellos huevos, empollar las crías, alimentarlas y echarlas del nido cuando pueden cuidarse ellas mismas. Nada diré de las maravillosas cosas en los mismos huevos, donde se hallan dispuestas por su orden cuantas cosas hacen falta para la formación y la nutrición de la naciente cría, aparte de innumerables otras cosas. ¿Quién, pensando algún tanto por sabiduría racional, diría jamás que estas cosas son de otra parte que del mundo espiritual, el cual al mundo natural sirve para revestir de cuerpo, aquello que es de allí, o sea para presentar en efecto lo que en la causa es espiritual? La causa de que los animales de la tierra y las aves del cielo nacen con este saber, y no así el hombre, el cual sin embargo es superior a ellos, es que los animales se hallan en el orden de su vida y no han podido destruir lo que del mundo espiritual se halla en ellos, puesto que no tienen sentido racional; no así el hombre, el cual piensa por medio del mundo espiritual; este, puesto que ha pervertido en sí aquello (que viene del mundo espiritual) por una vida contraria al orden, cuya vida su razón aprueba, no puede menos de nacer en completa ignorancia y luego por medios Divinos ser reconducido al orden del cielo.

109. De que modo corresponden las cosas que hay en el reino vegetal puede ser claro por muchas cosas, como estas, que las pequeñas simientes crecen hasta llegar a ser árboles, echan hojas, producen flores, y luego fruta, en la que otra vez depositan semillas, y que esto se verifica sucesivamente en tan admirable orden que no se puede describir con pocas palabras; resultarían volúmenes y aún así los secretos interiores más próximos a sus usos no podrían agotarse por medio del saber. Puesto que estos son del mundo espiritual, es decir del cielo, el cual se halla en forma de hombre, según se ha manifestado arriba en su artículo, las diversas cosas en este reino tienen por lo tanto también cierta relación con cosas parecidas, que se hallan en el hombre, lo cual es asimismo conocido por ciertos hombres de la clase erudita. Que son correspondencias también todas las cosas que hay en este reino me ha sido manifestado por mucha experiencia; estando en jardines y contemplando allí árboles, flores, frutas y hortalizas, he observado con frecuencia las

EL CIELO Y EL INFIERNO

correspondencias en el cielo y he hablado con aquellos en quienes se encontraban, siendo informado de donde eran y cual era su naturaleza.

110. Pero saber las cosas espirituales en el cielo a las cuales corresponden las naturales que hay en el mundo, no lo puede actualmente nadie, sino por el cielo, porque la ciencia de las correspondencias se halla en la actualidad completamente perdida. Cual y como es la correspondencia de las cosas espirituales con las naturales ilustraré sin embargo mediante algunos ejemplos. Los seres animados de la tierra, en su generalidad, corresponden a las inclinaciones; los mansos y útiles a las buenas inclinaciones, los fieros y nocivos a las malas inclinaciones; especialmente corresponden los carneros y los bueyes a las inclinaciones de la mente natural; las ovejas y los corderos a las inclinaciones de la mente espiritual; los volátiles, por otra parte, corresponden según su especie a lo intelectual de ambas mentes. Por esto es que en la iglesia israelita, la cual era una iglesia representativa, varios animales como (por ejemplo) los bueyes, los novillos, los carneros, las ovejas, las cabras, los machos cabríos y los corderos, así como también las palomas y las tórtolas, fueron ordenados para uso sagrado, haciéndose con ellos sacrificios y holocaustos, porque en este uso correspondían a las cosas espirituales, cuyas cosas se entendían en el cielo según las correspondencias. Que también los animales, según sus géneros y sus especies, son inclinaciones es porque viven y la vida de cada uno no viene sino de la inclinación y conforme esta; por esto tiene todo animal un saber innato con arreglo a la inclinación de su vida; el hombre es como ellos en cuanto a su hombre natural; por lo cual, también, hablando familiarmente, se compara con ellos; como por ejemplo, siendo manso, es llamado una oveja o un cordero; siendo fiero, un oso o un lobo; siendo astuto, una zorra o una serpiente, y así sucesivamente.

111. Una correspondencia parecida tiene lugar con las cosas que hay en el reino vegetal. Un jardín corresponde, en general, al cielo con respecto a la inteligencia y sabiduría, por lo cual el cielo se llama el jardín de Dios y un Paraíso, y por el hombre es llamado el Paraíso Celestial. Los árboles según sus especies corresponden a percepciones y conocimientos del bien y de la verdad, de los cuales vienen la inteligencia y la sabiduría. Por esto mismo, los antiguos, que poseían la ciencia de las correspondencias, celebraban sus cultos santos en boscajes; y por esto es que en el Verbo a menudo se hace mención de árboles, y con ellos se comparan el cielo, la iglesia y el hombre, como (por ejemplo) la vid, el olivo, el cedro y otros, y los bienes que proporcionan con la fruta. Los alimentos que vienen de ellos, en primer lugar el que viene de la simiente de los trigos del campo, corresponden también a las inclinaciones del bien y de la verdad, por la causa de que estas nutren la vida .espiritual como los alimentos terrestres la vida natural. Por la misma razón el pan corresponde en general a las inclinaciones de todo bien, puesto que este, con preferencia a los demás, sustenta la vida y que por el mismo se entiende toda clase de alimento. A causa de esta correspondencia se llama también el Señor el Pan de la Vida, y a causa de la misma estaban también los panes en sagrado uso en la iglesia israelita, porque se colocaban sobre la mesa en el Tabernáculo y llamaban los "los panes de los rostros"; también se lo llamaba "pan" a todo culto Divino, que se celebraba mediante sacrificios y holocaustos. A causa de esta correspondencia la Santa Cena, en la cual hay pan y vino, es asimismo lo más sagrado del culto en la iglesia cristiana. Por estos pocos ejemplos puede ser claro cual es el carácter de la correspondencia.

112. La manera en que se verifica la conjunción del cielo con el mundo por medio de la correspondencia se dirá también brevemente. El reino del Señor es un reino de fines que

LA TIERRA

son usos, ó, lo que es lo mismo, un reino de usos que son fines. Por esto mismo el universo ha sido creado y formado por lo Divino de tal manera que los usos puedan en todas partes revestirse de cosas, mediante las cuales puedan presentarse en actos o sea en efectos, primero en el cielo, luego en el mundo, por grados y sucesivamente, hasta las últimas cosas de la naturaleza. Es por lo tanto evidente que la correspondencia de las cosas espirituales con las naturales, o sea la del mundo con el cielo, se verifica por medio de los usos y que los usos determinan la conjunción; así como que las formas, de las cuales se hallan revestidos los usos, tanto son correspondencias y tanto conjunción, cuanto son formas del uso. En la naturaleza del mundo, en su triple reino, todas las cosas que existen con arreglo al orden son formas de usos o sea efectos formados de usos al objeto de usos, por lo cual las cosas que allí hay son correspondencias. Cuanto más vive el hombre según el orden Divino, es decir, en amor al Señor y en amor al prójimo, tanto más sus actos son usos en forma y son correspondencias, por medio de las cuales entra en conjunción con el cielo. Amar al Señor y al prójimo es, en general, prestar usos. Conviene saber además que es mediante el hombre que el mundo natural tiene conjunción con el mundo espiritual; es decir, que él es el medio de conjunción, porque en él está el mundo natural y también el mundo espiritual (véase arriba, n. 57), por lo cual, tanto como el hombre es espiritual tanto es medio de conjunción; por otra parte, tanto como es natural, y no espiritual, tanto no es medio de conjunción. No obstante continua, sin el hombre como medio, el influjo de lo Divino en el mundo y también en aquellas cosas que del mundo están en el hombre, pero no en su sentido racional.

113. Así como corresponden al cielo todas las cosas que se hallan según el Divino orden, así corresponden al infierno todas aquellas que están en contra del Divino orden; las que corresponden al cielo se refieren todas al bien y a la verdad; las que corresponden al infierno, al mal y a la falsedad.

114. Ahora se dirá algo acerca de la ciencia de las correspondencias y de su utilidad. Arriba se ha dicho que el mundo espiritual, que es el cielo, está unido al mundo natural por correspondencias; por esto se da al hombre, mediante correspondencias, comunicación con el cielo; porque los ángeles del cielo no piensan por cosas naturales como el hombre; por lo cual, estando el hombre en la ciencia de las correspondencias, puede estar en compañía de los ángeles en cuanto a los pensamientos de su mente, y así unirse a ellos en cuanto a su hombre espiritual o interior. A fin de que haya conjunción entre el cielo y el hombre, el Verbo se halla escrito mediante correspondencias exclusivamente, porque todo y cada mínimo detalle que hay en él corresponde; por lo cual, si el hombre poseyera la ciencia de las correspondencias, entendería el Verbo con respecto a su sentido espiritual, y por ello le sería dado conocer secretos de los cuales nada ve en el sentido literal; porque en el Verbo hay un sentido literal y un sentido espiritual; el sentido literal consiste de tales cosas cuales hay en el mundo; el sentido espiritual, por el contrario, de tales cuales hay en el cielo, y viendo que la conjunción del cielo con el mundo tiene lugar por medio de correspondencias, por esto mismo es dado un Verbo en el cual todo y cada detalle, hasta la menor jota, corresponde.

115. Del cielo he sido informado que los antiguos, primitivos, en nuestra tierra, los cuales eran hombres celestiales, pensaban por virtud de la correspondencia misma; y que las cosas naturales que estaban delante de los ojos les servían de medios para pensar de esta manera, y que siendo tales, tenían trato con los ángeles y hablaban con ellos; que de este modo tenía el cielo por conducto de ellos conjunción con el mundo. La edad aquella fue

EL CIELO Y EL INFIERNO

por esto llamada la edad de oro; acerca de la cual se dice en las obras de los antiguos escritores que los habitantes celestes vivían con los hombres, teniendo trato con ellos como amigo con amigo; pero después de esa era siguieron hombres que no pensaban por virtud de las correspondencias mismas, sino por la ciencia de las correspondencias; y entonces también había conjunción entre el cielo y el hombre; pero no una conjunción tan íntima; la edad de estos nombres es la que se llama la edad de plata. Después siguieron hombres que ni conocían las correspondencias, ni pensaban por la ciencia de las mismas, a causa de hallarse en un bien natural, y no como los predecesores, en un (bien) espiritual; la edad esta fue llamada la edad de cobre; después del tiempo de estos hombres el hombre se volvió sucesivamente exterior y finalmente corporal, y entonces la ciencia de las correspondencias se extinguió completamente, y con ella el conocimiento del cielo y de varias cosas pertenecientes al cielo. El llamarse aquellas edades la edad de oro, de plata y de cobre, fue también a causa de la correspondencia, viendo que oro, por correspondencia, significa el bien celestial, en el cual se hallaban los primitivos hombres; plata, por correspondencia, el bien espiritual, en el cual se hallaban los antiguos después de aquellos; y cobre, el bien natural, en el cual se hallaba la inmediata posteridad; por otra parte, el hierro, del que tuvo su nombre la edad última, significa una verdad dura, sin bien.

14

EL SOL EN EL CIELO

116. En el cielo no aparece el sol del mundo ni cosa alguna (derivada) de este sol, porque todo esto es material, siendo así que la naturaleza empieza por este sol, y todo cuanto es producido por medio del mismo se llama natural; por otra parte, lo espiritual, en lo cual se halla el cielo, es superior a la naturaleza y completamente distinto de lo natural; tampoco hay entre ellos comunicación salvo por medio de correspondencias. Cual y como es la distinción se puede comprender por lo que en él (n. 38) se ha dicho del sujeto de los grados, y cual es la comunicación, por lo que en los dos precedentes artículos se ha dicho acerca de las correspondencias.

117. Pero por más que en el cielo no aparezca el sol del mundo ni cosa alguna que de este sol viene, hay sin embargo allí un sol, hay luz y hay calor; hay cuantas cosas existen en el mundo é innumerables cosas más, aunque no de igual origen, viendo que las que hay en el cielo son espirituales, y las que hay en el mundo son naturales. El sol del cielo es el Señor; la luz allí es la Divina verdad, y el calor allí es el Divino bien, que proceden del Señor como sol. De este origen son todas las cosas que existen y aparecen en el cielo. Pero acerca de la luz y del calor y de las cosas que mediante ellos existen en el cielo, se hablará en los artículos que siguen; aquí solamente del sol allí. La razón por la cual el Señor aparece en el cielo como un sol es que Él es el Divino amor, por virtud del cual existen todas las cosas espirituales, como mediante el sol natural todas las cosas naturales. Aquel amor es lo que brilla como el sol.

118. Que efectivamente el Señor aparece en el cielo como un sol, no tan solo me lo han dicho los ángeles, sino que también me ha sido dado ver algunas veces; por lo cual referiré aquí en pocas palabras lo que he oído y visto con respecto al Señor como sol. El Señor aparece como un sol, no en el cielo, sino en lo alto por encima de los cielos; no por encima de la cabeza, o en el zenit, sino delante del rostro de los ángeles, a una altura media; aparece en dos lugares; en uno por delante del ojo derecho, en otro por delante del

ojo izquierdo, a una notable distancia. Por delante del ojo derecho aparece exactamente como un sol de igual fuego, por así decir, y de igual magnitud que el sol del mundo. Por delante del ojo izquierdo, por otra parte, no aparece como un sol, sino como una luna, de igual reluciente claridad, pero más resplandeciente, y de igual magnitud que la luna de la tierra; pero aquella aparece rodeada de varias lunas diminutas, por decirlo así, cada una de las cuales reluce y resplandece. Que el Señor aparece en dos lugares, de diferente aspecto, es porque aparece a cada uno según la cualidad de su recibimiento del Señor, y por lo tanto de cierta manera a aquellos que reciben a Él en el bien del amor, y de otra manera a los que reciben a Él en el bien de la fe; a aquellos que reciben a Él en el bien del amor aparece como un sol, ardiente y fulguroso según el recibimiento; estos están en su Reino Celestial; pero a los que reciben a Él en el bien de la fe aparece como una luna, reluciente y resplandeciente según el recibimiento; estos están en su reino espiritual. La causa es que el bien del amor corresponde al fuego; por esto, fuego, en sentido espiritual, es amor, y el bien de la fe corresponde a la luz, y luz, igualmente, en sentido espiritual, es fe. La razón porque aparece delante de los ojos es que las cosas interiores, que son de la mente, ven por los ojos; las del bien del amor por el ojo derecho y las del bien de la fe por el ojo izquierdo; por qué todas las cosas que están en la parte derecha del ángel, y asimismo del hombre, corresponden al bien, del cual procede la verdad, y las que están a la parte izquierda, a la verdad, que procede del bien. El bien de la fe es en su esencia la verdad del bien.

119. Por esto es que en el Verbo se compara al Señor con el sol con respecto al amor, y con la luna con respecto a la fe; por eso es también que por sol se significa amor al Señor (procedente) del Señor, y por luna, fe del Señor en el Señor, como en los siguientes lugares:

Y la luz de la luna será como la luz del sol; y la luz del sol será siete veces mayor, como la luz de siete días (Isaías 30: 26).

Y cuando te habré extinguido, cubriré los cielos y haré oscurecer las estrellas; el sol cubriré con nublado y la luna no hará resplandecer su luz; todas las lumbreras de luz en los cielos haré entenebreecer encima de ti y pondré tinieblas sobre tu tierra (Ezequiel 32. 7, 8).

El sol se oscurecerá en naciendo, y la luna no dará su resplandor (Isaías 13: 10).

El sol y la luna se oscurecerán y las estrellas retraerán su resplandor el sol se tornará en tinieblas y la luna en sangre (Joel 2: 2, 10, 31; 3; 15).

El sol se puso negro como un saco de cilicio y la luna se puso toda como sangre y las estrellas cayeron sobre la tierra (Apocalipsis 6: 12, 13).

Y luego después de la aflicción de aquellos días el sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbre y las estrellas caerán del cielo (Mateo 24: 29).

Y en otros lugares. En estos pasajes por el sol se significa el amor, por la luna la fe, y por las estrellas los conocimientos del bien y de la verdad; de los cuales se dice, que se entenebrece, pierden la luz, y caen del cielo, cuando cesan de existir; que el Señor aparece como un sol en el cielo es claro también por Su transfiguración delante de Pedro, Jacobo y Juan,

Que Su rostro resplandeció como el sol (Mateo 17: 2).

Así apareció el Señor a estos discípulos, apartados del cuerpo y en la luz del cielo. Era por esta causa que los antiguos, entre quienes la iglesia era representativa, al celebrar

EL CIELO Y EL INFIERNO

culto Divino, volvían los rostros hacia el sol en oriente. Por ellos vino la costumbre de edificar los templos con vista hacia el oriente.

120. La cantidad y cualidad del Divino amor puede constar por una comparación con el sol del mundo, es decir que es sobremanera ardiente, y si lo queréis creer, muchísimo más ardiente (que este sol); por cuya razón el Señor como sol no influye directamente en los cielos, sino que el ardor de Su amor es gradualmente moderado durante su descenso. La moderación se manifiesta en forma de radiantes círculos alrededor del sol, y además los ángeles se hallan convenientemente envueltos en una ligera nube para no sufrir perjuicio por el influjo; por la misma razón los cielos se hallan a distancias según el recibimiento; los cielos superiores, puesto que están en el bien del amor, se hallan mas próximos al Señor como sol; por otra parte, los cielos inferiores, que están en el bien de la fe, se hallan más remotos; mientras que los que no. están en bien alguno, como aquellos que están en el infierno, se hallan inmensamente remotos, y allí tanto más remotos cuanto más se hallan en oposición al bien.

121. Pero cuando el Señor aparece en el cielo, lo que acontece a menudo, no aparece rodeado del sol, sino en forma de ángel, distinguiéndose de los ángeles por lo Divino que trasluce por el rostro; no está allí en persona; porque el Señor en persona se halla siempre rodeado del sol, pero está presente por vista, porque en el cielo es común el aparecer presente en el lugar en que se fija la vista, o sea en donde termina, aunque este punto esté muy distante del lugar en que efectivamente se halla. Esta presencia se llama presencia por vista interior, de la cual se tratará más adelante. El Señor ha aparecido también a mí fuera del sol en forma de ángel, un poco por debajo del sol en lo alto, y también cerca de mí en la misma forma con rostro radiante, una vez también en medio de los ángeles como flamante aureola.

122. El sol del mundo aparece a los ángeles comió una cosa tenebrosa, intensamente negra, directamente opuesta al sol del cielo; y la luna como una cosa oscura directamente opuesta a la luna del cielo, y esto continuamente. La causa es que el fuego del mundo corresponde al amor a sí mismo, y la luz del mismo a la falsedad de este amor, siendo el amor a sí mismo directamente opuesto al amor Divino, y la falsedad que viene de ese amor es directamente opuesta a la Divina verdad; y lo que es opuesto al Divino amor y a la Divina verdad es negro para los ángeles. Esta es la razón por la cual, por adorar el sol del mundo y la luna, e inclinarse ante ellos, se significa en el Verbo amarse a sí mismo, y la mentira que procede del amor a sí mismo y que serán exterminados los que así hacen (Deuteronomio 4:19; 17: 3-5; Jeremías 8:1, 2; Ezequiel 8: 15, 16, 18; Apocalipsis 16: 8; Mateo 13: 6).

123. Siendo así que el Señor aparece en el cielo como un sol, a causa del Divino amor que mora en Él y que procede de Él, se vuelven por ello continuamente hacia El todos los que están en el cielo; los que están en el reino celestial hacia Él como un sol, los que están en el reino espiritual hacia Él como una luna; pero aquellos que están en el infierno se vuelven hacia el punto tenebroso y el punto oscuro, que se hallan opuestos, de consiguiente en dirección opuesta al Señor, por la causa de que todos los que están en el infierno se hallan en amor a sí mismo y al mundo, es decir opuestos al Señor. Los que se vuelven hacia el punto tenebroso, que está en lugar del sol del mundo, se hallan en la región posterior del infierno y se llaman genios, pero los que se vuelven hacia el punto oscuro, que está en lugar de la luna, se hallan en la región anterior de los infiernos, y se llaman espíritus; es por esto que se dice de los que están en los infiernos, que están en las

tinieblas, y de los que están en el cielo, que están en la luz; tinieblas significan la mentira que viene del mal, y luz, la verdad que procede del bien. La causa de que así se vuelven es que en la otra vida todos miran hacia aquello que reina en su interior, por consiguiente hacia sus amores; también es porque las cosas interiores forman los rostros de los ángeles y de los espíritus y que en el mundo espiritual no hay puntos cardinales, determinados como en el mundo, sino que son determinados por el rostro. El hombre, en cuanto a su espíritu, se vuelve igualmente así; en dirección opuesta al Señor si está en amor a sí mismo y al mundo, y hacia el Señor si está en amor a Él y al prójimo; pero el hombre ignora esto, porque se halla en el mundo natural, donde los puntos cardinales son determinados por la salida y la puesta del sol; pero viendo que el hombre puede difícilmente comprender esto, se explicará más adelante, donde se tratará de los puntos cardinales, de espacio y de tiempo en el cielo.

124. Por ser el Señor el sol del cielo, y por mirar hacia Él todo cuanto es de Él, es también el centro común, del cual viene toda dirección y determinación; y por esto se halla asimismo en presencia Suya y bajo Su auspicio, todo cuanto hay por debajo, tanto en los cielos cuanto en la tierra.

125. Por lo aquí expuesto puede verse en una luz más clara, lo que en los anteriores artículos se ha dicho y manifestado, es decir: que el Señor es el Dios del cielo (n. 2-6); que Su Divino hace el cielo (n. 7-12); que lo Divino del Señor en el cielo es amor a Él y amor al prójimo (n. 13-19); que hay correspondencia de todas las cosas en el mundo con todas las cosas en el cielo y por conducto del cielo con el Señor (n. 87-115); y que el sol del mundo y la luna corresponden (n. 105).

15

LA LUZ Y EL CALOR EN EL CIELO

126. El haber luz en los cielos no pueden comprender los que piensan solamente por la naturaleza, siendo sin embargo así que en el cielo hay luz, y tanta que en muchos grados excede la luz de mediodía en el mundo. La he visto muy a menudo y también en sus fases la tarde y la noche. Al principio me asombraba el oír decir a los ángeles que la luz del mundo es apenas más que sombra en comparación con la luz del cielo, pero habiéndolo visto puedo testificarlo. Su fulgor y resplandor son tales que no se pueden expresar. Las cosas que han sido vistas por mí en los cielos me han aparecido en esa luz, y por consiguiente más clara y distintamente que en el mundo.

127. La luz del cielo no es natural como la luz del mundo, sino espiritual, porque procede del Señor como sol, y el sol es el Divino amor, según queda manifestado en el precedente artículo. Lo que procede del Señor como sol se llama en los cielos Divina verdad, por más que en su esencia es el Divino bien unido a la Divina verdad; por ello tienen los ángeles luz y calor; por la Divina verdad tienen luz y por el Divino bien, calor; puede por esto ser claro que la luz en el cielo, siendo de tal origen, es espiritual y no natural; igualmente el calor.

128. La razón por la cual la Divina verdad es luz para los ángeles es que son espirituales, y no naturales; los seres espirituales ven por su sol espiritual, y los naturales por su sol natural. Por la Divina verdad tienen los ángeles entendimiento y el entendimiento es su vista interior, que influye en su vista exterior, produciéndola. Por eso las cosas que aparecen en el cielo procedentes del Señor como sol aparecen en luz. Siendo tal el origen de la luz en el cielo, varia por lo mismo allí con arreglo a la recepción de la Divina

EL CIELO Y EL INFIERNO

verdad (que viene) del Señor, o lo que es lo mismo, con arreglo a la inteligencia y sabiduría, en las que se hallan los ángeles; es pues otra en el reino celestial que en el reino espiritual, y diferente en cada sociedad. La luz en el reino celestial aparece flamante, puesto que reciben la luz del Señor como sol; pero la luz en el reino espiritual es reluciente, porque allí los ángeles reciben la luz del Señor como luna (véase arriba, n. 118). La luz tampoco es la misma en una sociedad y en otra; también dentro de cada sociedad varia: están en más luz los que allí están en el medio, y en menos los que allí están a los lados (véase n. 43). En una palabra, en la medida en que los ángeles reciben la Divina verdad, es decir, cuanto están en inteligencia y sabiduría por el Señor (en esta medida), tienen la luz. Por esta razón los ángeles del cielo se llaman ángeles de luz.

129. Puesto que en los cielos el Señor es la Divina verdad y que la Divina verdad es allí luz, se llama el Señor en el Verbo Luz, así también toda verdad que de Él procede; como en los siguientes lugares:

Jesús dijo: yo soy la luz del mundo; él que me sigue no andará en tinieblas, mas tendrá la luz de la vida (Juan 8: 12).

Mientras estoy en el mundo soy la luz del mundo (Juan 9: 5).

Jesús... dijo... aún por un poco tendréis luz; andad entretanto que tenéis luz a fin de que no os sorprendan las tinieblas... mientras tenéis la luz creed en la luz a fin de que seas hijos de la luz... Yo, la luz, he venido al mundo para que todo aquel que cree en mi no permanezca en tinieblas (Juan 12: 35, 36, 46).

La luz vino al mundo pero los hombres amaron las tinieblas más que la luz (Juan 3: 19).

Juan, del Señor:

Aquel es la verdadera luz, que ilumina a todo hombre (Juan 1: 9).

El pueblo, asentado en tinieblas, vio una gran luz, y a los sentados en... sombra de muerte apareció luz (Mateo 4: 16).

Te daré por alianza del pueblo, por luz de las gentes (Isaías 42: 6).

Te he dado por luz de las gentes a fin de que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra (Isaías 49: 6).

Las gentes que estuvieren preservadas andarán en su luz (Apocalipsis. 21: 24).

Envía tu luz y tu verdad, ellas me guiarán (Salmo 43: 3).

En estos y otros lugares el Señor es llamado la luz a causa de la Divina verdad, que procede de Él; de igual manera la verdad misma se llama luz. Puesto que la luz en los cielos viene del Señor como sol, por esto mismo, al ser transfigurado delante de Pedro, Jacobo y Juan:

Su rostro resplandeció como el sol y sus vestidos como la luz, blancos y relucientes como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos (Marco 9: 3; Mateo 17: 2).

La causa de que los vestidos del Señor aparecieron así era que representaban la Divina verdad que procede de Él en los cielos. "Vestidos" en el Verbo significan verdades; por eso se dice en David:

Jehová, te cubres de luz como de vestidura (Salmo 109: 2).

130. Que la luz en los cielos es espiritual y que esta luz es la Divina verdad puede deducirse también del hecho que el hombre asimismo tiene una luz espiritual, y que por esta luz tiene ilustración tanto como se halle en entendimiento y sabiduría por la Divina verdad: la luz espiritual del hombre es la luz de su entendimiento, cuyos objetos son verdades, las cuales arregla analíticamente por orden, formando de ellas razonamientos, y

deduciendo de estos, en series, conclusión sobre asuntos. Que la luz, mediante la cual el entendimiento ve tales cosas, es una luz real y verdadera lo ignora el hombre natural, porque no la ve con los ojos ni la percibe con el pensamiento: muchos lo saben sin embargo, y la distinguen también de la luz natural, en la que se hallan los que piensan naturalmente y no espiritualmente. Naturalmente piensan los que no miran más que al mundo, y que atribuyen todas las cosas a la naturaleza; pero espiritualmente piensan los que miran al cielo, atribuyendo todas las cosas a lo Divino. Que la luz que ilumina la mente es una verdadera luz, del todo distinta de la luz que se llama luz natural, me ha sido dado percibir varias veces y también efectivamente verlo. He sido elevado interiormente por grados a aquella luz, y en la medida en que fui elevado el entendimiento fue ilustrado, hasta que percibí cosas que antes no percibía, y finalmente cosas, que ni entender hubiera podido por el pensamiento de la luz natural. A veces he sentido enojo por no haberlas podido entender, cuando sin embargo las percibía clara y distintamente en la luz celestial. Puesto que para la inteligencia existe (una) luz, se dice del sujeto de ella, como del ojo, que ve, y que se halla uno en luz cuando percibe; que se halla uno en oscuridad y en la sombra cuando no percibe, y otras locuciones parecidas.

131. Por ser la luz del cielo la Divina verdad es esa luz asimismo la Divina sabiduría e inteligencia, por cuya razón lo mismo se entiende por ser elevado a la luz del cielo que por ser elevado a la inteligencia y sabiduría, e ilustrado. La luz en los ángeles está por lo tanto en exacta proporción a su inteligencia y sabiduría. En la luz del cielo se conocen todos, cuales y como son; las cosas interiores se manifiestan allí en los rostros exactamente cuales son, ni lo más mínimo falta. Los ángeles interiores aman también lo que se les manifiesta claramente cuantas cosas hay en ellos, porque no quieren más que el bien; otra cosa sucede con los que se hallan debajo del cielo, y que no quieren el bien; estos tienen, por lo mismo, grande temor de que se les vea en la luz del cielo; y, lo que es asombroso, aquellos que están en el infierno parecen unos a otros como hombres, pero en la luz del cielo como monstruos, con caras horribles y cuerpos atroz, siendo formas exactas de su mal. De igual manera aparece el hombre, en cuanto a su espíritu, cuando está observado por los ángeles; si es bueno presenta aspecto de hombre hermoso, según su bien; si es malo aparece como monstruo, deforme, según su mal. Por esto es evidente que todas las cosas se manifiestan en la luz del cielo; son reveladas porque la luz del cielo es la Divina verdad.

132. Por ser la Divina verdad la luz en el cielo, resplandecen todas las verdades en donde se hallan, sea en el interior del ángel, sea fuera de él, sea dentro de los cielos, sea fuera de ellos. Las verdades fuera de los cielos no resplandecen, sin embargo, como las verdades dentro de los cielos; las verdades fuera de los cielos relucen frías, como la nieve, sin calor, siendo así que no sacan su esencia del bien como las verdades dentro del cielo; por cuya razón esta luz también desaparece con el influjo de la luz del cielo, y si hay mal por debajo, se convierte en tinieblas. Esto he visto varias veces y también otras cosas dignas de memoria relativas a verdades relucientes, cuyas cosas dejamos de referir aquí.

133. Ahora se dirá algo con respecto al calor en el cielo. El calor del cielo es en su esencia amor; procede del Señor como sol, y que este calor es el Divino amor en el Señor, procedente del Señor, se puede ver en el precedente artículo. Por esto es evidente que el calor del cielo es tan espiritual como la luz del cielo, siendo del mismo origen. Hay dos cosas que salen del Señor como sol: la Divina verdad y el Divino bien; la Divina verdad se presenta en los cielos como luz y el Divino bien como calor; pero la Divina

EL CIELO Y EL INFIERNO

verdad y el Divino bien se hallan unidos de tal manera que no son dos, sino una sola cosa; se hallan, sin embargo, separados en los ángeles; porque hay ángeles que reciben el Divino bien en más alto grado que la Divina verdad y hay ángeles que reciben la Divina verdad en más alto grado que el Divino bien. Los que reciben más del Divino bien están en el reino celestial del Señor; los que reciben más de la Divina verdad están en el reino espiritual del Señor. Los ángeles más perfectos son los que reciben ambos en igual grado.

134. El calor del cielo es, como la luz del cielo, en todas partes diferente; otro en el reino celestial, otro en el reino espiritual, y otro en cada una de las sociedades; allí varia no solamente en grado sino también en calidad; más intenso y más puro es en el reino celestial del Señor; puesto que allí los ángeles perciben más el Divino bien; menos intenso y puro en el reino espiritual, porque allí los ángeles reciben más la Divina verdad; varia también en cada sociedad según el recibimiento. En los infiernos hay asimismo calor pero un calor inmundo. Es el calor del cielo que se entiende por fuego santo y celestial, y es el calor del infierno que se entiende por fuego profano e infernal; y por ambos se entiende amor: por el fuego celestial el amor al Señor y el amor al prójimo, y todas las inclinaciones que nacen de estos amores; y por el fuego infernal amor a sí mismo y amor al mundo, y toda concupiscencia, que viene de estos amores. Que el amor es calor de origen espiritual es evidente por la calefacción que tiene lugar con arreglo al amor, porque el hombre se enciende y enardece, según la intensidad y calidad del mismo, y su fuego se manifiesta al ser contrariado. De aquí viene también la costumbre universal de decir encender, quemar, hervir, arder, cuando se trata de las inclinaciones, que pertenecen al amor del bien, así como cuando se trata de las concupiscencias, que pertenecen al amor del mal.

135. La causa de que el amor, procedente del Señor como sol, en el cielo se siente como calor, es que las cosas interiores de los ángeles se hallan en amor por el Divino bien que viene del Señor, hallándose por ello en calor las cosas exteriores calentadas por aquellas. Es por esto que en el cielo el amor y el calor corresponden de tal manera, que allí cada uno se halla en calor cuanto se halla en amor, según más arriba se ha dicho. El calor del mundo no entra en manera alguna en los cielos, siendo demasiado crudo, y además natural y no espiritual; pero en los hombres es diferente, porque los hombres están en el mundo espiritual tanto como en el mundo natural; estos, con respecto a su espíritu, son calentados exactamente con arreglo a sus amores, pero, con respecto al cuerpo, por ambos calores; tanto por el del espíritu cuanto por el del mundo; aquel influye en este", porque se corresponden. La naturaleza de ambos calores puede conocerse por los animales; porque sus amores, de los cuales el predominante es el de la procreación de su género, despiertan y obran con la presencia y la afluencia del calor del sol del mundo, cuyo calor tan solo existe en las estaciones de primavera y verano. Se equivocan en el más alto grado los que piensan que el calor del mundo, que influye, excita el amor, porque no hay influjo de las cosas naturales en las espirituales, sino de las espirituales en las naturales: este último influjo viene por el Divino orden, pero el primero es contrario al Divino orden.

136. Los ángeles tienen, como los hombres, inteligencia y voluntad; la vida de su inteligencia viene de la luz del cielo; porque la luz del cielo es la Divina verdad y por lo tanto la Divina sabiduría; la vida de su voluntad viene del calor del cielo, porque el calor del cielo es el Divino bien, y por consiguiente el Divino amor. La vida misma de los ángeles viene del calor y no de la luz, sino en la medida en que hay en ella calor; que la

vida viene del amor es evidente, porque separado este, parece aquella. Lo mismo sucede con la fe separada del amor, o sea con la verdad separada del bien, porque la verdad, llamada la verdad de la fe, es luz, y el bien, llamado el bien del amor, es calor. Esto se ve aun más claro por el calor y la luz del mundo, a los cuales corresponden el calor y la luz del cielo; por el calor del mundo, unido a la luz, se vivifica y florece todo cuanto hay en los campos; unidos se hallan en las estaciones de la primavera y del verano; y por la luz separada del calor nada se vivifica ni florece, sino que todo yace entorpecido y muere; separados se hallan en la estación de invierno, estando entonces presente la luz y ausente el calor; a causa de esta correspondencia el cielo se llama un paraíso, porque allí la verdad se halla unida al bien, o sea la fe al amor, como la luz al calor en la estación del verano en la tierra. Por lo aquí expuesto resulta más clara la verdad, de la que se ha tratado en su artículo más arriba (n. 13-19); es decir, que lo Divino del Señor en el cielo es amor a Él y amor al prójimo.

137. Se dice en Juan:

En el principio era el "Verbo y el Verbo era con Dios y Dios era el Verbo... todas las cosas por Él fueron hechas... en Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres... en el mundo estaba y el mundo fue hecho por El; y el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria (1: 1-14).

Que es el Señor el que se entiende por el Verbo es evidente, porque se dice que el Verbo fue hecho carne; pero lo que especialmente se entiende por el Verbo no es aún conocido; por lo cual se dirá. En el citado pasaje, "el Verbo" es la Divina verdad que se halla en el Señor y que procede del Señor; por cuya razón se llama allí también la luz; y que esta es la Divina verdad queda explicado en lo que antecede del presente artículo. Que todas las cosas son hechas y creadas por la Divina verdad se explicará ahora. En el cielo toda potencia es de la Divina verdad, y fuera de ella no hay absolutamente ninguna. A causa de la Divina verdad todos los ángeles son llamados potencias, y en la medida en que son recipientes o receptáculos de ella son también potencias; por ella prevalecen contra los infiernos y contra todo cuanto se opone; y mil enemigos no pueden allí resistir un solo rayo de la luz del cielo, que es la Divina verdad; puesto que los ángeles son ángeles por recibir la Divina verdad, sigue de sí mismo que el cielo entero no viene de otra cosa, porque el cielo consiste de los ángeles. El haber tal potencia en la Divina verdad no lo pueden creer los que de la verdad no tienen otro concepto que de un pensamiento o de un discurso, los cuales en y por sí no tienen potencia más que en la medida en que otros, por obediencia, los hacen; pero la Divina verdad tiene potencia en y por sí misma, y tanta que mediante ella son creados el mundo y el cielo, con todas las cosas que en ellos hay; la existencia de tal potencia en la Divina verdad puede ilustrarse mediante dos comparaciones. Por la potencia de la verdad y del bien en el hombre: todo cuanto el hombre obra lo obra por la inteligencia y por la voluntad; por la voluntad mediante el bien y por la inteligencia mediante la verdad, porque todo cuanto hay en la voluntad se refiere al bien, y todo cuanto hay en la inteligencia se refiere a la verdad; por estos obra por lo tanto el hombre con todo el cuerpo, y mil cosas a la vez se ponen en este espontáneamente en movimiento al señal y antojo de aquellos. Es pues evidente que todo en el cuerpo está formado al obsequio del bien y de la verdad, por consiguiente por virtud del bien y de la verdad. Por la potencia del calor y de la luz del sol del mundo: todo cuanto crece en el mundo, sea árboles, cereales, flores, hierba, fruta y simiente, existen sencillamente por el calor y la luz del sol; es pues claro, cuan grande potencia de producir

EL CIELO Y EL INFIERNO

tienen estos en sí, cuanta no debe tener la Divina luz que es la Divina verdad, y el Divino calor que es el Divino bien; por los cuales, siendo por ellos formado el cielo, también lo es el mundo, porque por el cielo es formado el mundo, según se ha manifestado en lo que antecede. Puede por esto ser claro de que modo ha de entenderse aquello de que por el Verbo fueron hechas todas las cosas y sin él nada fue hecho de lo que es hecho, y que también el mundo fue hecho por Él Mismo, es decir que fue hecho por la Divina verdad del Señor; de ahí viene asimismo que en el libro de la creación se habla primeramente de la luz y luego de aquello que viene de la luz (Génesis. 1: 3,4), y también es por esto que todas las cosas en el uni-verso, tanto en el cielo cuanto en el mundo, se refieren al bien y a la verdad y a la unión de estos para poder ser algo.

138. [Este número no existe en el escrito original.]

139. Hay que saber que el Divino bien y la Divina verdad, que proceden del Señor como sol, se hallan en el cielo, pero no existen dentro del Señor, sino que existen por el Señor. En el Señor está solamente el Divino amor, que es el SER por el cual existen aquellos; existir por el SER es lo que se entiende por proceder. Esto puede también ilustrarse por una comparación con el sol del mundo: el calor y la luz que existen en el mundo no se hallan dentro del sol, sino que existen por el sol; en el sol hay únicamente fuego, y de este nacen y proceden aquellos.

140. Puesto que el Señor como sol es el Divino amor, y que el Divino amor es el Divino bien en sí mismo, se llama, para distinguir, Divina verdad lo Divino que procede de Él y que es su Divino en el cielo, por más que es el Divino bien unido a la Divina verdad. Esta Divina verdad es lo que se llama lo Santo que procede de Él.

16

LAS CUATRO PARTES DEL CIELO O LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES

141. En el cielo hay como en el mundo cuatro puntos cardinales, oriente, mediodía, occidente y septentrión, en ambos determinados por su sol; en el cielo por el sol del cielo, que es el Señor, en el mundo por el sol del mundo; pero hay, sin embargo, entre ellos mucha diferencia; la primera diferencia es que en el mundo llaman mediodía donde el sol se halla a mayor altura sobre la tierra, y norte donde en posición opuesta se halla por debajo de la tierra; oriente donde sale en el equinoccio y occidente donde entonces se pone: en el mundo se determinan, pues, todos los puntos cardinales por el mediodía; pero en el cielo se llama oriente donde aparece el Señor como sol; directamente opuesto es el occidente; a la derecha en el cielo es el mediodía, y a la izquierda, el septentrión, y esto en cada vuelta de los rostros y cuerpos; en el cielo todo punto cardinal se determina por lo tanto por el oriente. La causa de que llaman oriente, donde el Señor aparece como sol, es que todo origen de vida sale de Él como sol, y cuanto los ángeles reciben de Él calor y luz, o sea amor e inteligencia, tanto se dice que el Señor se levanta en ellos; por la misma causa es también que el Señor en el Verbo se llama el Oriente.

142. La segunda diferencia es que los ángeles tienen siempre el oriente delante de sus rostros, el occidente a sus espaldas, el mediodía a la derecha, y el septentrión a la izquierda; pero viendo que esto puede difícilmente comprenderse en el mundo, por la causa de que el hombre vuelve su rostro hacia todos puntos cardinales, se explicará. El cielo entero se vuelve hacia el Señor como hacia su centro común; por eso se vuelven todos los ángeles hacia este centro; que toda dirección tiende hacia el centro común es conocido también en la tierra; pero la dirección en el cielo difiere de la dirección en el

mundo, en que en el cielo son las fronteras los que se vuelven hacia su centro común, pero en el mundo son las partes inferiores; la dirección en el mundo es lo que se llama centrípeta y también gravitación: en efecto, las cosas interiores de los ángeles miran también hacia delante; y puesto que las cosas interiores se presentan visibles en los rostros, es por lo tanto el rostro que determina los puntos.

143. Pero esto de que los ángeles tienen delante de sí el levante en cada vuelta del rostro y cuerpo es más difícil de comprender en el mundo, por la causa de que el hombre tiene delante de sí los puntos cardinales según vuelva el rostro; por lo tanto será también explicado. Los ángeles, igualmente que los hombres, vuelven y tornan sus rostros y sus cuerpos en todas direcciones, y, sin embargo, tienen siempre ante los ojos el oriente; pero estos movimientos de los ángeles no son como los de los hombres, porque son de otro origen; parecen, por cierto, idénticos, pero no lo son. El origen es el amor reinante; de este viene toda determinación en los ángeles y en los espíritus, porque, según más arriba se ha dicho, sus cosas interiores se hallan en efecto mirando hacia su centro común, así pues en el cielo hacia el Señor como sol; por lo cual, hallándose el amor reinante siempre ante sus cosas interiores, y siendo el rostro derivación de las cosas interiores por ser la forma extrema de ellas, se halla siempre delante del rostro este amor reinante. Así también es el Señor como sol en el cielo, puesto que Él es el origen de su amor, y puesto que el Señor mismo habita en Su amor en los ángeles; es por lo tanto el Señor quien hace que miran hacia Él, por doquiera que se vuelvan. Estas cosas no pueden aún explicarse más claramente, pero en artículos siguientes, especialmente donde se tratará de Representaciones y Apariencias, así como de tiempo y espacio en el cielo, se explicarán más claramente. Que los ángeles tienen al Señor delante del rostro constantemente me ha sido dado saber por mucha experiencia y asimismo percibir; porque siempre, cuando he estado en compañía de los ángeles, he podido notar la presencia del Señor delante de mi rostro; por más que no le he visto se ha dejado percibir en la luz; que así es, han asegurado a menudo también los ángeles. Por hallarse el Señor constantemente delante de los rostros de los ángeles, se dice en el mundo, con respecto a los que creen en el Señor y que aman a Él, que tienen a Él delante de sus ojos y rostros, que miran a Él y que ven a Él. El hablar así el hombre es por el mundo espiritual porque de allí proceden varias cosas en el habla humana por más que el hombre ignora el que son de allí.

144. Esa manera de volverse hacia el Señor es una de las cosas maravillosas del cielo, pudiendo allí varios hallarse en un mismo sitio y volver los rostros y cuerpos en diferentes direcciones sin dejar de ver todos al Señor delante de sí; teniendo cada uno de ellos a su derecha el mediodía, a la izquierda el septentrión y a sus espaldas el poniente. Entre las cosas maravillosas es también esta, que los ángeles, a pesar de ser su mirar hacia el oriente, sin embargo, tienen un mirar hacia los tres demás puntos cardinales, pero hacia estos su mirar se verifica desde su vista interior, que es la de su pensamiento. Otra cosa maravillosa es que en el cielo a nadie es permitido colocarse detrás de alguien y mirarle la parte posterior de la cabeza, porque haciendo esto se introduce confusión en el bien y la verdad, que son del Señor.

145. Los ángeles ven al Señor de una manera, y el Señor ve a los ángeles de otra manera; los ángeles ven al Señor con los ojos; pero el Señor ve a los ángeles en la frente; la causa de que sea en la frente es que la frente corresponde al amor y el Señor influye por el amor en su voluntad, haciendo que le vean a Él por la inteligencia, que corresponde a los ojos.

EL CIELO Y EL INFIERNO

146. Los puntos cardinales en los cielos que constituyen el reino celestial del Señor difieren de los puntos cardinales en los cielos que constituyen el reino espiritual del Señor, por la causa de que el Señor aparece a los ángeles que están en el reino celestial como un sol, pero a los ángeles que están en su reino espiritual como una luna, y porque el oriente es donde se divisa al Señor. La distancia entre el sol y la luna es allí de treinta grados; entre los puntos cardinales igualmente. Que el cielo se distingue en dos reinos, que se llaman el reino celestial y el reino espiritual, puede verse en su artículo (n. 20-28); y el aparecer el Señor en el reino celestial como un sol y en el reino espiritual como una luna (n. 118) no causa, sin embargo, confusión en los puntos cardinales, viendo que los ángeles espirituales no pueden subir a los ángeles celestiales ni estos descender entre aquellos (véase arriba, n. 35).

147. Por esto se ve claramente cual y como es la presencia del Señor en los cielos, sea que en todas partes y en cada uno se halla en el bien y en la verdad, que procede de Él: por consiguiente que se halla en lo Suyo en los ángeles, según se ha dicho antes (n. 12). La percepción de la presencia del Señor está en las interiores de ellos; por virtud de estas ven los ojos; viendo por consiguiente a Él al exterior de ellos, puesto que existe una continuidad. Puede por ello ser claro que el Señor está en ellos y ellos en el Señor, según las palabras del Señor:

Permaneced en mí y yo en vosotros (Juan 15: 4).

Él que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él (Juan 6: 56).

La carne del Señor significa el Divino bien y la sangre la Divina verdad.

148. En los cielos todos habitan con distinción según los puntos cardinales; al oriente y occidente habitan los que se hallan en el bien del amor; al oriente los que se hallan en percepción clara, al occidente los que se hallan en percepción oscura del mismo. Al mediodía y al septentrión habitan los que se hallan en sabiduría procedente del bien del amor; al mediodía los que están en la clara luz de la sabiduría, al septentrión los que están en una débil luz de la misma. Los ángeles que están en el reino espiritual del Señor habitan de la misma manera que los que están en Su reino celestial; con distinción, sin embargo, según el bien del amor, y la luz de la verdad, que procede del bien; porque el amor en el reino celestial es amor al Señor, y la luz de la verdad, que del mismo procede, es sabiduría; pero en el reino espiritual hay amor al prójimo, que se llama caridad, y la luz de la verdad, que de este amor viene, es inteligencia, también llamada fe (véase arriba, n. 23). Además difieren con respecto a los puntos cardinales, porque los puntos cardinales distan entre sí de treinta grados, como se acaba de decir arriba (n. 146).

149. Dé la misma manera habitan los ángeles entre sí en cada sociedad del cielo; al oriente los que se hallan en mayor grado de amor y caridad, al occidente los que se hallan en menor grado, al mediodía los que se hallan en mayor grado de luz de la sabiduría e inteligencia, al septentrión los que se hallan en menor grado. La causa de que habitan con esta distinción es que cada sociedad representa el cielo y es también cielo en menor forma (véase arriba, n. 51-58). Cosa idéntica tiene lugar en las reuniones. Son inducidos a observar este orden por la forma del cielo, por la cual cada uno conoce su lugar. El Señor dispone también que en cada sociedad haya ángeles de todo género, por la causa de que el cielo en cuanto a forma debe ser igual en todas partes; pero a pesar de esto, la disposición del cielo en conjunto difiere de la de una sociedad como lo común de lo particular, porque las sociedades que están al oriente sobresalen a las sociedades que están al occidente, y las que están al mediodía sobresalen a las que están al septentrión.

150. De aquí viene el que todos puntos cardinales en los cielos significan tales cosas, cuales hay en los que viven allí; es decir, oriente, amor y su bien en clara percepción; occidente, lo mismo en oscura percepción; mediodía, sabiduría y entendimiento en clara luz, y septentrión lo mismo en débil luz; y puesto que por esos puntos cardinales se entienden semejantes cosas, se entienden por ellos en el sentido interior o espiritual del Verbo cosas parecidas; porque el sentido interior o espiritual del Verbo es exactamente conforme a las cosas que hay en el cielo.

151. Lo contrario acontece con los que se hallan en los infiernos; los que están allí no miran al Señor como sol o como luna, sino en dirección opuesta al Señor, hacia el punto intensamente negro, que se halla en lugar del sol del mundo, y hacia el punto oscuro, que está en lugar de la luna de la tierra; los llamados genios, hacia el punto negro, que está en lugar del sol del mundo, y los llamados espíritus, hacia el punto oscuro, que está en lugar de la luna de la tierra. Que el sol del mundo y la luna de la tierra no aparecen en el mundo espiritual, sino, en lugar de este sol, un punto intensamente negro opuesto al sol del cielo, y en lugar de esta luna, un punto oscuro opuesto a la luna del cielo, puede verse más arriba (n. 122). Por esto los puntos cardinales para ellos son opuestos a los puntos cardinales del cielo; levante para ellos es donde se hallan el punto negro y el punto oscuro mencionados; poniente para ellos es donde está el sol del cielo, mediodía a la derecha, y septentrión a la izquierda; y esto en toda vuelta de sus cuerpos; no puede resultar otra cosa, por la causa de que toda dirección interior en ellos, y por consiguiente toda determinación de la misma, miran y tienden hacia estos puntos; que en la otra vida toda dirección interior y por consiguiente toda dirección efectiva es con arreglo al amor se puede ver en el n. 143; el amor de los que están en los infiernos es amor a sí mismo y al mundo, y estos amores son los que se significan por el sol del mundo y la luna de la tierra (véase n. 122); estos amores son además opuestos al amor al Señor y al prójimo. Por esto es que se vuelven hacia aquellas negras tinieblas en dirección opuesta al Señor. Los que están en los infiernos habitan igualmente con arreglo a sus puntos cardinales; los que están en el mal del amor a sí mismo, de oriente a occidente; los que están en las falsedades del mal, del mediodía al septentrión, pero de esto se dirá más cuando trataremos de los infiernos.

152. Cuando entre los buenos viene algún espíritu malo suelen confundirse los puntos cardinales de tal manera que los buenos no saben donde es su oriente; lo cual he sentido ocurrir varias veces y también lo he oído decir a espíritus que se han lamentado de ello.

153. A veces malos espíritus aparecen vueltos hacia los puntos cardinales del cielo, y entonces tienen entendimiento y percepción de la verdad, pero ninguna inclinación al bien, por lo cual tan pronto como de nuevo se vuelven hacia sus propios puntos cardinales, no tienen ya entendimiento ni percepción alguna de la verdad; dicen entonces que las verdades que oyeron y percibieron no son verdades sino mentiras; también quieren que las mentiras sean verdades. Acerca de esta conversión se me ha informado que en los malos lo intelectual puede convertirse de esta manera pero no así lo voluntario, y que esto es así dispuesto por el Señor a fin de que cada uno pueda ver las verdades y reconocerlas, pero que nadie las recibe, si no está en el bien, puesto que es el bien que recibe las verdades y nunca el mal. Que lo mismo tiene lugar en el hombre a fin de que mediante las verdades pueda mejorarse, pero que no se mejora más que en la medida en que está en el bien; siendo esto la causa de que el hombre puede igualmente volverse hacia el Señor, pero si está en el mal con respecto al vivir, en seguida se retira y confirma

EL CIELO Y EL INFIERNO

en sí mismo las mentiras de su mal en contra de las verdades que concebía y veía, y que esto tiene lugar cuando piensa por sí mismo desde su interior.

17

CAMBIOS DE ESTADO DE LOS ÁNGELES EN EL CIELO

154. Por cambios del estado de los ángeles se entiende sus cambios con respecto al amor y a la fe, y por consiguiente a la sabiduría y a la inteligencia, es decir con respecto al estado de su vida. Estado se dice de la vida y lo que pertenece a la vida, y siendo la vida de los ángeles la vida del amor y de la fe, y por consiguiente de la sabiduría e inteligencia, se dice con respecto a ellos estados, y se llaman estados del amor y de la fe, así como estados de la sabiduría y de la inteligencia. Explicaremos ahora de que manera estos estados mudan en los ángeles.

155. Los ángeles no se hallan constantemente en el mismo estado con respecto al amor, y por consiguiente tampoco con respecto a la sabiduría, porque toda su sabiduría procede del amor y es conforme a este. Ora se hallan en un estado de amor muy intenso, ora en un estado de amor menos intenso; este disminuye por grados desde su máximo hasta su mínimo; cuando se hallan en el máximo grado de su amor se hallan en la luz y en el calor de su vida, o sea en su esplendor y en su goce; cuando se hallan en su mínimo grado están en sombra y frío o sea en su oscuridad y sinsabor: desde el último grado vuelven a subir al primero, y así sucesivamente; estas alternaciones se verifican por orden sucesivo, una tras otra, con variación. Estos estados se siguen como las variaciones del estado de luz y sombra, de calor y frío, o como la mañana, el mediodía, la tarde y la noche de cada día en el mundo; con variación constante durante el año; también corresponden, la mañana al estado de su amor en claridad; el mediodía al estado de su sabiduría en claridad, la tarde al estado de su amor en sombra, y la noche al estado de absoluta carencia de amor y sabiduría; pero sépase que no hay correspondencia entre la noche y el estado de vida de aquellos que están en el cielo, pero hay correspondencia entre este estado y el dilúculo que precede a la mañana; la noche tiene correspondencia con los que están en el infierno. Es a causa de esta correspondencia que en el Verbo días y años significan estados de vida en general; calor y luz amor y sabiduría; la mañana el primero y sumo grado del amor; el mediodía sabiduría en su luz; la tarde sabiduría en su sombra; el dilúculo el crepúsculo que precede a la mañana; la noche, por el contrario, privación del amor y de la sabiduría.

156. Con el estado interior, que es el estado del amor y de la sabiduría de los ángeles muda también el estado de las varias cosas que se hallan fuera de ellos y que aparecen delante de sus ojos; porque las cosas que se hallan fuera de ellos toman aspecto según aquellas que se hallan en su interior; pero cuales y como son estas cosas se dirá más adelante, donde trataremos de Representaciones y Apariencias en el cielo.

157. Todo ángel experimenta y atraviesa tales cambios de estado, y en común también cada sociedad, aunque cada uno de diferente manera, por la causa de que difieren en amor y sabiduría, siendo así que los que se hallan en el medio están en un estado más perfecto que los que se hallan alrededor hasta los lindes (véase más arriba, n. 43 y 128); pero sería demasiado largo explicar las diferencias; puesto que cada uno experimenta mutaciones con arreglo a la calidad de su amor y de su fe, resulta que algunos se hallan en esplendor y goce mientras que otros se hallan en oscuridad y sinsabor, y esto simultáneamente dentro de una misma sociedad; y además de diferente manera en cada

una de las sociedades, y en las sociedades del reino celestial de otro modo que en las sociedades del reino espiritual. Las diferencias entre sus mutaciones de estado son en general como las variaciones de estado de los días en los diferentes climas en la tierra, porque allí hay quienes tienen la mañana mientras otros tienen la tarde, y también quienes tienen calor mientras otros tienen frío, y viceversa.

158. Me ha sido explicado por el cielo la causa de haber allí tales mutaciones de estados. Dijeron los ángeles que las causas son varias; la primera, que el goce de la vida y del cielo, el cual tienen por el amor y por la sabiduría que vienen del Señor, disminuiría gradualmente en valor en caso de permanecer en él continuamente, como acontece con los que disfrutan de delicias y placeres sin variación; la segunda causa es que ellos, lo mismo que los hombres, tienen un propio, siendo este propio amor a sí mismo; que todos los que están en el cielo son apartados de su propio, y que cuanto por el Señor son apartados del mismo tanto se hallan en amor y sabiduría, pero cuanto no son apartados tanto se hallan en amor a sí mismo; y que puesto que cada uno ama a su propio, lo cual atrae, tienen mutaciones de estado o sea cambios sucesivos. La tercera causa es que así se perfeccionan, puesto que así aprenden a mantenerse en el amor al Señor y detenerse del amor a sí mismo, y también que por las modificaciones de goce y sinsabor la percepción y la sensación del bien se hacen más exquisitas. Añadieron que el Señor no causa las mutaciones de sus estados, puesto que el Señor como sol siempre influye con calor y luz, esto es, con amor y sabiduría; sino que ellos mismos son la causa, por amar su propio, lo cual siempre distrae. Esto puede ilustrarse por una comparación con el sol del mundo; que en este no se halla la causa de las variaciones del estado del calor y del frío, o de la luz y de la sombra, de cada año y de cada día, puesto que permanece inmóvil, sino que la causa se halla en la tierra.

159. Se me ha enseñado el aspecto del Señor apareciendo como sol a los ángeles del reino celestial en su primero, segundo y tercer estado. Apareció el Señor como sol, primero rutilante y radiante de un esplendor indescriptible; dijese que así aparece el Señor como sol a los ángeles en su primer estado; luego se vio un grande círculo oscuro alrededor del sol, empezando por esta causa a disminuir el esplendor y el fulgor por los cuales antes brillaba tanto: dijese que así aparece el Señor en el segundo estado; después vi oscurecer el círculo más y más, apareciendo el sol a consecuencia de esto menos rutilante, y así gradualmente hasta que por fin resultó de un blanco resplandeciente; dijese que así aparecía a ellos el sol en el tercer estado; después de esto se vio aquel punto blanco resplandeciente moverse hacia la izquierda, hacia la luna del cielo, y añadirse a la luz de esta, por lo cual la luna entonces brillaba sobremanera; dijese que este era el primer estado de los que están en el reino espiritual, y que las mutaciones de estado en ambos reinos cambian de esta manera, sin embargo no en su totalidad, sino en una sociedad después de otra; y además que estas mutaciones no se verifican con regularidad, sino que sobrevienen, ora temprano ora tarde, cogiéndoles de imprevisto. Dijeron además que el sol en sí mismo no sufre variación; tampoco se mueve, sin embargo parece así según el estado de ellos en sus sucesivos progresos, por la razón de que el Señor aparece a cada uno conforme su estado, es decir, rutilante a los que se hallan en amor intenso, menos rutilante y finalmente de un blanco resplandeciente, en la medida en que disminuye el amor; y que la calidad de su estado fue representado por el círculo oscuro el cual parecía causar aquellas variaciones en el sol en cuanto a su llama y a su luz.

EL CIELO Y EL INFIERNO

160. Cuando los ángeles se hallan en el último estado, es decir, cuando se hallan en su propio, empiezan a entristecerse; he hablado con ellos mientras se hallaban en este estado y he notado su tristeza, pero dijeron que tenían la esperanza de pronto volver a su primer estado, es decir, volver al cielo, porque para ellos el cielo es hallarse apartados de su propio.

161. En los infiernos hay también mutaciones de estado pero de esto se hablará más adelante, donde se tratará de los infiernos.

18

EL TIEMPO EN EL CIELO

162. Por más que todo en el cielo procede por orden y sucesión, como en el mundo, carecen, sin embargo, los ángeles de toda noción o idea de tiempo y espacio. Aquí se tratará ahora del tiempo en el cielo, y en su artículo de espacio.

163. La causa de que los ángeles ignoran lo que es tiempo, a pesar de que todo entre ellos procede sucesivamente como en el mundo, y de tan idéntica manera, que no hay diferencia alguna, es que en el cielo no hay años ni días sino mutaciones de estado, y donde hay años y días, allí hay tiempo, mientras donde hay cambios de estado allí hay estados.

164. La existencia de tiempo en el mundo viene de que este sol aparentemente anda de grado en grado, ocasionando así los tiempos que se llaman las estaciones del año, y de que además parece ser llevado alrededor de la tierra, determinando así los tiempos que se llaman las divisiones del día, sucediendo esto y aquello con alternaciones regulares. No así el sol del cielo; este no ocasiona años y días, por curso progresivo o por evolución, sino, aparentemente, mutaciones de estado y esto no con alternaciones regulares, según se ha manifestado en el precedente artículo; por esto es que los ángeles no pueden tener idea alguna de tiempo, sino en su lugar de estado. Lo que es estado puede verse más arriba (n. 154).

165. Puesto que los ángeles no tienen idea alguna derivada del tiempo, como los hombres en el mundo, tampoco tienen idea alguna de tiempo y de lo que al tiempo pertenece; ni siquiera conocen los términos propios del tiempo, como año, meses, semanas, días, horas, hoy, mañana, ayer. Por lo tanto cuando los ángeles oyen al hombre pronunciar estos términos (porque por disposición del Señor hay siempre ángeles junto al hombre) perciben en su lugar estados y cosas que pertenecen a ellos; de esta manera la idea natural del hombre es trasformada en idea espiritual para los ángeles. Es por esto que "tiempo" en el Verbo significa estado y que las cosas propias del tiempo como las arriba citadas significan cosas espirituales correspondientes.

166. Lo mismo sucede con todo cuanto proviene del tiempo: con las cuatro estaciones del año, que se llaman primavera, verano, otoño é invierno; con las cuatro divisiones del día, llamadas la mañana, el mediodía, la tarde y la noche, y con los cuatro periodos de la vida del hombre, llamados infancia, adolescencia, virilidad y vejez, así como con las demás cosas que provienen del tiempo, o que se verifican con arreglo al tiempo; el hombre, al pensar en ellas, piensa por el tiempo, pero los ángeles por estado, por lo cual lo que en ellas en el hombre hay del tiempo se convierte en los ángeles en ideas de estado; la primavera y la mañana en ideas de amor y de la sabiduría tales como son en el primer estado de los ángeles; el verano y el mediodía en ideas del amor y de la sabiduría tales como son en el segundo estado; el otoño y la tarde en tales como son en el tercer estado;

la noche y el invierno en ideas de un estado como el que hay en el infierno. Por esto significan en el Verbo estas designaciones del tiempo cosas semejantes (véase arriba, n. 155). Así se ve de que manera las ideas naturales que están en el hombre se vuelven espirituales en los ángeles que están con el hombre.

167. Puesto que los ángeles no tienen idea alguna del tiempo, tienen por lo mismo acerca de la eternidad otra idea que los hombres de la tierra; por eterno perciben los ángeles estado infinito pero no tiempo infinito. Cierta vez meditaba sobre la eternidad y mediante idea sacada del tiempo podía concebir lo que es "hasta eternidad," o sea lo que es sin fin; pero no lo que es "desde eternidad," y así tampoco lo que hizo Dios antes de la creación del mundo desde eternidad. Sobreviniéndome por esto una angustia, fui elevado a la esfera del cielo y por consiguiente a la percepción en la que están los ángeles acerca de la eternidad, y entonces fui informado de que tratándose de la eternidad no se debe pensar desde tiempo sino desde estado, y que entonces se percibe lo que es "desde eternidad," cual fue en efecto el caso conmigo.

168. Los ángeles que hablan con hombres nunca hablan por ideas naturales, propias del hombre, las cuales todas vienen del tiempo, del espacio, de la materia y de cosas análogas, sino por ideas espirituales, las cuales todas vienen de estados y de las muchas variaciones de estos, tanto fuera cuanto dentro de los ángeles, pero no obstante las ideas angélicas, que son espirituales, al momento de influir en los hombres, se convierten espontáneamente en ideas naturales, propias de hombres, exactamente correspondientes a las espirituales; los ángeles y también los hombres ignoran el que esto sucede; de este carácter es también toda influencia del cielo en el hombre. Hubo unos ángeles que fueron introducidos más inmediatamente en mis pensamientos, hasta en los naturales, en los cuales había varias cosas procedentes del tiempo y del espacio; pero viendo que entonces nada entendieron se retiraron de repente y después de estar retirados les oí hablar, diciendo que habían estado en tinieblas. Cuan grande ignorancia hay en los ángeles con respecto al tiempo me ha sido dado a conocer por experiencia; hubo cierto ángel del cielo, el cual era de tal índole que podía ser introducido hasta en ideas naturales tales como hay en el hombre y con quien por lo tanto luego hablé como hombre con hombre. Al principio no entendía lo que era aquello que yo llamaba tiempo; por lo cual tuve que informarle de como el sol parece andar alrededor de nuestra tierra, ocasionando los años y los días, y que por la misma causa los años se dividen en cuatro estaciones, así como en meses y semanas, y los días en veinte y cuatro horas, y que estas temporadas van alternando con regularidad, y que ése es el origen del tiempo. Habiendo oído esto se admiró, diciendo que no había conocido tales cosas sino tan solo lo que eran estados; durante la conversación con él dije también que en el mundo se sabe que en el cielo no hay tiempo; siendo así que los hombres hablan como si lo supieran, puesto que de los que mueren dicen que abandonan lo temporal, y salen del tiempo, entendiendo por esto que salen del mundo. Dije también que algunos saben que los tiempos son en su origen estados, porque son exactamente conforme los estados de las inclinaciones en que se encuentran; breves para los que se hallan en estados agradables y alegres, largos para los que se hallan en estados desagradables y tristes y de varios modos para los que están en estados de esperanza y expectación; que por lo mismo los eruditos preguntan lo que es el tiempo y el espacio, y que algunos también saben que el tiempo existe a causa del hombre natural.

EL CIELO Y EL INFIERNO

169. El hombre natural pueda creer que no tendría pensamiento alguno si se le quitaran las ideas de tiempo y espacio y de cosas naturales, porque en estas se fundan todos los pensamientos que hay en el hombre. Que sepa no obstante que en la medida en que los pensamientos proceden del tiempo, del espacio y de las cosas materiales, son finitos y limitados y en la medida en que no proceden de estas cosas, son infinitos y extensos, siendo así que en esa medida se halla el espíritu elevado por encima de lo corporal y mundano. De ahí viene la sabiduría de los ángeles, que es tan grande que excede el entendimiento, porque no entra en ideas que consisten exclusivamente de cosas naturales.

19

LAS REPRESENTACIONES Y LAS APARIENCIAS EN EL CIELO

170. El hombre que piensa tan sólo por el lumen natural no puede comprender que en el cielo hay cosa alguna que parezca a lo que hay en el mundo, y esto por la razón de que por ese lumen ha ideado y confirmado en sí que los ángeles son sencillamente mentes, y que mentes son una especie de seres etéreos y en su consecuencia que no tienen, como el hombre, sentidos, por consiguiente tampoco ojos; y no teniendo ojos, que no hayan para ellos objetos; siendo sin embargo así, que los ángeles tienen todos los sentidos que tiene el hombre, aún mucho más exquisitos; la luz por la cual ven es también mucho más luminosa que la luz por la que ve el hombre. Que los ángeles son hombres en perfecta forma, gozando de todo sentido, puede verse arriba (n. 73-77) y que la luz en el cielo es mucho más luminosa que la luz en el mundo (n. 126-132).

171. La índole de las cosas que aparecen a los ángeles en los cielos no se puede explicar con pocas palabras; son por una grande parte parecidas a las que hay en la tierra, pero en cuanto a la forma, más perfectas, y en cuanto a la abundancia, más numerosas. El hecho de que en los cielos hay tales cosas puede ser manifiesto por las que vieron los profetas, como las que vio Ezequiel, referentes al nuevo templo y a la nueva tierra, descritas en el capítulo 40 al 48.; Daniel capítulo 7 al 12.; Juan capítulo primero al último del Apocalipsis y otros, de los cuales se lee tanto en la parte histórica cuanto en la parte profética del Verbo. Estas cosas vieron al serles abierto el cielo; y se dice que el cielo se abre al hombre cuando se le abre la vista interior, que es la vista de su espíritu; porque las cosas que hay en el cielo no pueden ser vistas por los ojos del cuerpo del hombre, sino por los ojos de su espíritu; y cuando al Señor place son abiertos estos, siendo el hombre abducido del lumen natural, en el cual se halla por los sentidos del cuerpo, y elevado a la luz espiritual, en la cual se halla por su espíritu. En esta luz he visto las cosas que hay en el cielo.

172. Pero por más que las cosas que hay en los cielos por una grande parte son parecidas a las que hay en el mundo, no son sin embargo parecidas en cuanto a la esencia, porque las que hay en el cielo nacen del sol del cielo, y las que hay en la tierra del sol del mundo; las que nacen del sol del cielo se llaman espirituales, pero las que vienen del sol del mundo se llaman naturales.

173. Las cosas que nacen en los cielos no nacen de la misma manera que las que hay en la tierra. En los cielos todas las cosas nacen del Señor, según las correspondencias con los interiores de los ángeles; porque los ángeles tienen exteriores é interiores; las cosas que están en sus interiores, se refieren todas al amor y a la fe, o sea a la voluntad y a la inteligencia, siendo así que la voluntad y la inteligencia son receptáculos de ellos; los exteriores corresponden a su vez a los interiores. Que las cosas exteriores corresponden a

las interiores se puede ver arriba (n. 87-115). Esto puede ilustrarse por lo que más arriba se ha dicho acerca de la luz y del calor del cielo; que los ángeles tienen calor conforme la calidad de su amor, y luz conforme la calidad de su sabiduría, puede verse (n. 128-134). De igual manera las demás cosas que aparecen delante de los sentidos de los ángeles.

174. Cuando me ha sido concedido estar en compañía de los ángeles me han aparecido las cosas que allí hay exactamente como las que hay en el mundo, y tan perceptiblemente, que me parecía estar en el mundo, en la corte de un rey; he hablado también con ellos como hombre con hombre.

175. Puesto que todas las cosas que corresponden a los interiores asimismo representan a estos, se llaman por lo mismo Representaciones, y puesto que varían según el estado interior en ellos, se llaman Apariencias, por más que las cosas que aparecen ante los ojos de los ángeles en los cielos y que son percibidas mediante sus sentidos aparecen y son percibidas tan vivamente como por el hombre las que en la tierra, y hasta mucho más clara—distinta—y perceptiblemente. Las apariencias que de este origen hay en el cielo se llaman apariencias reales, puesto que realmente existen. También hay apariencias que no son verdaderas, cuales son aquellas que por más que aparezcan no corresponden a los interiores. Pero sobre esto más adelante.

176. Para la ilustración de como son las cosas que aparecen a los ángeles con arreglo a la correspondencia se referirá aquí un solo caso. A los que están en inteligencia, aparecen jardines y paraísos, llenos de árboles y flores de todas clases. Allí los árboles se hallan colocados en el más hermoso orden, combinados en arcos que forman glorietas, alrededor de las cuales hay paseos, todo de tanta hermosura que no es posible expresarla. Se pasean allí los que están en entendimiento; cogen flores y hacen guirnaldas con las cuales adornan a los niños. Asimismo hay allí especies de árboles y de flores que nunca se han visto, ni puede haber en el mundo. En los árboles hay también frutas con arreglo al bien del amor en el cual se hallan los inteligentes. Tales cosas ven aquellos, porque jardines y paraísos, así como árboles frutales y flores corresponden al entendimiento y a la sabiduría. Que en el cielo hay tales cosas es conocido también en la tierra, pero tan sólo de aquellos que se hallan en el bien y no han extinguido en sí la luz del cielo por la luz natural y sus falacias; porque piensan y dicen, cuando se trata del cielo, que allí hay cosas que jamás oído escuchó ni ojo vio.

20

LOS VESTIDOS CON QUE LOS ÁNGELES APARECEN ATAVIADOS

177. Puesto que los ángeles son hombres y entre sí viven como los hombres de la tierra, tienen por lo mismo también vestidos; tienen vivienda y otras cosas semejantes, con la diferencia sin embargo de que todas las cosas con ellos son más perfectas, por hallarse ellos en más perfecto estado, porque así como la sabiduría de los ángeles de tal manera excede a la sabiduría humana, que se llama inefable, así también todas las cosas que por ellos son percibidas, y que ante ellos aparecen; porque todo cuanto es percibido por los ángeles y aparece delante de ellos corresponde a su sabiduría (véase arriba, n. 173).

178. Los vestidos que llevan los ángeles corresponden como las demás cosas, y puesto que corresponden, existen también en realidad (véase arriba, n. 175). Sus vestidos corresponden a su inteligencia, por lo cual todos en el cielo aparecen vestidos según y conforme su inteligencia, y siendo así que unos exceden a otros en inteligencia (n. 43-128), tienen unos también más excelentes vestidos que otros. Los más inteligentes tienen

EL CIELO Y EL INFIERNO

vestidos radiantes como de fuego, algunos resplandecientes como la luz; los menos é inteligentes tienen vestidos blancos y albeados, sin resplandor, y los aún menos inteligentes tienen vestidos de diversos colores. Los ángeles del íntimo cielo son por el contrario desnudos.

179. Puesto que los vestidos de los ángeles corresponden a su inteligencia, corresponden por lo mismo también a la verdad, puesto que toda inteligencia viene de la Divina verdad; por cuya razón el decir que los ángeles se hallan vestidos con arreglo a la inteligencia equivale a decir con arreglo a la Divina verdad. Que unos vestidos fulguran como el fuego y otros resplandecen como la luz, es porque el fuego corresponde al bien y la luz a la verdad (que procede) del bien; que algunos vestidos son blancos y albeados y algunos de diversos colores, es porque el Divino bien y la Divina verdad fulguran menos y son también recibidos de diferente manera en los menos inteligentes. Blanco y alba corresponden asimismo a la verdad, y colores a las variedades de esta; la razón por la cual en el íntimo cielo son desnudos es que se hallan en inocencia, y la inocencia corresponde a la desnudez.

180. Por llevar los ángeles vestiduras en el cielo, aparecieron también vestidos cuando fueron vistos en el mundo, por los profetas y asimismo los que fueron vistos en el sepulcro del Señor:

“cuyo aspecto era como el relámpago y sus vestidos radiantes y blancos como la luz” (Mateo 28: 3; Marcos 16: 5; Lucas 24: 4; Juan 20: 12, 13);

y como los que fueron vistos en el cielo por Juan:

“cuyos vestidos eran de lino fino y blancos como la luz” (Apocalipsis. 4: 4; 19: 11, 13, 14).

Y puesto que la inteligencia viene de la Divina verdad:

“cuando fue transfigurado el Señor resplandecieron sus vestidos blancos como la luz” (Mateo 27: 2; Marcos 9: 3; Lucas 9: 29).

Que la luz es la Divina verdad procedente del Señor puede verse arriba (n. 129); de ahí que vestidos en el Verbo significan verdad, y en su consecuencia inteligencia; como según Apocalipsis:

Los que no han ensuciado sus vestidos andarán conmigo en vestiduras blancas porque son dignos; él que venciere será vestido de vestiduras blancas (Apocalipsis. 3: 4, 5).

Bienaventurado él que vela y guarda sus vestiduras (Apocalipsis. 14: 15).

Y acerca de Jerusalén, por lo cual se entiende la iglesia que se halla en la verdad, según Isaías:

Despierta, vístete tu fortaleza, oh Zion, vístete tu ropa de hermosura, oh Jerusalén (52: 1).

Y según Ezequiel:

Jerusalén, ceñíte de lienzo fino y te vestí de seda; tu vestido fue lino fino y seda (16: 10, 13),

aparte de otros varios lugares. Por otra parte, los que no se hallan en la verdad se dicen no llevar el vestido de boda, como según Mateo:

Entró el rey... y vio un hombre no vestido de boda y le dijo: Amigo ¿cómo entraste acá no teniendo vestido de boda?—por lo cual fue echado a las tinieblas fuera (22: 11-13).

Por la casa nupcial se entiende el cielo y la iglesia, a causa de la unión del Señor con ellos mediante su Divina verdad; por cuya razón el Señor en el Verbo es llamado esposo y marido, y el cielo así como la iglesia novia y esposa.

181. Que las vestiduras de los ángeles son vestiduras no tan sólo en apariencia sino también en realidad, consta por esto de que no tan sólo las ven sino también las sienten por el contacto; también porque tienen varias vestiduras y que se las quitan y se las ponen, guardando las que no están de uso, y volviendo a ponérselas cuando se han de llevar; que tienen varias vestiduras he visto mil veces. Los he preguntado de donde les venían estas vestiduras y dijeron, que del Señor; que les fueron regaladas y que a veces se les fueron puestas sin que lo advirtiesen. Dijeron también que sus vestidos varían y que en su primero y segundo estado tienen vestidos radiantes y de resplandeciente blancura, en su tercero y cuarto estado (son), algo más oscuros, y esto asimismo a causa de la correspondencia, puesto que experimentan variaciones de estado con respecto a la inteligencia y sabiduría (de lo cual puede verse más arriba, n. 154-161).

182. Siendo así que todos en el mundo espiritual tienen vestidos con arreglo a la inteligencia, o sea con arreglo a la verdad de la cual viene la inteligencia, aparecen por cierto vestidos los que están en los infiernos, pero puesto que carecen de verdades parecen llevar vestiduras rotas, sucias y feas, cada uno según y conforme su demencia; y no pueden llevar otras. Les es dado por el Señor estar vestidos; a fin de que no aparezcan desnudos.

21

LAS MORADAS DE LOS ÁNGELES

183. Siendo así que en el cielo hay sociedades y que viven como los hombres, tienen por lo tanto también habitaciones, variando estas asimismo según el estado de vida de cada uno: magníficas para los que se hallan en estado más digno, menos magníficas para aquellos que se hallan en estados más inferiores. Acerca de las habitaciones en el cielo he hablado varias veces con los ángeles, y he dicho que actualmente apenas hay quien crea que tengan habitaciones y viviendas, algunos por no verlas, otros por no saber que los ángeles son hombres; otros por creer que el cielo de los ángeles es el cielo que ven con sus ojos en derredor suyo, y viendo que parece vacío y pensando que los ángeles son seres aeriformes, vienen a la conclusión de que viven en el éter. Además no conciben que en el mundo espiritual haya cosas como las que hay en el mundo natural; porque nada saben de lo espiritual. Los ángeles dijeron que saben que existe tal ignorancia actualmente en el mundo, y, de lo cual se admiraban, más especialmente dentro de la iglesia, y en más fuerte grado entre los inteligentes en ella que entre los simples. Dijeron además que por el Verbo puede saberse que los ángeles son hombres, puesto que los que han sido vistos, han sido vistos como hombres, igualmente el Señor, quien elevó consigo todo lo humano. Puesto que son hombres, que tienen casas y habitaciones, y no según la ignorancia de algunos cuya ignorancia llamaban la locura, que se esparcen por el aire o que son de aire, por más que los llaman espíritus, y que podrían concebir esto si tan solo pensarán de ángeles y de espíritus, aparte de sus preconcebidas ideas, lo cual hacen cuando no ponen en cuestión y bajo directo discurrimiento "Si es así," porque todo hombre tiene una idea común de que los ángeles tienen forma humana, y que tienen domicilios, los cuales llaman las habitaciones del cielo, que son mucho más magníficas que las habitaciones de la tierra; pero que esta idea común, la cual viene por influjo del cielo, desvanece apenas sometida a abierta observación y al pensamiento de "Si es así," lo cual es el caso sobre todo con los eruditos, quienes por la propia inteligencia han cerrado para sí el cielo y la vía de la luz, que procede del mismo. Una cosa parecida sucede con la

EL CIELO Y EL INFIERNO

creencia que domina acerca de la vida de los hombres después de la muerte. Él que habla de ella, no pensando a la vez por la enseñanza de los eruditos, referente al alma, o por la doctrina sobre la reunión del cuerpo y el alma, cree que después de la muerte ha de vivir como hombre, y entre ángeles si ha vivido bien, y que entonces verá cosas magníficas y sentirá gozo; pero apenas piense en la doctrina sobre la reunión del cuerpo, o en la hipóstasis acerca del alma, despertándose el pensamiento de "si el alma es así," y por consiguiente "si el hecho es este," desvanece su primera idea.

184. Pero más vale recurrir a la evidencia de la experiencia. Siempre cuando he hablado con los ángeles cara a cara he estado con ellos en sus habitaciones. Sus habitaciones son exactamente como las habitaciones en la tierra llamadas casas, pero más hermosas; en ellas hay salas, gabinetes y alcobas en gran número, y hay atrios y alrededor de ellos jardines, matas de flores y campos. Donde hay sociedades allí las casas son contiguas, una junto a la otra, dispuestas en forma de ciudad, con calles, vías y plazas, exactamente como las ciudades en nuestra tierra. Me ha sido permitido también recorrerlas y observarlas por todas partes, y a veces entrar en las casas: esto se ha verificado en plena vigilia, siéndome abierta la vista interior.

185. He visto los palacios del cielo los cuales eran tan magníficos que es imposible describirlos. En su parte superior fulguraban como si fuese oro puro, y en su parte inferior como de piedras preciosas; un palacio más espléndido que otro. En el interior igual; los aposentos se hallaban adornados con decoraciones tales que para describirlas no bastan palabras ni ciencia. Por el lado que daba al mediodía había paraísos, en los cuales igualmente fulguraban todos los objetos; en ciertos puntos las hojas como de plata y la fruta como de oro; y las flores en sus plantíos presentaban con sus colores un aspecto semejante a un arco iris; en los confines se veían otros palacios terminando en ellos la vista. Las formas arquitectónicas del cielo son tales que puede decirse que allí el arte se halla en su arte, y no es extraño, puesto que este arte en sí mismo procede del cielo. Dicen los ángeles que tales cosas, é innumerables otras, aún más perfectas, las presenta el Señor delante de sus ojos; pero estas cosas agradan sin embargo más a sus mentes que a sus ojos, y esto porque en cada detalle ven correspondencias y por las correspondencias cosas Divinas.

186. Con respecto a correspondencias he sido informado también, que no tan sólo los palacios y las casas, sino todo y cada particular objeto dentro y fuera de ellos corresponden a las cosas interiores que por el Señor hay en ellos; que la casa misma, en general, corresponde al bien de ellos; que los varios objetos que hay dentro de la casa corresponden a la variedad de cosas de las cuales viene el bien, y las cosas que hay fuera de la casa a las verdades que proceden del bien y también a percepciones y a conocimientos; y puesto que corresponden al bien y a la verdad que por el Señor hay en ellos, corresponden asimismo a su amor y por consiguiente a su sabiduría y a su inteligencia, siendo así que el amor pertenece al bien, la sabiduría al bien y a la verdad, y la inteligencia asimismo a la verdad (que procede) del bien. Tales son las cosas que perciben los ángeles al mirar aquellos objetos, los cuales por esta razón alegran más a sus mentes que a sus ojos.

187. Por esto ha sido manifiesto el por qué el Señor se llamó el templo que estaba en Jerusalén (Juan 2: 19, 21) y el por qué la nueva Jerusalén fue vista siendo de, oro puro, sus puertas de perlas, sus fundamentos de piedras preciosas (Apocalipsis. 21.); fue porque el templo representaba la Divina Humanidad del Señor. La nueva Jerusalén significa la

nueva iglesia que luego había de ser establecida; las doce puertas las verdades que conducen al bien, y los fundamentos las verdades principales sobre las cuales descansarán sus cimientos.

188. Los ángeles que habitan en el reino celestial del Señor viven por la mayor parte en lugares elevados, semejantes a montes terráqueos. Los ángeles que forman el reino espiritual del Señor viven en lugares menos elevados, que parecen collados; los ángeles que viven en el cielo inferior viven en lugares que parecen rocas o llanuras elevadas. Estas cosas existen también por correspondencia, porque las cosas interiores corresponden a las superiores y las exteriores a las inferiores. De ahí que en el Verbo "monte" significa amor celestial, "collados" amor espiritual, y "roca" fe.

189. Hay también ángeles que no viven en sociedad, sino por separado, casa y casa. Estos viven en el medio del cielo porque son los mejores de los ángeles.

Las casas en que viven los ángeles no son edificadas como las casas en el mundo sino que les son regaladas por el Señor a cada uno según y conforme el recibimiento del bien y de la verdad. También varían algo según las modificaciones de sus estados interiores (acerca de las cuales arriba, n. 154-160). Todo cuanto los ángeles tienen, reciben del Señor, y todo cuanto necesitan les es dado.

22

EL ESPACIO EN EL CIELO

191. Por más que todo en el cielo aparece en lugar y en, espacio, exactamente como en el mundo, no tienen los ángeles noción o idea alguna de lugar y de espacio. Puesto que esto no puede dejar de parecer una paradoja, explicaré este particular que es de grande importancia.

192. Toda progresión en el mundo espiritual se verifica por modificaciones del estado interior; de manera que progresión no es otra cosa que modificación de estado.

Así he sido conducido por el Señor yo también, por. el interior del cielo y también a tierras en el universo; y esto con respecto al espíritu, permaneciendo el cuerpo en su lugar. De esta manera progresan todos los ángeles; por lo cual no hay para ellos distancia, y no habiendo distancia tampoco hay espacio, sino en su lugar, estados y modificaciones.

193. Puesto que así se verifican las progresiones es evidente que las aproximaciones son similitudes con respecto al estado interior, y que las separaciones son disimilitudes; de ahí viene que están juntos los que se hallan en igual estado y separados los que se hallan en diferente estado; y que la distancia en el cielo no es otra cosa que estados exteriores correspondientes a los interiores. No es por otra causa que los cielos se distinguen entre sí, como asimismo las sociedades en cada cielo, y cada uno en la sociedad; de ahí viene también que los infiernos se hallan completamente separados de los cielos, siendo así que se hallan en un estado contrario.

194. Por esta causa es también que en el mundo espiritual aparece uno presente a otro con tan solo desear intensamente su presencia, porque así le ve por el pensamiento y se introduce en su estado; por el contrario se aparta uno de otro conforme le tiene aversión, y puesto que toda aversión viene de una inclinación contraria y por una disidencia de pensamientos, resulta, que varios, que allí se hallan juntos en un lugar, aparecen tanto como concuerdan, pero tan pronto como entran en discordia, desaparecen.

195. Cuando asimismo, alguien se traslada de un lugar a otro, sea en su ciudad, sea en atrios, en jardines, o a otros lugares fuera de su sociedad, llega más de a prisa si lo anhela,

EL CIELO Y EL INFIERNO

y tarda más si no tiene anhelo; el camino mismo se alarga o se acorta según el anhelo, por más que no cambia; esto he observado varias veces y me he asombrado de ello. Por esto resulta nuevamente claro que la distancia, y por consiguiente el espacio, está en un todo conforme al estado interior de los ángeles, y, puesto que es así, que ninguna noción ni idea de espacio puede entrar en su pensamiento, por más que entre ellos hay espacios como en el mundo.

196. Esto se puede ilustrar por una comparación con los pensamientos del hombre, sea que para estos tampoco hay espacio, puesto que las cosas que con insistencia contempla el pensamiento aparecen como si estuvieren presentes. Él que reflexiona encuentra que tampoco para su vista hay distancia apreciable, sino es por objetos intermediarios en la extensión de la tierra, observados simultáneamente, o por el conocimiento que tenga, sabiendo que se hallan a tal o tal distancia. Esto acontece porque hay continuidad, y en lo que es continuo no aparecen las distancias, sino por las cosas que no son continuas. Mucho más es esto el caso con los ángeles, puesto que su vista obra en unión de su pensamiento y el pensamiento en unión de las inclinaciones, y porque las cosas parecen cercanas o distantes con variación según sus estados interiores, como queda dicho arriba.

197. De ahí viene que en el Verbo por lugares y espacios y por todo lo que tenga algo de espacio se significan cosas que pertenecen a estados, como por distancias, cerca, remoto, caminos, viajes, peregrinaciones, por millas, estadios, por campos, tierras de cultivo, jardines, ciudades, calles, por movimientos, por medidas de varias clases, por largo, ancho, alto y profundo, y por innumerables otras cosas, porque la mayoría de las cosas, que hay en el pensamiento del hombre, procedente del mundo, tienen algo de espacio y de tiempo. Diré tan solo lo que en el Verbo significan "largo," "ancho" y "alto." En el mundo se llama largo y ancho aquello que es largo y ancho con referencia a espacio; lo mismo con respecto a alto; pero en el cielo, donde los pensamientos no se derivan de espacio, se entiende por largo el estado del bien; por ancho el estado de la verdad, y por alto su distinción según los grados (de lo cual n. 38). La causa de que por aquellas tres dimensiones se entienden tales cosas es que el largo en el cielo es de oriente a occidente, y allí se hallan los que están en el bien del amor; y ancho en el cielo es del mediodía al septentrión, y allí están los que se hallan en la verdad por el bien (véase arriba, n. 148); y alto en el cielo son los dos según los grados; de ahí viene que en el Verbo por largo, ancho y alto, se significan tales cosas, como por ejemplo según Ezequiel, del capítulo 40. al 48, donde por las medidas de largo, ancho y alto, se describe el Nuevo Templo y la Nueva Tierra, con atrios, aposentos, puertas, galerías, ventanas y alrededores; por cuyas cosas se significa la nueva iglesia, y el bien y la verdad que hay en ella; de no ser así ¿á qué todas estas medidas? De igual manera es descrita la Nueva Jerusalén en el Apocalipsis con estas palabras:

Y la ciudad está situada y puesta en cuadro, y su largura es tanta como su anchura, y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la largura y la anchura y la altura de ella son iguales (21:16).

Siendo aquí por "la Nueva Jerusalén" significada una nueva iglesia, se significan por lo tanto, por esas medidas las cosas que pertenecen a la iglesia: por "largura," el bien de su amor; por "anchura," la verdad que viene de este bien; por "altura," el bien y la verdad según los grados; por "doce mil estadios," todo el bien y la verdad en conjunto. ¿Qué otra cosa habría de significar el que su altura era de doce mil estadios como la largura y la

anchura? Que en el Verbo por "anchura" se significa la verdad es evidente por (lo que se lee en) David:

Jehová, no me encerraste en mano de mi enemigo; hiciste estar mis pies en anchura (Salmo 31: 8).

Desde la angustia clamé a Jah; y me respondió (poniéndome) en anchura (Salmo 68: 5).

Además en otros lugares, como en Isaías (cap. 8: 8); y en Habacuc (cap. 1: 6); así también los demás.

198. Por esto se puede ver que en el cielo, aunque haya allí espacios como en el mundo, sin embargo, nada allí se aprecia según espacio sino según estado; por consiguiente que allí los espacios no pueden ser medidos como en el mundo, sino tan sólo observados por el estado, y según el estado interior de ellos.

199. La propia y primera causa es que el Señor se halla presente en cada uno según y conforme el amor y la fe; y que todo aparece próximo o distante según Su presencia, porque por ella son determinadas las cosas que hay en los cielos. Por ella tienen los ángeles también sabiduría, porque por ella tienen extensión de los pensamientos y por ella hay comunicación entre todas las cosas que se hallan en los cielos; en una palabra, por ella es que piensan espiritualmente, y no naturalmente, como los hombres.

23

LA FORMA DEL CIELO Y DE CÓMO ÉSTA DETERMINA LAS AFILIACIONES Y LAS COMUNICACIONES ALLÁ

200. Cual y como es la forma del cielo puede en alguna medida constar por lo que queda expuesto en el precedente artículo; sea que el cielo es el mismo en grande y en pequeño (n. 72); por consiguiente que cada sociedad es cielo en menor forma y cada ángel en mínima forma (n. 51-58). Que así como todo el cielo representa a un solo hombre, así cada sociedad del cielo representa a un hombre en menor forma y cada ángel en mínima forma (n. 59-77). Que en el medio se hallan los más sabios, y alrededor hasta los bordes los menos sabios, siendo esto así en cada sociedad (n. 43). Que del oriente al occidente en el cielo habitan los que se hallan en el bien del amor, y del mediodía al septentrión los que se hallan en verdades por el bien; lo mismo en cada sociedad (n. 148, 149). Todas estas cosas se hallan según la forma del cielo, por lo cual se puede por ellas saber cual es su forma en general.

201. Importa saber cual es la forma del cielo, puesto que no tan sólo se arreglan según ella todas las sociedades, sino que también según ella se verifica toda comunicación; y verificándose así toda comunicación, se verifica también así toda extensión de pensamientos y de inclinaciones, por consiguiente toda inteligencia y sabiduría de los ángeles. De ahí viene que tanto como uno se halla en la forma del cielo, es decir tanto como es forma del cielo, tanto es sabio. Decir hallarse en la forma del cielo o en él orden del cielo, es lo mismo, puesto que la forma de cada cosa viene del orden y se halla según el mismo.

202. Aquí se dirá primero algo de lo que es hallarse en la forma del cielo. El nombre es criado a la imagen del cielo y a la imagen del mundo; su interior a la imagen del cielo, y su exterior a la imagen del mundo (véase arriba, n. 57). Decir a la imagen equivale a decir según la forma. Pero puesto que el hombre por los males de su voluntad y de ahí por las falsedades del pensamiento, ha destruido en sí la imagen del cielo, o sea la forma del mismo, y en su lugar introducido la imagen y la forma del infierno, se halla su interior

EL CIELO Y EL INFIERNO

cerrado desde la hora de nacer, siendo esto la causa de que el hombre, diferentemente de todo género de animal, nace en completa ignorancia: pero a fin de que le sea restaurado la imagen o la forma del cielo, ha de ser instruido en las cosas que pertenecen al orden, porque, como arriba queda dicho, según el orden es la forma. El Verbo contiene todas las leyes del Divino orden, porque las leyes del Divino orden son los preceptos que en ella se hallan; por consiguiente, tanto como el hombre los conoce y vive según ellos tanto es abierto su interior, y allí de nuevo formado el orden o la imagen del cielo. Consta por esto lo que es hallarse en la forma del cielo, sea que es vivir conforme los preceptos que se encuentran en el Verbo.

203. Tanto como se halla uno en la forma del cielo tanto está en el cielo, y tanto es asimismo cielo en mínima forma (n. 57); tanto se halla por consiguiente en inteligencia y sabiduría, porque, según queda dicho arriba, todo pensamiento que pertenece a su entendimiento, y toda inclinación que pertenece a su voluntad, se extienden en el cielo hacia todas partes según su forma y tiene, de maravillosa manera, comunicación con las sociedades que hay allí, y estas a su vez con él. Algunos creen que los pensamientos y las inclinaciones no se extienden en efecto alrededor de ellos, sino que se hallan dentro de ellos, por la causa de que ven lo que piensan dentro de sí, y no como a una distancia; pero se engañan mucho, porque así como la vista del ojo tiene extensión a objetos lejanos y es afectado según el orden de los objetos que observa en la extensión, así también su vista interior, que es la inteligencia, tiene extensión por el mundo espiritual, por más que no se apercibe de esto, por la causa que arriba se ha dicho (n. 196). La diferencia es tan sólo que la vista del ojo es afectada de un modo natural, puesto que es afectada por las cosas que hay en el mundo natural; pero la vista del entendimiento es afectada de un modo espiritual, puesto que es afectada por las cosas que hay en el mundo espiritual, las cuales todas se refieren al bien y a la verdad; la razón por la cual el hombre ignora que esto es así es que no sabe que hay luz alguna que ilumina el entendimiento, siendo sin embargo así, que el hombre, sin una luz que ilumine el entendimiento, nada absolutamente puede pensar acerca de esta luz (véase arriba, n. 126-132). Hubo cierto espíritu que creía, él también, que pensaba de y por sí mismo, así pues sin extensión alrededor de sí y por consiguiente sin comunicación con las sociedades fuera de él. a fin de que conociera que se hallaba en lo falso le fue interrumpida la comunicación con las sociedades mas próximas. En consecuencia de esto no tan solo quedó privado de la facultad de pensar, sino que cayó como exánime, agitando sin embargo los brazos como un niño recién nacido. A los pocos momentos la comunicación le fue restablecida, y a medida que iba restableciéndose, volvía gradualmente al estado de su pensamiento. Otros espíritus, que vieron esto reconocieron luego que todo pensamiento é inclinación influyen con arreglo a la comunicación, y puesto que influyen todo pensamiento y toda inclinación, influye también cuanto pertenece a la vida, considerando que la vida del hombre consiste toda ella en que puede pensar é inclinarse, o lo que es lo mismo, en que puede entender y querer.

204. Pero conviene a saber que la inteligencia y sabiduría en cada uno varia con arreglo a la comunicación. Aquellos cuya inteligencia y sabiduría se halla formada por verdades y bienes genuinos tienen comunicación con las sociedades según la forma del cielo; otros, cuya inteligencia y sabiduría no están formadas por verdades y bienes genuinos, sin embargo por tales que concuerdan, tienen comunicación fluctuante y de irregular coherencia, porque no la tienen con las sociedades por el orden sucesivo en el cual se

halla la forma del cielo. Por otra parte, aquellos que no se hallan en inteligencia y sabiduría, puesto que se hallan en mentiras por el mal, tienen comunicación con las sociedades del infierno. La extensión está con arreglo a la cuantía de confirmaciones. Conviene a saber además que aquella comunicación con las sociedades no es una comunicación con ellas de manifiesta percepción para los que están allí, sino una comunicación con la calidad, en que se hallan y que procede de ellos.

205. Todos en el cielo se hallan asociados con arreglo a afinidades, que son afinidades del bien y de la verdad en su orden; así es en el cielo entero, en cada sociedad y en cada casa; de allí viene el que los ángeles que se hallan en similar bien y verdad se conocen como se conocen consanguíneos y parientes en la tierra, bajo todos puntos de vista, como conocidos de infancia. Del mismo modo se hallan asociados los bienes y las verdades que forman la sabiduría é inteligencia en cada uno de los ángeles; de esta misma manera se conocen, y conforme el conocimiento se establecen los vínculos. Por lo cual aquellos en quienes el bien y la verdad se hallan unidos con arreglo a las formas del cielo ven las consecuencias de las causas en series y en un ancho círculo alrededor de ellos, como forman coherencia. Cosa diferente acontece con aquellos en quienes el bien y la verdad no se hallan unidos según la forma del cielo.

206. Tal es, en cada cielo, la forma según la cual tiene lugar la comunicación y la extensión del pensamiento y de la inclinación de los ángeles, es decir, según la cual hay en ellos inteligencia y sabiduría; pero la comunicación es distinta según los cielos, es decir la del tercero o íntimo con el segundo o intermedio es distinta de la de este, y aquel con el primero o sea el último. La comunicación entre los cielos no debe, sin embargo, llamarse comunicación, sino influjo; acerca de este influjo se dirá ahora algo.

207. Que entre cielo y cielo no hay comunicación, sino influjo, puede ser claro por la situación de ellos entre sí. El tercer cielo, o sea el íntimo, se halla encima; el segundo, o sea el intermedio, está debajo; y el primero, o sea el último, está aún más bajo. De igual manera las sociedades en cada cielo, es decir, que viven como quienes viven en elevados lugares parecidos a montes (n. 188); en su parte más alta viven los que son del íntimo cielo; en la parte menos elevada, los que son del segundo; todavía más bajo, los que son del último, y así en todas partes tanto en lugares elevados cuanto en lugares no elevados. Una sociedad de un cielo superior no tiene comunicación con otra sociedad de un cielo inferior, más que por correspondencias (véase arriba, n. 100); y la comunicación mediante correspondencias es lo que se llama influjo.

208. La conjunción de un cielo con otro cielo o de una sociedad de uno de los cielos con una sociedad de otro de ellos, se verifica por el Señor sólo mediante influjo inmediato y mediato; por influjo inmediato de sí mismo y por influjo mediato por conducto de los cielos superiores, por su orden en los inferiores. Puesto que la conjunción de los cielos mediante influjo viene del Señor sólo, se evita en lo extremo el que algún ángel de un cielo superior mire hacia abajo en una sociedad de un cielo inferior y hable con alguien allí: tan pronto como esto sucede pierde su inteligencia y sabiduría. Se dirá también la causa: Cada ángel tiene tres grados de vida, así como hay tres grados de cielo. En los que están en el íntimo cielo se halla abierto el tercero o sea íntimo grado, estando cerrados el primero y segundo: en los que están en el cielo intermedio, el segundo grado está abierto, hallándose cerrados el primero y tercero, y en los que están en el último cielo se halla abierto el primer grado y cerrados el segundo y el tercero; por consiguiente, tan pronto como un ángel del tercer cielo mire abajo en una sociedad del segundo cielo y hable con

EL CIELO Y EL INFIERNO

alguien allí, su tercer grado se cierra, y después de cerrado este se encuentra privado de su sabiduría, porque en el tercer grado reside su sabiduría, y ninguna tiene en el segundo ni en el primero. Esto es lo que significan las palabras del Señor en Mateo:

Él que sobre el terrado no descienda a tomar algo de su casa, y él que en el campo no vuelva atrás a tomar sus vestidos (24: 17, 18).

Y en Lucas:

En aquel día él que estuviere en el terrado y sus alhajas en casa, no descienda a tomarlas, y él que en el campo asimismo no vuelva atrás; acordaos de la mujer de Lot (17: 31, 32).

209. Influjo de los cielos inferiores en los superiores no tiene lugar, siendo esto en contra del orden, sino de los cielos superiores en los inferiores. La sabiduría de los ángeles de un cielo superior excede también a la sabiduría de los ángeles de un cielo inferior como la miriada excede a uno; lo cual también es una causa de que los ángeles de un cielo inferior no pueden hablar con los ángeles de un cielo superior; y tanto es así que si miran allí no los ven; el cielo superior les parece una neblina encima de la cabeza: los ángeles de un cielo superior pueden por lo demás, ver a los que están en un cielo inferior, pero no es permitido entrar en conversación con ellos, sino con la pérdida de su sabiduría, como queda dicho arriba.

210. Los pensamientos y las inclinaciones, así como las conversaciones, de los ángeles del íntimo cielo nunca se perciben en el intermedio cielo, puesto que tanto trascienden, pero cuando place al Señor se manifiestan como flamante fulgor en los cielos inferiores, y los del cielo intermedio se manifiestan como brillante resplandor en el último cielo, a veces como una nube blanca reluciente, de diversos colores; por esta nube, por su elevación, su descenso y forma saben asimismo poco más o menos lo que hablan en el cielo superior.

211. Por esto puede ser claro cual es la forma del cielo; es decir que en el íntimo cielo es más perfecta; en el intermedio cielo también perfecta, pero menos, y en el último cielo aún menos; asimismo que la forma de uno de los cielos subsiste mediante la de otro por influjo del Señor. Pero no se puede concebir como es la comunicación por influjo, si no se sabe como son los grados de altitud, y cual es la diferencia entre estos grados y los grados de longitud y latitud. (Cuales y como son aquellos y estos se puede ver, n. 38.)

212. La forma especial del cielo y su manera de obrar y fluir es incomprendible hasta a los ángeles. Algo de ella puede comprenderse por la forma de lo que existe en el cuerpo humano, cuando es investigado y detenidamente examinado por un hombre entendido y sabio, porque arriba en su artículo ha sido manifestado que el cielo en su totalidad representa a un solo hombre (véase n. 59, 72); y que todas las cosas que hay en el hombre corresponden a los cielos (n. 87, 102). Cuan incomprendible é inexplicable es aquella forma, consta también por las fibras nerviosas, de los cuales se componen los órganos todos y cada uno en particular. El aspecto de estas fibras, como se hallan entretrejidos en el cerebro y como obran en él ni puede verse por el ojo, porque innumerables fibras se hallan allí combinados de tal manera que, vistas en conjunto, parecen una masa blanda, continua; sin embargo, todo cuanto pertenece a la voluntad y al entendimiento, hasta su más mínimo detalle, influye por conducto de ellas distintamente en estos. De que manera estas fibras vuelven a juntarse en el cuerpo se ve por diversos plexos, como el del corazón, el del mesenterio y otros, y asimismo por los nudos que se llaman ganglios, en los cuales entran fibras de varias regiones, entremezclándose allí, y, combinadas de nueva manera, salen para sus funciones, repitiéndose esto varias veces. Además hay varias otras

cosas parecidas en cada víscera, miembro, órgano y músculo. Él que con ojo sabio examina estas fibras y varias otras cosas maravillosas allí, quedará atónito, y, sin embargo, son tan pocas las cosas que ve con los ojos; las que no ve son aún más maravillosas, porque se hallan en la íntima naturaleza. Esta es precisamente la forma que corresponde a todas las cosas del cielo, lo cual se ve manifiestamente por la operación de todas las cosas de la voluntad y del entendimiento dentro de la misma y con arreglo a la misma; porque todo cuanto el hombre quiere lo expresa por conducto de ella espontáneamente en acto, y todo cuanto piensa recorre las fibras desde sus principios hasta cerca de sus terminaciones, donde se hallan los sentidos exteriores; y, puesto que es la forma del pensamiento y de la voluntad, es también la forma de la inteligencia y de la sabiduría. Esta forma es la que corresponde a la forma del cielo y por ella puede saberse cual es la forma según la cual se extienden las inclinaciones y pensamientos de los ángeles, y que estos se hallan en inteligencia y sabiduría tanto como se hallan en esta forma. Que la forma del cielo viene de la Divina Humanidad del Señor se puede ver arriba (n. 78-86). Estas cosas quedan referidas con el fin de que se sepa también que la forma celestial es tal que jamás puede ser agotada, ni siquiera en cuanto a sus principios, siendo así incomprendible también a los ángeles, como hemos dicho antes.

24

LOS GOBIERNOS EN EL CIELO

213. Puesto que el cielo se halla organizado en sociedades, y las sociedades mayores consisten de algunos centenares de miles de ángeles (n. 50), y que todos en una sociedad por cierto se hallan en un similar bien pero no en similar sabiduría (n. 43), sigue necesariamente que también hay gobiernos, porque el orden ha de ser observado, y todo cuanto al orden pertenece ha de ser custodiado. Pero los gobiernos en el cielo son varios. Los que hay en las sociedades que constituyen el reino celestial del Señor son diferentes de los que hay en las sociedades que constituyen el reino espiritual del Señor. Difieren también con arreglo a los ministerios, propios de cada sociedad. Pero en los cielos no hay otro gobierno que el amor mutuo, y el régimen del amor mutuo es el régimen celestial.

214. El gobierno en el reino celestial del Señor se llama Justicia, puesto que todos los que están allí se hallan en el bien del amor al Señor por el Señor; y lo que se verifica por este bien se llama justo. El gobierno allí es del Señor sólo; Él les guía y les enseña en asuntos del vivir: las verdades que se llaman las del juicio, se hallan inscritas en sus corazones; y cada uno las sabe, las percibe y las ve; por lo cual allí nunca entran en lites asuntos del juicio, sino asuntos de justicia, los cuales son del vivir: los menos sabios interrogan sobre estos asuntos, a los más sabios, y estos al Señor y dan contestación. El cielo de ellos, o sea su íntimo goce, es vivir una vida de justicia por el Señor.

215. El gobierno en el reino espiritual del Señor se llama Juicio, puesto que se hallan en el bien espiritual, el cual es el bien del amor al prójimo, y este bien en su esencia es verdad; la verdad es del juicio y el bien es de la justicia. Estos también son guiados por el Señor, pero indirectamente (n. 208), por cuya razón hay para ellos prefectos, en más o menos número según requiere la sociedad en que están. Para ellos hay también leyes, conforme las cuales viven entre sí. Los prefectos administran todo según las leyes, las comprenden, puesto que son sabios, y en asuntos que ofrecen duda son ilustrados por el Señor.

EL CIELO Y EL INFIERNO

216. Siendo así que el régimen del bien, cual es en el reino celestial del Señor, es llamado Justicia, y el régimen de la verdad, cual es en el reino espiritual del Señor, es llamado Juicio, se dice en el Verbo "Justicia" y "Juicio" donde se trata del cielo y de la iglesia, y por "Justicia" se significa el bien celestial y por "Juicio" el bien espiritual, cuyo bien, según más arriba queda dicho, en su esencia es verdad, como en los siguientes lugares:

La paz no tendrá término sobre el trono de David, y sobre su reino, fomentándolo y confirmándolo en Juicio y en Justicia desde ahora para siempre (Isaías 9: 7).

Por "David" se entiende allí el Señor, y por "su reino" el cielo, lo cual es evidente por el pasaje siguiente:

Despertaré a David de nuevo justo, y reinará Rey, y obrará con inteligencia, y hará juicio y justicia en la tierra (Jeremías 23: 5).

Será ensalzado Jehová el cual mora en las alturas, llenó a Zion de juicio y de justicia (Isaías 33: 5).

Por "Zion" se entiende también el cielo y la iglesia.

Yo soy Jehová que hago juicio y justicia en la tierra, porque estas cosas quiero (Jeremías 9: 24).

Yo te desposaré conmigo para siempre, y te desposaré conmigo en justicia y juicio (Oseas 2: 19).

Jehová, hasta los cielos es... tu justicia como los montes de Dios y tus juicios como abismo grande (Salmo 36: 5, 6).

...me piden juicios de justicia y quieren acercarse a Dios (Isaías 58: 2),
y en otros lugares.

217. En el reino espiritual del Señor hay varias formas de gobierno, en cada sociedad diferente; varían según el ministerio que desempeñan las sociedades. Los ministerios de ellas son como los ministerios de todas las cosas en el hombre, a las cuales corresponden, y que estas son múltiples es sabido; porque cierto ministerio tiene el corazón, otro los pulmones, otro el hígado, otro el páncreas y el bazo, otro cada órgano sensorio. Así como los oficios de estos órganos en el cuerpo son varios, así son también varios los oficios de las sociedades en el Máximo Hombre, el cual es el cielo, porque las sociedades allí corresponden a estos órganos. Que hay correspondencia entre todo lo que hay en el cielo y todo lo que hay en el hombre se puede ver en su artículo (arriba, n. 87-102). Pero todas las formas gubernativas concuerdan en que miran, como fin, al bien público, y en este al bien de cada uno; así sucede porque todos en el cielo se hallan bajo el auspicio del Señor, quien ama a todos y por virtud del Divino amor dispone el que haya un bien común del cual los individuos particulares reciben su bien; cada uno recibe asimismo el bien según y conforme ama a la comunidad, porque cuanto alguien ama a la comunidad tanto ama a todos y a cada uno en particular; y puesto que ese amor es del Señor, es amado por el Señor en igual medida, y prospera.

218. Por esto puede ser claro cuales son los prefectos, es decir, que son los que están en amor y en sabiduría más que los otros, sea los que por amor desean el bien a todos, y por sabiduría pueden disponer que se realiza. Los que son así no dominan ni mandan, sino que administran y sirven (porque hacer el bien a todos por amor al bien es servir y el disponer que se realiza es ministrar); estos no pretenden ser mayores que los demás, sino menores, porque ponen en primer lugar el bien de la sociedad y del prójimo, y en segundo lugar el suyo; lo que está en primer lugar es mayor, lo posterior es menor. Sin embargo, reciben honor y gloria, viven en el centro de la sociedad, más elevados que los

demás, y también en magníficos palacios; aceptan asimismo esta gloria y estos honores, sin embargo, no para sí mismos, sino por obedecer; porque todos allí saben que aquel honor y aquella gloria vienen del Señor y por consiguiente se debe obedecer (admitiéndolos). Esto es lo que se entiende por las palabras del Señor a los discípulos:

Quien entre vosotros quiere ser grande, este sea vuestro servidor, y quien entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir [Mateo 20: 26, 27, 28].

Él que es mayor entre vosotros, sea como el más mozo, y él que es príncipe, como él que sirve (Lucas 22: 26).

219. Similar gobierno en mínima forma hay también en cada casa. Allí hay amo y servidumbre, el amo ama a los criados y los criados aman al amo, a causa de lo cual se sirven mutuamente, por amor; el amo enseña como se debe vivir y dicta lo que se ha de hacer, los criados obedecen y desempeñan los quehaceres; hacer uso es el goce de vida de todos, por esto es claro que el reino del Señor es el reino de los usos.

220. También en los infiernos hay gobiernos, porque si no hubiesen gobiernos, no se podría mantenerlos subyugados; pero allí los gobiernos son lo contrario de lo que son en los cielos, pertenecen todos al amor a sí mismo; cada uno allí quiere mandar sobre los demás y sobresalir; a los que no les favorecen, odian, ejerciendo contra ellos venganza, y contra ellos rabian; porque tal es el amor a sí mismo; por lo cual sobre ellos son puestos otros más malignos, a los cuales obedecen por temor. Pero sobre esto más adelante donde trataremos de los infiernos.

25

EL CULTO DIVINO EN EL CIELO

221. El culto Divino en el cielo no es desaparecido del culto Divino en la tierra en cuanto a lo exterior, pero difiere en cuanto a lo interior. Ellos tienen igualmente doctrinas, tienen sermones y tienen templos. Las doctrinas concuerdan en la esencia pero aquellas que hay en los cielos superiores son de una sabiduría más íntima que las que hay en los cielos inferiores. Los sermones son según las doctrinas: y así como tienen casas y palacios (n. 183-190) así tienen también templos en los cuales se verifican los sermones. La razón por la cual hay tales cosas también en el cielo, es que los ángeles son continuamente perfeccionados en sabiduría y amor, porque tienen como los hombres entendimiento y voluntad, y el entendimiento es tal que puede continuamente perfeccionarse; igualmente la voluntad; el entendimiento mediante verdades que pertenecen a la inteligencia, y la voluntad por medio de bienes que son del amor.

222. Pero el culto Divino en el cielo en sí mismo no consiste en frecuentar templos y escuchar predicaciones, sino en la vida del amor, de la caridad y de la fe, según las doctrinas; las predicaciones en los templos sirven tan solo como medios de ser instruidos en asuntos del vivir. He hablado con los ángeles sobre este particular, y he dicho que en el mundo se cree que el culto Divino consiste tan sólo en frecuentar templos, escuchar predicaciones, participar de la Santa Cena tres o cuatro veces al año, y demás detalles del culto según los estatutos de la iglesia; asimismo dedicar tiempo a oraciones, y entonces observar devoto comportamiento. Los ángeles dijeron que estas cosas son cosas exteriores, que deben practicarse, pero que para nada sirven si no hay un interior, del cual deben proceder, y que lo interior es vivir en conformidad con los preceptos que enseña la doctrina.

EL CIELO Y EL INFIERNO

223. Con el fin de qué supiera como son sus reuniones en los templos, me ha sido dado algunas veces entrar y escuchar las predicaciones. El predicador está en el pulpito al oriente; delante de su rostro están sentados los que se hallan en la luz de la sabiduría con preferencia a los demás; á la derecha y a la izquierda de estos están los que se hallan en menos. Se colocan en forma de semicírculo de manera a hallarse todos a la vista del predicador; en los puntos extremos de ambos lados, donde su vista no alcanza, no hay nadie. Cerca de la puerta que está al lado oriental del templo, a la izquierda del pulpito, están los que han de ser iniciados; no es permitido a nadie estar detrás del pulpito; si alguien hay allí, el predicador se confunde, lo mismo acontece si alguno en la reunión es de diferente opinión, teniendo por esto que desviar su rostro. Las reuniones se hacen con tanta sabiduría que no puede igualarlas ninguna de las que se hacen en el mundo; porque en los cielos están en una luz interior. En el reino espiritual los templos parecen ser de piedra, y en el reino celestial de madera, por la causa de que piedra corresponde a la verdad, en la cual se hallan los que están en el reino espiritual, y madera corresponde al bien en el cual están los que se hallan en el reino celestial. Las iglesias (Aedes) en este último reino no se llaman templos, sino casas de Dios. En el reino celestial hay iglesias sin magnificencia; en el reino espiritual, por otra parte, (las hay) con más y menos magnificencia.

224. He hablado también con cierto predicador acerca de lo santo en lo cual se hallan los que escuchan las predicaciones en los templos; y dijo que la piedad, la devoción y la santidad de cada uno son según sus cosas interiores, que son del amor y de la fe; puesto que en estos está lo santo mismo, viendo que en ellos está lo Divino del Señor; y que no sabía lo que era una santidad exterior sin ellos; pensando en una santidad exterior sin ellos, dijo que acaso sería algo que mentirosamente presenta santidad en forma exterior, bien adquirida con arte, bien hipócrita; y que algún fuego impuro del amor a sí mismo y al mundo suscita y presenta tal cosa.

225. Todos los predicadores son del reino espiritual del Señor, y ninguno del reino celeste; la razón por la cual son del reino espiritual es porque allí están en verdades por el bien, y por verdades se verifica toda predicación; que ninguno es del reino celestial es porque allí están en el bien del amor, y por este ven y perciben las verdades, pero no hablan de ellas. Aunque los ángeles que están en el reino celestial perciben y ven las verdades, se verifican allí, sin embargo, predicaciones, siendo así que mediante ellas son ilustrados en las verdades que han conocido; y perfeccionados mediante otras verdades que no habían conocido antes; tan pronto las oyen las reconocen y de esta manera las perciben; las verdades que perciben, aman también, y por vivir conforme ellas hacen de ellas su vida. Dicen que vivir según las verdades es amar al Señor.

226. Todos los predicadores son ordenados por el Señor y de ahí poseen el don de saber predicar. No es permitido a nadie más que a ellos enseñar en los templos." Son llamados predicadores pero no sacerdotes. La causa de que no se llaman sacerdotes, es que el sacerdocio del cielo es el reino celestial, porque sacerdocio significa el bien del amor al Señor, en el cual están los que se hallan en ese reino; la realeza del cielo por otra parte es el reino espiritual; porque realeza significa verdad por el bien, en la cual están los que habitan ese reino (véase arriba, n. 24).

227. Las doctrinas con arreglo a las cuales las predicaciones se hacen miran todas a la vida como fin, y ninguna a la fe sin la vida. La doctrina del íntimo cielo es más llena de sabiduría que la doctrina del cielo intermedio, y está más llena de inteligencia que la

doctrina del último cielo, porque las doctrinas son acomodadas a la percepción de los ángeles en cada cielo. Lo esencial de todas las doctrinas es reconocer la Divina Humanidad del Señor.

26

EL PODER DE LOS ÁNGELES EN EL CIELO

228. Que, los ángeles tienen potencia no lo pueden comprender los que nada saben del mundo espiritual y de su influjo en el mundo natural; estos piensan que los ángeles no pueden tener potencia puesto que son espirituales y tan puros é impalpables que no pueden siquiera ser vistos con los ojos; pero los que miran más adentro en las causas de las cosas opinan de otra manera; estos saben que toda potencia que tiene el hombre viene por su entendimiento, y, voluntad, porque sin ellos no puede mover una partícula del cuerpo. El entendimiento y la voluntad constituyen su hombre espiritual; este pone en movimiento el cuerpo y sus miembros a cada indicación suya; porque lo que piensa, esto habla la boca y la lengua; y lo que quiere lo ejecuta el cuerpo y las fuerzas las proporciona igualmente a su antojo. La voluntad y el entendimiento del hombre son gobernados, por el Señor mediante ángeles y espíritus, y siendo así gobernados la voluntad y el entendimiento, lo son también todas las cosas del cuerpo, puesto que estas proceden de aquellos y si lo queréis creer, el hombre no puede moverse siquiera un paso sin el influjo del cielo. Que así es me consta por mucha experiencia; ha sido dado

A los ángeles mover mis pasos, dirigir mis acciones, mi lengua y mi habla como querían, y esto mediante influjo en mi voluntad y pensamiento, y reconocí que nada podía hacer de y por mí mismo. Dijeron luego que así es gobernado todo hombre y que puede saber esto por la doctrina de la iglesia y por el Verbo; porque ora a Dios para que le envíe sus ángeles, quienes han de guiarle, dirigir sus pasos, enseñarle é inspirarle lo que debe pensar, lo que debe hablar, y cosas parecidas, por más que cuando piensa consigo mismo, aparte de la doctrina, habla y cree cosas distintas. Esto se ha dicho a fin de que se sepa cuanta potencia los ángeles en el hombre tienen sobre él.

229. Pero la potencia de los ángeles en el mundo espiritual es tan grande que, de ser manifestado, lo que con respecto a esto he visto excedería a toda creencia; si allí ofrece resistencia una cosa que debe ser alejada por ser contraria al Divino orden, la derrumban y la echan por tierra mediante el mero esfuerzo de la voluntad y de la mirada; así he visto derrumbados y precipitados montes que se hallaban ocupados por los malos, a veces hendidos de un extremo al otro como sucede en terremotos, asimismo he visto rocas partidas por el medio hasta lo más profundo, siendo engullidos los malos que estaban en ellas; también he visto por ellos dispersados y echados al infierno centenares de miles de malos. La numerosidad nada hace contra ellos, ni los artificios, la astucia y las trabas; todo lo "ven y lo disipan en un momento. Más sobre este particular puede verse en el relato "La Babilonia Destruída." Tal potencia tienen en el mundo espiritual. Que los ángeles tienen igual potencia en el mundo natural cuando les es concedido consta por el Verbo, como por ejemplo, que entregaron a la destrucción ejércitos enteros, que hicieron venir peste, de la cual murieron setenta mil hombres; de cuyo ángel se lee así:

El ángel extendió su mano contra Jerusalén para destruirla; pero Jehová se arrepintió de aquel mal, y, dijo al ángel que destruía el pueblo, Basta ahora; detén tu mano: y David vio al ángel que hería al pueblo (2 Samuel 24: 16,17);

EL CIELO Y EL INFIERNO

además en otros casos. Puesto, que los ángeles tienen tal potencia se llaman también potencias; y según David:

Benedicid a Jehová vosotros sus ángeles poderosos en fortaleza (Salmo 103: 20).

230. Pero sépase que los ángeles absolutamente ninguna fuerza tienen de y por sí mismos, sino que toda potencia tienen del Señor, y son potencias tanto como reconocen a Él. Quien entre ellos cree tener potencia de y por sí mismo se vuelve en seguida tan débil que no puede resistir siquiera a un solo espíritu malo, y esto es la causa de que los ángeles absolutamente ningún mérito atribuyen a sí mismos, que tienen aversión a toda alabanza y gloria por cualquier acto y que lo atribuyen al Señor.

231. La Divina verdad procedente del Señor es la que tiene toda potencia en el cielo, porque el Señor en el cielo es la Divina verdad unida al Divino bien (véase arriba, n. 126-140); tanto como los ángeles son recipientes de estos tanto son potencias. Cada uno es asimismo su verdad y su bien, puesto que cada uno es tal como su entendimiento y voluntad, y el entendimiento pertenece a la verdad, porque todo cuanto hay en él mismo, viene de verdades, y la voluntad pertenece al bien, porque toda ella viene de bienes; siendo así que lo que uno entiende lo llama verdad, y lo que quiere lo llama bien; de ahí que cada uno es su bien y su verdad. Por lo tanto en la medida que un ángel por lo Divino es la verdad y por lo Divino es el bien; en esta medida es potencia; porqué en ésta medida está el Señor en él; y puesto que ninguno se halla en un bien y una verdad absolutamente similar é idéntico al de otro, porque en el cielo así como en el mundo existe perpetua variación (n. 20), por lo mismo no se halla un ángel en similar potencia que Otro. En mayor potencia se hallan los que constituyen los brazos en el Máximo Hombre, o sea en el cielo, por la causa de que los que allí están se hallan en verdades con preferencia a los demás y en sus verdades influye el bien del cielo entero. La potencia de todo el hombre se transfiere también a los brazos, y todo el cuerpo ejerce mediante ellos su fuerza. De ahí viene, que por "brazos" y por "maños" en el Verbo se significa potencia. En el cielo aparece en consecuencia de ello; a veces un brazo desnudo, el criar tiene tanta potencia que podría quebrar todo obstáculo, aunque fuera una peña en la tierra; este se acercó una vez a mí, y percibí que podría quebrar y pulverizar mis huesos:

232. Que la Divina verdad que procede del Señor tiene toda potencia, y que los ángeles son potencias tanto como son receptáculos de la Divina verdad del Señor, se puede ver arriba (n. 137); pero los ángeles son receptáculos de la Divina verdad tanto como son receptáculos del Divino bien; porque las verdades que vienen del bien tienen toda potencia, pero las verdades sin el bien, ninguna; y asimismo el bien mediante la verdad tiene toda potencia, y el: bien sin la verdad, ninguna; por la conjunción de ambos resulta potencia. Cosa igual sucede con la fe y el amor; porque dígame verdad o dígame fe, lo mismo es; siendo así que la fe es toda ella la verdad; y dígame bien o dígame amor, una misma cosa es, puesto que el amor es entero e idéntico con el bien. Cuan grande potencia tienen los ángeles por la verdad que procede del bien es evidente también por esto de que un espíritu malo, ante la mera mirada de los ángeles, cae en desmayo y no parece hombre, y esto hasta que el ángel aparta los ojos. La causa de que una mirada de los ángeles produce tal efecto es que la vista de los ángeles viene de la luz del cielo, y la luz del cielo es la Divina verdad (véase arriba, n. 126-132). Los ojos corresponden también a verdades procedentes del bien.

233. Siendo así que las verdades procedentes del bien tienen toda potencia, resulta que las falsedades procedentes, del mal absolutamente ninguna potencia tienen. Todos en el

infierno están en falsedades por el mal; por lo cual ninguna potencia tienen contra la verdad y el bien. Pero cual y como es su potencia entre sí y cual y como es la potencia de los espíritus malos antes de ser echados al infierno se dirá en lo que sigue.

27

EL HABLA DE LOS ÁNGELES

234. Los ángeles hablan entre sí exactamente como los hombres en el mundo, y, como estos, hablan de varias cosas; de asuntos domésticos, de asuntos del estado civil, de asuntos de la vida moral y de asuntos de la vida espiritual; no hay diferencia con excepción de que los ángeles entre sí hablan con mas inteligencia que los hombres, puesto que hablan desde un pensamiento más interior; a menudo me ha sido dado estar junto con ellos y hablar con ellos como amigo con amigo, y a veces como un desconocido con un desconocido, y puesto que entonces me he hallado en igual estado que ellos no he sabido sino que hablaba con hombres en la tierra.

235. El hablar con los ángeles se verifica en forma de palabras como el hablar humano, se pronuncia también tan audiblemente y se oye tan claramente como esté porque ellos también tienen boca, lengua y oídos, y tienen asimismo, una atmósfera, en la cual el sonido de su habla se articula, pero es una atmósfera espiritual, adaptada a los ángeles, que son espirituales; los ángeles respiran en su atmósfera como los hombres en la suya y pronuncian las palabras mediante la respiración.

236. Todos en el cielo tienen un solo idioma, todos se entienden, no importa de que sociedad sean, de una sociedad vecina o de una sociedad lejana. Allí la lengua no se aprende; sino que está implantada en cada uno, porque emana de la inclinación misma y de su pensamiento; el timbre de su voz corresponde a su inclinación, y la articulación del sonido, o sea las palabras, corresponden a las ideas del pensamiento que vienen de la inclinación, y puesto que el habla corresponde a estas, es ella también espiritual, porque es la inclinación transformada en sonido y el pensamiento en habla. Él que reflexiona puede saber que todo pensamiento viene de la inclinación que pertenece al amor, y que las ideas del pensamiento son las diversas formas en las que se halla distribuida la inclinación común, porque sin inclinación no hay absolutamente ningún pensamiento y ninguna idea; su alma y su vida vienen de ella. Por esta razón los ángeles conocen la calidad de otro por el mero hablar: por el sonido, la calidad de su inclinación, por la articulación del sonido, o sea por las palabras, la calidad de su mente. Los ángeles más sabios conocen por una sola frase cual es la inclinación predominante, porque en esta fijan su atención con preferencia. Conocido es que cada uno tiene varias inclinaciones; una cuando se halla en alegría, otra cuando en tristeza, otra cuando en clemencia y misericordia, otra cuando se halla, en sinceridad y verdad, otra cuando está en amor y en caridad, otra cuando se halla celoso e iracundo, otra cuando intenta simular y engañar, otra cuando aspira a honores y gloria, y así en adelante. Pero la inclinación, o sea el amor dominante, se halla en todas ellas, por lo cual los ángeles más sabios, puesto que perciben esto, conocen por el habla completamente el estado del otro. Por mucha experiencia he llegado a saber que es así; he oído a ángeles revelar la vida de otro, sencillamente mediante el haberle escuchado; han dicho también que conocen cuantas cosas hay en la vida de otro por medio de algunas ideas de su pensamiento, puesto que por estas conocen su amor predominante, en el cual todo se halla por su orden, y que el libro de vida del hombre no es otra cosa.

EL CIELO Y EL INFIERNO

237. La lengua angélica nada tiene de común con las lenguas humanas, con excepción de algunas palabras, que suenan de cierta inclinación; sin embargo no con las palabras mismas sino con el sonido de ellas, sobre cuyo particular se dirá algo en lo que sigue. Que la lengua angélica nada de común tiene con las lenguas humanas es evidente por esto de que a los ángeles es imposible pronunciar una sola palabra de la lengua humana; han probado pero no han podido, porque no pueden pronunciar más que lo que concuerda con su inclinación; lo que no concuerda repugna a su vida misma, porque la vida es de la inclinación, y de esta viene su hablar. Se me ha dicho que la primera lengua de los hombres en la tierra concordaba, porque la tenían del cielo; y que la lengua hebrea concuerda con algunas cosas.

238. Puesto que el hablar de los ángeles corresponde a sus inclinaciones que son del amor, y que el amor en el cielo es amor al Señor, y amor al prójimo (véase arriba, n. 13-19), es evidente cuan hermoso y grato es su hablar, porque no afecta tan sólo a los oídos, sino también al interior de la mente de los que oyen. Hubo cierto espíritu, duro de corazón, con el cual habló un ángel; se afectó tanto, al fin, por el hablar de este, que vertió lágrimas; dijo que no podía resistir, puesto que era el amor mismo hablando y que jamás antes había vertido lágrimas.

239. El hablar de los ángeles está asimismo lleno de sabiduría, puesto que procede de su pensamiento interior, y su pensamiento interior es sabiduría, así como su inclinación interior es amor; su amor y sabiduría se reúnen en el hablar; de ahí que este es tan lleno de sabiduría que pueden expresar con una sola palabra lo que el hombre no puede con mil palabras, al par que las ideas de su pensamiento envuelven cosas que el hombre no puede concebir, mucho menos pronunciar; por esto es que las cosas que se han oído y visto en el cielo se llaman indecibles, cuales nunca oído escuchó ni ojo vio. Que así es me ha sido dado saber también por experiencia. Algunas veces he sido introducido en el estado en el cual se hallan los ángeles, y en este estado he hablado con ellos, comprendiendo entonces todo; pero al ser reintroducido en mi anterior estado, y por consiguiente en mi pensamiento natural, propio del hombre, queriendo entonces recordar lo que había oído, no he podido; porque había mil cosas que no se adaptaban a las ideas del pensamiento natural; eran por consiguiente indecibles, no siendo en las variaciones de la luz celestial; por lo tanto de ninguna manera podían interpretarse con palabras humanas. Las ideas del pensamiento de los ángeles, de las cuales vienen sus palabras, son en efecto modificaciones de la luz del cielo, y las inclinaciones, de las cuales viene el sonido de las palabras, son modificaciones del calor del cielo, siendo así que la luz del cielo es la Divina verdad, o sea la sabiduría, y el calor del cielo es el Divino bien, o sea el amor (véase arriba, n. 126-140); y del Divino amor tienen los ángeles la inclinación, y de la Divina sabiduría tienen el pensamiento.

240. Puesto que el hablar de los ángeles procede directamente de su inclinación, siendo, como arriba, n. 236, queda dicho, las ideas del pensamiento, las diversas formas en las cuales se halla distribuida la inclinación común, pueden los ángeles en un minuto expresar lo que el hombre no puede expresar en una media hora, y asimismo pueden con unas pocas palabras exponer lo que por escrito ocuparía varias páginas: esto me consta también por mucha experiencia. Las ideas del pensamiento de los ángeles y las palabras de su habla forman uno, como la causa eficiente y el efecto; porque en las palabras se presenta en efecto lo que en las ideas del pensamiento se halla como causa: de ahí que cada una de las palabras encierra en sí tantas cosas. Los detalles del pensamiento y por

consiguiente los detalles del hablar de los ángeles, al ser expuestos a la vista, aparecen efectivamente como una tenue onda, o atmósfera, que flota alrededor, en la cual hay innumerables cosas por su orden, las cuales proceden de su sabiduría y entran en el pensamiento de otro, afectándole. Las ideas del pensamiento de cada uno, tanto las del ángel cuanto las del hombre, son presentadas a la vista en la luz del cielo cuando al Señor place.

241. Los ángeles que están en el reino celestial del Señor hablan de igual manera que los ángeles que están en el reino espiritual del Señor, pero los ángeles celestiales hablan desde un pensamiento más interior que los ángeles espirituales y puesto que los ángeles celestiales están en el bien del amor al Señor, hablan por sabiduría, y los ángeles espirituales, puesto que están en el bien del amor al prójimo, que en su esencia es verdad (n. 215), hablan por inteligencia, porque del bien viene la sabiduría, y de la verdad la inteligencia; por esto el hablar de los ángeles celestiales es como un río tranquilo, suave y por así decir continuo; pero el hablar de los ángeles espirituales tiene algo de vibrante y desigual: el hablar de los ángeles celestiales suena también mucho de las vocales u y o, y el hablar de los ángeles espirituales de las vocales e é i, porque las vocales expresan el sonido y en el sonido está la inclinación, según arriba (n. 236) se ha dicho, o sea que el sonido del habla de los ángeles corresponde a la inclinación y la articulación del sonido, es decir, las palabras corresponden a las ideas del pensamiento que vienen de la inclinación. Puesto que las vocales no pertenecen al idioma sino a la elevación de las palabras, mediante el sonido, a diferentes inclinaciones según el estado de cada uno, sucede que las vocales en el idioma hebreo no son definidas, y se pronuncian de varias maneras. Es por esta razón que los ángeles conocen como son los hombres, con respecto a la inclinación y al amor. El hablar de los ángeles celestiales carece también de consonantes duros, y rara vez corre de consonante en consonante, sin intercalar una palabra que empieza con vocal; de ahí que en el Verbo se halla intercalada tan a menudo la pequeña voz "y," de lo cual pueden convencerse los que leen el Verbo en el idioma hebreo, en el cual esta pequeña voz es suave, principiando y terminando con vocal. Por las voces del Verbo en aquel idioma puede hasta cierto punto saberse si pertenecen a la clase celestial o a la clase espiritual; es decir, si encierran en sí el bien o la verdad; las que encierran el bien tienen mucho de u y de o y también de a; y las que encierran la verdad tienen mucho de "e" y de "i". Puesto que las inclinaciones se expresan principalmente mediante los sonidos, sucede que en los discursos de los hombres sobre temas sublimes, tales como el cielo y Dios, son predilectas las palabras que contienen u y o. Hasta las notas musicales se revisten de estas vocales cuando se trata de expresar tales cosas. Otra cosa sucede cuando se trata de cosas no sublimes. Así es, que mediante el arte de la música puede expresarse inclinaciones de varias clases.

242. En el hablar de los ángeles hay cierto acento armonioso, indescriptible. Este acento viene de que los pensamientos y las inclinaciones, de los cuales procede el habla, se difunden y extienden según la forma del cielo y según la forma del cielo se hallan todos asociados y se verifica toda comunicación. Que los ángeles se hallan asociados según la forma del cielo y que sus pensamientos e inclinaciones se extienden según ella, se puede ver arriba (n. 200-212).

243. Un idioma como el que hay en el mundo espiritual se halla implantado en cada hombre, en la parte interior de su pensamiento; pero puesto que esta lengua no cae en palabras análogas a las inclinaciones, como en los ángeles, el hombre ignora que la posee

EL CIELO Y EL INFIERNO

en sí. Es, sin embargo, por esto que el hombre, al entrar en la otra vida, se halla en igual idioma que los espíritus y los ángeles allí, y que así sabe hablar sin ser enseñado. Pero sobre este particular se dirá más luego.

244. El idioma es único para todo el cielo, como se ha dicho más arriba, con la particularidad, sin embargo, de que el habla de los sabios es interior y más llena de modificaciones de las inclinaciones y de las ideas de los pensamientos; mientras que el habla de los menos sabios es exterior y no tan llena, y el habla de los simples aún más exterior, y por eso formada de palabras de las cuales se ha de sacar el sentido, como cuando los hombres hablan entre sí. Hay también un hablar por el rostro, terminando con sonido, modificado mediante las ideas; existe asimismo un hablar en el cual se hallan cosas representativas del cielo, mezcladas con ideas, y mediante las ideas presentadas visibles. También hay un hablar mediante gestos que corresponden a las inclinaciones y expresan iguales cosas que las palabras de estas. Existe un hablar mediante las cosas comunes de las inclinaciones y las cosas comunes de los pensamientos, hay un hablar tonante; y además otros.

245. El idioma de los espíritus malos e infernales les es, también connatural, puesto que viene de las inclinaciones, pero consiste de inclinaciones malas y por ello de ideas sucias, que los ángeles aborrecen en lo sumo. Los modos de hablar del infierno son por consiguiente opuestos a los del cielo, por lo cual los malos no pueden sufrir el hablar angelical, ni los ángeles el hablar infernal; el hablar infernal es para los ángeles como un mal olor que hiere la nariz. El hablar de los hipócritas, que son los que pueden imitar a los ángeles de la luz, es parecido al hablar de los ángeles, en cuanto a las voces, pero en cuanto a las inclinaciones, y por consiguiente a las ideas del pensamiento, es completamente opuesto, por lo cual este hablar, al ser percibido tal como es en su interior, lo cual sucede cuando lo oyen los ángeles sabios, suena como el crujir de dientes, e infunde horror.

28

EL HABLA DE LOS ÁNGELES CON EL HOMBRE

246. Los ángeles que hablan con el hombre no hablan en la lengua suya sino en la lengua del hombre, y también en otras lenguas que el hombre comprende, pero no en lenguas que ignora. La causa es que los ángeles cuando hablan con el hombre se inclinan hacia él y se unen con él, y la conjunción del ángel con el hombre hace que ambos son del mismo pensamiento, y puesto que el pensamiento del hombre adhiere con su memoria, de la cual sale el habla, se hallan ambos en la misma lengua. Además el ángel o espíritu, al venir al hombre y unirse con él por inclinarse a él, entra en toda su memoria, hasta tal punto que apenas sabe sino que tiene por sí mismo conocimiento de las cosas que el hombre conoce, así pues también las lenguas. Con los ángeles he hablado sobre este particular, y he dicho que acaso creen que hablan conmigo mi lengua maternal, puesto que así se percibe; que, sin embargo, no son ellos que hablan, sino yo, y que esto puede ser claro porque los ángeles no pueden pronunciar una sola palabra de una lengua humana (n. 237); además la lengua humana es natural, mientras que ellos son espirituales, y los seres espirituales no pueden expresar cosa alguna de un modo natural. a esto han contestado que saben que su comunicación con el hombre con el cual hablan tiene lugar con su pensamiento espiritual; pero, puesto que este influye en su pensamiento natural y este coincide con su memoria, que por lo tanto la lengua del hombre les parece como suya propia y asimismo todo lo

que hay en su saber, y que esto acontece, porque al Señor ha placido que haya tal conjunción, y, por así decir, inserción del cielo en el hombre; pero que el estado del hombre actualmente es diferente, de modo que no tiene ya lugar tal comunicación con ángeles, sino con espíritus que no están en el cielo. Con los espíritus he hablado también sobre el mismo particular pero estos no han querido creer que el hombre habla, sino ellos en el hombre; así como que el hombre no conoce las cosas que conoce, sino ellos, y que así todas las cosas que el hombre conoce son de ellos. He querido convencerles, mediante varias cosas, que no es así, pero en vano. Quienes se entienden por espíritus y quienes por ángeles se dirá en lo que sigue, donde trataremos del mundo de los espíritus.

247. Que los ángeles y los espíritus se unen con el hombre tan estrechamente que no saben sino que son de ellos las cosas que son del hombre, es también porque entre el mundo espiritual y el natural en el hombre hay tal conjunción que por así decir forman uno; pero puesto que el hombre se ha separado del cielo, ha sido dispuesto por el Señor que con cada hombre haya ángeles y espíritus, y que el hombre, mediante ellos, sea dirigido por el Señor; por esta causa existe tan estrecha conjunción. Diferente sería si el hombre no se hubiese separado, porque entonces hubiera podido ser dirigido por la influencia general del cielo del Señor, sin agregación de espíritus y ángeles; pero sobre este particular detalladamente en lo que sigue, donde trataremos de la conjunción del cielo con el hombre.

248. El hablar de un ángel o de un espíritu con un hombre se oye tan distintamente como el hablar de un hombre con otro hombre; sin embargo, no lo oyen los que están cerca, sino él solo; la causa es que el hablar de un ángel o de un espíritu influye primeramente en el pensamiento del hombre, y por vía interior en su órgano auditivo, haciendo vibrar a este desde lo interior; y el hablar de un hombre con otro hombre influye primeramente en el atmósfera, y por vía exterior en su órgano auditivo, haciéndolo vibrar desde lo exterior. Es, pues, evidente que el hablar de un ángel y de un espíritu con el hombre se oye en el hombre, y, puesto que hace vibrar el órgano auditivo de igual manera, es claro que se oye igualmente distinto. Que el hablar de un ángel o de un espíritu emana de lo interior, penetrando hasta en los oídos, me consta, porque también influye en la lengua, haciéndola vibrar ligeramente; sin embargo, no moviéndola como cuando el sonido del habla mediante ella es articulado en palabras por el hombre mismo.

249. Pero hablar con espíritus ocurre actualmente rara vez, siendo peligroso. Es que entonces los espíritus saben que hablan con el hombre, lo cual de otra manera ignoran, y los espíritus malos son tales que profesan un odio mortal contra el hombre, no deseando nada mejor que el perderle, alma y cuerpo, lo cual también acontece con aquellos que se han entregado al fanatismo, hasta el punto de abstenerse de los entretenimientos naturales, convenientes al hombre natural. Algunos de los que conducen una vida solitaria oyen también a veces a espíritus hablar consigo y sin peligro; pero los espíritus que se hallan con ellos son apartados a intervalos por el Señor, a fin de que no sepan que están con el hombre, porque la mayoría de los espíritus no tiene conocimiento de que existe otro mundo que aquel en que están ellos, por consiguiente tampoco saben que en otro lugar hay hombres, por lo cual no es permitido al hombre y a ellos hablarse recíprocamente, porque hablándose lo sabrían. Los que meditan mucho en materias de religión, abandonándose a ellas hasta verlas por así decir dentro de sí, empiezan asimismo a oír a espíritus hablar consigo, porque asuntos religiosos, sean cuales fueren, cuando el hombre de sí mismo se adhiere a ellos, no intermezclando varias cosas que son

EL CIELO Y EL INFIERNO

usos y provechos en el mundo, entran más al interior y, permaneciendo allí, toman enteramente posesión del espíritu del hombre; penetran también en el mundo espiritual, causando agitación entre los espíritus que están allí; pero tales hombres son visionarios y entusiastas y cualquiera espíritu que oyen, creen que es el Espíritu Santo, no siendo, sin embargo, más que espíritus entusiastas. Los que son así ven las falsedades como verdades, y viéndolas así se persuaden a sí mismos y también a aquellos en quienes influyen; pero puesto que estos espíritus han empezado a infundir cosas malas, obedeciendo a ellos los hombres, han sido gradualmente apartados. Los espíritus entusiastas se distinguen de otros espíritus por creerse ser el Espíritu Santo, y Divinas las cosas que dicen. Estos espíritus no quieren mal al hombre puesto que el hombre les honra con culto Divino. Con ellos he hablado también algunas veces, divulgándose entonces las cosas detestables que han infundido en sus adoradores. Viven juntos hacia la izquierda en un lugar desierto.

250. Pero hablar con los ángeles del cielo no se concede más que a los que se hallan en verdades procedentes del bien; en primer lugar a los que reconocen al Señor y lo Divino en su Humano, siendo esta la verdad en que se hallan los cielos; porque, como arriba se ha manifestado, el Señor es el Dios de cielo (n. 2-6). Lo Divino del Señor en el cielo es amor a Él y amor al prójimo procedente de Él (n. 13-19). El cielo en su conjunto representa a un solo hombre; igualmente cada sociedad del cielo, y cada ángel se halla en perfecta forma humana, siendo esto por la Divina Humanidad del Señor (n. 59-86); por lo cual es evidente que no se concede hablar con los ángeles del cielo sino a aquellos en quienes las cosas interiores, por las Divinas verdades, se hallan abiertas hasta el Señor, porque en estas cosas influye el Señor en el hombre, y cuando influye el Señor influye también el cielo. La razón por la cual las Divinas verdades abren las cosas interiores del hombre es que el hombre ha sido creado de manera a que sea, en cuanto al hombre interior, una imagen del cielo, y en cuanto al exterior una imagen del mundo (n. 57) y el hombre interior no es abierto sino por la Divina verdad procedente del Señor; puesto que ella es la luz del cielo y la vida del cielo (n. 126-140).

251. El influjo del Señor mismo en el hombre tiene lugar en su frente, extendiéndose desde allí a todo el rostro, por la causa de que la frente corresponde al amor y el rostro corresponde a todas sus cosas interiores. El influjo de los ángeles espirituales en el hombre tiene lugar en su cabeza, desde la frente y las sienes a toda la parte bajo la cual se halla el cerebro, puesto que aquella región de la cabeza corresponde a la inteligencia. El influjo de los ángeles celestiales, por otra parte, tiene lugar en la parte de la cabeza debajo de la cual se halla el cerebelo, cuya parte se llama el occipucio, desde los oídos por todas partes alrededor hasta la cerviz, porque aquella región corresponde a la sabiduría; todo hablar de los ángeles con el hombre entra por estas vías en su pensamiento; por ello he podido percibir cuales fueron los ángeles que han hablado conmigo.

252. Los que hablan con los ángeles del cielo ven también las cosas que hay en el cielo, puesto que ven por la luz del cielo, en la que se hallan sus cosas interiores; los ángeles ven asimismo mediante ellos las cosas que están en la tierra, porque en ellos el cielo se halla unido al mundo y el mundo al cielo; siendo así que, según arriba (n. 246) se ha dicho, cuando los ángeles se vuelven hacia el hombre se unen a él de tal manera que no saben sino que las cosas que son del hombre son de ellos, no tan sólo las que son de su habla, sino también las que son de la vista y del oído; el hombre, por su parte, tampoco sabe sino que las cosas que influyen mediante los ángeles son suyas. En tal conjunción

con los ángeles del cielo estaban los antiguos en esta tierra, cuya era también se llama la edad de oro. Puesto que estos reconocían a la Divinidad bajo forma humana, o sea al Señor, hablaban con los ángeles del cielo como con los suyos, y los ángeles del cielo recíprocamente con ellos como con los suyos, y en ellos el cielo y el mundo formaban uno. Pero el hombre, después de estas eras, iba sucesivamente alejándose del cielo por amarse a sí mismo más que al Señor, y al mundo más que al cielo, en su consecuencia empezó a sentir los goces del amor a sí mismo y al mundo, separados de los goces del cielo, finalmente hasta el punto de no saber lo que eran otros goces. Entonces fueron cerradas las cosas interiores que se hallaban abiertas hacia el cielo, y abiertas las exteriores hacia el mundo, y cuando esto acontece, el hombre se halla en luz en cuanto a todas las cosas que son del mundo y en tinieblas con respecto a aquellas que son del cielo.

253. Después de aquellas eras rara vez ha hablado alguien con los ángeles del cielo, pero algunos con espíritus que no están en el cielo. Las cosas interiores y exteriores del hombre son tales que se hallan vueltas o bien hacia el Señor como hacia su centro común (n. 124), o bien hacia sí mismo en dirección opuesta al Señor. Las que se hallan vueltas hacia el Señor se hallan también vueltas hacia el cielo; las que, por otra parte, miran hacia sí mismos miran también hacia el mundo, y las que miran hacia acá pueden difícilmente ser elevadas. Son, sin embargo, por el Señor elevadas en cuanto puedan serlo mediante la conversión del amor, y esto se verifica por verdades adquiridas del Verbo.

254. He sido informado de que modo el Señor habló con los profetas, mediante los cuales el Verbo fue dado. No habló con ellos como con los antiguos, mediante influjo en sus cosas interiores, sino mediante espíritus que les fueron enviados, los cuales el Señor llenó de Su mirada, y así inspiraba las palabras que dictaba a los profetas, de manera que no era influjo, sino dictamen; y puesto que las palabras provenían inmediatamente del Señor, se halla por lo tanto cada una de ellas llena de lo Divino, y contiene en sí un sentido interior, el cual es tal que los ángeles del cielo perciben las palabras en sentido celestial y espiritual, cuando el hombre las percibe en sentido natural: de este modo ha unido el Señor el cielo y el mundo mediante el Verbo. De que modo los espíritus son llenados de lo Divino por el Señor, mediante Su mirada, ha sido también manifestado. Un espíritu que es llenado de lo Divino por el Señor no sabe sino que él mismo es el Señor y que lo que habla es Divino, y esto hasta tanto que acaba de hablar; después percibe y reconoce que es espíritu y que no ha hablado de sí mismo, sino del Señor. Puesto que el estado de los espíritus que hablaban con los profetas era tal, dicen estos que Jehová hablaba; los espíritus mismos se llamaban animismos Jehová, según se puede ver no tan sólo en la parte profética, sino también en la parte histórica del Verbo.

255. A fin de que se conozca cual y como es la conjunción de los ángeles y espíritus con el hombre, es permitido referir ciertas cosas, dignas de mención, que servirán de ilustración para formar idea exacta de ella. Cuando los ángeles y los espíritus se inclinan hacia el hombre, no saben sino que el idioma del hombre es el suyo, y que ellos no tienen otro; la causa es que entonces se hallan en el idioma del hombre, y no en el suyo, el cual ni siquiera recuerdan; pero tan pronto como se apartan del hombre, se hallan en su hablar angelical y espiritual y nada saben del idioma del hombre. Cosa parecida ha ocurrido conmigo, cuando he estado en compañía de ángeles y en similar estado que ellos; entonces he hablado con ellos en su idioma y nada he sabido del mío, el cual no he recordado; pero tan pronto como dejé de estar en su compañía me hallé en mi propio

EL CIELO Y EL INFIERNO

idioma. Digno de mención es también que cuando los ángeles y los espíritus se inclinan al hombre pueden hablar con él a cualquier distancia—han hablado también conmigo a distancia tan audiblemente como de cerca—pero cuando dejan de inclinarse al hombre y hablan entre sí, nada absolutamente oye el hombre, aun cuando fuesen junto al oído mismo. De esto ha resultado claro que toda conjunción en el mundo espiritual es conforme la conversión de la inclinación. Digno de mención es también que varios pueden a la vez hablar con el hombre, y el hombre con ellos. En este caso envían un espíritu al hombre al cual quieren hablar; el espíritu emisario se inclina hacia el hombre y los demás se inclinan hacia el espíritu, concentrando así sus pensamientos, los cuales comunica el espíritu. Entonces el espíritu no sabe sino que habla por sí mismo, y ellos creen que hablan directamente; así la conjunción de varios con uno se verifica también mediante la conversión. Pero acerca de estos espíritus emisarios, que también son llamados sujetos, y sobre la comunicación mediante ellos, se dirá más en lo que sigue.

256. No es permitido a ángel ni a espíritu alguno hablar por su propia memoria con el hombre, sino por la del hombre, porque los espíritus y los ángeles tienen memoria igualmente que el hombre; si un espíritu hablara por su propia memoria con el hombre, este no sabría sino que fueren suyas las cosas que entonces piensa, siendo, sin embargo, así que son del espíritu: es como reminiscencia de una cosa, la cual el hombre, sin embargo, nunca oyó ni vio; que así es, me ha sido dado saber por experiencia. De ahí tenían algunos de los antiguos sabios la opinión de que los hombres después de algunos miles de años serían restituidos a su anterior vida con todos sus detalles y que fueron también así restituidos. Esta conclusión formaron por la circunstancia de que a veces tuvieron, por así decir, un recuerdo de cosas que, sin embargo, nunca habían visto ni oído; esto acontecía por la causa de que espíritus, por su propia memoria, influyeron en las ideas de sus pensamientos.

257. Hay también espíritus que son llamados espíritus naturales y corporales; cuando estos vienen a los hombres no influyen en su pensamiento como otros espíritus, sino que penetran en su cuerpo y se apoderan de todos sus sentidos; hablan por su boca, y obran por sus miembros; no sabiendo entonces sino que todas las pertenencias del hombre son suyas; estos son los espíritus que poseen al hombre; pero estos han sido por el Señor echados al infierno, siendo así completamente apartados, por lo cual tales obsesiones no tienen lugar actualmente.

29

LA ESCRITURA EN EL CIELO

258. Puesto que los ángeles tienen habla y su habla es un habla de palabras, tienen, por lo mismo, también escrituras, y mediante escritos expresan los pensamientos de su mente con tanta facilidad como mediante el hablar. Algunas veces me han sido mandados papeles escritos exactamente como manuscritos, y también como impresos en el mundo; de la misma manera he podido leerlas pero me ha sido permitido sacar de ellos sólo algún sentido que otro. La causa era que no es conforme al orden Divino el enseñar del cielo mediante escritos, sino mediante el Verbo, puesto que sólo mediante este tiene lugar, la comunicación y conjunción del cielo con el mundo, o sea del Señor con el hombre. Que papeles escritos en el cielo aparecieron también a los profetas, consta en Ezequiel:

Miré y he aquí; una mano me fue enviada del espíritu, y en ella un rollo de libro, el cual desplegaba ante mi vista; estaba escrito delante y detrás (2. 9, 10).

Y en Juan:

Vi en la mano derecha de Él que estaba sentado sobre el trono, un libro escrito de dentro y de fuera, sellado con siete sellos (Apocalipsis 5: 1).

259. Que en el cielo hay escrituras es cosa provista por el Señor a causa del Verbo; porque este es en su esencia la Divina verdad, de la cual viene toda sabiduría celestial, tanto para los hombres cuanto para los ángeles. Este es dictado por el Señor, y lo que se dicta por el Señor desciende por conducto de los cielos por su orden y termina en el hombre. En su consecuencia, se halla acomodado tanto a la sabiduría en la que se hallan los ángeles cuánto a la inteligencia en la que están los hombres. Esta es la causa de que él Verbo existe también entre los ángeles, y que ellos lo leen de igual modo que los hombres en la tierra; de él sacan también sus enseñanzas doctrinales y conforme él hacen allí sus sermones (n. 221). Es el mismo Verbo, pero su sentido natural, el cual para nosotros es el sentido literal, no existe en el cielo, sino tan solo en sentido espiritual, que es su sentido interior; cual y como es este sentido se puede ver en el opúsculo "El Caballo Blanco," del cual se trata en el Apocalipsis.

260. Una vez me fue enviado del cielo, a mí también, un papel en el cual estaban escritas algunas palabras de caracteres exclusivamente hebraicos, y se me dijo que cada palabra envolvía secretos de la sabiduría, y que estos se hallan en las inflexiones y curvaturas de las letras y de consiguiente también en el sonido; de esto fue para mí claro lo que significan estas palabras del Señor:

Amen os digo, hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley (Mateo 5: 18).

Que el Verbo es Divino, hasta en todo ápice de ella, es conocido también en la iglesia, pero donde, en todo ápice, esto Divino se halla oculto, no es aún conocido, por lo cual se dirá. La escritura en el íntimo cielo consiste de numerosas inflexiones y formas circunflejas y las inflexiones y las formas circunflejas son según la forma del cielo. Los ángeles exprimen por medio de ellas los secretos de su sabiduría y también varias cosas que no pueden expresar con palabras, y lo que es maravilloso, esa escritura conocen los ángeles sin arte ni enseñanza alguna; les es implantada como el habla (de lo cual, n. 236); por lo cual esta escritura es la escritura celestial. La razón por la cual les es implantada es que toda extensión de los pensamientos é inclinaciones, y por eso toda comunicación del entendimiento y de la sabiduría de los ángeles, procede según la forma del cielo (n. 201); de ahí que en esta forma fluye su escritura; se me ha dicho que los antiguos primitivos en esta tierra, antes de inventar letras, tenían tal escritura, y que esta se transfirió a las letras de la lengua hebrea, cuyas letras en los antiguos tiempos todas poseían rasgos flexionales, y no, como algunas, actualmente terminado en líneas; de ahí viene que en el Verbo hay esos Divinos arcanos del cielo hasta en sus jotas, ápices y tildes.

261. Esta escritura, que se compone de letras de forma celestial, está en uso en el íntimo cielo, donde se hallan en sabiduría con preferencia a los demás. Mediante ella se exprimen las inclinaciones de las cuales fluyen los pensamientos y siguen por orden según el sujeto o asunto de que se trata; por eso es que esta escritura envuelve arcanos inconcebibles por el pensamiento. Esta escritura también me ha sido permitido ver, pero en los cielos inferiores no hay tales escrituras; las escrituras en estos cielos son como las escrituras en el mundo, con iguales caracteres; sin embargo, incomprendible para el

EL CIELO Y EL INFIERNO

hombre, puesto que se hallan escritas en lengua angelical, y la lengua angelical es de tal naturaleza que nada tiene de común con las lenguas humanas (n. 237); porque mediante las vocales expresen las inclinaciones, mediante los consonantes las ideas de los pensamientos procedentes de las inclinaciones, y mediante las palabras formadas de ellas el sentido del asunto (véase arriba, n. 236, 241). Esta escritura envuelve también en pocas palabras más cosas que el hombre puede expresar en varias páginas. Estas escrituras han sido igualmente vistas por mí. Así compuesto tienen el Verbo en los cielos inferiores, y mediante formas celestiales en el íntimo cielo.

262. Digno de mención es también el que las escrituras en el cielo fluyen naturalmente de sus pensamientos con tan poca dificultad que parece como si se exteriorizara el mismo pensamiento; tampoco se detiene la mano en la elección de alguna palabra, puesto que las palabras, tanto las que pronuncian cuanto las que escriben, corresponden a las ideas de su pensamiento, y toda correspondencia es natural y espontánea. También hay en los cielos escrituras sin asistencia de la mano por la mera correspondencia de los pensamientos; pero estas no permanecen.

263. También he visto escrituras del cielo, sólo de números, colocados por orden y en series, exactamente como escrituras de letras y palabras, y se me ha manifestado que esta escritura es del íntimo cielo, y que la escritura celestial de ellos (acerca de la cual se ha tratado arriba, n. 260, 261) se presenta como números a los ángeles de los cielos inferiores, cuando el pensamiento procedente de ella descende, y que los números de esta escritura igualmente encierra arcanos, de los cuales algunos no se pueden comprender con el pensamiento, ni expresar con palabras: porque todos los números corresponden, y, según la correspondencia, significan de igual manera que palabras; con la diferencia, sin embargo, de que los números envuelven cosas comunes, y las palabras, particularidades; y puesto que una sola cosa común envuelve innumerables particularidades, sigue que la escritura numérica encierra más secretos que la literal. Por esto ha sido manifiesto que los números en el Verbo significan cosas igualmente que las palabras allí. Lo que significan los números simples, como: 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 12, y los compuestos como 20, 30, 50, 70, 100, 144, 1000, 10000, 12000 y otros, se puede ver en Arcana Coelestia, donde se trata de ellos. En esta escritura se coloca siempre un número delante, de cuyo número los que siguen en serie dependen como de su sujeto; porque ese número es por así decir un indicador del asunto de que se trata, y aquel por el cual los números que siguen toman significación especial en el asunto.

264; Los que nada saben acerca del cielo, y no quieren tener otra idea del mismo que de una cosa puramente atmosférica, en la que vuelan los ángeles como mentes intelectuales, sin sentido de oído ni de vista, no pueden pensar que estos tienen habla y escritura, porque en lo material ponen la existencia de toda cosa, siendo, sin embargo, así, que las cosas que hay en el cielo existen tan realmente como las que hay en el mundo, y los ángeles que están allí tienen todas las cosas que son útiles a la vida y útiles a la sabiduría.

30

LA SABIDURÍA DE LOS ÁNGELES DEL CIELO

265. Cuan grande es la sabiduría de los ángeles del cielo puede difícilmente comprenderse, puesto que trasciende a la sabiduría humana tanto que no pueden compararse, y lo que trasciende así parece como si fuese nada. Algunas cosas que servirían para su descripción son también desconocidas y antes de ser conocidas existen

en el entendimiento como sombras, impidiendo así ver la cosa tal como es en sí misma, pero no obstante esto, son tales que se pueden conocer y, conociéndose, pueden concebirse, con tal que agraden a la mente, porque el agrado lleva consigo luz, puesto que procede del amor, y a los que aman las cosas que pertenecen a la sabiduría Divina y Celestial radia luz desde el cielo, causando ilustración.

266. Cuan grande es la sabiduría de los ángeles puede concluirse por el hecho de que están en la luz del cielo, y que la luz del cielo es en su esencia la Divina verdad, o sea la Divina sabiduría, y esta luz ilumina igualmente su vista interior, que es la de la mente, y su vista exterior, que es la de los ojos (que la luz del cielo es la Divina verdad, o sea la Divina sabiduría, se puede ver arriba, n. 126-133). Los ángeles se hallan también en el calor celestial, el cual en su esencia es el Divino bien, o sea el Divino amor, por el cual tienen inclinación y deseo de ser sabios (que el calor del cielo es el Divino bien, o sea el Divino amor, puede verse arriba, n. 133-140). Que los ángeles se hallan en sabiduría hasta el punto de que se les puede llamar sabidurías, puede concluirse por esto de que todos sus pensamientos é inclinaciones fluyen según la forma celestial, cuya forma es la forma de la Divina sabiduría, y que sus cosas interiores, que reciben la sabiduría, se hallan compuestas según esta forma (que los pensamientos y las inclinaciones de los ángeles fluyen según la forma del cielo, de consiguiente también su inteligencia y sabiduría, se puede ver arriba, n. 201-212). Que los ángeles tienen una sabiduría supereminente puede ser claro también por eso de que su habla es el habla de la sabiduría, porque fluye directamente y espontáneamente del pensamiento, y este de la inclinación, de manera que su habla es el pensamiento del afecto, en forma exterior; de ahí que nada les abstrae del influjo Divino, y nada hay en ellos de esas cosas exteriores que en el hombre, en su habla, se introducen de otros pensamientos (que el hablar de los ángeles es el hablar de sus pensamientos e inclinaciones se puede ver n. 234-245). A esta sabiduría en los ángeles contribuye también esto, de que todas las cosas que ven con los ojos y perciben con los sentidos concuerdan con su sabiduría, puesto que son correspondencias y de consiguiente que los objetos son formas representativas de cosas que pertenecen a la sabiduría (que todas las cosas que se ven en los cielos son correspondencias con el interior de los ángeles y que son representaciones de su sabiduría puede verse arriba, n. 170-182). Además los pensamientos de los ángeles no son limitados o contraídos mediante ideas de espacio y tiempo, como los pensamientos humanos, porque los espacios y los tiempos son propios de la naturaleza y lo que es propio de la naturaleza distrae la mente de lo espiritual y priva la vida intelectual de extensión (que las ideas de los ángeles son sin tiempo y espacio, y así ilimitadas en comparación con las ideas humanas, puede verse arriba, n. 162-169 y 191-199). Los pensamientos de los ángeles tampoco tienden hacia cosas terrestres y materiales, ni son disturbados por los cuidados de las necesidades de la vida y por ellos apartados del goce de la sabiduría como los pensamientos de los hombres en el mundo; porque todas las cosas tienen gratuitamente del Señor, son vestidos gratuitamente, nutridos gratuitamente y alojados gratuitamente (n. 181-190), y, además de esto, reciben goces y placeres según la recepción de la sabiduría del Señor. Esto se ha dicho a fin de que se sepa de donde los ángeles tienen tan grande sabiduría.

267. La razón por la cual los ángeles pueden recibir tan grande sabiduría es que sus interiores se hallan abiertos y que la sabiduría, como toda perfección, aumenta hacia los interiores, es decir, según el grado de su apertura. En cada ángel hay tres grados de vida

EL CIELO Y EL INFIERNO

correspondientes a los tres cielos (véase n. 29-40); aquellos en quienes se halla abierto el primer grado están en el primer cielo o sea en el último, aquellos en quienes está abierto el segundo grado están en el segundo cielo o sea en el intermedio, aquellos en quienes el tercer grado está abierto se hallan en el tercer cielo o sea en el íntimo, según estos grados es la sabiduría de los ángeles en el cielo; por ello la sabiduría de los ángeles del íntimo cielo excede inmensamente a la sabiduría de los ángeles del cielo intermedio, y la sabiduría de estos a la sabiduría de los ángeles del último cielo (véase arriba, n. 209-210, y de como son los grados, n. 38). La razón de haber tal distinción es que las cosas que se hallan en un grado superior son singulares, y las que están en un grado inferior, comunes, y las cosas comunes son los continentes de las singulares, las singulares se hallan con respecto a las comunes como mil o miríadas a una; así también la sabiduría de los ángeles de un cielo superior a la sabiduría de los ángeles de un cielo inferior, respectivamente: pero la sabiduría de estos excede, sin embargo, a su vez a la sabiduría del hombre, porque el hombre se halla en el cuerpo y en las cosas sensuales del mismo, y las cosas corporales y sensuales del hombre se hallan en el grado más inferior. Por esto se ve claramente como es la sabiduría de los que piensan a raíz de las cosas sensuales, esto es, los que se llaman hombres sensuales, es decir, que no se hallan en sabiduría alguna sino tan sólo en ciencia. Muy diferente es el caso con aquellos hombres cuyos pensamientos se hallan elevados sobre las cosas sensuales, y mayormente con aquellos cuyas cosas interiores están abiertas hasta hallarse en la luz del cielo.

268. Cuan grande es la sabiduría de los ángeles puede constar por eso de que en los cielos tiene lugar una comunicación de todo; la inteligencia y sabiduría de uno se comunica a otro; el cielo es una comunicación de todos bienes; la causa es que el amor celestial por su carácter quiere que lo suyo sea de otro, por lo cual nadie en el cielo percibe su bien en sí mismo como bien a menos de hallarse este bien también en otro: de ahí viene asimismo la felicidad del cielo; esto derivan los ángeles del Señor, cuyo amor Divino es así. Que en el cielo hay tal comunicación me ha sido dado saber también por experiencia; ciertos simples han sido a veces elevados al cielo, y hallándose allí han entrado igualmente en sabiduría angelical, y entonces han entendido cosas que antes no podían comprender, y han hablado cosas que en el anterior estado no hubieran podido pronunciar.

269. La naturaleza de la sabiduría de los ángeles no se puede describir con palabras, sino tan sólo ilustrar con algunas cosas comunes. Los ángeles pueden expresar con una palabra lo que el hombre no puede con mil palabras, y además se encuentra en una sola palabra angelical innumerables cosas que con palabras de lengua humana de ninguna manera pueden expresarse; porque en cada detalle que hablan los ángeles hay arcanos de sabiduría en continuo nexos, los cuales la ciencia humana nunca alcanza; lo que los ángeles no pueden interpretar con las palabras de su habla suplen también mediante el sonido, en el cual se halla por su orden la inclinación al objeto, porque según se ha dicho arriba (n. 236, 241) mediante el sonido expresen las inclinaciones, y mediante las palabras las ideas del pensamiento procedentes de las inclinaciones; de ahí viene el que se llama indecible lo que se oye en el cielo. Los ángeles pueden también con unas cuantas palabras expresar todos los detalles que se hallan escritos en un tomo entero de algún libro, y poner en cada palabra cosas que elevan a la sabiduría interior; porque su habla es tal que concuerda con las inclinaciones, y cada palabra con las ideas; las palabras varían también de infinitos modos, según las series de cosas que en complejo se hallan en el pensamiento; los ángeles íntimos pueden asimismo, por el sonido y por algunas palabras

del que habla, conocer toda su vida; porque por el sonido, que varia según las ideas de las palabras, perciben su amor reinante, en el cual se hallan, como si fueran inscritas los detalles de su vida. Consta por esto de que naturaleza es la sabiduría de los ángeles. La sabiduría de ellos con relación a la sabiduría humana es como la miríada a la unidad, comparativamente como las fuerzas motrices del cuerpo en su conjunto a la acción producida por ellas, cuyas fuerzas a los sentidos humanos parecen ser una sola fuerza; o bien como los mil detalles de un objeto observado a través de un perfecto microscopio, a la masa confusa que aparece ante la simple vista. Ilustraré también esto con un ejemplo: un ángel explicó por su sabiduría el proceso de la regeneración, desenvolviendo del mismo por su orden hasta un centenar de arcanos, llenando cada uno de los arcanos con ideas en las cuales había arcanos interiores; y esto desde el principio hasta el fin. Era que expuso de que manera el hombre es engendrado de nuevo, llevado, por así decir, en las entrañas de la madre, nace, crece y se perfecciona sucesivamente; dijo que hubiera podido aumentar el número de arcanos hasta varios millares; que los que había expuesto se referían tan sólo a la regeneración del hombre exterior, y que refiriéndose a la regeneración del hombre interior, serían innumerables más. Por estas y parecidas cosas, que he oído decir a los ángeles, me consta cuan grande es su sabiduría y en comparación, cuan grande es la ignorancia del hombre, que apenas sabe lo que es la regeneración, ignorando en absoluto los múltiples momentos y detalles en el progreso de la misma.

270. Hablaremos ahora de la sabiduría de los ángeles del tercero o sea íntimo cielo, y cuanto esta exceda a la sabiduría de los ángeles del primero o sea extremo cielo. La sabiduría de los ángeles del tercer o sea íntimo cielo es incomprendible también para los que están en el último cielo. La causa es que las cosas interiores de los ángeles del tercer cielo se hallan abiertas hasta el tercer grado, pero las cosas interiores de los ángeles del primer cielo tan sólo al primer grado, y toda sabiduría crece hacia el interior y es perfeccionada según el grado de su apertura (n. 208-267). Puesto que las cosas interiores de los ángeles del tercer o sea íntimo cielo se hallan abiertas hasta el tercer grado, se hallan, por así decir, inscritas en ellas las verdades Divinas, porque las cosas interiores del tercer grado se hallan en la forma del cielo con preferencia a las cosas interiores del segundo y primer grado, y la forma del cielo proviene de la Divina verdad, por consiguiente según la Divina sabiduría; de ahí que en estos ángeles las Divinas verdades aparecen como inscritas, o como implantadas o innatas; por lo cual tan pronto como oyen genuinas verdades Divinas, las reconocen inmediatamente y las perciben, y luego las ven, por así decir, dentro de sí. Puesto que los ángeles de ese cielo son tales, nunca ratiocinan sobre verdades Divinas, aun menos discutan sobre una verdad, si es o no es así, ni saben lo que es creer o tener fe; porque dicen: "¿Qué es fe?—ya que percibo y veo que así es." Ilustran esto con comparaciones; por ejemplo, que sería como si uno con un compañero viera una casa y varias cosas dentro de ella, y dijera al compañero que se debe creer que estas cosas son, y que son tales como las ve, o como cuando alguien ve un jardín y en este, árboles y frutos, y dijera a su compañero que debía tener la fe de que es un jardín y que son árboles y frutas, cuando, sin embargo, los ve claramente con sus ojos; de ahí viene que estos ángeles nunca hablan de la fe, ni tienen de ella idea alguna, por lo cual tampoco ratiocinan sobre las verdades Divinas, aun menos disputan sobre una verdad, si es o no es así. Por otra parte, los ángeles del primero o sea extremo cielo no tienen las verdades Divinas así inscritas en su interior, puesto que para ellos no está abierto más que el primer grado de vida; estos ratiocinan por lo tanto sobre ellas, y los que ratiocinan

EL CIELO Y EL INFIERNO

apenas ven más que el objeto del asunto sobre el cual ratiocinan, o apenas pasan fuera del sujeto más que para confirmarlo por algunas cosas, y habiéndolo confirmado, dicen que estas verdades deben pertenecer a la fe y que se han de creer; de estas cosas he hablado con los ángeles, quienes han dicho que entre la sabiduría de los ángeles del tercer cielo y la sabiduría de los ángeles del primer cielo hay tanta diferencia como entre la luz y la oscuridad. Asimismo han comparado la sabiduría de los ángeles del tercer cielo con un magnífico palacio, lleno de todas cosas útiles, alrededor del cual se extienden paraísos por todas partes, y alrededor de estas cosas magníficas de varias clases, pudiendo los ángeles aquellos, puesto que se hallan en las verdades de la sabiduría, entrar en el palacio y ver todo, y también pasearse por los paraísos por donde quieran y disfrutar de todo. Diferente es el caso con aquellos que ratiocinan sobre las verdades y más aun los que disputan sobre ellas. Estos, puesto que no ven las verdades por la luz de la verdad, sino que las adquieren, sea de otro o sea del sentido literal del Verbo, cuyo sentido no comprenden en cuanto a su interior, dicen que se han de creer, o que se debe tener fe, y en ellos no quieren que penetre la vista interior; de estos dijeron que no pueden llegar al primer umbral del palacio de la sabiduría, menos aun entrar en él y pasearse por sus paraísos, porque se quedan parados al primer paso. Otra cosa sucede con los que se hallan en las verdades mismas; nada impide a estos de adelantar y progresar sin límite porque las verdades, vistas y reconocidas, conducen siempre adelante y a anchos campos, puesto que cada verdad tiene infinita extensión y conjunción con múltiples otras. Además han dicho que la sabiduría de los ángeles del íntimo cielo consiste con preferencia en que ven cosas Divinas y celestiales en todo objeto particular, y maravillas en una serie de varios; porque todo cuanto aparece ante los ojos de ellos corresponde, como por ejemplo cuando ven palacios y jardines no detienen su intuición en las cosas que se hallan delante de los ojos, sino que ven las cosas interiores de las cuales provienen, o sea a las cuales corresponden; y esto con toda variación, según el aspecto del objeto, sea innumerables cosas simultáneamente por orden y relación, las cuales entonces alegran a sus mentes tanto que les parece ser abducidos de sí mismos. Que todas las cosas que aparecen en los cielos corresponden a cosas Divinas que son del Señor en los ángeles, se puede ver arriba (n. 170-176).

271. La razón por la cual los ángeles del tercer cielo son tales es que se hallan en amor al Señor, y este amor abre hasta el tercer grado las cosas interiores que son de la mente, y es un receptáculo de todas las cosas de la sabiduría. Además hay que saber que los ángeles del íntimo cielo son, sin embargo, continuamente perfeccionados en sabiduría, y esto por lo demás de otra manera que los ángeles del último cielo. Los ángeles del íntimo cielo no detienen las Divinas verdades en la memoria, y por consiguiente tampoco hacen de ellas objetos de ciencia, sino que tan pronto como las oyen las perciben y las introducen en el vivir; de ahí que las Divinas verdades en ellos quedan como inscritas, porque lo que se entrega a la vida permanece de esta manera en el interior. El caso es diferente con los ángeles del último cielo; estos deponen primeramente las Divinas verdades en la memoria y las esconden en el saber, y de ahí las sacan, perfeccionando con ellas su entendimiento y sin percepción interior si son verdades, las quieren y las entregan al vivir: de ahí que ellos están comparativamente en oscuridad. Digno de mención es que los ángeles del tercer cielo son perfeccionados mediante el oído pero no mediante la vista; las cosas que oyen de predicaciones no entran en su memoria, sino directamente en la percepción y voluntad y son hechas pertenencias de la vida; por otra parte, las cosas que estos ángeles

ven con sus ojos, estas entran en su memoria y de ellas racionan y hablan; consta por esto que la vía del oído es para ellos la vía de la sabiduría; esto también a causa de la correspondencia porque el oído corresponde a la obediencia y la obediencia es del vivir; pero el ojo corresponde al entendimiento y el entendimiento es de la doctrina. El estado de estos ángeles se describe también en distintos lugares en el Verbo, como en Jeremías: Daré mi ley en sus mentes y la escribiré en sus corazones... no enseñará más ninguno a su amigo y ninguno a su hermano, diciendo: conoced a Jehová, porque todos me conocerán desde el más pequeño de ellos hasta el más grande (31: 33, 34).

Y en Mateo:

Sea vuestro hablar sí sí; no, no; lo que es más de esto del mal procede (5: 37).

“Que lo que es más de ello, procede del mal,” es porque no procede del Señor, siendo así que las verdades que moran en los ángeles del tercer cielo son del Señor, puesto que se hallan en amor a Él; el amor al Señor en ese cielo es querer y hacer la Divina verdad, porque la Divina verdad es el Señor en el cielo.

272. Además de las causas arriba referidas, la causa de que los ángeles pueden recibir tanta sabiduría, y la que en el cielo también es la principal, es que se hallan sin amor a sí mismo, porque tanto como alguien se halla sin amor así mismo, tanto puede ser sabio en cosas Divinas: ese amor es el que cierra al Señor y al cielo las cosas interiores, y abre las cosas exteriores y las vuelve hacia sí, por lo cual todos aquellos en quienes reina el referido amor se hallan en negras tinieblas con respecto a las cosas que son del cielo, sea cual fuere la luz en que se hallan con respecto a las cosas que son del mundo. Pero los ángeles, por su parte, puesto que se hallan sin el mencionado amor, están en la luz de la sabiduría; porque los amores celestiales en los que se hallan, los cuales son el amor al Señor y el amor al prójimo, abren el interior, puesto que los mencionados amores son del Señor, y en ellos se halla el Señor Mismo (que los referidos amores hacen el cielo en general, y forman el cielo en cada uno particularmente, puede verse arriba, n. 13-19). Puesto que los amores celestiales abren las cosas interiores al Señor, vuelven por lo mismo todos los ángeles sus rostros hacia el Señor (n. 142), porque en el mundo espiritual es el amor que vuelve las cosas interiores de cada uno hacia sí, y hacia donde vuelven las cosas interiores, vuelve también el rostro, porque allí el rostro obra como uno con las cosas interiores, puesto que es su forma exterior. Siendo así que el amor vuelve las cosas interiores y el rostro hacia sí, por lo mismo se une también con ellos, porque el amor es una conjunción espiritual; por ello les comunica también lo suyo; por esta conversión, y por la consiguiente conjunción y comunicación, tienen los ángeles sabiduría. Que toda conjunción en el mundo espiritual es según la conversión, se puede ver arriba (n. 255).

273. Los ángeles son continuamente perfeccionados en sabiduría; pero, sin embargo, no pueden en toda eternidad ser perfeccionados hasta el punto de que haya proporción alguna entre su sabiduría y la sabiduría Divina del Señor; porque la sabiduría Divina del Señor es infinita y la de los ángeles finita, y no hay proporción entre lo infinito y lo finito.

274. Puesto que la sabiduría perfecciona a los ángeles y constituye su vida, y puesto que el cielo con sus bienes influye en cada uno según su sabiduría, por esto mismo todos allí la desean y la anhelan casi como el hombre que tiene hambre desea la comida. La ciencia, la inteligencia y la sabiduría son, en efecto, alimento espiritual como la comida es alimento natural; se corresponden asimismo mutuamente.

EL CIELO Y EL INFIERNO

275. Los ángeles en un mismo cielo y también en una misma sociedad no se hallan en similar sabiduría sino en diferente; en mayor sabiduría se hallan los que están en el medio, en menor los que se hallan alrededor hasta los bordes. La disminución de la sabiduría según la distancia del centro es como la disminución de la luz que poco a poco se convierte en sombra (véase arriba, n. 43-128). La luz entre ellos se halla también en proporción correspondiente, puesto que la luz del cielo es la Divina sabiduría, y cada uno se halla en luz según y conforme la recepción (acerca de la luz del cielo y de su variada recepción véase arriba, n. 126-132).

31

EL ESTADO DE INOCENCIA DE LOS ÁNGELES EN EL CIELO

276. Lo que es inocencia y cual es su carácter es poco conocido en el mundo, y absolutamente desconocido por los que se hallan en el mal; aparece por cierto delante de los ojos por conducto del rostro, del habla y de los gestos, principalmente en los niños; sin embargo, se ignora lo que es, y ninguna idea se tiene de que en ella se oculta el cielo en el hombre. Para su divulgación procederé por su orden a hablar primero de la inocencia de la infancia, y luego de la inocencia de la sabiduría, y finalmente del estado del cielo con respecto a la inocencia.

277. La inocencia de la infancia o de los niños no es la inocencia genuina, porque sólo existe en forma exterior y no en forma interior; no obstante, se puede por ella conocer de que carácter es la inocencia, porque trasluce en sus rostros, en algunos de sus gestos y en su primer hablar, produciendo impresión a pesar de que no tienen pensamiento interno; porque ignoran todavía lo que es el bien, y lo que es el mal, lo que es la verdad, y lo que es la mentira, de cuyo conocimiento proviene el pensamiento; por eso no tienen circunspección de y por sí mismos, ni intención ni deliberación y por consiguiente tampoco mala intención; no tienen una naturaleza propia, adquirida por el amor a sí mismo y por el amor al mundo, no se atribuyen cosa alguna a sí mismos, todo agradecen a sus padres, contentos de las pocas é insignificantes cosas, que les son regaladas, se alegran de ellas; no tienen cuidados por el alimento y los vestidos ni por las cosas venideras; no miran al mundo ni apetecen muchas cosas del mismo, aman a sus padres, a su nodriza y a sus pequeños compañeros, con quienes juegan inocentemente; se dejan conducir, atienden y obedecen; y, puesto que están en este estado, admiten bien todas las cosas en su vivir; de ahí tienen, sin saber de donde, modales decentes; de ahí tienen su hablar y de ahí tienen un principio de memoria y pensamiento, para cuyo recibimiento e implantación o su estado de inocencia les sirve como medio. Pero esta inocencia, como se ha dicho arriba, es exterior, puesto que sólo es del cuerpo, no de la mente; su mente no está todavía formada, porque la mente es el entendimiento y la voluntad y por ello el pensamiento y la inclinación. Me han dicho del cielo que los niños están con preferencia bajo el auspicio del Señor, y el influjo tiene lugar desde el íntimo cielo, donde existe el estado de inocencia; que el influjo traspasa sus cosas interiores y que al traspasarlas no las afecta más que por medio de la inocencia; que por ello la inocencia aparece en el rostro y en algunos gestos y que ella es lo que íntimamente afecta a los padres, causando así el amor que se llama amor paternal (storgé).

278. La inocencia de la sabiduría es genuina inocencia puesto que es interna, porque se halla en la mente misma, es decir, en la voluntad misma, y de consiguiente en el entendimiento, y cuando en estos hay inocencia, hay también sabiduría, porque la

sabiduría viene de ellos. Por eso se dice en el cielo que la inocencia habita en la sabiduría, y que los ángeles tanto tienen sabiduría cuanto tienen inocencia. Esto confirman por el hecho de que aquellos que se hallan en el estado de inocencia no se atribuyen a sí mismos bien alguno, sino que atribuyen y dedican todo al Señor; quieren ser guiados por Él y no por sí mismos, aman todo lo que es bueno y se alegran de todo lo que es verdad, puesto que saben y perciben que amar el bien, es decir, quererlo y hacerlo, es amar al Señor, y amar la verdad es amar al prójimo; viven contentos con lo que tienen, sea poco o mucho, puesto que saben que reciben cuanto les es útil; poco a quienes conviene poco; mucho a quienes conviene mucho, y que ellos no saben lo que les es útil sino el Señor sólo, quien mira a su bien eternal en todas las cosas que proporciona; de ahí que no experimentan inquietud alguna por las cosas futuras; inquietud por las cosas futuras llaman cuidados del día de mañana, y esto dicen que es temor de perder, o de no recibir, cosas que no son necesarias a los usos de la vida; con compañeros nunca obran con malos fines, sino con amor, justa y sinceramente; obrar con malos fines llaman astucia, de la cual huyen como del veneno de una serpiente, puesto que es completamente opuesta a la inocencia, siendo así que nada aman mejor que el ser conducidos por el Señor, y puesto que todo lo atribuyen a Él, se hallan por lo tanto apartados de lo suyo propio, y tanto como se hallan apartados de lo suyo propio, tanto influye el Señor; de ahí que cuanto de Él oyen, sea mediante el Verbo, sea mediante predicaciones, no lo depositan en la memoria, sino que lo obedecen inmediatamente, es decir, lo quieren y lo hacen; la voluntad es la verdadera memoria de ellos; estos parecen por la mayor parte sencillos en cuanto a la forma exterior, pero son sabios y prudentes en lo interior; a estos aludió el Señor cuando dijo:

Seáis prudentes como serpientes y sencillos como palomas (Mateo 10: 16).

Tal es la inocencia que se llámala inocencia de la sabiduría. Puesto que la inocencia ningún bien atribuye a sí misma, atribuyendo, al contrario, todo bien al Señor y puesto que así ama a ser conducida por el Señor, recibiendo por ello en sí todas las cosas del bien y de la verdad, de las cuales viene la sabiduría, por esto mismo el hombre es creado de manera que durante su niñez puede estar en inocencia pero en una inocencia exterior, mientras que al envejecer, puede estar en una inocencia interior, a fin de que mediante la primera puede entrar en la segunda y por esta en la primera, por lo cual el hombre, al envejecer también decrece en cuanto al cuerpo y se vuelve otra vez como niño, pero como un niño sabio, es decir, como un ángel, porque un niño sabio, en sentido eminente, es un ángel; es por esto que en el Verbo "niño" significa un inocente, y " anciano" un sabio en quien hay inocencia.

279. Cosa igual sucede con todo el que es regenerado. La regeneración es un nacimiento nuevo con respecto al hombre espiritual, primero es introducido en esa inocencia de la infancia, en la que por sí mismo nada sabe de verdad, y nada de bien por sí mismo, puede hacer sino tan sólo por el Señor y que anhela y apetece la verdad y el bien por la sola razón de que son verdad y bien; el Señor le da en efecto la verdad y el bien conforme progresa en edad, le conduce primero a conocerlos luego del conocimiento a la inteligencia y por fin de la inteligencia a la sabiduría, siempre acompañando la inocencia, la cual, como queda dicho, consiste en que nada de verdad sabe por sí mismo, y nada de bien por sí mismo puede hacer sino por el Señor; ninguno puede, sin esta fe y la percepción de ella, recibir cosa alguna del cielo; en ella consiste principalmente la inocencia de la sabiduría.

EL CIELO Y EL INFIERNO

280. Puesto que la inocencia consiste en ser conducido por el Señor y no por sí mismo, se hallan en inocencia todos los que están en el cielo, porque todos los que están allí aman a ser conducidos por el Señor; saben que conducirse por sí mismos es ser conducido por lo suyo propio, y lo suyo propio es amar a sí mismo, y él que se ama a sí mismo no se deja conducir por otro; de ahí viene, que cuanto un ángel se halla en inocencia, tanto se halla en el cielo, esto es, tanto se halla en el Divino bien y en la Divina verdad, porque hallarse en estos es hallarse en el cielo. Por eso los cielos se distinguen según la inocencia; los que están en el primer cielo, o sea en el extremo, están en la inocencia del primer grado, o sea del último; los que están en el intermedio cielo, o sea en el segundo, están en la inocencia del segundo grado, o sea del intermedio; por otra parte, los que están en el íntimo cielo, o sea en el tercero, están en la inocencia del tercer grado, o sea del íntimo; estos son pues las inocencias mismas del cielo, porque con preferencia a los demás aman a ser conducidos por el Señor, como niños por su padre, por lo cual también reciben la Divina verdad, que oyen directamente del Señor, o sea por medio de predicaciones, inmediatamente en la voluntad y la hacen, introduciéndola así en el vivir. De ahí que su sabiduría tanto excede a la sabiduría de los ángeles de los cielos inferiores (véase n. 270, 271). Por ser tales, aquellos ángeles están más próximos al Señor, de quien tienen la inocencia, y asimismo se hallan apartados de lo propio hasta el punto de que viven, por así decir, en el Señor; parecen sencillos en forma exterior, y ante los ojos de los ángeles de los cielos inferiores, como infantes, o como párvulos, y también como quienes no son muy sabios, por más que son los más sabios de los ángeles del cielo; saben que nada de sabiduría tienen por sí mismos y que el ser sabio es reconocer esto, y reconocer además que lo que saben es como nada en comparación con lo que no saben. Conocer, reconocer y percibir esto, dicen que es el primer paso hacia la sabiduría. Estos ángeles se hallan también desnudos, puesto que la desnudez corresponde a la inocencia.

281. De la inocencia he hablado mucho con los ángeles y me han informado de que la inocencia es el ser de todo bien y por consiguiente que el bien es bien cuanto hay en él inocencia; en su consecuencia que la sabiduría es sabiduría cuanto hay en ella inocencia; de igual manera el amor, la caridad y la fe; que por eso nadie puede entrar en el cielo sin tener en sí inocencia, y que esto es lo que manifiesta el Señor cuando dice:

Dejad a los niños venir a mí y no les impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos,... amen, os digo, que él que no recibiere el reino de los cielos como un niño no entrará en él (Mateo 19: 14; 18: 3; Marco 10: 14, 15; Lucas 18: 16, 17).

Por "niños" aquí y también en otros lugares en el Verbo se entiende inocentes. El estado de inocencia ha explicado también el Señor (Mateo 6: 24, 25), pero exclusivamente mediante correspondencias; la causa de que el bien es bien tanto como en él hay inocencia es que todo bien es del Señor, é inocencia es querer dejarse conducir por el Señor. Me han informado también de que la verdad no puede ser unida al bien ni el bien a la verdad, sino mediante inocencia; por esto es que un ángel no es ángel del cielo si no hay en él inocencia, porque el cielo no puede estar en ser alguno hasta que en él se halla la verdad unida al bien; por eso la unión de la verdad y el bien se llama un matrimonio celestial, y el matrimonio celestial es el cielo; asimismo se me ha informado que el amor verdaderamente conyugal deriva su existencia de la inocencia, puesto que viene de la unión de la verdad y el bien, en cuya unión se hallan las dos mentes, la del esposo y la de la esposa, y cuya unión, cuando desciende, se presenta bajo la forma de amor conyugal;

porque tanto los cónyuges cuanto sus mentes, se aman mutuamente, por eso hay en el amor conyugal una jovialidad como en la infancia y la inocencia.

282. Puesto que la inocencia es el ser mismo del bien en los ángeles del cielo, es evidente que el Divino bien, que procede del Señor, es la inocencia misma; porque este bien es el que influye en los ángeles, y afecta sus íntimas cosas, disponiéndolas y acondicionándolas para la recepción de todo bien del cielo: lo mismo acontece en los niños, cuyo interior por medio del influjo de la inocencia del Señor no tan sólo se forma, sino que también se dispone y se adapta continuamente a la recepción del bien del amor celestial, siendo así que el bien de la inocencia obra desde lo más interior, porque, como se ha dicho, esta es el ser de todo bien. Puede por esto constar que toda inocencia es del Señor. De ahí viene que el Señor en el Verbo se llama "cordero," porque cordero significa inocencia. Puesto que la inocencia es lo íntimo en todo bien del cielo, afecta también a las mentes tanto que quien la siente, lo cual hace cuando se acerca un ángel del íntimo cielo, parecele no estar ya en su juicio, siendo por ello afectado y, por así decir, trasportado por un gozo, tal, que todo el gozo del mundo en comparación parece ser nada. Digo esto por haberlo experimentado en mí.

283. Todos los que se hallan en el bien de la inocencia son afectados por la inocencia y tanto como uno se halla en este bien tanto es afectado; y los que no se hallan en el bien de la inocencia no son afectados por ella; por lo cual todos los que están en el infierno están completamente en contra de la inocencia; tampoco saben lo que es inocencia; son hasta tales, que tanto como alguien es inocente tanto arden en anhelo de causarle daño; de ahí viene el que no pueden sufrir la vista de niños; tan pronto como los ven se enciende en ellos un cruel deseo de maltratarlos. Consta por esto que lo propio del hombre y de consiguiente el amor a sí mismo es contrario a la inocencia; porque todos los que están en el infierno están en el suyo propio y de consiguiente en amor a sí mismo.

32

EL ESTADO DE PAZ EN EL CIELO

284. Él que no se ha hallado en la paz del cielo no puede percibir lo que es la paz en la que están los ángeles; tampoco puede el hombre recibir la paz del cielo mientras se halla en el cuerpo, ni puede percibirla, puesto que la percepción del hombre se halla en lo natural; a fin de poderla percibir ha de ser tal que pueda, en cuanto al pensamiento, ser elevado y abducido del cuerpo y así en espíritu estar con los ángeles; puesto que la paz del cielo ha sido así percibida por mí, puedo describirla; sin embargo, no puedo con palabras describirla tal como es en sí misma, puesto que palabras humanas no son adecuadas, sino tan sólo tal como es en comparación con aquella tranquilidad de ánimo que tienen los que están contentos en Dios.

285. Hay dos cosas que son cosas íntimas del cielo, sea la inocencia y la paz. Se dice íntimas, puesto que proceden del Señor. La inocencia es de donde viene todo bien del cielo y la paz es de donde proviene toda delicia del bien. Todo bien tiene su delicia; ambas cosas, tanto el bien cuanto la delicia, pertenecen al amor, porque lo que se ama, se llama bueno y se percibe asimismo como cosa agradable. De ahí sigue que ambas íntimas cosas mencionadas, o sea la inocencia y la paz, salen del amor Divino del Señor, y afecta a los ángeles desde lo más íntimo; que la inocencia es lo más íntimo del bien, puede verse en el artículo próximo precedente, donde se trata del estado de inocencia de los ángeles

EL CIELO Y EL INFIERNO

del cielo; pero que la paz es lo más íntimo de la delicia del bien de la inocencia será ahora explicado.

286. Primero se dirá de donde proviene la paz. La paz Divina está en el Señor, proviniendo de la unión de lo Divino Mismo con lo Divino Humano en Él. Lo Divino de la paz en el cielo viene del Señor, resultando de su unión con los ángeles del cielo y particularmente de la conjunción del bien y de la verdad en cada ángel. Esto es el origen de la paz. Puede por esto constar que la paz en los cielos es lo Divino, que con beatitud e íntimamente afecta a todo bien allí; sea aquello de lo cual viene todo el goce del cielo, y que en su esencia es el gozo Divino del Divino amor del Señor, por Su conjunción con el cielo y con cada uno allí. Este gozo percibido por el Señor en los ángeles y del Señor por los ángeles, es la paz. De ahí, por derivación, tienen los ángeles toda bienaventuranza, alegría y felicidad, es decir lo que se llama el gozo celestial.

287. Puesto que así es el origen de la paz, se llama el Señor "Príncipe de paz," y dice que de Él viene la paz y en Él está la paz; asimismo se llaman los ángeles, ángeles de paz, y el cielo, la morada de la paz, como en los siguientes lugares:

Un niño nos es nacido, hijo nos es dado sobre cuyo hombro estará el principado, y llamará su nombre, Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de paz. El incremento de su imperio y de la paz no tendrá término (Isaías 9: 6, 7)

Jesús dijo, Paz os dejo; mi paz os doy, no como el mundo da, yo os doy (Juan 14: 27).

Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz (Juan 14: 33).

Jehová alce a ti su rostro y ponga en ti paz (Números 6: 26).

Los ángeles de paz llorarán amargamente; las calzadas están deshechas (Isaías 33: 7, 8).

La obra de la justicia será paz y mi pueblo habitará en morada de paz (Isaías 32: 17, 18).

Que lo que se entiende en el Verbo por paz es la paz Divina y Celestial puede constar también por estos lugares donde de ella se hace mención (Isaías 52: 7; cap. 54: 10; cap. 59: 8; Jeremías 16: 5; cap. 25: 37; cap. 29: 11; Hageo 2: 9; Zacarías. 8: 12; Salmo 37: 37). Puesto que la "paz" significa el Señor y el cielo, y también el goce celestial y la delicia del bien, por eso los saludos, en tiempos antiguos, eran y también actualmente son, "paz sea con vosotros;" lo cual también confirmó el Señor, diciendo a los discípulos a quienes envió:

En cualquier casa donde entrareis, primeramente decid: Paz sea con esta casa, y si hubiere allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él (Lucas 10: 5, 6).

Y el Señor mismo, al aparecer a los apóstoles, dijo: Paz con vosotros (Juan 20: 19, 21, 26).

El estado de paz se entiende en el Verbo también por el decirse de Jehová, "que ha sentido el olor de reposo" (como en Éxodo 29: 18, 25, 41; Levítico 1: 9, 13, 17; cap. 2: 2, 9; cap. vi. 8, 14; cap. 23: 12, 13, 18; Números 15: 3, 7, 13; cap. 28: 6, 8, 13; cap. 29: 2, 6, 8, 13, 36). Por "Olor de reposo" se significa en el sentido celestial la percepción de paz. Siendo así que la paz significa la unión de lo Divino Mismo con lo Divino-Humano, en el Señor, y la conjunción del Señor con el cielo y con la iglesia, con todos en el cielo y asimismo con todos en la iglesia que reciben a Él, por eso el Sábado fue instituido para recordar estas cosas, dándosele el nombre de reposo o sea paz, y era el símbolo más sagrado en la iglesia. Llamóse por lo mismo el Señor "Señor del sábado" (Mateo 12: 8; Marcos 2: 27, 28; Lucas 6: 5).

288. Puesto que la paz del cielo es lo Divino que con beatitud afecta íntimamente el bien mismo que hay en los ángeles, no viene a su manifiesta percepción sino por el gozo del

corazón cuando se hallan en el bien de su vida, y por el placer cuando oyen una verdad que concuerda con su bien, así como por el regocijo de la mente cuando perciben su conjunción; de allí influye, sin embargo, en todos los actos y pensamientos de su vida, en los cuales se presenta como alegría también en forma externa, pero la paz, en cuanto a su calidad y cantidad, varía en los cielos según la inocencia de los que allí están, puesto que la inocencia y la paz andan mano en mano, porque, como queda dicho arriba, de la inocencia proviene todo bien del cielo, y de la paz proviene todo placer de ese bien. Puede por esto ser claro que acerca del estado de paz pueden decirse aquí cosas análogas a las que se han dicho en el artículo anterior acerca del estado de inocencia, siendo así que la inocencia y la paz se unen como el bien y su gozo; porque el bien se percibe mediante su gozo y el gozo se conoce por virtud de su bien. Siendo esto así, es evidente que los ángeles del íntimo, o sea del tercer, cielo se hallan en el tercero, o sea íntimo, grado de paz, puesto que están en el tercero, o sea, íntimo, grado de inocencia, y que los ángeles de los cielos inferiores se hallan en menor grado de paz, puesto que están en menor grado de inocencia (véase arriba, n. 280). Que la inocencia y la paz están juntas como el bien y su placer se puede ver en los niños, los cuales por estar en inocencia también están en paz, y puesto que están en paz se hallan por lo mismo llenos de juego. Pero la paz en los niños es una paz externa, mientras que la paz interna, como asimismo la inocencia interna, no existe sino en la sabiduría, y puesto que existe en la sabiduría, existe en la conjunción del bien con la verdad, porque de allí proviene la sabiduría. Existe paz celestial, o sea angelical, también en los hombres que se hallan en sabiduría, como consecuencia de la conjunción del bien y de la verdad, y que por ello se sienten contentos en Dios; mientras que viven en el mundo se halla, sin embargo, esta paz escondida en su interior, pero se revela cuando se despojan del cuerpo y entran en el cielo, porque entonces se abren los interiores.

289. Puesto que la paz Divina nace de la conjunción del Señor con el cielo, y en cada ángel especialmente de la conjunción del bien con la verdad, por lo mismo los ángeles, cuando se hallan en un estado de amor, se hallan en un estado de paz, porque entonces se une en ellos el bien con la verdad; que el estado de los ángeles cambia alternativamente puede verse arriba (n. 154-160). Lo mismo acontece con el hombre que nace de nuevo, cuando en él se verifica la conjunción del bien con la verdad, lo cual acontece particularmente después de tentaciones; entonces entra en un estado de gozo por la paz celestial. Esta paz es comparativamente como la mañana o la aurora en la primavera, en cuya estación, transcurrida la noche, todas las cosas de la tierra empiezan, con la salida del sol, a vivir de nuevo, esparciéndose, a consecuencia del rocío, un perfume de vegetación descendido del cielo; mediante la temperatura primaveral también da fertilidad a la tierra, al par que causa placer en mentes humanas, y esto porque la mañana o la aurora en la estación de primavera corresponde al estado de paz de los ángeles en el cielo (véase n. 155).

290. He hablado también con los ángeles acerca de la paz y he dicho que en el mundo se entiende por paz, cuando cesan guerras y hostilidades entre reinos, y cuando cesan enemistades y discordias entre hombres, creyéndose que la paz interna es un reposo de ánimo a consecuencia de alejamiento de cuidados, y sobre todo una tranquilidad y bienestar a consecuencia del éxito de los asuntos: pero los ángeles dijeron que el reposo del ánimo, la tranquilidad y el bienestar a causa de alejamiento de cuidados, por más que parezcan pertenecer a la paz, no pertenecen a la paz, mas que en aquellos que se hallan en

EL CIELO Y EL INFIERNO

el bien celestial; siendo así que no hay paz sino en este bien, y que la paz influye del Señor en lo más íntimo de ellos, y desde lo más íntimo desciende e influye en sus cosas inferiores, ocasionando el reposo de la mente, la tranquilidad del ánimo, y el gozo a causa de ellos, pero en aquellos que se hallan en el mal no hay paz; hay apariencia de reposo, de tranquilidad y de bienestar, cuando les va según su deseo, pero es exterior y no interior; porque interiormente arden en enemistades, odios, venganzas, furor y varias malas pasiones, hacia las cuales su ánimo también se inclina tan pronto como ven a alguien que no les favorece, manifestándose cuando no hay temor; y de ahí es que su gozo habita en la locura, pero él de aquellos que se hallan en el bien, habita en sabiduría; la diferencia es como entre el infierno y el cielo.

33

LA UNIÓN DEL CIELO CON LA ESPECIE HUMANA

291. Sabido es en la iglesia que todo bien viene del Señor, y ninguno del hombre, y por lo tanto que nadie puede atribuirse, como suyo, bien alguno; sabido es también que todo mal viene del diablo: por esto es que los que hablan por la doctrina de la iglesia, dicen de aquellos que hablan y predicán piadosamente, que son guiados por Dios, pero lo contrario de' aquellos que obran mal y hablan impiamente. Esto no podría ser así si el hombre no tuviera conjunción con el cielo y conjunción con el infierno, y si estas conjunciones, no tuviesen lugar con su voluntad y su entendimiento; porque por virtud de ellos obra el cuerpo y habla la boca. Cual y como es esta conjunción se dirá ahora.

292. Con todo hombre hay espíritus buenos y espíritus malos; mediante los espíritus buenos tiene el hombre conjunción con el cielo, y mediante los malos con el infierno. Estos" espíritus están en el mundo de los espíritus, el cual se halla en el medio entre el cielo y el infierno, de cuyo mundo se tratará especialmente más adelante. Estos espíritus, al venir al hombre, entran en toda su memoria y así en todos sus pensamientos; los espíritus malos en la memoria y los pensamientos que son malos, pero los espíritus buenos en la memoria y en los pensamientos que son buenos. Los espíritus no saben en manera alguna que se hallan con el hombre, pero cuando están allí creen que todo lo que es de la memoria y de los pensamientos del hombre es de ellos; tampoco ven al hombre, puesto que las cosas que están en nuestro mundo solar no se manifiestan a su vista. Con sumo cuidado, vela el Señor a que los espíritus no sepan que se hallan con el hombre, porque si lo supieren hablarían con él, y entonces los espíritus malos le perderían, porque los espíritus malos, puesto que tienen conjunción con el infierno, nada desean mejor que de perder al hombre, no tan sólo en cuanto al alma, es decir, a la fe y al amor, sino también en cuanto al cuerpo. Otra cosa sucede cuando no hablan con el hombre; entonces no saben que son del hombre las cosas que piensan y las que entre sí hablan; porque entre ellos hablan también por virtud del hombre; sino que creen que son de ellos, y cada uno estima y ama lo suyo. De esta manera los espíritus se hallan constreñidos a amar y apreciar al hombre por más que lo ignoren. Que tal es la conjunción de los espíritus con los hombres me consta por una continua experiencia de varios años, tan ciertamente que nada hay para mí más cierto.

293. La razón por la cual los espíritus malos, que comunican con el infierno, también se hallan asociados al hombre, es que el hombre nace en todo género de mal, y por esto deriva su primera vida exclusivamente de ello, por lo cual si al hombre no fueren asociados espíritus que son de su misma calidad no podría vivir, y no podría ser apartado

de los males y ser reformado; por esto es mantenido en su vida por espíritus malos, y detenido de ella por espíritus buenos, mediante ambos se halla en equilibrio, y, puesto que se halla en equilibrio, se halla en su libertad, pudiendo así ser apartado del mal é inclinado al bien, y puede ser implantado en él el bien, lo cual de ninguna manera puede verificarse si no se halla en libertad; ni puede estar en libertad a menos de obrar espíritus del infierno por un lado y espíritus del cielo por otro, hallándose el hombre en el medio. También ha quedado manifiesto que mientras la vida del hombre procede de lo hereditario y por consiguiente de él mismo no tendría vida alguna si no le fuera permitido estar en el mal; tampoco tendría vida alguna si no estuviera en libertad; que no puede ser obligado al bien, y que lo que es obligatorio no permanece; además que el bien recibido por el hombre en libertad es implantado en su voluntad, y queda como propiedad suya; y que esta es la razón por la cual el hombre tiene comunicación con el infierno y comunicación con el cielo.

294. Cual y como es la comunicación del cielo con los espíritus buenos, y cual y como es la comunicación del infierno con los espíritus malos, y por consiguiente cual y como es la conjunción del cielo y del infierno con el hombre, se dirá asimismo. Todos los espíritus que se hallan en el mundo de los espíritus tienen comunicación con el cielo o con el infierno, los malos con el infierno y los buenos con el cielo. El cielo se halla distinguido en sociedades; el infierno igualmente; cada espíritu pertenece a alguna sociedad, subsistiendo asimismo en virtud del influjo de ella y obrando así al unísono con la misma; de ahí que así como el hombre se halla unido a los espíritus, así se halla unido al cielo o al infierno, y particularmente a la sociedad allí en la cual se halla con respecto a su amor, porque todas las sociedades del cielo se distinguen según las inclinaciones del bien y de la verdad, y todas las sociedades del infierno según las inclinaciones del mal y de la falsedad (acerca de las sociedades del cielo véase arriba, n. 41-45; así como n. 148-151).

295. Al hombre son asociados espíritus de su propia calidad con respecto a la inclinación o sea al amor, pero los buenos espíritus le son asociados por el Señor mientras que los malos les atrae el hombre mismo. Pero los espíritus en el hombre cambian con los cambios de sus inclinaciones; por eso tiene ciertos espíritus en la infancia, otros en la puericia, otros en la adolescencia y la juventud, y otros en la vejez. En la infancia se hallan con él espíritus que están en inocencia, o sea que comunican con el cielo de la inocencia, que es el íntimo o tercer cielo; en la puericia se hallan con él espíritus que están en inclinación al saber, que comunican con el primer cielo, o sea el extremo; en la adolescencia y la juventud están presentes tales que se hallan en inclinación al bien y a la verdad, y por ello en inteligencia, así comunicando con el segundo cielo, o sea el intermedio; en la vejez, por otra parte, están con él espíritus que se hallan en sabiduría y en inocencia, quienes comunican con el íntimo cielo, o sea el tercero. Pero estas asociaciones se verifican por el Señor en los que pueden ser reformados y regenerados; siendo diferente en los que no pueden ser reformados o regenerados. También a estos son asociados espíritus buenos, a fin de que mediante ellos sean detenidos del mal, tanto como sea posible, pero su conjunción inmediata es con los espíritus malos, que tienen comunicación con el infierno y de ellos tienen tales cuales son ellos mismos; si son egoístas, aficionados a riquezas, inclinados a venganza, dados al adulterio, se hallan con ellos semejantes espíritus; habitando por así decir en sus malas inclinaciones, y tanto como el hombre no puede ser detenido del mal por los espíritus buenos, tanto lo excitan

EL CIELO Y EL INFIERNO

aquellos, y tanto como domina la inclinación, tanto se adhieren y no se apartan. Así se halla el hombre malo unido al infierno y el hombre bueno unido al cielo.

296. Que el hombre es gobernado por el Señor mediante espíritus es porque no se halla en el orden del cielo, porque nace en los males que son del infierno, de consiguiente en completo contraste con el Divino orden, por lo cual ha de ser reconducido al orden, y no puede ser reconducido sino indirectamente mediante espíritus. Sería diferente si el hombre naciera en el bien, que es según el orden del cielo; entonces no sería gobernado por el Señor por medio de espíritus, sino por medio del orden mismo, es decir, por medio del influjo común. Mediante este influjo es gobernado el hombre, con respecto a las cosas que salen del pensamiento y de la voluntad en actos, es decir, con respecto al habla y a los gestos, porque estos y aquella fluyen según el orden natural y con ellos no tienen por lo mismo nada de común los espíritus que se hallan asociados al hombre. Mediante el influjo común del mundo espiritual son gobernados también los animales; puesto que estos se hallan en el orden de su vida, y no lo han podido pervertir y destruir, porque no tienen sentido racional. Arriba puede verse cual es la diferencia entre los hombres y los animales (n. 39).

297. Por lo que además concierne la conjunción del cielo con el género humano conviene saber que el Señor Mismo influye en cada hombre según el orden del cielo tanto en sus cosas íntimas cuanto en sus últimas, y le dispone a recibir el cielo; dirigiendo sus exteriores desde sus interiores, y asimismo las interiores desde sus exteriores y manteniendo así en conjunto toda y cada particular cosa en él. Esta influencia del Señor se llama influencia inmediata, pero la otra influencia, que se verifica por medio de espíritus, se llama influencia mediata; esta última subsiste mediante aquella. La influencia inmediata, que es la propia del Señor, es la de su Divino Humano, y tiene lugar sobre la voluntad del hombre y mediante la voluntad sobre su entendimiento, o sea sobre el bien del hombre y mediante el bien sobre su verdad, o, lo que es lo mismo, sobre el amor y mediante el amor sobre su fe, pero no viceversa; menos aún sobre la fe sin el amor, o sobre la verdad sin el bien, o sobre un entendimiento que no sea la de la voluntad. Esta influencia Divina es continua, y es recibida en el bien en los buenos, pero no en los malos; en estos es, o bien rechazada, o bien sofocada, o bien pervertida. Por esto tienen ellos una vida mala, la cual, en sentido espiritual, es muerte.

298. Los espíritus que están con el hombre, tanto los que tienen conjunción con el cielo cuanto los que tienen conjunción con el infierno, nunca influyen en el hombre desde su memoria y desde su pensamiento, porque si influyeren desde su pensamiento el hombre no sabría sino que fuesen suyas las cosas que son de ellos (véase arriba, n. 256); pero mediante ellos influyen, sin embargo, en el hombre desde el cielo, la inclinación que pertenece al amor al bien y a la verdad, y desde el infierno la inclinación que pertenece al amor al mal y a la falsedad. Tanto, pues, como la inclinación del hombre concuerda con la que influye tanto es recibida esta por él en su pensamiento, porque el pensamiento interior del hombre está en completo acuerdo con su inclinación o amor; por otra parte, tanto como no concuerda tanto no es recibida. Por esto es evidente que, no siendo el pensamiento introducido en el hombre mediante los espíritus, sino tan sólo la inclinación al bien y la inclinación al mal, el hombre tiene la elección, puesto que tiene libertad, es decir, que puede con el pensamiento recibir el bien y rechazar el mal, porque sabe por el Verbo lo que es bueno y lo que es malo. Lo que es admitido en el pensamiento desde la inclinación le es también apropiado, pero lo que no es admitido en el pensamiento desde

la inclinación no le es apropiado. De esto puede ser claro cual y como es en el hombre el influjo del bien del cielo y el influjo del mal del infierno.

299. También me ha sido permitido enterarme de donde el hombre tiene la ansiedad, el sufrimiento mental y la tristeza interior, que se llama melancolía. Hay ciertos espíritus que todavía no tienen conjunción con el infierno, por hallarse en su primer estado, de los cuales hablaremos más adelante donde se tratará del mundo de los espíritus. Estos aman cosas indigestas y corrompidas, tales como la comida que se pudre en el estómago; por lo cual se hallan presentes donde tales cosas hay en el hombre, puesto que estas son para ellos agradables, y hablan allí entre sí desde su mala inclinación; la inclinación de su hablar influye desde allí en el hombre y si esta inclinación es contraria a la inclinación del hombre, causa en el tristeza y ansiedad melancólica; pero si concuerda, resulta para él alegría y placer. Estos espíritus aparecen junto al vientre, algunos al lado izquierdo, algunos al lado derecho del mismo, algunos más bajo, algunos más arriba, también más cerca y más lejos, en una palabra, en diferentes posiciones según las inclinaciones en las cuales se hallan. Que de ahí proviene la ansiedad del ánimo me ha sido permitido averiguar y confirmar mediante mucha experiencia; les he visto, les he oído, he sentido las ansiedades por ellos ocasionadas, he hablado con ellos; han sido alejados y la ansiedad ha cesado, han vuelto y ha vuelto la ansiedad, y he percibido su aumento y su decrecimiento, según la aproximación y el alejamiento de ellos; de ahí me resulto claro por qué razón algunos que no saben lo que es conciencia, por no tener conciencia, atribuyen al vientre la causa del sufrimiento que ocasiona.

300. La conjunción del cielo con el hombre no es como la conjunción de un hombre con otro hombre, sino es una conjunción con sus cosas interiores que pertenecen a su mente, o sea con su hombre espiritual o interior. Con su hombre natural, o exterior, por otra parte, tiene lugar una conjunción por medio de correspondencias, de cuya conjunción hablaremos en el siguiente artículo, donde se tratará de la conjunción del cielo con el hombre por medio del Verbo.

301. Que la conjunción del cielo con el género humano y la de este con el cielo es de tal naturaleza que lo uno subsiste por lo otro, se explicará también en el siguiente artículo.

302. He hablado con los ángeles sobre la conjunción del cielo con el género humano, y he dicho que el hombre de la iglesia por cierto dice que todo bien es de Dios, y que ángeles están con el hombre, pero que, sin embargo, pocos creen que los ángeles se hallan en conjunción con el hombre, aun menos que se hallan en su pensamiento e inclinación; a esto han contestado los ángeles que saben que hay en el mundo tal creencia y hasta tal modo de hablar, y esto por la mayor parte dentro de la iglesia, de lo cual se extrañaban, donde, sin embargo, se halla el Verbo, que enseña acerca del cielo y de su conjunción con el hombre, siendo esa conjunción, sin embargo, tal que el hombre no puede pensar lo más mínimo sin tener espíritus asociados a sí y que su vida espiritual depende de ellos. Han dicho que la causa de la ignorancia con respecto a este particular es que el hombre cree que vive de y por sí mismo, sin nexo con el primer Ser de vida, y que no sabe que este nexo tiene lugar mediante los cielos, siendo, sin embargo, así que el hombre, si este nexo fuese interrumpido, caería muerto al momento. Si el hombre creyere, lo que efectivamente es el caso, que todo bien es del Señor y todo mal del infierno, no haría entonces meritorio el bien en sí, tampoco le sería imputado el mal, porque así miraría al Señor en todo bien que piensa y hace, y todo mal que influye sería rechazado al infierno de donde procede. Pero puesto que el hombre no cree en influjo alguno del cielo ni del

EL CIELO Y EL INFIERNO

infierno y por eso opina que todas las cosas que piensa y quiere están en él, y por consiguiente que vienen de él, se apropia del mal, y el bien que influye contamina con mérito.

34

LA UNIÓN DEL CIELO CON EL HOMBRE A TRAVÉS DE LA PALABRA

303. Los que piensan por su razón interior pueden ver que todas las cosas tienen conexión con lo primero, por medio de cosas intermedias, y que toda cosa que no se halle en conexión desaparece; porque cuando piensan saben que nada puede existir de y por sí mismo, sino por un anterior, así todo de y por un primero, y que la conexión con lo precedente es como la del efecto con su causa eficiente, porque apartando la causa eficiente de su efecto, el efecto se anula y desaparece. Los doctos, habiendo pensado así, han comprendido y han dicho que subsistencia es perpetua existencia, por consiguiente que por un primero; puesto que de este han nacido, también existen perpetuamente, es decir, subsisten todas las cosas. Pero cual y como es la conexión de cada cosa con la que precede, o sea con lo primero, del cual todas vienen, no se puede decir con pocas palabras, siendo sumamente variado y diferente, sólo en general se puede decir que hay conexión entre el mundo natural y el mundo espiritual, y que es por esta razón que hay correspondencia entre todas las cosas que se hallan en el mundo natural y todas las cosas que hay en el mundo espiritual (de cuya correspondencia véase arriba, n. 103-115), y asimismo que hay conexión y por ello correspondencia entre todas las cosas del hombre y todas las cosas del cielo (de lo cual véase también arriba, n. 87-102).

304. El hombre ha sido creado de manera a poder con el Señor tener conexión y conjunción, pero con los ángeles tan sólo asociación. La razón por la cual con los ángeles no puede tener conjunción, sino tan sólo asociación, es que el hombre es por creación como el ángel en cuanto a sus cosas interiores, que son de la mente, porque el hombre tiene una voluntad parecida a la del ángel y parecido entendimiento; es por esto que el hombre, después de la muerte, si ha vivido conforme el Divino orden, llega a ser ángel, y que entonces tiene igual sabiduría que los ángeles: por lo cual, cuando se dice conjunción del hombre con el cielo, se entiende su conjunción con el Señor, y asociación con los ángeles, porque el cielo no es cielo por lo propio de los ángeles, sino por lo Divino del Señor. Que lo Divino del Señor hace el cielo se puede ver arriba (n. 7-12). El hombre tiene además lo que los ángeles no tienen, que no tan sólo se halla, en cuanto a sus cosas interiores, en el mundo espiritual, sino al mismo tiempo, en cuanto a sus cosas exteriores, también en el mundo natural; sus cosas exteriores que están en el mundo natural son todo cuanto pertenece a su memoria natural o exterior, y que por lo tanto pertenece al pensamiento y a la imaginación; en general conocimientos y saberes con sus goces y placeres, en cuanto tengan sabor del mundo, y también varios deleites que pertenecen a las cosas sensuales del cuerpo; además los sentidos, el habla y las acciones. Todas estas cosas son también las cosas más exteriores, en las cuales termina el influjo Divino del Señor, porque este influjo no separa en el medio sino continua hasta sus últimas cosas; puede por esto ser claro que en el hombre está lo último del Divino orden y por ser lo último es asimismo la base y el fundamento. Puesto que el influjo Divino del Señor no se detiene en el medio, sino continua hasta sus últimas cosas, como queda dicho, y puesto que el medio que atraviesa es el cielo de los ángeles, y lo último está en el hombre, puesto también que nada hay incomunicado, sigue que la conexión y conjunción del cielo

con el género humano es tal que lo uno subsiste por lo otro, y que el género humano sin el cielo sería como una cadena sin gancho, y el cielo sin el género humano sería como una casa sin fundamento.

305. Pero puesto que el hombre ha roto esta conexión con el cielo por haber apartado del cielo sus cosas interiores, volviéndolas hacia el mundo y hacia sí mismo a causa del amor a sí mismo y al mundo, sustrayéndose así de manera a no poder más servir de base y fundamento al cielo, ha sido proporcionado por el Señor un medio que al cielo haría las veces de base y fundamento, sirviendo asimismo para la conjunción del cielo con el hombre. Este medio es el Verbo. De que manera el Verbo sirve como tal medio se ha explicado con muchos detalles en "Arcana Coelestia," las cuales se pueden ver en compendio en el opúsculo "El Caballo Blanco" del que se trata en el Apocalipsis, y también en el "apéndice de La Doctrina Celestial," de lo cual consignamos aquí algunas cosas en las notas al pie.

306. He sido informado del cielo que los primitivos hombres tenían una revelación inmediata, hallándose sus cosas interiores vueltas hacia el cielo, y que por este medio tenía entonces lugar la conjunción del Señor con el género humano; pero que después de aquellos tiempos no hubo tal inmediata revelación, sino una mediata por medio de correspondencias, porque todo su culto Divino constaba de ellas; por lo cual las iglesias de aquellos tiempos se llamaban iglesias representativas. Conocían entonces lo que es correspondencia y lo que es representación, y que todas las cosas que están en la tierra corresponden a cosas espirituales, que están en el cielo y en la iglesia, o lo que es lo mismo, que las representaban; por lo cual las cosas naturales, que formaban lo exterior de su culto, les servían como medios de pensar espiritualmente, es decir, con los ángeles. Después de ser extinguida la ciencia de las correspondencias y representaciones, fue escrito el Verbo, en el cual toda palabra y todo sentido de palabras son correspondencias, conteniendo así un sentido espiritual o interior en el cual se hallan los ángeles; por lo cual cuando el hombre lee el Verbo y lo percibe según el sentido literal o exterior, los ángeles lo perciben según el sentido interior espiritual; porque todo pensamiento de los ángeles es espiritual, pero el pensamiento del hombre es natural; estos pensamientos parecen por cierto diferentes, pero no obstante forman un mismo pensamiento, puesto que corresponden. Esta es la razón por la cual, apartado el hombre del cielo y roto el vínculo, ha sido provisto por el Señor un medio de conjunción entre el cielo y el hombre, mediante el Verbo.

307. De que manera se verifica la conjunción del cielo con el hombre mediante el Verbo, ilustraré con algunos pasajes del mismo. "La Nueva Jerusalén" se describe en el Apocalipsis con estas palabras:

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva y el primer cielo y la primer tierra se fueron... y vi la santa ciudad, Jerusalén nueva, que descendía del cielo de Dios; y la ciudad está situada y puesta en cuadro, y su largura es tanta como su anchura; midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la largura, la anchura y la altura de ella son iguales, y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de un hombre, la cual es del ángel, y el material de su muro era de jaspe, mas la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio, y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa las doce puertas eran doce perlas, y la plaza de la ciudad era de oro puro, como vidrio trasparente El hombre que lee esto lo entiende sólo según el sentido literal, es decir, que el cielo visible perecerá junto con la tierra, y un cielo nuevo aparecerá y sobre

EL CIELO Y EL INFIERNO

la tierra nueva descenderá la santa ciudad de Jerusalén y que será en cuanto a todas sus medidas según la descripción; pero los ángeles que se hallan con el hombre entienden de muy diferente manera, es decir, entienden de una manera espiritual todos los detalles que el hombre entiende de una manera natural; por el "cielo nuevo y la tierra nueva" entienden la iglesia nueva; por la ciudad de Jerusalén, descendiendo de Dios del cielo, entienden su doctrina celestial, revelada por el Señor; por largura, anchura y altura de la misma, que son iguales, y doce mil estadios, entienden todos los bienes y verdades de esta doctrina en un conjunto; por su "muro" entienden las verdades, que la protegen; por la medida del muro, "ciento cuarenta y cuatro codos, que es la medida de un hombre, esto es de un ángel," entienden todas esas verdades en su conjunto y su calidad; por las "doce puertas de la misma, que son doce perlas," entienden las verdades introductorias; "perlas" significan en efecto tales verdades; por "los fundamentos de los muros, que son de piedras preciosas," entienden los conocimientos, sobre los cuales se funda esta doctrina; por "oro igual a vidrio puro," del cual era la ciudad, y también la plaza de la misma, entienden el bien del amor, por el cual resulta transparente la doctrina con sus verdades. Así perciben los ángeles todo esto; por lo tanto, no como el hombre; las ideas del hombre natural se transforman de esta manera en ideas espirituales en los ángeles sin que tengan conocimiento alguno del sentido literal del Verbo, como por ejemplo "del cielo nuevo y de la tierra nueva," "de la nueva ciudad de Jerusalén," de "su muro de los fundamentos del mismo y de las medidas;" no obstante los pensamientos de los ángeles forman uno con los pensamientos del hombre, puesto que corresponden; forman uno casi de la misma manera que las palabras del que habla y el sentido de ellas percibido por el oyente, el cual no se fija en las palabras sino tan sólo en el sentido." Esto enseña claramente de que manera el cielo tiene conjunción con el hombre por medio del Verbo:

"En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto a Asiría y asirios entrarán en Egipto y egipcios en Asiría, y los egipcios servirán con los asirios a Jehová; en aquel día Israel será tercero con Egipto y con Asiría; será bendición en medio de la tierra porque Jehová de los ejércitos los bendecirá diciendo: Bendito el pueblo mío Egipto, y Asiría, obra de mis manos, e Israel mi heredad" (Isaías cap. 19: 23-25).

De que manera piensa el hombre, y de que manera el ángel, puede ser evidente por el sentido literal del Verbo y por su sentido interno; el hombre piensa, según el sentido literal, que los egipcios y los asirios serán convertidos a Dios y aceptados, y que formarán uno con la gente israelita: pero los ángeles piensan, según el sentido interno, en el hombre de la iglesia espiritual, el cual allí en ese sentido se describe, cuyo espiritual es "Israel," cuyo natural es el "egipcio," y cuyo racional, que es el intermedio, es "asur." Ambos sentidos forman, sin embargo, un solo sentido, puesto que corresponden; por lo cual al pensar el ángel de la indicada manera espiritualmente y el hombre naturalmente, se hallan unidos casi de la misma manera que el alma y el cuerpo; en efecto, el sentido interior del Verbo es su alma y el sentido literal es su cuerpo. Tal es el Verbo en todas sus partes; es, por lo tanto, claro que es el medio de conjunción entre el cielo y el hombre, y que su sentido literal sirve de base y fundamento.

308, El cielo tiene conjunción mediante el Verbo también con los que están fuera de la iglesia, donde no se halla el Verbo; porque la iglesia del Señor es universal y está en todos cuantos reconocen a lo Divino y viven en amor al prójimo. Después de la muerte son también instruidos por ángeles y reciben las Divinas verdades, de cuyo particular se puede ver más adelante en el artículo que trata de los gentiles. La iglesia universal en la

tierra es ante la vista del Señor como un solo hombre, de idéntica manera que el cielo, (de lo cual arriba, n. 59-72); pero la iglesia donde el Verbo se encuentra, y donde por él es conocido el Señor, es como el corazón y el pulmón en este hombre. Es cosa conocida que toda víscera y miembro del cuerpo entero sacan su vida del corazón y del pulmón mediante varias derivaciones; así vive también aquella parte del género humano que está fuera de la iglesia y que forma los miembros de aquel hombre. La conjunción del cielo por el Verbo con aquellos que se hallan distantes puede también compararse con la luz, que desde el centro se propaga en derredor. La Divina luz está en el Verbo, y allí presente el Señor con el cielo, por cuya presencia los que están distantes también se hallan en luz. Otra cosa sería si no existiera el Verbo. Esto puede aclararse más por lo que más arriba se ha expuesto acerca de la forma del cielo, con arreglo a la cual hay allí asociaciones y comunicaciones. Este secreto es inteligible a los que se hallan en la luz espiritual, pero no a los que tan sólo se hallan en una luz natural, porque los que están en la luz espiritual ven claramente innumerables cosas, las cuales no ven los que sólo están en la luz natural, o las ven como una masa confusa.

309. Si tal Verbo no se hubiera dado en esta tierra, el hombre de esta tierra hubiera quedado separado del cielo, y separado del cielo no sería ya racional, porque la racionalidad humana existe por influjo de la luz del cielo. El hombre de esta tierra es en efecto de tal naturaleza que no puede recibir una revelación directa y mediante ella ser instruido en las verdades Divinas, como los habitantes de otras tierras, de las cuales se ha tratado en un opúsculo especial; porque se halla más que ellos en cosas mundanas, o sea en cosas exteriores, y las cosas interiores son las que reciben la revelación; si las cosas exteriores la recibieren, no entenderían la verdad. Que el hombre de esta tierra es así es evidente por los que son de la iglesia, los cuales, por más que tengan por el Verbo conocimiento del cielo, del infierno y de la vida después de la muerte, sin embargo, los niegan en el corazón; y entre ellos se hallan también aquellos que, con preferencia de los demás, han buscado fama por erudición, los cuales, se creería, serían más sabios que otros.

310. Con los ángeles he hablado algunas veces acerca del Verbo, y he dicho que por algunos es despreciado a causa de su estilo sencillo; que nada en absoluto saben de su sentido interior, y por ello no creen que tan grande sabiduría se halla oculta en él. Los ángeles dijeron que el estilo del Verbo, por más que parece sencillo en el sentido literal, es, sin embargo, de tal naturaleza que nada puede jamás compararse con él en cuanto a excelencia, siendo así que la Divina sabiduría se halla allí no tan sólo en toda frase sino también en cada palabra, y que esta sabiduría luce en el cielo. Querían decir que es la luz del cielo, puesto que es la Divina verdad; porque la Divina verdad luce en el cielo (véase arriba, n. 132). Han dicho también que sin tal Verbo no habría luz alguna en los hombres de nuestra tierra, tampoco, pues, conjunción entre el cielo y ellos, porque tanto como la luz del cielo está presente en el hombre, tanto hay conjunción y tanto tiene también revelación de la Divina verdad mediante el Verbo. La causa de que el hombre no sabe que esta conjunción tiene lugar mediante el sentido espiritual del Verbo, que corresponde a su sentido natural, es que el hombre de nuestra tierra nada sabe del pensamiento y del hablar espirituales de los ángeles, que son diferentes del pensamiento y del hablar del hombre natural, y no sabiendo esto, no puede en manera alguna saber lo que es el sentido interior, y por consiguiente ha de ignorar que mediante esté sentido puede tener lugar tal conjunción. Han dicho también que si el hombre supiera que hubiese tal sentido, y

EL CIELO Y EL INFIERNO

pensara por algún conocimiento del mismo mientras leyese el Verbo, entraría en una sabiduría interior y una más íntima conjunción con el cielo, porque entonces entraría en ideas semejantes a las ideas angelicales.

35

EL CIELO Y EL INFIERNO SON PROPIOS DE LA ESPECIE HUMANA

311. En el mundo cristiano se ignora completamente que el cielo y el infierno son del género humano; porque se cree que los ángeles fueron creados desde el principio, y que de allí viene el cielo, así como que el diablo o Satanás era un ángel de luz, pero llegando a rebelarse fue precipitado con su turba, y que de esto viene el infierno. Que semejante fe haya en el mundo cristiano, extraña en alto grado a los ángeles; y aun más el que nada en absoluto se sabe acerca del cielo, siendo esto, sin embargo, lo principal de la doctrina de la iglesia, y viendo que reina tal ignorancia se han alegrado cordialmente de que ha placido al Señor ahora revelar al género humano varias cosas del cielo y también del infierno, y por medio de ello, en cuanto sea posible, disipar las tinieblas que diariamente van aumentando, puesto que la iglesia ha llegado cerca de su fin. Por esto quieren que declare yo, como de boca de ellos, que en el cielo entero no hay un solo ángel que haya sido creado ángel desde el principio, ni en el infierno diablo alguno que haya sido creado ángel de la luz y precipitado, sino que todos, tanto en el cielo cuanto en el infierno, son del género humano, en el cielo los que en el mundo han vivido en amor y fe celestial, en el infierno los que han vivido en amor y fe infernal, y que el infierno en su conjunto es lo que se llama Diablo y Satanás; Diablo aquel infierno que está detrás, donde están los que se llaman malos genios, y Satanás el infierno que está delante, donde están los que se llaman malos espíritus. Cual y como es el uno y cual y como el otro se dirá más adelante. La causa de que el mundo cristiano ha adoptado tal creencia acerca de los que están en el cielo y de los que están en el infierno, dicen que es el haber entendido ciertos pasajes del Verbo sólo según el sentido literal y no haber sido estos ilustrados y explicados mediante la verdadera doctrina, sacada del Verbo, porque el sentido literal del Verbo, sin precederlo y aclararlo la verdadera doctrina, distrae las mentes por varias cosas; de aquí vienen ignorancia, herejías y errores.

312. Una causa de que el hombre de la iglesia tiene esta creencia es también el creer que ningún hombre va al cielo ni al infierno hasta el día del último juicio, acerca del cual se han formado la opinión de que entonces perecerán todas las cosas que se hallan delante de los ojos, y que aparecerán nuevas cosas, debiendo entonces el alma volver a su cuerpo, mediante cuya conjunción el hombre volverá a vivir como hombre: esta fe envuelva la otra, referente a los ángeles, de que son creados ángeles desde el principio, porque no se puede creer que el cielo y el infierno son del género humano cuando se cree que ningún hombre entra en ellos hasta el fin del mundo. Pero a fin de que se convenza el hombre de que no es así me ha sido concedido estar en consorcio con los ángeles, y también hablar con los que están en el infierno y esto ahora durante varios años, a veces desde por la mañana hasta por la tarde, adquiriendo así información acerca del cielo y del infierno, y esto con el fin de que el hombre de la iglesia no permanezca más en su creencia errónea acerca de la resurrección en el día del juicio, y del estado intermedio del alma, y también acerca de los ángeles y del diablo, cuya fe, puesto que es una fe en mentiras, envuelve en tinieblas, introduce en dudas y finalmente en negación a los que piensan acerca de ello por su propia inteligencia, porque dicen en su corazón: "¿Cómo puede destruirse y

desaparecer un cielo tan grande, con tantas constelaciones, y con el sol y la luna? y ¿cómo pueden entonces las estrellas caer del cielo sobre la tierra, siendo, sin embargo, más grandes que la tierra? y ¿cómo pueden los cuerpos consumidos por los gusanos y deshechos por la putrefacción, dispersos por todos vientos, volver a juntarse con su alma? el alma entretanto ¿dónde está? y ¿cómo es, no poseyendo el sentido que poseía mientras que estaba en el cuerpo?" y otras cosas parecidas, que por ser incomprensibles, no entran en la fe, y que en muchas personas destruyen la fe referente a la vida del alma después de la muerte, al cielo y al infierno y con estas las demás verdades pertenecientes a la fe de la iglesia. Que las destruyen es evidente por los que dicen: "¿Quién ha venido del cielo a nosotros contándonos que existe? ¿Qué es esto, que el hombre ha de ser atormentado por fuego eternamente? el día del juicio ¿qué es? ¿Acaso no lo han esperado en vano durante siglos?" y otras varias cosas propias de la negación absoluta. Con el fin, pues, de que los que tales cosas piensan, lo cual suelen hacer muchos de los que se llaman eruditos y doctos por las cosas mundanas en las que son entendidos, no más perturben y seduzcan a los simples de fe y de corazón, introduciéndoles en tinieblas infernales con respecto a Dios, al cielo y a la vida eterna, y a las demás cosas que dependen de estas, han sido abiertas por el Señor las cosas interiores, que son de mi mente, siéndome así permitido hablar con los muertos, todos cuantos jamás conocí en la vida del cuerpo, con algunos durante días, con algunos durante meses, y con algunos durante un año, y también con muchos otros, tantos que diría poco si dijera cien mil, de los cuales unos estaban en los cielos, otros en los infiernos. Con algunos he hablado también dos días después, de su fallecimiento, y les he informado de que preparaban ahora sus funerales y exequias, a fin de que fuesen sepultados; a lo cual dijeron que hacían bien en desechar lo que les había servido de cuerpo y para las funciones de este en el mundo; y querían que dijese que no estaban muertos, sino que vivían tan hombres ahora como antes; que sólo habían transmigrado de un mundo a otro mundo, y que no tenían conocimiento de haber perdido cosa alguna, viendo que se hallaban con cuerpo y con las cosas sensuales del mismo, como antes, y también con entendimiento y con voluntad, teniendo sensaciones y deseos similares a los que tenían cuando estaban en el mundo. La mayor parte de los recién muertos, al verse vivir hombres como antes y en igual estado (porque después de la muerte tiene cada uno al principio un estado de vida igual al que tenía en el mundo, pero este cambia en él poco a poco, bien en cielo, o bien en infierno), sentían nuevo goce por vivir y decían que no hubieran creído esto; pero se extrañaban mucho de haber estado en tal ignorancia y ceguedad con respecto al estado de su vida después de la muerte, y más aun de que el hombre de la iglesia se halla tan ignorante y ciego cuando, sin embargo, con preferencia de los demás en el orbe terrestre entero, podría estar en luz con respecto a estas cosas. La causa de esta ceguedad e ignorancia veían sólo entonces; y era que las cosas externas que son las exteriores y corporales habían ocupado y llenado sus mentes tanto que no podían ser elevadas a la luz del cielo, y contemplar las cosas de la iglesia por encima de las doctrinas, porque las cosas corporales y mundanas, cuando son amadas tanto como en el tiempo actual sólo dan de sí tinieblas, cuando se penetra más allá.

313. Gran número de los eruditos del mundo cristiano quedan como estupefactos cuando después de la muerte se ven con cuerpo, con vestidos y en casas como en el mundo. Y cuando recuerdan en la memoria lo que habían pensado acerca de la vida después de la muerte, acerca del alma, de los espíritus, del cielo y del infierno, sienten vergüenza, y dicen que han pensado neciamente y que los simples de fe han pensado mucho más

EL CIELO Y EL INFIERNO

sabiamente que ellos. Los eruditos, quienes se han confirmado en tales ideas, y atribuido todo a la naturaleza, han sido examinados, y se ha encontrado que sus cosas interiores han estado completamente cerradas y las exteriores abiertas de manera que no miraban al cielo sino al mundo, por consiguiente también al infierno; porque cuanto las cosas interiores están abiertas, tanto mira el hombre al cielo; pero cuanto las cosas interiores se hallan cerradas y las exteriores abiertas, tanto mira al infierno; porque las cosas interiores del hombre son formadas a la recepción de todo en el cielo, y las exteriores a la recepción de todo en el mundo, y él que recibe el mundo y no al mismo tiempo el cielo, recibe el infierno.

314. Que el cielo proviene del género humano puede constar también por el que las mentes angelicales y las mentes humanas son parecidas; ambas gozan de la facultad de entender, percibir y querer; ambas están formadas al recibimiento del cielo, porque la mente humana es sabia igualmente que la mente angelical, pero la razón por la cual no es tan sabia en el mundo es que se halla en el cuerpo terrestre, y en este su mente espiritual piensa de una manera natural. Diferente es el caso cuando está libre del vínculo de ese cuerpo, entonces no piensa ya más de una manera natural sino de una manera espiritual, y cuando piensa de una manera espiritual piensa cosas que para el hombre natural son incomprensibles e indecibles, es decir, que es sabio como un ángel; por lo cual puede constar que lo interior del hombre, que se llama su espíritu, es en su esencia ángel (véase arriba, n. 57), el cual, al quedar libre del cuerpo terrestre se halla en forma humana igualmente que el ángel. Que un ángel se halla en perfecta forma humana puede verse arriba (n. 73-77); pero cuando, por otra parte, lo interior del hombre no se halla abierto por arriba, sino tan sólo por debajo, se halla después de la resurrección del cuerpo también en forma humana, pero en una forma horrible y diabólica; porque no puede mirar hacia arriba al cielo sino tan sólo hacia abajo al infierno.

315. Él que tiene conocimiento del Divino orden puede también entender que el hombre es creado al objeto de que sea ángel, puesto que en él está lo último del orden (n. 304); en lo cual puede ser formada la celestial y angelical sabiduría y asimismo renovada y multiplicada. El Divino orden nunca se detiene en el medio ni efectúa allí formación alguna, sin lo último, porque no se halla allí en su plenitud y perfección, sino que prosigue a lo último y una vez en su último efectúa formaciones, y por los medios allí reconcentrados se renueva y produce ulteriormente, verificándose esto mediante procreación, por lo cual se halla allí el seminario del cielo.

316. Que el Señor resucitó no sólo en cuanto al espíritu, sino también en cuanto al cuerpo, fue porque el Señor, cuando estaba en el mundo, glorificó todo Su Humano, es decir, lo hizo Divino. El alma que Él tenía del Padre era en y por sí lo Divino Mismo, y el cuerpo fue hecho semejanza del alma, esto es, semejanza del Padre, es decir, también Divino. De ahí viene que Él, diferentemente de todo otro hombre, resucitó con respecto a ambos, lo cual también manifestó a los discípulos quienes al verle creían ver a un espíritu:

Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy, palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo (Lucas 24: 36-39),
indicando así que Él es hombre no sólo en cuanto al espíritu, sino también en cuanto al cuerpo.

A fin de que se sepa que el hombre vive después de la muerte, y según su vida en el mundo, va, o bien al cielo o bien al infierno, me han sido manifestadas cosas referentes al

estado del hombre después de la muerte de las cuales hablaremos por su orden más adelante, donde trataremos del mundo de los espíritus.

36

SITUACIÓN DE LOS NO CRISTIANOS O DE LOS QUE ESTÁN FUERA DE LA IGLESIA, EN EL CIELO

318. La opinión general es que aquellos que han nacido fuera de la iglesia, los cuales se llaman paganos o gentiles, no pueden ser salvados por la causa de que no tienen el Verbo, ignorando así al Señor, y sin el Señor no hay salvación; pero no obstante se puede, por esto solamente, saber que también ellos se salvan, puesto que la misericordia del Señor es universal, es decir, para con cada uno particularmente; que ellos nacen hombres tanto como los que están dentro de la iglesia, los cuales son respectivamente pocos; que no tienen ellos la culpa de que ignoran al Señor; él que piensa por una razón algo ilustrada puede ver que ningún nombre ha nacido para el infierno, porque el Señor es el amor mismo y Su amor es querer salvar a todos; y por esto ha dispuesto también el que tengan todos religión, y mediante esta, reconocimiento de lo Divino, y de la vida interior, porque vivir según la religión es vivir interiormente; siendo así que entonces se mira a lo Divino, y cuanto uno mira a esto tanto deja de mirar al mundo, y se aparta del mundo, es decir, de la vida del mundo, que es la vida exterior.

319. Que los gentiles son salvados tanto como los cristianos puede saber él que sabe lo que constituye el cielo en el hombre; porque el cielo está dentro del hombre y quien tiene en sí el cielo va al cielo; el cielo en el hombre es reconocer lo Divino y ser guiado por lo Divino; lo primero y principal de toda religión es reconocer a lo Divino; la religión que no reconozca a lo Divino no es religión y los preceptos de toda religión se refieren al culto, es decir, a la manera en que se debe adorar a lo Divino a fin de que el hombre sea aceptado por Él; y cuanto esto está en su ánimo o sea cuanto quiere esto o cuanto ama esto, tanto es guiado por el Señor. Es conocido que los gentiles conducen una vida tan moral como los cristianos y muchos de ellos una vida mejor que la de los cristianos; una vida moral se conduce a causa de lo Divino o bien a causa de los hombres en el mundo; una vida moral que se' conduce a causa de lo Divino es una vida espiritual, ambas parecen iguales exteriormente, pero interiormente son completamente diferentes; la una salva al hombre, la otra no le salva; porque el que vive una vida moral a causa de lo Divino es guiado por lo Divino, y el que vive una vida moral a causa de los hombres en el mundo es guiado por sí mismo. Pero se ilustrará esto mediante un ejemplo: él que no causa mal a su prójimo por ser esto contrario a la religión, es decir, en contra de lo Divino, este se abstiene de causar el mal por principio espiritual; y él que no causa el mal a otro sólo por temor a la ley, a pérdida de reputación, honores o ganancias, es decir, por causa de sí mismo y del mundo, este se abstiene de causar el mal por principio natural, y este es guiado por sí mismo; la vida de este es natural, la de aquel, por el contrario, espiritual: el hombre cuya vida moral es espiritual tiene en sí el cielo, y aquel cuya vida moral es meramente natural no tiene en sí el cielo; la causa es que el cielo influye desde lo superior y abre sus cosas interiores y mediante las interiores influye en las exteriores; pero el mundo influye desde lo inferior y abre las cosas exteriores pero no las interiores, porque no hay influjo del mundo natural en el espiritual, sino del mundo espiritual en el natural; por lo cual si el cielo no es recibido también, las cosas interiores se cierran. Por esto se puede ver quienes son los que en sí reciben el cielo y quienes no. Pero el cielo no es igual en uno y en otro; varía en cada uno según las inclinaciones al bien y por ello a la

EL CIELO Y EL INFIERNO

verdad; él que se halla en inclinaciones al bien a causa de lo Divino, este ama la Divina verdad; porque el bien y la verdad se aman mutuamente y desean unirse; por cuya razón los gentiles, aunque en este mundo no se hallan en verdades genuinas, sin embargo, las reciben por amor en la otra vida.

320. Hubo cierto espíritu de los gentiles que en el mundo había vivido en el bien del amor al prójimo según sus preceptos religiosos. Cuando este oyó raciocinar a los espíritus cristianos sobre asuntos de creencias (los espíritus raciocinan entre sí con mucho más trascendencia y agudeza que los hombres, principalmente de bienes y verdades), asombrado de oírles disputar así, dijo que no quería oír estas cosas; porque raciocinaban por apariencias y falacias, y les instruyó así: "si soy bueno puedo saber por mi mismo bien las cosas que son verdades, y la verdad que no conozco puedo admitir."

321. Por mucha práctica he aprendido que los gentiles que han conducido una vida virtuosa, que han vivido en obediencia y respeto y en mutuo amor al prójimo según sus preceptos religiosos y que por ello han adquirido alguna conciencia, son aceptados en la otra vida y allí por los ángeles, con solicitud y esmero, instruidos en los bienes y las verdades de la fe, conduciéndose durante la instrucción con modestia e inteligencia, sabiamente, recibiendo con facilidad las verdades y penetrándose de ellas; porque nunca se han formado principios falsos contra las verdades de la fe, cuyos principios se han de combatir; menos aún escándalos contra el Señor como varios cristianos que de Él tienen la misma idea que de un hombre ordinario. Cosa diferente sucede con los gentiles, quienes al oír que Dios se hizo hombre, revelándose así en el mundo, lo reconocen inmediatamente y adoran al Señor, diciendo que Dios sin duda alguna se ha revelado, puesto que es el Dios del cielo y de la tierra, y puesto que el género humano es de Él.

Es una Divina verdad, que sin el Señor no hay salvación; pero esto debe entenderse en el sentido de que nadie es salvado sino por el Señor. Hay en el universo varias tierras y todas llenas de habitantes; apenas hay allí quien sepa que el Señor ha adoptado humanidad en nuestra tierra, pero puesto que adoran a Dios bajo forma humana, son, sin embargo, aceptados y guiados por el Señor; de cuyo particular se puede ver en el opúsculo "Las Tierras en el Universo."

322. Entre los gentiles como entre los cristianos hay sabios y simples. Con el fin de que me enterara de como son, me ha sido permitido hablar con estos y aquellos, a veces durante horas y días; pero actualmente no hay sabios tales como había en los tiempos antiguos; sobre todo en la antigua iglesia, que se hallaba extendida sobre una grande parte del terreno asiático, y de la cual la religión se extendió a varias tribus paganas a fin de que supiera como eran me ha sido permitido conversar familiarmente con algunos de ellos. Estuvo conmigo cierto espíritu pagano, el cual había sido de los más sabios y por ello también conocido en el mundo erudito, con este hablé de varias cosas; me fue dado creer que era Cicerón, y sabiendo yo que este había sido un sabio, la conversación con él versaba sobre la sabiduría, la inteligencia, el Verbo y finalmente sobre el Señor. En cuanto a la sabiduría, dijo que no existe otra sabiduría que la de la vida y que no puede decirse sabiduría de otra cosa alguna. En cuanto a la inteligencia que esta viene de aquella. En cuanto al orden, que el orden viene del Supremo Dios y que el vivir según este orden es ser sabio e inteligente. En cuanto al Verbo, al citarle algo de la parte profética se complació en el más alto grado, particularmente de que todo nombre y toda palabra en y por sí significaban cosas interiores, sumamente asombrado de que los sabios del tiempo actual no se complazcan en tal estudio. Percibí distintamente que las cosas

interiores de su pensamiento o de su mente se hallaban abiertas. Dijo que no podía prolongar más su presencia por percibir lo santo más de lo que podía sostener, de tal manera se afectaba su interior. Finalmente la conversación giró sobre el Señor, quien nació hombre, engendrado por Dios que se despojó de lo humano que recibió de la madre, revistiéndose de lo Humano Divino y que es Él que gobierna el universo. a esto contestó que conocía varias cosas referentes al Señor, y que percibía de su manera que si había de salvarse la raza humana, no hubiera podido verificarse de otra manera. Entre tanto ciertos cristianos malos infundían varias ideas escandalosas, pero no se incomodó por ello, diciendo que no era de extrañar, puesto que con respecto a estas cosas habían adquirido en la vida del cuerpo ideas que no eran tales como debían ser, y que antes de ser dispersadas estas, no podían admitir las ideas verdaderas como pueden los que ignoran las falsas.

323. También me ha sido permitido hablar con otros que vivían en los tiempos antiguos, y que eran entonces de los más sabios. Primero se dejaron ver enfrente de mí, a cierta distancia, y desde allí podían percibir las cosas interiores de mi pensamiento, por consiguiente varias cosas en conjunto. Por una sola idea del pensamiento podían deducir toda la serie y llenarla de gratos pormenores de sabiduría con amenas representaciones. Percibí por esto que eran de los más sabios; y se dijo que eran de los antiguos; así se acercaron. Cuando entonces les cité algo del Verbo se complacieron en el más alto grado; percibí su mismo goce y placer causados principalmente por el hecho de que todo y cada detalle del Verbo que escuchaban representaba y significaba cosas celestiales y espirituales. Dijeron que en su tiempo, cuando vivían en el mundo, este modo era su modo de pensar, hablar y asimismo de escribir y este era el estudio de su sabiduría.

324. Pero los gentiles que viven actualmente no son tan sabios, sino por la mayor parte simples de corazón; no obstante esto, en la otra vida reciben sabiduría, aquellos entre ellos que han vivido en mutuo amor al prójimo, y con referencia a esto, me es permitido citar algunos ejemplos. Mientras que leía los capítulos 17 y 18 del libro de los Jueces (de Micaía, que los hijos de Dan llevaron consigo su imagen esculpida, el teraphin, y el Levita) halla base presente un espíritu de los paganos que en su vida corporal había adorado una imagen esculpida. Al escuchar con atención lo que pasó a Micaía, y el dolor que experimentaba a causa de su imagen esculpida que los hijos de Dan le quitaron, le sobrevino, a él también, un dolor, afectándole tanto que no sabía que pensar a causa del mismo. Este dolor se dejó percibir, percibiéndose también la inocencia en cada una de sus inclinaciones. Encontrábanse presentes también unos espíritus cristianos, y se extrañaron de que un adorador de una imagen esculpida experimentase tan intenso sentimiento de misericordia y de inocencia. Luego hablaron con él unos espíritus buenos, diciéndole que no debía adorar una imagen esculpida, y que podría comprender esto, siendo hombre; pero apartándose de la imagen esculpida, debía pensar en Dios, el Creador y Gobernador de todo el cielo y de toda la tierra, y que este Dios es el Señor. Al decir esto, el sentimiento interior de su adoración, cuyo sentimiento me fue comunicado, se dejó percibir, siendo mucho más santo que el de los cristianos. Por lo cual puede constar que los paganos van más fácilmente al cielo que los cristianos, actualmente según las palabras del Señor en Lucas:

"Entonces vendrán del oriente y del occidente, del norte y del mediodía y se sentarán a la mesa en el reino de Dios y he aquí, son postreros los que eran los primeros y son primeros los que eran los postreros." (13: 29,30).

EL CIELO Y EL INFIERNO

Porque en el estado en que el pagano estaba podía penetrarse de todas las cosas de la fe y recibirlas con una inclinación interior; en el había misericordia, que es del amor, y en su ignorancia había inocencia y hallándose estos presentes se reciben casi espontáneamente todas las cosas de la fe, y con gozo. Luego fue admitido entre los ángeles.

325. Un coro se oyó una mañana a cierta distancia; por las representaciones del coro me fue dado a conocer que eran chinos, porque representaban cosa parecida a una cabra lanosa y también un bollo de harina, una cuchara de ébano y la idea de una ciudad flotante. Deseaban llegar más cerca de mí, y después de haberse reunido conmigo, dijeron que deseaban estar a solas conmigo para manifestar sus pensamientos; pero les fue dicho que no estaban solos, y que habían otros que se enojaban de su deseo de estar solos, cuando, sin embargo, eran huéspedes. Al percibir la indignación de estos les ocurrió la idea de haber acaso faltado al prójimo y quizás haberse apropiado de algo que pertenecía a otros (todo pensamiento se comunica en la otra vida). Me fue dado a percibir la emoción de su ánimo; era la de una confesión de quizás haber molestado, y también de vergüenza a consecuencia de ello, y al mismo tiempo de otras inclinaciones benévolas. Así se dejó notar que se hallaban dotados de amor al prójimo. Luego hablé con ellos, finalmente también acerca del Señor. Al llamarle "Cristo" percibí en ellos cierta aversión, pero la causa se descubrió; era que llevaban consigo desde el mundo esta repugnancia, por haber conocido que los cristianos allí vivían peor que ellos y sin amor alguno al prójimo; pero llamándole sencillamente "Señor," se emocionaron íntimamente. Luego fueron instruidos por los ángeles de que la doctrina cristiana prescribe amor al Señor y al prójimo más que a toda otra doctrina en el mundo, pero que pocos viven conforme ella. Existen paganos quienes, mientras que vivían en el mundo, llegaron a conocer, por trato y por relación, que los cristianos conducen una mala vida, hallándose en adulterio, odios, enemistades, embriaguez y semejantes cosas, las cuales causaban miedo a estos, por ser tales cosas contrarias a sus preceptos religiosos. Estos, más que otros, tienen en la otra vida miedo de recibir las verdades de la fe; son, sin embargo, instruidos por ángeles de que la doctrina cristiana y la fe misma enseñan muy distinta cosa, pero que los cristianos, menos que los paganos, viven en conformidad con ella. Al percibir esto admiten las verdades de la fe y adoran al Señor, pero más tarde que los otros.

326. Es costumbre que los paganos que han adorado a algún dios bajo una imagen o estatua, o bajo algún ídolo esculpido, al entrar en la otra vida, son introducidos cerca de ciertas personas que sustituyen a sus dioses o ídolos, con el fin de que se desprendan de sus fantasías; habiendo permanecido con ellas algunos días, son apartados. Los que han adorado a hombres son a veces introducidos a estos o a otros en su lugar; por ejemplo, varios de los judíos a Abrahán, Jacob, Moisés, David; pero al percibir que estos tienen igual humano que otros hombres, y que ninguna ayuda pueden prestarles, se avergüenzan y son conducidos a sus lugares con arreglo a la vida. De los paganos los africanos son los más queridos en el cielo, porque estos reciben los bienes y las verdades del cielo más fácilmente que otros. Sobre todo quieren que se les llame obedientes pero no creyentes (fieles); dicen que los cristianos, puesto que tienen la doctrina de la fe, pueden llamarse creyentes, pero no ellos, si no la admiten, o como ellos dicen, si no pueden admitirla.

327. He hablado con algunos que fueron de la iglesia antigua (se llama iglesia antigua la que existía después del diluvio, extendida entonces sobre varios reinos, a saber sobre Asiría, Mesopotamia, Siria, Etiopía, Arabia, Libia, Egipto, Filistea, hasta Tiro y Sidón,

sobre la tierra de Canaán a ambos lados del Jordán), y quienes entonces habían tenido conocimiento del Señor y de que había de venir; hallándose penetrados por los bienes de la fe, la abandonaron, sin embargo, y degeneraron en idólatras.

Estaban hacia delante a la izquierda en un lugar oscuro, hallándose en un estado lastimero; su habla era como un quejido monótono, casi sin un solo pensamiento racional. Dijeron que habían estado allí varios siglos y que a veces fueron sacados de allí para prestar a otros algún uso y provecho de escaso valor. Con motivo de estos me fue dado a pensar cual es la suerte que en la otra vida espera a varios cristianos, que no son idólatras en cuanto al exterior, pero en cuanto al interior, porque son adoradores a sí mismos y al mundo y niegan en el corazón al Señor.

328. Que la iglesia del Señor se halla distribuida por todo el globo terrestre, es decir, universalmente, y que de ella forman parte cuantos viven en el bien del amor al prójimo con arreglo a sus preceptos religiosos y que la iglesia donde se halla el Verbo y por este es conocido el Señor, es con relación a los que están fuera de la iglesia como el corazón y el pulmón en el hombre, por virtud de los cuales viven todas las vísceras y miembros del cuerpo, diferentemente según sus formas, lugares y conjunciones, puede verse arriba (n. 308).

37

LOS NIÑOS EN EL CIELO

329. Algunos creen que sólo los niños nacidos dentro de la iglesia van al cielo, pero no los que han nacido fuera de la iglesia; la causa dicen ser que los niños dentro de la iglesia son bautizados y mediante el bautismo introducidos en la fe de la iglesia; pero estos no saben que nadie recibe el cielo por el bautismo, ni por la fe, porque el bautismo es sólo un señal y para recordar que el hombre debe nacer de nuevo, y que puede nacer de nuevo él que ha nacido dentro de la iglesia, puesto que allí está el Verbo, en el cual se hallan las Divinas verdades, por medio de las cuales se verifica el nacimiento nuevo; y allí es conocido el Señor, de quien viene la regeneración. Sepan pues que todo niño, no importa donde haya nacido, dentro de la iglesia o fuera de ella, de padres píos o impíos, cuando muere es recibido en el cielo por el Señor, instruido y conforme el orden Divino enseñado y penetrado por inclinaciones al bien y mediante estas por conocimientos de la verdad; luego, según va perfeccionándose en entendimiento y sabiduría, es introducido en el cielo y es hecho un ángel. Todo hombre que piensa por la razón puede saber que nadie ha nacido para el infierno, sino todos para el cielo; que el hombre mismo tiene la culpa si va al infierno, y que los niños no pueden tener culpa alguna.

330. Los niños que mueren son niños también en la otra vida, tienen el mismo carácter infantil, la misma inocencia por la ignorancia, la misma delicadez en todo; se hallan meramente en sus principios a fin de que puedan llegar a ser ángeles; porque los niños no son ángeles, pero llegan a ser ángeles. Cada uno que sale del mundo vuelve a encontrarse en el mismo estado de su vida, un niño en estado de niño, un párvulo en estado de párvulo, un joven, un hombre, un anciano, en estado de joven, de hombre y de anciano; pero el estado de cada uno cambia luego. El estado de los niños es superior al estado de los demás, porque están en inocencia, y en ellos no está todavía arraigado el mal por la vida misma, y la inocencia es tal que en ella pueden ser implantadas todas las cosas del cielo, porque la inocencia es el receptáculo de la verdad de la fe y del bien del amor.

331. El estado de los niños en la otra vida es muy superior al estado de los niños en el mundo, porque no se hallan revestidos de un cuerpo terrestre, sino que tienen un cuerpo

EL CIELO Y EL INFIERNO

parecido al de los ángeles. El cuerpo terrestre en y por sí mismo es pesado; no recibe las primeras sensaciones y primeras emociones desde el interior o sea del mundo espiritual, sino desde el exterior o sea del mundo natural, por cuya razón los niños en el mundo aprenden a andar, a gesticular y a hablar; hasta sus sentidos, como el de la vista y el del oído, se han de abrir mediante el uso. No así los niños en la otra vida; estos por ser espíritus, obran inmediatamente por sus interiores, andan sin aprender, hablan también, pero al principio por inclinaciones comunes, aún no formuladas en las ideas del pensamiento; pero pronto se inician también en estas, por la razón de que sus cosas exteriores son homogéneas a sus cosas interiores. Que el habla de los ángeles viene de las inclinaciones, variando mediante las ideas del pensamiento, de manera que su habla es del todo conforme a sus pensamientos, que vienen de la inclinación, puede verse arriba (n. 234-245).

332. Tan pronto como resucitan los niños, lo cual hacen inmediatamente después de la muerte, son conducidos al cielo y allí entregados a ángeles que son del sexo femenino, quienes en la vida de su cuerpo amaban tiernamente a los niños y también a Dios. Estas, puesto que en el mundo amaban a los niños con ternura casi maternal, les reciben también como suyos, y los niños, por implantada tendencia, les aman por su parte, como si fuesen sus madres. Con cada una se hallan tantos niños como ella, por amor maternal espiritual, deseca. Este cielo se halla delante de la región de la frente, directamente en la línea o radio en que los ángeles miran al Señor. Este cielo está situado allí por estar todos los niños bajo el inmediato auspicio del Señor. Influye asimismo en ellos el cielo de la inocencia, que es el tercer cielo.

333. Los niños son de diversas índoles, algunos son de la índole de los ángeles espirituales, algunos de la índole de los ángeles celestiales; los niños que son de índole celestial aparecen en ese cielo a la derecha; los que son de índole espiritual, a la izquierda. Todos los niños en el Máximo Hombre, que es el cielo, se hallan en la provincia de los ojos, en la provincia del ojo izquierdo los que son de índole espiritual, y en la provincia del ojo derecho los que son de índole celestial; y esto por la razón de que el Señor aparece a los ángeles que están en el reino espiritual delante del ojo izquierdo, y a los que están en el reino celestial ante el ojo derecho (véase arriba, n. 118). Por hallarse los niños en, la provincia de los ojos del Máximo Hombre, que es el cielo, resulta también evidente que los niños se hallan bajo la inmediata vista y auspicio del Señor.

334. De que manera los niños se educan en el cielo se dirá también en pocas palabras. Sus institutrices, les enseñan a hablar; su habla es al principio el mero sonido de la inclinación, haciéndose gradualmente más distinta a medida que entra en las ideas del pensamiento; porque las ideas del pensamiento, que procede de la inclinación, determinan todo hablar angelical (de cuyo particular véase arriba en su artículo, n. 234-245). En sus inclinaciones, todas procedentes de su inocencia, se introducen primeramente tales cosas que aparecen ante los ojos y que son gratas; y siendo estas cosas de origen espiritual influyen en ellas al mismo tiempo las cosas que son del cielo, mediante las cuales se abren sus interiores, y así son diariamente perfeccionados. Después de ser pasado esta primera edad son trasladados a otro cielo, donde les instruyen preceptores, y así adelante.

335. Los niños se instruyen principalmente mediante representaciones, adaptadas a su ingenio, y cuan hermosas son, llenas desde el interior también de sabiduría, jamás se puede creer. Así se les proporciona un entendimiento que tiene su alma del bien. Dos

representaciones que me ha sido permitido ver, me es lícito referir aquí, pudiendo por ellas formarse idea de las demás. Primero representaron al Señor, levantándose del sepulcro, y también la unión de Su Humano con Su Divino; lo cual hicieron de una manera tan sabia que excedía a toda sabiduría humana, y al mismo tiempo de una manera inocente infantil. También presentaron la idea de un sepulcro, sin presentar al mismo tiempo la idea del Señor, más que de una manera lejana, que apenas dejó percibir que era el Señor, y únicamente a una distancia por la razón de que en la idea del sepulcro hay algo de fúnebre, que de esta manera alejaron. Luego introdujeron en el sepulcro con suma delicadeza una cosa atmosférica que tenía la apariencia de una tenue sustancia acuática, mediante la cual, y con el mismo alejamiento que antes indicaron la vida espiritual en el bautismo. Luego los vi representar el descenso del Señor a los cautivos, y su ascensión con ellos al cielo, lo cual hicieron con incomparable delicadeza y piedad y siguiendo la idea de su mente infantil, echaron pequeñas cuerdas, casi invisibles, muy flexibles y sumamente finas, con las cuales se proponían elevar al Señor en la ascensión; siempre con santo temor de que detalle alguno de la representación viniera en contacto con cosas que carecieran de espiritual y celeste. Además vi otras representaciones, que suelen ejecutar, y mediante estas como por juegos, adaptados al ánimo infantil, son inducidos a adquirir conocimientos de la verdad e inclinaciones al bien.

336. El carácter de su tierno entendimiento me ha sido también manifestado. Mientras oraba la oración Dominical, influyendo ellos entonces desde sus cosas intelectuales en las ideas de mi pensamiento, percibí que su influjo era tan tierno y suave que casi era la mera inclinación, y al mismo tiempo percibí que sus cosas intelectuales se hallaban abiertas hasta el Señor, porque lo que venía de ellos venía como por trasmisión. El Señor influye de preferencia, desde lo más íntimo, en las ideas de los niños, porque no están obstruidas como las de los adultos; ningún principio falso les impide entender la verdad, ni hay mala vida, que les impide recibir el bien, o la sabiduría. Puede por esto ser claro que no inmediatamente después de la muerte entran los niños en el estado angelical, sino que son sucesivamente introducidos en este estado mediante conocimiento del bien y de la verdad, y esto según y conforme todo el orden celeste, porque las más mínimas cosas de su carácter son conocidas por el Señor. Es pues de completo acuerdo con su inclinación hasta en sus mínimos detalles, que son inducidos a recibir las verdades del bien y los bienes de la verdad.

337. De que manera se les insinúa todo por medio de cosas gratas y amenas adaptadas a su genio, me ha sido igualmente manifestado. Me ha sido dado ver a niños ataviados con mucho adorno; llevaban alrededor del cuello guirnaldas de flores relucientes de hermosos colores celestiales, y también alrededor de sus tiernos brazos. Una vez me ha sido dado ver a niños con las damas encargadas de su educación, acompañados de doncellas en un jardín paradisiaco, hermosamente adornado no tan sólo con árboles sino con arcadas de cierta especie de laureles y por consiguiente pórticos por los cuales se entraba al interior, y los niños, entonces vestidos de la referida manera, parecían un grupo de flores que se destacaba sobre la entrada alegremente. Que sirva esto como un ejemplo de como son los entretenimientos que tienen, es decir, que mediante cosas gratas y amenas son introducidos en los bienes de la inocencia y del amor al prójimo, cuyos bienes son por el Señor siempre introducidos en estas cosas gratas y alegres.

338. Por un medio de comunicación, común en la otra vida, se me ha manifestado como son las ideas de los niños al observar un objeto, era como si sus ideas estuvieran vivas

EL CIELO Y EL INFIERNO

hasta en sus mínimos detalles. Hay, pues, vida en cada idea particular de su pensamiento; y he percibido que los niños en la tierra tienen ideas casi similares, cuando se hallan ocupados en sus juegos, porque todavía no tienen, como los adultos, idea de lo que son las cosas inanimadas.

339. Antes se ha dicho que los niños son de genio, o bien celestial o bien espiritual. Los que son de genio celestial se distinguen marcadamente de los que son de genio espiritual. Los primeros piensan, hablan y obran con suavidad; apenas se nota en ellos más que lo que procede del bien del amor al Señor y a otros niños. Los últimos menos suavemente, notándose cierta cosa como algo alado y vibrante, en todo cuanto hay en ellos; también se distinguen por su manera de enojarse; y por otras cosas características.

340. Muchos pueden imaginarse que los niños permanecen niños en el cielo, y que están como niños entre los ángeles. Los que ignoran lo que son los ángeles han podido confirmarse en esta creencia por los cuadros en los templos y en varios lugares, donde se representa a los ángeles como niños; pero en realidad es muy diferente. La inteligencia y la sabiduría hacen el ángel, y mientras los niños no las poseen, se hallan por cierto entre los ángeles, pero no son ángeles; cuando, por otra parte, han llegado a ser entendidos y sabios, entonces y no antes son hechos ángeles; y, de lo cual me he asombrado, entonces no tienen estatura de niños, sino de adultos, porque entonces dejan de tener un genio infantil, adquiriendo un genio angelical más desarrollado. La inteligencia y la sabiduría traen esto consigo, que los niños, conforme van perfeccionándose en inteligencia y en sabiduría, presentan una estatura más crecida, como la de adolescentes y jóvenes, es porque la inteligencia y la sabiduría son su verdadero alimento espiritual; por lo cual lo que nutre a sus mentes, nutre también a sus cuerpos, y esto igualmente por virtud de la correspondencia, porque la forma del cuerpo no es más que la forma exterior de las cosas interiores. Es de notar que los niños en el cielo no crecen más que hasta la primera juventud, y en ella permanecen eternamente. a fin de que supiera con certeza que esto es así, se me fue dado hablar con algunos quienes como niños habían sido educados en el cielo, habiendo adolecido allí; con algunos también mientras que eran niños, y luego con los mismos cuando eran jóvenes y por ellos aprendí el curso de su vida de una edad a otra.

341. Que la inocencia es receptáculo de todas las cosas del cielo, y que por consiguiente la inocencia de los niños es la base de toda la inclinación al bien y a la verdad, puede ser claro por aquello que antes (n. 276-283) se ha expuesto acerca de la inocencia de los ángeles en el cielo, es decir, que la inocencia es querer ser conducido por el Señor y no por sí mismo; por consiguiente que el hombre se halla en inocencia en la medida en que se halla apartado de su propio, y cuanto se halla uno apartado de su propio tanto se halla en lo propio del Señor. Lo propio del Señor es lo que se llama la justicia y el mérito del Señor. Pero la inocencia de los niños no es la inocencia genuina, puesto que aún carece de sabiduría; porque cuanto uno es sabio tanto quiere ser guiado por el Señor, o lo que es lo mismo, cuanto uno es guiado por el Señor tanto es sabio; los niños son también conducidos de la inocencia exterior en la que al principio se hallan, y que se llama la inocencia de la infancia, a la inocencia interior, que es la inocencia de la sabiduría. Esta inocencia es el fin de toda su instrucción y progreso; y por lo tanto, cuando llegan a la inocencia de la sabiduría, se une a ellos la inocencia de la infancia, la cual entretanto les ha servido por base. He visto representado la naturaleza de la inocencia de los niños, mediante cierta sustancia parecida a madera, casi exánime, la cual adquiere vida

conforme van perfeccionándose mediante conocimientos de la verdad e inclinaciones al bien; y luego se me ha enseñado como es la genuina inocencia, mediante la presentación de un hermosísimo niño, vivo y enteramente desnudo; aquellos que son la inocencia misma, que están en el íntimo cielo, y por eso más próximos al Señor, aparecen a los ojos de los demás ángeles como niños, y por cierto desnudos, porque la inocencia es representada por una desnudez, que no causa rubor, como se ve por el primer hombre y su esposa en el paraíso (Génesis, cap. 2: 25), por lo cual, cuando hubieron perdido su estado de inocencia, se ruborizaron de su desnudez, y se escondieron (cap. 3: 7, 10, 11). En una palabra, cuanto más sabios son los ángeles tanto más parecen niños los unos a los otros. Por esto es que en el Verbo "infancia" significa inocencia (véase arriba, n. 278).

342. He hablado con los ángeles acerca de los niños, si son libres de males, puesto que no tienen mal actual y efectivo como los adultos; pero se me fue dicho que no obstante se hallan en el mal tanto como los adultos, hasta el punto de que no son más que maldad, pero que ellos, como todos los ángeles, son detenidos del mal y mantenidos en el bien por el Señor hasta el punto de que les parece como si fueran buenos de y por sí mismos; por lo cual los niños después de haber llegado a ser adultos en el cielo, a fin de que no estén en la falsa opinión respecto a sí mismo, de que el bien en ellos procede de ellos mismos y no del Señor, son a veces reintroducidos en sus males que recibieron por herencia, y abandonados a ellos hasta que sepan, reconozcan, y creen que verdaderamente son así. Cierta ángel que había muerto como niño y había crecido a adolescencia en el cielo, tenía tal opinión; era hijo de cierto rey; fue por lo tanto reintroducido en la vida de males que le era innata y percibí entonces, por su esfera de vida, que tenía deseo de dominar sobre otros, y que en nada estimaba el adulterio, cuyos males tenía como herencia de los padres, pero después de haber reconocido que tenía tal naturaleza, fue de nuevo admitido entre los ángeles con los cuales estaba antes. Nunca sufre uno en la otra vida castigo por el mal heredado, puesto que no es suyo y que por consiguiente no tiene la culpa de que es así; sino por el mal actual, que es suyo propio; es decir, tanto como se apropia del mal hereditario mediante actos de la vida. Los niños que han alcanzado la edad de adolescencia no son reintroducidos en el estado de su mal hereditario con el objeto de que sufran castigo, sino para que sepan que en sí mismos no son más que mal, y que por la misericordia del Señor son apartados del infierno, que está en ellos, y convertidos al cielo; que no se hallan en el cielo por mérito propio sino por el Señor, que por lo tanto no se jacten delante de otros del bien que está en ellos puestos, que esto es contrario al amor mutuo y asimismo contrario a la verdad de la fe.

343. Varias veces, hallándose conmigo número de niños simultáneamente, formando coro, se ha dejado oír como una banda desordenada, no obrando aún como uno, de la manera que obran cuando llegan a ser más crecidos; y, lo que me asombró, los espíritus que se hallaban conmigo no podían abstenerse de inducirles a hablar. Este deseo es innato en los espíritus. Pero cada vez observé que los niños se repugnaban y no querían hablar así; la resistencia y la repugnancia, que tenían cierto carácter de enojo, apercibí a menudo, y cuando tuvieron ocasión de hablar, dijeron solamente: "No es así." Se me ha informado que así es la tentación de los niños, a fin de que se acostumbren no sólo a resistir la falsedad y el mal y a iniciarse en esa resistencia, sino también a acostumbrarse a no pensar, hablar ni obrar por inducción de otros, por consiguiente a no dejarse guiar por persona alguna más que por el Señor.

EL CIELO Y EL INFIERNO

344. Por lo aquí referido puede ser claro cual y como es la educación de los niños en el cielo; es decir, que por el entendimiento de la verdad y de la sabiduría del bien son introducidos en la vida angelical, que es amor al Señor y amor mutuo, en el cual hay inocencia; pero cuan opuesta es la educación de los niños en la tierra puede ser evidente entre muchos por este ejemplo: me encontré en la calle de una ciudad grande y vi a unos párvulos reñir entre sí; una multitud de gente se agolpó, mirando esto con mucho deleite, y se me dijo que los mismos padres incitaban a los párvulos a tales riñas; los buenos espíritus y ángeles que vieron estos por mis ojos sintieron tanta aversión que experimentaron grande horror y sobre todo porque los padres les incitaban a ello, dijeron que de esta manera extinguen en la primera edad todo amor mutuo y toda inocencia que los niños tienen del Señor; iniciándoles en odios y sentimientos de venganza; por consiguiente que por su propio esfuerzo excluyen sus niños del cielo, donde no reina más que el amor mutuo. Guárdense, por lo tanto, de tales cosas los padres que desean el bien a sus niños.

345. También se dirá cual es la diferencia entre los que mueren siendo niños y los que mueren cuando son adultos. Los que mueren adultos tienen y llevan consigo una base adquirida del mundo terrestre y material. Esta base es su memoria y su inclinación corporal y natural. Esto permanece entonces fijo y en un estado latente; pero no obstante sirve a su pensamiento después de la muerte como plano interior, porque en ello influye el pensamiento. De ahí viene que cual este plano es, y la manera de corresponder lo racional con todo lo que allí hay, tal es el hombre después de la muerte. Los niños, por el contrario, que han muerto siendo niños y que han sido educados en el cielo no tienen tal plano, sino un plano natural y espiritual, puesto que nada sacan del mundo material y del cuerpo terrestre por lo cual no pueden tener tan groseras inclinaciones ni los consiguientes pensamientos; porque sacan todo del cielo. Además los infantes ignoran que han nacido en el mundo y creen haber nacido en el cielo; por cuya razón no conocen otro nacimiento que el nacimiento espiritual, el cual se verifica mediante conocimientos del bien y de la verdad y mediante el entendimiento y de la sabiduría, por virtud de las cuales el hombre es hombre. Puesto que estas cosas son del Señor creen y aman a creer que son del Señor Mismo; pero el estado de los hombres que envejecen en la tierra puede no obstante llegar a ser tan perfecto como el estado de los niños que crecen en el cielo, si los primeros apartan los amores corporales y terrestres, que son los amores a sí mismo y al mundo, recibiendo en su lugar los amores espirituales.

38

LOS SABIOS Y LOS SENCILLOS EN EL CIELO

346. Se cree que los sabios tendrán gloria y eminencia en el cielo más que los simples, porque se dice en Daniel:

Y los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento y los que enseñan justicia a la multitud como las estrellas a perpetua eternidad (13: 3);

pero pocos saben quienes son los que se entienden por "entendidos" y por los que "enseñan justicia." Vulgarmente se cree que son los que se llaman eruditos y doctos, principalmente los que han enseñado en la iglesia, distinguiéndose por sus enseñanzas y predicaciones, y entre ellos con preferencia aquellos que han convertido muchos a la fe. Todos estos se consideran entendidos en el mundo, pero no obstante no lo son en el cielo

aquellos de quienes se dice esto, a menos de que su entendimiento es un entendimiento celestial; cual y como es este entendimiento se dirá en lo que sigue.

347. El entendimiento celestial es un entendimiento interior que origina del amor a la verdad, no a causa de gloria alguna en el mundo, ni a causa de gloria alguna en el cielo, sino a causa de la verdad misma, la cual les gusta y les agrada íntimamente. A quienes gusta y agrada la verdad misma, y a quienes la luz del cielo así afecta, afecta igualmente la verdad Divina, y hasta el Señor mismo, porque la luz del cielo es la Divina verdad y la Divina verdad es el Señor en el cielo (véase arriba, n. 126-140). Esta luz influye únicamente en lo interior de la mente, porque las cosas interiores de la mente se hallan formadas al recibimiento de esa luz y conforme entra capta y agrada; porque todo cuanto influye y es recibido del cielo tiene en sí goce y placer. De allí viene la genuina inclinación a la verdad, que es una inclinación a la verdad a causa de la verdad. Los que se hallan en esta inclinación o, lo que es lo mismo, los que se hallan en este amor tienen entendimiento celestial, y resplandecen en el cielo con el resplandor del firmamento; resplandecen porque la Divina verdad resplandece en el cielo por doquiera se encuentra (véase arriba, n. 132), y el firmamento significa por correspondencia la parte intelectual interior, tanto en ángeles cuanto en hombres, que se hallan en la luz del cielo. Por otra parte, los que se hallan en amor a la verdad, sea por causa de gloria en el mundo, sea por causa de gloria, en el cielo, estos no pueden resplandecer en el cielo, puesto que no sienten inclinación y placer por la misma luz del cielo, sino por la luz del mundo, y esta luz sin aquella es en el cielo negras tinieblas; es que la gloria propia predomina, puesto que es el fin hacia el cual tienden los esfuerzos, y cuando aquella gloria es el fin, se mira el hombre a sí mismo en primer lugar y a la verdad que le sirve para su propia gloria, mira como un medio para conseguir su objeto y como servidumbre; porque quien ama la Divina verdad por causa de su propia gloria mira a sí mismo en la Divina verdad, y no al Señor, por lo cual aparta del cielo y del Señor su vista, que es la del entendimiento y de la fe, y la dirige al mundo y a sí mismo; tales hombres se hallan por lo tanto en la luz del mundo y no en la luz del cielo. Estos en su forma exterior, es decir, ante los hombres, parecen tan inteligentes y doctos como los que se hallan en la luz del cielo, porque hablan de la misma manera y en la forma exterior parecen a veces hasta más sabios, siendo animados por el amor a sí mismo; también son expertos en aparentar inclinaciones celestiales, pero en la forma interior en la cual aparecen ante los ángeles son, sin embargo, completamente diferentes. Por lo aquí expuesto puede hasta cierto punto ser claro quienes son los que se entienden por "entendidos," que en el cielo resplandecerán como el resplandor del firmamento; quienes, por otra parte, son los que se entienden por los que "enseñan justicia" a la multitud, los cuales resplandecerán como las estrellas, se dirá ahora.

348. Por los que "enseñan justicia a la multitud," se entienden los que son sabios, y en el cielo se llaman sabios los que se hallan en el bien, y allí se hallan en el bien los que admiten la Divina verdad inmediatamente en la vida, porque siendo así que la Divina verdad revela la vida, revela asimismo el bien, porque revela la voluntad y el amor, y todo cuanto pertenece a la voluntad y al amor se llama bien; estos se llaman por lo tanto sabios porque la sabiduría es la vida. Por otra parte, se llaman entendidos los que no admiten la Divina verdad inmediatamente en la vida, sino antes en la memoria, desde donde la sacan y la entregan a la vida. Como y cuanto difieren en los cielos aquellos y estos, puede verse en el artículo donde se trata de los dos reinos del cielo, el celestial y el

EL CIELO Y EL INFIERNO

espiritual (n. 20-28), y en el artículo donde se trata de los tres cielos (n. 29-40). Los que están en el reino celestial del Señor, por consiguiente los que están en el tercero o íntimo cielo, se llaman justos, por no atribuirse a sí mismos nada de justicia, sino todo al Señor; la justicia del Señor en el cielo es el bien que viene del Señor; estos son, pues, los que aquí se entienden por los que enseñan justicia a la multitud. Estos son también aquellos de quienes dice el Señor:

Los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mateo 13: 43).

La razón por la cual brillan como el sol es que se hallan en amor al Señor del Señor, y este amor se entiende por el sol (véase arriba, n. 116-125); su luz es asimismo flamante, sus pensamientos tienen por lo mismo algo de llama, porque reciben el bien del amor directamente del Señor, que es el sol en el cielo.

349. Todos cuantos han adquirido entendimiento y sabiduría en el mundo son admitidos en el cielo y hechos ángeles, cada uno según y conforme la calidad y cantidad de entendimiento y sabiduría: porque todo cuanto el hombre adquiere en el mundo permanece y lo lleva consigo después de la muerte; también se aumenta y se perfecciona; pero tan sólo dentro del grado de la inclinación y anhelo de su verdad y de su bien, no fuera del mismo; los que han tenido poca inclinación y poco anhelo reciben poco, no obstante reciben tanto como puedan recibir dentro de aquel grado; por otra parte, los que han tenido mucha inclinación y mucho anhelo reciben mucho. El grado mismo de la inclinación y del anhelo es como una medida, la cual se llena hasta quedar completa, por lo tanto más al que tenga una medida grande, menos al que tenga una medida pequeña. La razón por la cual esto es así es que el amor, al cual pertenecen la inclinación y el anhelo, recibe todo cuanto con él concuerda. Por consiguiente cuanto el amor es grande tanto recibe. Esto se entiende por las palabras del Señor:

A cualquiera que tiene, lo será dado para que tenga en abundancia (Mateo 13: 12; cap. 25: 29).

Medida buena, apretada, remecida, y rebosando darán en vuestro seno (Lucas 6: 38).

350. En el cielo son recibidos cuantos han amado el bien y la verdad a causa del bien y de la verdad, los que han amado mucho son los que se llaman sabios; por otra parte, los que han amado poco son los que se llaman simples. Los sabios en el cielo están en mucha luz, los simples, por otra parte, en menos luz, cada uno según su grado de amor al bien y a la verdad: amar la verdad y el bien es quererlas y hacerlas, porque los que quieren y hacen, aman, pero no aquellos que no quieren y no hacen. Ellos son también los que aman al Señor, y son amados por Él, siendo así que el bien y la verdad son del Señor, y siendo del Señor el Señor se halla también en ellos, es decir, en el bien y la verdad, por consiguiente, también en los que reciben el bien y la verdad en su vida por quererlos y hacerlos. El hombre en y por sí es precisamente su bien y su verdad, siendo así que el bien es de su voluntad y la verdad es de su entendimiento. Por lo mismo es claro que el hombre es amado del Señor en la exacta medida en que su voluntad es formada por el bien y su entendimiento por la verdad. Ser amado por el Señor es también amar al Señor, porque el amor es recíproco, siendo así que el Señor al que es amado le da también la facultad de amar.

351. En el mundo se cree que los que saben mucho, sea por la doctrina de la iglesia y por el Verbo, sea por ciencia, ven las verdades más íntimamente y más agudamente que los demás y que así entienden más y saben más. Estas personas tienen de sí mismas igual

opinión, pero lo que es la verdadera inteligencia y sabiduría, lo que es la espuria y lo que es la falsa, se dirá en lo que ahora sigue:

La verdadera inteligencia y sabiduría es ver y percibir, la verdad y el bien, y mediante ello la falsedad y el mal, así como bien distinguir entre ellos, y esto por una intuición y percepción interior. En cada hombre hay cosas interiores y exteriores. Las interiores son las del hombre interno o espiritual; las exteriores, por otra parte, las que pertenecen al hombre externo o natural. La vida y la percepción del hombre son según las formas de las cosas interiores y su unión con el exterior. Las cosas interiores del hombre no pueden ser formadas más que en el cielo, las exteriores, por el contrario, son formadas en el mundo. Cuando las cosas interiores son formadas en el cielo influyen aquellas que allí están en las exteriores que se hallan en el mundo y las forman a ser correspondencias, es decir, a que obran como uno con ellas. Cuando esto se ha realizado el hombre ve y percibe desde lo interior. El único medio de poder formar las cosas interiores es que el hombre se vuelve hacia lo Divino y hacia el cielo, porque, como se ha dicho, las cosas interiores son formadas en el cielo, y el hombre se vuelve hacia lo Divino cuando cree en lo Divino y cree que de esto viene toda verdad y todo bien, por consiguiente toda inteligencia y sabiduría, y en lo Divino cree cuando quiere ser conducido por lo Divino. Así, y no de otra manera, se abren las cosas interiores del hombre. El hombre que tiene esta fe, y conduce su vida en conformidad con la fe, tiene el poder y la facultad de entender y ser sabio; pero a fin de que se vuelva entendido y sabio, debe aprender muchas cosas, no tan sólo las que se refieren al cielo, sino también las que son del mundo; las que son del cielo por el Verbo y por la iglesia, y las que son del mundo por las ciencias. Cuanto el hombre aprende y aplica a su vida, tanto se vuelve entendido y sabio, porque tanto perfecciona su vista interior, que es la de su entendimiento, y su inclinación interior, que pertenece a su voluntad. Los simples de éste género son los que tienen abiertas las cosas interiores, pero no tan desarrolladas por verdades espirituales, morales, civiles y naturales; estos perciben las verdades cuando las oyen pero no las ven dentro de sí; los sabios de este género, por otra parte, son los que no tan sólo tienen abiertas las cosas interiores, sino también desarrolladas y ven en sí las verdades y las perciben. Por esto se ve lo que es verdadera inteligencia y sabiduría.

352. La inteligencia y sabiduría espuria es no ver y no percibir por lo interior lo que es verdad y bien, y mediante ello lo que es falso y malo, sino tan sólo creer que es verdad y bien, o que es falso y malo lo que otros juzguen así, y luego confirmarlo. Puesto que estos no ven la verdad desde la verdad, sino desde otra persona, pueden acoger y creer lo falso tan fácilmente como la verdad, y también confirmarlo hasta que parezca ser verdad; porque cualquiera cosa que se confirma se reviste de la apariencia de la verdad, y nada hay que no pueda ser confirmado. Las cosas interiores de estos no están abiertas más que por debajo, pero las exteriores lo están en la medida en que se hayan confirmado; la luz por la cual ven no es pues la luz del cielo, sino proviene de la luz del mundo, que se llama lumen natural; en esta luz las falsedades pueden relucir como verdades, y al ser confirmadas pueden hasta resplandecer, pero no en la luz del cielo. Entre los de este género son menos entendidos y sabios los que han confirmado en sí mucho, y más entendidos y sabios los que han confirmado poco. Por esto se ve lo que es la inteligencia y sabiduría espuria. De este género no son, sin embargo, aquellos que en la puericia han tomado por verdad lo que aprendieron de sus preceptores, sí en la juventud cuando piensan por su propio entendimiento no se atienen más a ello, anhelando por el contrario

EL CIELO Y EL INFIERNO

conocer la verdad y buscándola con anhelo, y habiéndola hallado sienten íntimo afecto por ella. Estos, puesto que sienten afecto por la verdad a causa de la verdad, ven la verdad antes de confirmarla. Se ilustrará esto mediante un ejemplo. Una conversación tuvo lugar entre espíritus sobre la causa de nacer los animales con todos los conocimientos que corresponden a su naturaleza pero no así el hombre, y se dijo que la causa es que los animales se hallan en el orden de su vida; el hombre, por el contrario, no; por cuya razón ha de ser reconducido al orden mediante conocimientos y saberes; pero sí el hombre naciera en el orden de su vida, que es amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, entonces nacería en entendimiento y en sabiduría y por ello también en la fe de toda verdad a medida que se añadiesen los conocimientos. Los buenos espíritus vieron en seguida esto y percibieron qué así es, y esto exclusivamente por la luz de la verdad; pero los espíritus que se habían confirmado en la mera fe y por ello echaban a un lado el amor y la caridad, no pudieron entender esto, puesto que la luz de la falsedad, en ellos confirmada, oscurecía la luz de la verdad.

353. La inteligencia y sabiduría falsa es todo aquello en que no hay reconocimiento de lo Divino, porque los que no reconocen lo Divino, sino en lugar de lo Divino la naturaleza, piensan todos por medio de lo sensual-corporal, y son exclusivamente sensuales, por más eruditos y doctos se les considera en el mundo; pero su erudición no pasa de las cosas que existen en el mundo delante de los ojos, cuyas cosas guardan en la memoria, indagándolas casi materialmente y sin embargo estas mismas ciencias sirven a los verdaderos entendidos para la formación de su entendimiento. Por ciencias se entienden experiencias, de varias clases, como la física, la astronomía, la química, la mecánica, la geometría, la anatomía, la psicología, la filosofía, la historia de los reinos y de la literatura, la crítica, las lenguas. Los clérigos que niegan lo Divino tampoco elevan sus pensamientos por encima de las cosas sensuales que pertenecen al hombre exterior; las cosas que son del Verbo consideran de igual manera que los demás consideran las ciencias, y no hacen de ellas objeto del pensamiento o de la indagación de una mente racional ilustrada, y esto por la causa de que las cosas interiores en ellos se hallan cerradas y con ellas las cosas exteriores más próximas a las interiores; la razón porque se hallan cerradas es que se hallan vueltas en dirección opuesta al cielo, y retuercen aquellos que podrían mirar hacia este, las cuales son las cosas interiores de la mente humana como ya se ha dicho. Es por esto que no pueden ver lo que es verdad y bien, puesto que estas cosas para ellos se hallan en tinieblas, y lo falso y malo en luz. Sin embargo, los hombres sensuales pueden raciocinar, algunos más hábilmente y con más perspicacia que los verdaderos entendidos, pero por virtud de falacias de los sentidos confirmadas mediante sus saberes, y por poder así raciocinar con habilidad se creen ellos más sabios que otros. El fuego que mediante la inclinación enciende sus raciocinios es el fuego del amor a sí mismo y al mundo. Estos son los que se hallan en un falso entendimiento y en una falsa sabiduría, y a quienes se refiere el Señor en Mateo;

Viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden (13: 13-15). Y en otro lugar:

Escondidas están estas cosas de los entendidos y sabios, y reveladas a los niños (11: 25, 26).

354. Me ha sido dado hablar con varios eruditos después de su salida del mundo, con algunos que fueron los más afamados y en el mundo de literatura celebres por sus obras, y con unos cuantos que no fueron tan celebres pero que no obstante habían llevado en sí una sabiduría oculta. Los que en su corazón habían negado lo Divino, por más que lo

habían confesado con la boca, se han vuelto tan estúpidos que apenas han podido entender verdad civil alguna, menos aun una verdad espiritual; he percibido y asimismo visto que sus cosas interiores que pertenecen a la mente se hallaban tan cerradas que parecían negras (tales cosas son exhibidas a la vista en el otro mundo), y de tal manera que no podían sufrir luz celestial alguna ni admitir influjo alguno del cielo. La negrura en que parecían hallarse sus cosas interiores era mayor y más extensa en los que mediante las cosas científicas de la erudición se habían confirmado en contra de lo Divino. Semejantes hombres reciben en la otra vida con gozo toda falsedad, la cual embeben como una esponja absorbe el agua y rechazan toda verdad como el muelle osífico rechaza el objeto que cae sobre el mismo, se dice en efecto que las cosas interiores en los que han negado lo Divino, confirmándose por la naturaleza, se hallan osificadas. La cabeza parece asimismo callosa como si fuera de ébano y esta callosidad se extiende hasta e incluso la nariz, lo cual indica que no tienen ya percepción alguna. Los que son así se echan en vorágines que parecen lagunas, siendo en ellos sobreexcitados por fantasías que son formas de sus falsedades. Su fuego infernal es su deseo de gloria y fama y a causa de este deseo ataca uno a otro, y por pasión infernal atormentan allí los unos a los otros que no les adoran como seres Divinos, y así alternativamente. En semejantes cosas se convierte todo cuanto pertenece a la erudición mundana, que no recibe en sí la luz desde el cielo mediante el reconocimiento de lo Divino.

355. Que semejantes hombres son así en el mundo espiritual, cuando entran allí después de la muerte, puede concluirse por el mero hecho de que entonces reposan todas las cosas que se hallan en la memoria natural, directamente en contacto con las cosas sensuales del cuerpo, como por ejemplo las cosas científicas que más arriba se han enumerado, y sólo las cosas racionales que proceden de ellas sirven allí al pensamiento y al habla; el hombre lleva consigo toda la memoria natural, pero las cosas que se hallan en ella no están bajo su intuición ni vienen en su pensamiento como cuando vivía en el mundo; nada puede sacar de allí y presentar en la luz espiritual puesto que no pertenece a esa luz; pero las cosas racionales e intelectuales que el hombre ha adquirido por medio de las ciencias mientras que vivía en el cuerpo, se adaptan a la luz del mundo espiritual por lo cual en la medida en que el espíritu del hombre se ha vuelto racional mediante conocimientos y ciencias en el mundo, en esta medida es racional después de la separación del cuerpo porque entonces el hombre es un espíritu, y el espíritu es el que piensa en el cuerpo.

356. Por otra parte, a los que por medio de conocimientos y ciencias han adquirido entendimiento y sabiduría, cuales son los que han aplicado todo al uso de la vida y al mismo tiempo reconocido lo Divino, amado el Verbo y conducido una vida espiritualmente moral (de lo cual arriba, n. 319), sirvieron las ciencias como medio de volverse sabios y asimismo para corroborar las cosas que pertenecen a la fe. Sus cosas interiores que son las de su mente han sido por mí percibidas y asimismo vistas como algo trasparente por la luz, de color blanco resplandeciente, color fuego, o color celeste que tienen los diamantes, rubíes, zafiros, que son transparentes, y esto conforme las confirmaciones a favor de lo Divino y de las verdades Divinas por conducto de las ciencias. La verdadera inteligencia y sabiduría se presenta así al ser exhibida a la vista en el mundo espiritual, esto lo tiene por la luz del cielo, que es la Divina verdad, procedente del Señor, de quien viene toda inteligencia y sabiduría (véase arriba, n. 126-133). Los planes de esta luz, en la cual se verifican variaciones de colores, son las cosas interiores de la mente, y las confirmaciones de las verdades Divinas mediante las cosas que se

EL CIELO Y EL INFIERNO

hallan en la naturaleza, por consiguiente en las ciencias, producen estas variaciones; porque la mente interior del hombre penetra en las cosas de la memoria natural, sublimando por así decir, por medio del fuego del amor celestial, las cosas allí confirmadas, las eleva y las purifica, transformándolas en ideas espirituales; que esto tiene lugar lo ignora el hombre mientras que vive en el cuerpo puesto que entonces piensa tanto espiritualmente cuanto naturalmente, y las cosas que entonces piensa espiritualmente no las percibe, sino tan sólo las cosas que piensa naturalmente; pero cuando entra en el mundo espiritual entonces no percibe las cosas que ha pensado naturalmente en el mundo, sino las cosas que ha pensado espiritualmente, así muda su estado. Por esto es claro que por conocimientos y ciencias el hombre se vuelve espiritual, y que los mismos sirven como medios para llegar a ser sabio, pero tan sólo para los que en la fe y en su vivir han reconocido lo Divino. Estos son también admitidos en el cielo con preferencia a otros, y allí están entre los que se hallan en el centro (n. 43), puesto que se hallan en luz más que los otros. Estos son los entendidos y los sabios en el cielo que resplandecen como el resplandor del firmamento y que brillan como las estrellas. Por otra parte, los simples allí son los que han reconocido lo Divino, amado el Verbo y conducido una vida espiritual y moral, pero sus cosas interiores, que son las de su mente, no se hallan tan desarrolladas por conocimientos y ciencias. La mente humana es como una tierra de labranza, es así o así según y conforme es cultivada.

39

LOS RICOS Y LOS POBRES EN EL CIELO

357. Hay varias opiniones sobre la admisión en el cielo. Algunos opinan que los pobres son recibidos y no los ricos, algunos, que son recibidos y los ricos y los pobres; algunos que los ricos no pueden ser admitidos a menos de renunciar a sus riquezas y ser como los pobres. Unos y otros confirman su opinión por el Verbo. Pero los que hacen distinción entre los ricos y los pobres con respecto al cielo no entienden el Verbo. El Verbo es en su seno espiritual pero en la letra es natural, por lo cual aquellos que toman el Verbo meramente en el sentido literal y no en alguna medida en sentido espiritual, yerran mucho, sobre todo en cuanto a los ricos y los pobres, como en esto de que es tan difícil para los ricos entrar en el cielo como para un camello pasar por el ojo de una aguja, y que para los pobres es fácil porque son pobres, puesto que se dice:

Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5: 3; Lucas 6: 20, 21).

Pero los que tienen algún conocimiento del sentido espiritual del Verbo piensan de diferente manera. Estos saben que el cielo es para todos cuantos viven la vida de la fe y del amor, ricos o pobres sin distinción, pero quienes se entienden por ricos y por pobres en el Verbo se dirá en lo que sigue. Por mucha conversación y trato con los ángeles, me ha sido dado saber que por cierto los ricos entran en el cielo tan fácilmente como los pobres y que por abundar en riquezas el hombre no es excluido del cielo, ni es recibido por ser pobre. Allí hay ricos y pobres y muchos ricos están en mayor gloria y felicidad que los pobres.

358. De antemano puedo decir que el hombre puede adquirir riquezas y acumular tesoros tanto como le sea concedido, con tal que no lo haga con astucia y mal proceder; puede comer y beber exquisitamente, con tal que no ponga en ello su vida; puede habitar con magnificencia según sus condiciones, puede tener trato con otros como los demás,

frecuentar lugares de recreo, hablar de asuntos mundanos y no necesita andar devotamente con cara triste y llorona y con cabeza inclinada, sino contento y alegre; tampoco dar de sus bienes a los pobres más que en la medida en que la inclinación le induce a ello; en una palabra, puede vivir en forma exterior exactamente como el hombre del mundo, y estas cosas no se oponen a que el hombre entre en el cielo, con tal que en su interior piense en Dios como conviene, y con el prójimo obre sincera y justamente. El hombre es tal como es su inclinación y pensamiento, o tal como es su amor y fe; todas las obras exteriores sacan de ellos su vida, porque obrar es querer y hablar es pensar, siendo así que se obra por la voluntad y se habla por el pensamiento. Por lo cual cuando en el Verbo se dice que el hombre será juzgado según los actos y recompensado según las obras, se debe entender que lo será según sus pensamientos e inclinaciones, los cuales determinan los actos y están en los actos, porque los actos nunca se consuman sin ellos y tienen siempre idéntica calidad que ellos. Por eso es evidente que lo exterior nada hace al caso, sino lo interior, de lo cual viene lo exterior. Para ilustrar: el que obra sinceramente y no engaña a otro, por la causa de temer las leyes, temer perjudicar su reputación y en su consecuencia, perder honra y fortuna, y que en caso de no refrenarle este temor, engañaría a otro cuanto pudiera: su pensamiento y voluntad son engaño y no obstante sus actos parecen en forma exterior sinceros; este, puesto que es interiormente engañador y fraudulento, tiene en sí el infierno; por otra parte, el que obra sinceramente y no engaña a otro, por la causa de que el engaño es contra Dios y el prójimo, este, aunque pudiera engañar a otro, no le engañaría: su pensamiento y voluntad son conciencia; este tiene en sí el cielo. Los actos de ambos parecen iguales en forma exterior, pero en forma interior son completamente distintos.

359. Puesto que el hombre de la iglesia puede en forma exterior vivir como otros, acumular riquezas, banquetear y habitar y vestir con esplendidez conforme su condición y oficio, disfrutar de diversiones y amenos entretenimientos, y ocuparse en asuntos mundanos por negocios o por el recreo de su mente y cuerpo, con tal que interiormente reconozca lo Divino y desea el bien del prójimo, es evidente que el andar por el camino del cielo no es tan difícil como muchos creen, la sola dificultad es poder resistir el amor a sí mismo y al mundo, impidiendo que predominen, porque de ahí viene el mal. Que no es tan difícil como se cree lo demuestran estas palabras del Señor:

Aprended de me; porque yo soy manso y humilde de corazón y hallareis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga (Mateo 11: 29, 30).

El yugo del Señor es fácil y su carga es ligera porque cuanto el hombre resiste los males que vienen del amor a sí mismo y al mundo, tanto es guiado por el Señor y no por sí mismo, y luego el Señor los resiste en el hombre y los aparta.

360. He hablado con algunos después de su muerte, quienes mientras vivían en el mundo renunciaban al mundo, dedicándose a una vida casi solitaria con el objeto de encontrar ocasión para pías meditaciones, apartando el pensamiento de las cosas mundanas, creyendo así andar por el camino del cielo; pero estos tienen en la otra vida un genio triste; desprecian a otros que no se parecen a ellos; se enojan por no tener por suerte más felicidad que otros, creyendo haberlo merecido; no atienden a otros, y se abstienen de los deberes del amor al prójimo mediante cuyos deberes la conjunción con el cielo tiene lugar. Desean el cielo más que otros, pero al ser elevados a donde están los ángeles causan ansiedades que perturban la felicidad de los ángeles, por lo cual son descartados, y los descartados se trasladan a sitios desiertos, donde conducen una vida como la que

EL CIELO Y EL INFIERNO

conducían en el mundo. El hombre no puede ser formado para el cielo sino mediante el mundo; allí se hallan los últimos efectos, en los cuales debe terminar la inclinación de cada uno, y si esta no se exterioriza, es decir, sino se última en el acto, lo cual sólo puede mediante trato con otros, acaba por sofocarse hasta el punto de que el hombre cesa de mirar al prójimo y no mira más que a sí mismo. Es, pues, evidente que una vida de amor al prójimo, cuya vida es hacer justicia y rectitud en todo acto y en todo oficio, conduce al cielo; que la práctica del amor al prójimo, y el consiguiente incremento de aquella vida, puede tener lugar cuanto el hombre mantiene tratos, y deja de tener lugar cuanto se abstiene de ellos. De estas cosas hablaré ahora por experiencia. Muchos de los que en el mundo se han dedicado a negocios y comercio, llegando a enriquecerse por medio de ellos, están en el cielo. En cambio no hay allí tantos de los que han adquirido honores y riquezas mediante oficios, porque estos últimos son inducidos a amar a sí mismos y al mundo a causa de los lucros y honores conferidos a ellos a cambio de dispensaciones de justicia y veredictos favorables, así como de distribuciones de oficios lucrativos y honoríficos, llegando por ello a apartar del cielo sus pensamientos e inclinaciones, y dirigirlas hacia sí mismos; porque cuanto el hombre ama a sí mismo y al mundo y mira a sí mismo y al mundo en todas cosas, tanto se separa de lo Divino y se aparta del cielo.

361. La suerte de los ricos en el cielo es vivir en abundancia más que otros. Algunos habitan en palacios que interiormente brillan como de oro y plata; tienen abundancia de todas las cosas que sirven para los usos de la vida; pero no ponen, en manera alguna, su corazón en ellas, sino en los usos mismos; estos usos ven en clara luz; el oro y la plata, por el contrario, en comparativa oscuridad y sombra; la causa es que en el mundo amaron los usos, apreciando el oro y la plata sólo como medios auxiliares; los usos mismos brillan de esta manera en el cielo; el bien del uso brilla como oro y la verdad del uso como plata. Por lo tanto, su opulencia, sus goces y sus felicidades allí son conformes los usos que prestaban en el mundo. Los usos del bien consisten en proporcionarse a sí mismo y a los suyos las necesidades de la vida, desear abundante fortuna, por causa de la patria, también por causa del prójimo, al que un rico puede hacer bien de muchas maneras mejor que un pobre, y porque de esa manera evita inclinarse a una vida ociosa, la cual es perniciosa, porque en ella el hombre piensa mal por el mal implantado en él. Estos usos son buenos en la medida en que tienen en sí vida de lo Divino, es decir, en la medida en que el hombre mira hacia lo Divino y al cielo, poniendo en ellos su principal bien y en las riquezas solo un bien auxiliar.

362. Una suerte opuesta es la de los ricos que no han creído en lo Divino, rechazando en su alma las cosas del cielo y de la iglesia; estos están en el infierno donde hay sordidez, miseria y pobreza; en tales cosas se convierten las riquezas cuando se aman como objeto final; y no tan sólo las riquezas sino también los usos mismos, es decir, que viven como quieren, gratificando sus apetitos y pueden con más amplitud y libertad practicar vicios o bien sobreponerse a otros a quienes desprecian. Puesto que estas riquezas y estos usos nada tienen en sí de espiritual, sino sólo de terrestre, se vuelven sórdidas, porque lo espiritual en las riquezas y sus usos es como el alma en el cuerpo y como la luz del cielo en la tierra húmeda, y se pudren como el cuerpo sin alma y como tierra húmeda sin la luz del cielo. Estos son los que se han dejado seducir por las riquezas, separándose del cielo a causa de ellas.

363. En cada hombre permanece después de la muerte la inclinación o amor predominante. Este no cesa de existir en toda eternidad, siendo así que el espíritu del

hombre es exactamente como su amor, y lo que es un arcano, el cuerpo de cada ángel y de cada espíritu es forma exterior de su amor y corresponde exactamente a la forma interior, que es la de su alma y mente. Esta es la razón por la cual los espíritus se conocen por el rostro, por su porte y por su habla, cuales y como son; y así se conocería también el hombre mientras que vive en el mundo, con respecto a su espíritu, si no hubiera aprendido a disimular con el rostro, su comportamiento y su habla, y aparentar ser lo que no es. Es, pues, evidente que el hombre permanece eternamente tal cual es su inclinación o amor predominante. Me ha sido permitido hablar con hombres que vivían hace mil setecientos años, cuya vida es conocida por referencias en escritos de aquel tiempo, y he averiguado que todavía les guía su amor tal cual era entonces. Claro es por la misma razón que el amor a las riquezas y a las comodidades que traen consigo también continua en cada uno eternamente tal cual era en el mundo, con la diferencia, sin embargo, que las riquezas para los que las han aplicado a fines útiles se convierten en goces conforme los usos, mientras que las riquezas para los que las han aplicado a usos malos se convierten en sordidez, de la cual se gozan entonces como en el mundo se gozaban de las riquezas que les servían para malos usos. La razón por la cual entonces se goza de la sordidez es porque los apetitos impuros y viciosos, que eran sus usos, y también la avaricia, que es amor a las riquezas sin uso, corresponden a la sordidez. La sordidez espiritual no es otra cosa.

364. Los pobres no entran en el cielo a causa de su pobreza sino a causa de su vida. a todos les siguen sus vidas, al rico como al pobre; no hay en particular más misericordia para uno que para otro. Él que ha vivido bien es recibido; él que ha vivido mal es rechazado. Por lo demás la pobreza seduce y distrae del cielo tanto como la riqueza. Entre los pobres hay muchos descontentos de su suerte, ambicionan tener mucho y creen que las riquezas son bendiciones, por lo cual al no conseguirlas sienten ira y piensan mal de la Providencia Divina. Asimismo envidian a otros sus bienes. Engañan además a otros cuando se presenta ocasión y viven también en inmundas voluptuosidades. Diferente es, sin embargo, el caso con los pobres que están contentos con su suerte, aplicados y diligentes en su trabajo, prefiriendo la actividad a la ociosidad; obran sinceramente y fielmente y conducen una vida cristiana. He hablado algunas veces con esta clase de espíritus que eran labradores y gente del pueblo y creían en Dios mientras que vivían en el mundo, haciendo justicia y rectitud en sus obras; estos hallándose con inclinación de conocer la verdad preguntaron lo que es el amor al prójimo y lo que es la fe, porque en el mundo habían oído muchas cosas acerca de la fe, y en la otra vida muchas acerca del amor al prójimo; por lo cual les fue dicho que el amor al prójimo es todo aquello que pertenece a la vida y la fe todo aquello que pertenece a la doctrina; que por consiguiente el amor al prójimo es querer y hacer lo justo y lo recto en todo acto, pero la fe es pensar justamente y rectamente, y que la fe y el amor al prójimo se unen como la doctrina y una vida conforme la misma, o sea como el pensamiento y la voluntad, y que la fe se vuelve amor al prójimo, cuando el hombre quiere y realiza en actos y obras lo que piensa justamente y rectamente, y realizándose esto no son dos, sino una sola cosa. Esto entendieron y se alegraron, diciendo que en el mundo no habían entendido que creer fuere otra cosa que vivir.

365. Por esto puede constar que van al cielo tanto ricos cuanto pobres y tan fácilmente aquellos como estos. La razón por la cual se cree que los pobres van al cielo con facilidad y los ricos con dificultad, es que el Verbo no ha sido comprendido con respecto a los

EL CIELO Y EL INFIERNO

lugares en que habla de los ricos y los pobres. Allí por "ricos" se entienden, en sentido espiritual, los que abundan en conocimientos del bien y de la verdad, es decir, los que se hallan en la iglesia donde está el Verbo, y por "pobres" los que carecen de estos conocimientos, y sin embargo los desean; por consiguiente, los que están fuera de la iglesia donde no está el Verbo. Por el "rico" que se vestía de púrpura y de lienzo fino y fue echado al infierno se entiende la raza judaica, la cual se llama rica, porque tenía el Verbo y por ello abundancia de conocimientos del bien y de la verdad. Por "vestidos de púrpura" se entiende asimismo los conocimientos del bien, y por "lienzo fino" conocimientos de la verdad; por otra parte, el pobre echado a la puerta del mismo, que deseaba hartarse de las migas de pan que caían de la mesa del rico, y fue llevado por los ángeles al cielo, representa a los gentiles que no tienen conocimientos del bien y de la verdad, y sin embargo los desean (Lucas 16: 19-31). Por los "ricos" que fueron invitados a la gran cena y se excusaron, se entiende igualmente la raza judaica, y por los "pobres" que fueron admitidos en lugar de ellos, se entiende los gentiles que estaban fuera de la iglesia (Lucas 16: 16-24). Diré también lo que se entiende por el "rico" de quien dijo el Señor:

Más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que el que entre un rico en el reino de Dios (Mateo 19: 21).

Por este "rico" se entiende los ricos en ambos sentidos, tanto en sentido natural cuanto espiritual; en sentido natural los que tienen abundantes riquezas y ponen en ellas su corazón, y en sentido espiritual los que tienen abundancia de conocimientos y saberes que son riquezas espirituales, y que mediante ellos quieren por su propia inteligencia introducirse en las cosas del cielo y de la iglesia, lo cual es contrario al orden Divino y por esta razón se dice que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, porque en ese sentido se entiende por "camello" lo general de los conocimientos y de las ciencias, y por "ojo de aguja" la verdad espiritual. Se ignora actualmente que "camello" y "ojo de aguja" tienen esta significación, porque la ciencia que enseña lo que significan en sentido espiritual las cosas que se dicen en el sentido literal del Verbo, no ha sido divulgada todavía. El hecho es que en cada detalle del Verbo hay un sentido espiritual y también un sentido natural, porque el Verbo fue escrito exclusivamente mediante las correspondencias entre las cosas naturales y las cosas espirituales, a fin de que (por medio del mismo) hubiese conjunción entre el cielo y la tierra o sea entre los ángeles y los hombres, cuando cesó la conjunción inmediata. Se ve pues claro lo que significa el "rico" en el citado lugar especialmente. En varios lugares del Verbo se puede ver que allí "ricos," en sentido espiritual, significan los que tienen conocimientos del bien y de la verdad, y que "riquezas" significan los conocimientos mismos, siendo estas riquezas espirituales (véase Isaías cap. 10: 12-14; cap. 30: 6, 7; cap. 45: 3; Jeremías. cap. 17: 3; cap. 48: 7; cap. 50: 36, 37; cap. 51: 13; Daniel cap. 5: 2, 4; Ezequiel cap. 26: 7, 12; cap. 27: 1 al fin; Zacarías. cap. 9: 3, 4; Salmo 45: 13; Oseas cap. 12: 9; Apocalipsis. cap. 3: 17, 18; Lucas cap. 14: 33, y en otros lugares. Que "pobres" en sentido espiritual significan los que no tienen conocimientos del bien y de la verdad, deseando, sin embargo, tenerlos, se puede ver en: Mateo 9: 5; Lucas cap. 6: 20, 21; cap. 14: 21; Isaías cap. 14: 30; cap. 29: 19; cap. 12: 17, 18; Sofonías cap. 3: 12, 13). Todos estos pasajes se hallan explicados según el sentido espiritual en "Arcana Coelestia" (n. 10227).

LOS MATRIMONIOS EN EL CIELO

366. Puesto que el cielo viene del género humano, habiendo por consiguiente allí ángeles de ambos sexos, y puesto también que desde la creación la mujer es del hombre y el hombre de la mujer, perteneciéndose así mutuamente por el amor innato en ellos, sigue que en el cielo, como en la tierra, hay matrimonios. Pero los matrimonios en el cielo difieren mucho de los matrimonios en la tierra. En lo que sigue diré por lo tanto cuales y como son los matrimonios en el cielo, en que puntos difieren de los matrimonios en la tierra y en que puntos concuerdan con ellos.

367. El matrimonio celestial es la unión de dos mentes hasta formar una sola mente. Diré primero de que naturaleza es esta unión. La mente consiste de dos partes, de la cual una se llama entendimiento y la otra voluntad. Cuando estos dos obran como una sola, forman una sola mente. El marido hace en ella la parte del entendimiento y la mujer la de la voluntad. Cuando esta unión, que procede de los interiores, desciende en las cosas exteriores, que son las del cuerpo, se dejan percibir y sentir como amor. Este amor es el amor conyugal, y por ello resulta claro que el amor conyugal nace por la unión de dos mentes, haciendo de ellas una sola mente. Esto se llama en el cielo cohabitación y se dicen ser uno y no dos, por lo cual cónyuges en el cielo se llaman un ángel y no dos ángeles.

368. El existir tal unión entre marido y mujer, hasta en las más íntimas cosas de la mente, viene de la creación misma, porque el hombre nace para ser forma de la inteligencia y la mujer para ser forma de la voluntad, lo cual también se ve por el índole ingénita de cada cual, y también por su forma. Lo demuestra el índole porque el hombre obra por vía de la razón, pero la mujer por vía de la inclinación. Lo demuestra la forma, porque el hombre tiene el rostro más angular y menos hermoso, el habla más grave, el cuerpo más robusto; la mujer, por el contrario, el rostro más fino, más hermoso, la voz más sonora y el cuerpo más delicado. Una diferencia parecida hay entre el entendimiento y la voluntad, y entre el pensamiento y el bien y entre la fe y el amor; porque la verdad y la fe son del entendimiento, y el bien y el amor son de la voluntad. Por esta razón es que en el Verbo por "joven" y "hombre" en sentido espiritual se entiende entendimiento de la verdad, y por "virgen" y "mujer" inclinación al bien; también que allí la iglesia, por su inclinación al bien, se llama "mujer" y "virgen"; y los que se hallan en la inclinación al bien se llaman "vírgenes" (como en Apocalipsis 14: 4).

369. Tanto el hombre cuanto la mujer gozan de entendimiento y de voluntad; sin embargo, predomina en el hombre el entendimiento y en la mujer la voluntad; y el ser humano es tal como es aquello que en él predomina; en los matrimonios celestiales no hay, sin embargo, tal predominación, porque la voluntad de la esposa es también la del marido, puesto que el uno ama a querer y a pensar de idéntica manera que el otro, es decir, mutua y recíprocamente; de ahí viene su conjunción por la cual forman por así decir un solo ser. Su conjunción es una conjunción real y efectiva, porque la voluntad de la esposa entra en el entendimiento del marido y el entendimiento del marido en la voluntad de la esposa, y sobre todo cuando se miran de frente mutuamente, porque en el cielo tiene lugar una comunicación del pensamiento y de la inclinación, según antes se ha dicho, y mayormente entre cónyuges, puesto que se aman mutuamente. Por esto puede ser claro cual y como es la conjunción de las mentes que determina el matrimonio y causa el amor conyugal en los cielos; es el querer que lo suyo sea del otro, mutuamente y recíprocamente.

EL CIELO Y EL INFIERNO

370. Los ángeles me han dicho que dos cónyuges se hallan en amor conyugal en la medida en que se hallan en tal conjunción, y que entonces se hallan en inteligencia, sabiduría y felicidad en la misma medida, porque la Divina verdad y el Divino bien, de los cuales viene toda inteligencia, sabiduría y felicidad, influyen principalmente en el amor conyugal; que por consiguiente el amor conyugal es el plano mismo sobre el cual se verifica el influjo Divino, por ser al mismo tiempo el matrimonio de la verdad con el bien, porque así como hay una conjunción entre el entendimiento y la voluntad, así hay también una conjunción entre la verdad y el bien, siendo así que el entendimiento recibe la Divina verdad, y se forma por las verdades, mientras que la voluntad recibe el Divino bien y se forma por los bienes; porque lo que el hombre quiere es en la opinión suya un bien, y lo que entiende es a su parecer verdad. Es pues lo mismo si se dice conjunción de la verdad con el bien o si se dice conjunción del entendimiento con la voluntad. La conjunción de la verdad con el bien hace el ángel, así como su entendimiento y su felicidad, porque el ángel es tal como en él es la conjunción del bien con la verdad y de la verdad con el bien; o lo que es lo mismo, el ángel es tal como en él es la conjunción del amor con la fe y de la fe con el amor.

371. La razón por la cual lo Divino que procede del Señor influye principalmente en el amor conyugal es que el amor conyugal procede de la conjunción del bien con la verdad, porque como ya se ha dicho: decir conjunción del entendimiento con la voluntad equivale a decir conjunción del bien con la verdad. La conjunción del bien con la verdad lleva su origen del Divino amor del Señor para con todos los que están en el cielo y en la tierra. Del Divino amor procede el Divino bien y el Divino bien recibido por los ángeles y por los hombres es la Divina verdad. El único receptáculo del bien es la verdad, por lo cual nadie que no esté en la verdad puede recibir algo del Señor y del cielo. En la medida que las verdades en el hombre tienen conjunción con el bien, en esta medida tiene el hombre conjunción con el Señor y con el cielo. Ahí está el origen mismo del amor conyugal, por lo cual este es la base misma del influjo Divino. Es por esto que la conjunción del bien con la verdad en el cielo se llama matrimonio celestial y que en el Verbo el cielo se compara con un matrimonio y también se llama un matrimonio, y que el Señor se llama "Esposo" y "Marido" y el cielo con la iglesia "esposa" y "mujer."

372. El bien y la verdad en conjunto en un ángel y en un hombre no son dos, sino uno, puesto que el bien es entonces el bien de la verdad y la verdad es la verdad del bien. Esta conjunción pueda ser comparada a un hombre pensando lo que desea y deseando lo que piensa, cuando el pensamiento y la voluntad forman uno, eso es, una sola mente; porque el pensamiento forma, o presenta en forma, lo que la voluntad desea, y la voluntad se le da delicia; y esto es el por qué dos cónyuges en el cielo no se llaman dos, sino un solo ángel. Esto también es lo que se entiende por las palabras del Señor:

¿No habéis leído que Él que los hizo al principio, macho y hembra los hizo, y dijo, Por tanto el hombre dejará a su padre y a la madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne? Así que no son ya más dos, sino una carne. Por tanto lo que Dios juntó, no lo aparte el hombre. No todos pueden recibir esta instrucción, sino ellos a quienes es dado (Mateo 19: 4-6, 11; Marcos 10: 6-9; Génesis 2: 24).

Esto es una descripción de ambos, del matrimonio celestial, en lo cual son los ángeles, y del matrimonio de bien y verdad, el que "un hombre no debe apartar lo que Dios ha juntado" significando que el bien no debe ser separado de la verdad.

373. Se ve, pues, de donde procede el verdadero amor conyugal, es decir, que es primero formado en las mentes de los que están en matrimonio, y desde allí desciende e influye en el cuerpo, en el cual se percibe y se siente como amor; porque todo lo que por percepción se siente en el cuerpo lleva su causa de lo interior o espiritual del mismo, procediendo del entendimiento y de la voluntad. El entendimiento y la voluntad constituyen el hombre espiritual. Todo cuanto del hombre espiritual desciende al cuerpo, se presenta en este bajo otra forma, sin embargo parecida y correspondiente como el alma y el cuerpo, o como la causa y el efecto, según puede constar por lo que se ha dicho y manifestado en los dos artículos anteriores que tratan de las correspondencias.

374. He oído explicar por un ángel del siguiente modo lo que es el verdadero amor conyugal y sus goces celestes: Que es lo Divino del Señor en los cielos; que es el Divino bien y la Divina verdad en dos seres unidos hasta tal punto que no son dos, sino un solo ser. Dijo que cónyuges en el cielo son este amor porque cada ángel es su bien y su verdad, tanto con respecto a la mente cuanto con respecto al cuerpo, porque su cuerpo es fiel imagen de su mente, por ser formado según la semejanza de la misma. De esto dedujo que dos seres que están en amor conyugal son una efigie de lo Divino, y siendo una efigie de lo Divino, también son efigie del cielo, puesto que el cielo en general es el Divino bien y la Divina verdad, procedentes del Señor; y que es por esta razón que ese amor envuelve todas las cosas del cielo, tantas felicidades y goces que exceden todo número. Expresó la numerosidad con una palabra que indica miríadas de miríadas. Se mostró de que el hombre de la iglesia nada sabe de esto, cuando, sin embargo, la iglesia es el cielo del Señor en la tierra, y el cielo es la conjunción del bien con la verdad. Dijo que causa estupor el pensar que dentro de la iglesia, más que fuera de ella, se comete adulterio, y se persiste en ello por confirmación, siendo, sin embargo, así que ese goce, en y por sí considerado, en sentido espiritual y por consiguiente en el mundo espiritual, no es más que el goce del amor al mal unido a la falsedad, cuyo goce es un goce infernal, del todo opuesto al goce del cielo, que es el goce del amor a la verdad unida al bien.

375. Es bien sabido que dos cónyuges que se aman están íntimamente unidos, y que lo esencial del matrimonio es la unión de los ánimos o de las mentes. Por ello se puede igualmente saber que la unión es tal como son los ánimos o las mentes en sí mismas, y tal también el amor entre ellos; la mente es formada exclusivamente por verdades y bienes, porque todas las cosas que hay en el universo se refieren al bien y a la verdad, así como a su conjunción, por lo cual la unión de las mentes es tal como son las verdades y los bienes por los cuales se hallan formadas; la unión de dos mentes formadas por genuinas verdades y bienes es por consiguiente perfectísima. Hay que saber que nada se ama mutuamente en tan alto grado como la verdad y el bien, por lo cual de este amor procede el verdadero amor conyugal. La falsedad y el mal se aman también; pero este amor se convierte luego en un infierno.

376. Por lo que se acaba de exponer con respecto al origen del amor conyugal, puede concluirse quienes se hallan en este amor y quienes no se hallan en él; que en amor conyugal se hallan los que se hallan en el Divino bien por la Divina verdad y que el amor conyugal es tanto más genuino cuanto más genuinas son las verdades unidas al bien; y puesto que todo bien que se une con verdades viene del Señor, sigue que nadie puede estar en el verdadero amor conyugal si no reconoce al Señor y Su Divinidad, porque sin tal reconocimiento el Señor no puede influir y unirse a las verdades que están en el hombre.

EL CIELO Y EL INFIERNO

377. Por esto resulta claro que los que se hallan en falsedades no pueden estar en amor conyugal, y de ninguna manera los que se hallan en falsedades por el mal. En aquellos que se hallan en el mal y por ello en falsedades se hallan además cerradas las cosas interiores, que son de la mente, por lo cual en ellas no puede haber origen del amor conyugal, sino más abajo, en lo exterior o natural, separado de lo interior, hay (en ellos) una conjunción entre la falsedad y el mal, cuya conjunción se llama matrimonio infernal. Conversan entre sí y tienen conjunción por lascivia, pero interiormente arden uno contra otro en un odio mortal, tan grande que no puede expresarse con palabras.

378. El amor conyugal tampoco puede existir entre dos que son de diferente religión porque la verdad del uno no concuerda con el bien del otro y en dos personas diferentes y discordantes no pueden las dos mentes unirse a formar una sola mente, por cuya razón el origen de su amor nada tiene de espiritual; si cohabitan y concuerdan es tan sólo por causas naturales. En el cielo contrae uno matrimonio con otra que se halla en la misma sociedad, porque estos se hallan en un mismo bien y en una misma verdad; pero no con una que está fuera de la sociedad. Más arriba (n. 41 y siguientes) se puede ver que todos los que están en una misma sociedad celestial se hallan en un mismo bien y en una misma verdad y difieren de los que se hallan fuera de la sociedad. En la raza israelita era representado este hecho por la práctica de contraer matrimonios dentro de cada tribu exclusivamente, y especialmente dentro de las familias y no fuera de ellas.

379. Tampoco puede existir el verdadero amor conyugal entre un marido y varias mujeres; porque esto destruye su origen espiritual, que es la unión de dos mentes en una sola mente; y destruye por consiguiente la conjunción interior que es la del bien con la verdad, de cuya conjunción procede este amor esencialmente. Un matrimonio con más de una mujer es como un entendimiento dividido entre varias voluntades, y como un hombre que se adhiere no a una sino a varias iglesias; y de esta manera su fe se disuelve hasta quedar aniquilada. Los ángeles dicen que el tener varias mujeres es completamente contrario al Divino orden, y saben esto por varias razones como por ejemplo: que tan pronto como piensan en un matrimonio con varias mujeres, se desvía de ellos su beatitud interna y la felicidad celestial, y entonces son como ebrios, porque se rompe en ellos la unión del bien con su verdad, y puesto que las cosas interiores pertenecientes a sus mentes entran en tal estado por el mero pensamiento con alguna poca intención, perciben claramente que un matrimonio con más de una mujer cierra sus interiores, y hace que en vez del amor conyugal se introduce un amor lascivo, cuyo amor separa del cielo. Dicen además que los hombres pueden difícilmente comprender esto porque hay pocos que se hallan en verdadero amor conyugal, y los que no se hallan en él, desconocen por completo el íntimo goce que hay en este amor, y conocen tan sólo el amor lascivo, cuyo goce se convierte en hastío después de breve cohabitación, mientras que el goce del verdadero amor conyugal no sólo permanece en la vejez en el mundo, sino que también es el goce del cielo, después de la muerte, y entonces se añade al mismo un goce interior que le llena y continua perfeccionándose en toda eternidad. Dijeron también que los goces del verdadero amor conyugal pueden enumerarse hasta varios millares, y ni uno de ellos es conocido por el hombre, ni puede comprenderse por el entendimiento humano, excepto en el hombre que por el Señor se halla en el matrimonio del bien con la verdad.

380. El amor al dominio por el cual el uno desea dominar sobre el otro, destruye completamente el amor conyugal y su goce celestial, porque como ya se ha dicho, el amor conyugal y su goce consiste en que la voluntad del uno sea la del otro, mutuamente

y recíprocamente. El amor al dominio en el matrimonio destruye esto, porque él que domina quiere que sólo la voluntad suya sea en el otro, y por el contrario que la del otro en él sea nula. No hay pues entre el uno y el otro mutualidad ni comunicación alguna de amor conyugal con su goce; y, sin embargo, esta comunicación y consiguiente conjunción es el verdadero e íntimo goce del matrimonio, cuyo goce se llama beatitud. El amor al dominio extingue completamente esta beatitud y con ella todo lo celestial y espiritual de este amor hasta tal punto que su existencia (en general) se ignora, y aun cuando se reconoce su existencia es mirado como cosa tan trivial que, a la mera alusión de que por él se disfruta de beatitud, se ríen o se enfadan. Cuando el uno quiere y ama lo que el otro quiere y ama, entonces hay libertad para ambos, puesto que toda libertad viene del amor, pero la libertad es nula donde hay dominio; el uno es siervo y el que domina lo es también, porque como un siervo es empujado por la pasión de dominar; pero esto no puede comprender en manera alguna él que ignora lo que es la libertad del amor celestial. Puede, sin embargo, saberlo por lo que más arriba se ha dicho acerca del origen y esencia del amor conyugal. Conforme entra el dominio las mentes no se unen sino se separan; dominio subyuga y una mente subyugada b bien no tiene voluntad alguna o bien tiene voluntad contraria. Si carece de voluntad carece también de amor; si tiene voluntad contraria hay odio en vez de amor. Los interiores de los que viven en tal matrimonio chocan y luchan, los del uno contra los del otro, como luchan dos fuerzas opuestas entre sí, por más que las cosas exteriores se sujetan y se acomodan por consideración a la tranquilidad. La colisión y lucha entre ellos se revelan después de la muerte; por regla general se vuelven a unir y entonces riñen como enemigos, y se desgarran mutuamente porque entonces obran, conforme el estado de sus interiores. Sus riñas y desgarramientos me han sido expuestas varias veces y algunos de ellos eran llenos de venganza y de ira. Los interiores de cada uno se dejan en la otra vida en libertad y no son restringidos por los exteriores a causa de las cosas del mundo, porque entonces cada uno es tal como es su interior.

381. En algunos hay cierta apariencia de amor conyugal pero no es este amor si no se hallan (igualmente) en el amor al bien y a la verdad. Es un amor que imita el conyugal por varios motivos; como por ejemplo, a fin de que sean bien servidos en casa, a fin de guardar su seguridad, su tranquilidad y permanecer en ociosidad o con el objeto de asegurarse asistencia y sustento en su decadencia y vejez o por consideración a los hijos a quienes aman. En algunos casos es coaccionado por el temor del cónyuge, de perder la reputación, de maledicencias; en otros la lascivia. El amor conyugal puede también ser diferente en los cónyuges. El uno puede poseerlo más o menos, el otro poco o nada, y por diferir así puede haber cielo para el uno e infierno para el otro.

382 (primero). El verdadero amor conyugal reina en el íntimo cielo, porque los ángeles allí se hallan en el matrimonio del bien con la verdad, y también en inocencia, porque el amor conyugal, en y por sí considerado, es un estado de inocencia; por lo cual entre cónyuges que se hallan en el amor conyugal hay celestial goce. Sus almas se entretienen en juegos inocentes, casi como los de los niños, porque nada hay que no agrada a sus mentes, siendo así que el cielo con su alegría influye en todas las cosas de su vida; por esto mismo el amor conyugal en el cielo es representado por cosas hermosísimas; lo he visto representado por una virgen de indescriptible hermosura cercada por una nube blanca y resplandeciente. Se me dijo entonces que es por el amor conyugal que los ángeles en el cielo tienen toda su hermosura. Las inclinaciones y los pensamientos que

EL CIELO Y EL INFIERNO

proceden de este amor son representados por auras centellantes como el reflejo de la luz en diamantes, o en piropos y rubíes; con delicias que afectan lo más íntimo de las mentes. En una palabra, en el amor conyugal se manifiesta y presenta en imagen el cielo, porque el cielo en los ángeles es la conjunción del bien con la verdad, y esta conjunción crea el amor conyugal.

382 (segundo). Los matrimonios en el cielo difieren de los matrimonios en la tierra en que estos últimos tienen otro objeto más, o sea la procreación de la raza humana, cuyo objeto no hay en los celestiales. En lugar de esta procreación hay en los cielos la procreación del bien y de la verdad; la razón por la cual esta procreación hace las veces de aquella es que el matrimonio de los ángeles es el matrimonio del bien con la verdad, y en este matrimonio el todo es el amor al bien y a la verdad y a su conjunción, y estos son por lo tanto los frutos de los matrimonios celestiales; por esto es que en el Verbo "nacimientos" y "generaciones" significan nacimientos y generaciones espirituales, que son las del bien y de la verdad; "madre" y "padre" significan la verdad unida al bien, que causa la procreación; "hijos" e "hijas" las verdades y los bienes nacidas; "yerno" y "suegra" significan sus conjunciones; y así adelante. Es pues evidente que los matrimonios en el cielo no son como los matrimonios en la tierra; en los cielos hay nupcias espirituales, que no deben llamarse nupcias sino conjunción de las mentes por el matrimonio del bien con la verdad. En la tierra, por el contrario, hay realmente nupcias, puesto que no son sólo del espíritu sino también de la carne; y por no haber en el cielo nupcias los cónyuges allí no se llaman marido y mujer, sino en conformidad con la idea que tienen los ángeles de la conjunción de dos mentes hasta formar una sola mente, llaman el matrimonio por un nombre que expresa la mutua reciprocidad; Por esto se ve como se debe entender las palabras del Señor referentes a nupcias (Lucas 20: 35, 36).

383. De que modo se verifican los matrimonios en los cielos también me ha sido permitido ver. En todo el cielo se asocian los similares y se separan los disimilares. Cada sociedad del cielo consiste por consiguiente de similares, pero los similares se juntan no por sí mismos sino por el Señor (véase más arriba, n. 41, 43, 44 y siguientes); por lo tanto también cónyuge a cónyuge, pudiéndose unir las mentes de estos a formar una sola, y por lo mismo se aman íntimamente a Ja primera vista, comprenden que son cónyuges y contraen matrimonio. Por esto todo matrimonio en el cielo viene por el Señor sólo. Celebran también bodas en numerosa compañía, variando las festividades en las varias sociedades.

384. Puesto que los matrimonios en la tierra son el seminario del género humano y también de los ángeles del cielo (siendo así que el cielo, según arriba en su artículo se ha manifestado, viene del género humano), y puesto que su origen es espiritual por ser el matrimonio del bien con la verdad, y que lo Divino del Señor influye principalmente en este amor, son por lo tanto santísimos a los ojos de los ángeles del cielo, y por contra miran a los adulterios como profanación, puesto que son contrarios al amor conyugal; porque así como los ángeles ven en el matrimonio el matrimonio del bien con la verdad, así ven en los adulterios el matrimonio del mal con la falsedad, el cual es el infierno, por cuya razón se retiran tan pronto oyen hablar del adulterio; esto es también la razón por la cual el cielo se cierra para el hombre cuando comete adulterio por gusto, y después de cerrado el cielo no reconoce ya más lo Divino ni cosa alguna referente a la fe y a la iglesia. Que todos los que están en el infierno son contrarios al amor conyugal me ha sido dado percibir varias veces por la esfera que de allí se exhala, la cual es como un esfuerzo

continuo para disolver y violar el matrimonio. Por esto me consta que el goce que reina en el infierno es el goce del adulterio, y que el goce del adulterio también es un goce de destruir la conjunción del bien con la verdad, cuya conjunción hace el cielo; de ahí sigue que el goce del adulterio es un goce infernal, del todo contrario al goce del matrimonio, que es un goce celestial.

385. Hubo ciertos espíritus que por la costumbre y práctica adquirida en la vida del cuerpo me infestaban con especial habilidad, por un influjo muy suave, casi ondeando como suele ser el de los espíritus rectos; pero se dejó percibir que había en ellos astucia y cosas parecidas, con el objeto de ganar la confianza y engañar. Al fin hablé con uno de ellos y me fue dicho que este había sido generalísimo de ejércitos cuando vivía en el mundo. Percibiendo que había en sus ideas algo de lascivo hablé con él al sujeto del matrimonio, empleando el hablar espiritual' por representaciones, cuyo hablar expresa el sentido con mucha perfección y muchas cosas en un momento. Dijo que en la vida del cuerpo consideraba los adulterios como nada (indecente), pero me fue dado contestarle que los adulterios son execrables, por más que a los adúlteros parecen como si no lo fuesen, y hasta les parecen lícitos, pero esto es a causa del goce que apetecen y por las persuasiones del mismo; esto podría bien saber considerando que los matrimonios son el seminario del género humano, y por ello también el seminario del reino celestial, por cuya razón nunca debían violarse sino guardarse como santos; además podía saberlo porque hallándose ahora en la otra vida y en un estado de percepción, debía saber que el amor conyugal descende del Señor por medio del cielo, y que de este amor como padre es derivado el amor mutuo, que es el firmamento del cielo, y también por el hecho de que los que cometen adulterio apenas se acerquen a las sociedades celestiales perciben su propio hedor y se precipitan de allí al infierno. a lo menos podría saber que el violar el matrimonio es contrario a las leyes Divinas y contrario a las leyes civiles de todo reino, e igualmente contrario a la verdadera ley de la razón, por ser contrario al orden Divino y al orden humano; sin mencionar otras razones. Contestó que no pensaba así en la vida del cuerpo; quiso raciocinar sobre si era o no así, pero le fue dicho que las verdades no admiten argumentaciones porque estas defiendan patronean a los deseos, por consiguiente a los males y a las falsedades, y que primero debía reflexionar en las cosas manifestadas por ser ellas verdades. Además podría bien saberlo por el principio, conocidísimo en el mundo, de que nadie debe hacer con otro lo que no quiere que otro haga con él; de manera que al engañar alguien a su esposa a la que amó como al principio de todo matrimonio se ama, y hablando por la indignación que sentiría a causa de esta infamia acaso no hubiera él mismo maldecido los adulterios, y si acaso estuviera dotado de rara inteligencia, se hubiera entonces confirmado contra ellos, él más que otros, hasta el punto de condenarlos al mismo infierno.

386. Me ha sido manifestado de que manera los goces del amor conyugal aumentan hacia el cielo y los goces del adulterio hacia el infierno. El aumento de los goces del amor conyugal hacia el cielo era un continuo aumento de beatitudes y felicidades hasta exceder todo número y desafiar toda descripción, y hasta alcanzar las del íntimo cielo o sea las del cielo de la inocencia, y esto todo con la más completa libertad, porque toda libertad viene del amor, y la más grande viene del amor conyugal que es el amor celestial mismo. El aumento del goce del adulterio era, por el contrario, hacia el infierno, y gradualmente hasta el más bajo, donde no hay más que cosas espantosas y horripilantes. Esta suerte

EL CIELO Y EL INFIERNO

espera a los adúlteros después de su vida en el mundo. Por adúlteros se entiende los que gozan en adulterios exclusivamente, y que ningún gozo encuentran en el matrimonio.

41

LOS EMPLEOS DE LOS ÁNGELES EN EL CIELO

387. Las ocupaciones de los ángeles no se pueden enumerar ni describir detalladamente, pero algo se puede decir de ellas en general; son innumerables y también varían según las sociedades y sus oficios especiales. Cada sociedad desempeña un oficio especial, porque así como cada sociedad se halla en distinto bien, así se distinguen también según los usos, puesto que en el cielo los bienes son bienes en actos y obras, que son usos. Allí todo y cada uno prestan usos, porque el reino del Señor es el reino de los usos.

388. En el cielo hay administraciones de varias clases como en la tierra; eclesiásticas, civiles y domésticas. Que hay allí administraciones eclesiásticas consta por lo que se ha dicho y expuesto más arriba (n. 221-227) con respecto al culto Divino; que hay civiles consta por lo que se ha dicho acerca de los gobiernos en el cielo (n. 213-220) y que hay domésticas consta por lo manifestado referente a las habitaciones y viviendas de los ángeles (n. 183-190) y a los matrimonios en el cielo (n. 366-386). Es por lo tanto claro que las ocupaciones y administraciones son varias dentro de cada sociedad.

389. Todas las cosas del cielo se hallan arregladas según el orden Divino, cuyo orden es mantenido y asegurado por medio de administraciones desempeñadas por ángeles. Los asuntos que se refieren al bien común o al interés de todos son administrados por los más sabios, los asuntos particulares por los menos sabios, etcétera. Los oficios son subordinados uno a otro de la misma manera que los usos en el Divino orden. a cada oficio va por consiguiente unida una dignidad que corresponde al uso, pero el ángel no se apropia de esta dignidad, atribuyéndola, por el contrario, toda al uso, y puesto que el uso es el bien que obra y que este bien a su vez viene del Señor, la atribuye por consiguiente toda al Señor. Por cuya razón él que desea honores por miras propias y como cosa secundaria por causa del uso, no deseándolos principalmente por causa del uso y en segundo lugar por causa de su persona, no puede desempeñar oficio alguno en el cielo, porque mira en dirección opuesta al Señor, en primer lugar a sí mismo y en segundo lugar al uso. Decir uso equivale a decir el Señor, puesto que, según se acaba de decir, el uso es el bien y el bien viene del Señor.

390. De ahí se ve de que carácter es la distinción de clases en el cielo: cuanto uno ama, estima y honra el uso tanto ama, estima y honra también a la persona que lo desempeña, la cual es amada, estimada y honrada en la medida en que deje de atribuir a sí misma el uso y provecho, atribuyéndolo todo al Señor, porque en esta medida es sabia y presta por virtud del bien mismo el uso y provecho que presta. El amor, la estima y el honor espirituales son en realidad sólo amor, estima y honor por el uso que presta la persona. Quien mira a los hombres desde el punto de vista de la verdad espiritual les ve de esta manera y no de otra, porque comprende que el uno es igual al otro por más grande o más insignificante que sea su condición, la diferencia la nota únicamente en la sabiduría y la sabiduría es amar al uso, por consiguiente, al bien de los conciudadanos, de la sociedad, de la patria y de la iglesia. En esto consiste también el amor al Señor, porque todo bien que es bien de uso y provecho procede del Señor, y en eso consiste también la caridad o sea el amor al prójimo, porque el prójimo es el bien que se debe amar en el

conciudadano, en la sociedad, en la patria y en la iglesia, y el bien se debe obrar en beneficio suyo.

391. Las sociedades del cielo se distinguen entre sí con arreglo al uso de cada una, puesto que se distinguen con arreglo a sus bienes (véase n. 41 y siguientes), y los bienes son bienes en actos o sea bienes del amor al prójimo, que son usos y provechos. Hay sociedades cuyo oficio es tener cuidado de los niños, otros cuyo oficio es instruirlos y educarlos cuando son de más edad, otras que de igual manera instruyen y educan a párvulos que del mundo vienen al cielo y tienen buen carácter por la educación en el mundo. Hay otras que enseñan a la gente buena, pero ignorante que viene del mundo cristiano, y la guían por el camino del cielo. Otras enseñan y guían de igual manera a diversas clases de paganos. Hay otras que protegen contra la infección de malos espíritus a los espíritus recién venidos del mundo. Hay sociedades que asisten a los que se hallan en la tierra inferior, y también los que se hallan con los que están en el infierno, moderando para que no se atormenten unos a otros fuera de los límites establecidos, y hay también quienes están juntos a los que resucitan de los muertos. En general, hay ángeles de cada sociedad enviados a los hombres para custodiarlos, apartarlos de malas inclinaciones, y por consiguiente de malos pensamientos, e infundirles buenas inclinaciones conforme consienten a ello por su libre albedrío; de esta manera dirigen los actos y las obras del hombre, con apartar en lo posible sus malas inclinaciones. Los ángeles que están con el hombre habitan por así decir en sus inclinaciones y están cerca en la medida en que el hombre se halla en el bien por verdades, pero distantes en la medida en que se halla lejos del bien a causa del vivir. Estas funciones de los ángeles son, sin embargo, todas funciones del Señor por conducto de los ángeles, siendo así que los ángeles no las desempeñan por virtud de sí mismos sino por virtud del Señor. Por esta razón "ángel" en el Verbo no significa ángel, sino cierta cosa propia del Señor, y por esto mismo los ángeles en el Verbo se llaman "dioses."

392. Estas ocupaciones de los ángeles son sus ocupaciones en común pero cada uno tiene además su ocupación particular, porque todo uso común se compone de innumerables usos llamados usos medios, auxiliares y contribuyentes. Todos y cada uno se hallan coordinados y clasificados según el Divino orden y el conjunto de ellos forma y completa el uso común, el cual es el bien común.

393. Los oficios eclesiásticos desempeñan los que en el mundo amaban el Verbo y escudriñaban en él las verdades por inclinación, no con el objeto de adquirir honores y ganancias, sino en beneficio de la vida suya y la de otros. Con arreglo a su amor y a la inclinación que tienen al uso, se hallan estos en el cielo en la iluminación y en la luz de la sabiduría, que en el cielo se adquiere mediante el Verbo, el cual allí no es natural, como en el mundo, sino espiritual (véase más arriba, n. 259). Estos desempeñan el oficio de predicación, y se hallan allí, conforme el orden Divino, en un lugar más elevado, los que por su ilustración exceden a otros en sabiduría. En oficios civiles se hallan ocupados los que en el mundo amaban a la patria y al bien común más que a su bien particular, obrando con justicia y rectitud por amor a lo justo y recto. En la medida que por la inclinación del amor han estudiado las leyes de la justicia, y por ello llegado a ser inteligentes, tienen facultades de desempeñar oficios en el cielo, lo cual hacen en la medida o el grado de su entendimiento, que entonces es tal como es su amor al uso por causa del bien común. Por lo demás hay en el cielo tantas administraciones y ocupaciones que su abundancia desafía toda tentativa de enumerarlas; en el mundo hay

EL CIELO Y EL INFIERNO

comparativamente pocas o ninguna. Todos los ángeles se hallan en gozo por su trabajo y su ocupación a causa de su amor al uso y no a causa del amor a sí mismo o a causa de las ventajas personales. Entre ellos no puede tampoco haber los que anhelan riquezas por causa de la vida porque todas las necesidades de la vida les son dadas gratuitamente; tienen habitaciones gratuitas, vestidos gratuitos, alimentos gratuitos; por lo cual es evidente que los que han amado a sí mismo y al mundo más que al uso no pueden tener participación alguna en el cielo, puesto que el amor o la inclinación de cada uno permanece en él después de la vida en el mundo, y no le deja en toda la eternidad (véase arriba, n. 363).

394. La ocupación de cada uno es conforme la correspondencia, y la correspondencia no tiene lugar con la ocupación misma sino con el uso de ella (véase arriba, n. 112), y correspondencia hay en todas cosas (n. 106). Él que en el cielo se halla en la ocupación que corresponde al uso (de su bien), se halla en igual estado de vida que en el mundo, porque lo espiritual y lo natural obran como una sola cosa mediante la correspondencia; pero la diferencia es que en el cielo se halla en un estado interior, por cuyo estado tiene mayor facultad de recibir la bienaventuranza celestial.

42

LA ALEGRÍA Y LA FELICIDAD EN EL CIELO

395. Apenas hay persona alguna actualmente que sabe lo que es el cielo y lo que se entiende por dicha celestial; él que ha reflexionado sobre ello se habrá formado de ellos una idea tan común y vaga que apenas será idea alguna. Por los espíritus que del mundo vienen a la otra vida he podido saber de excelente manera que conceptos han tenido acerca del cielo y de la dicha celestial, porque allí, abandonados a sí mismos, como si estuviesen en el mundo, piensan de idéntica manera. La causa de que ignoran lo que es la dicha celestial es que, reflexionando sobre ella, han formado su concepto por las felicidades exteriores, que pertenecen al hombre natural, ignorando lo que es el hombre interior o espiritual, y por consiguiente igualmente ignorando lo que es el goce y la beatitud de este. Por esta razón no hubieran podido comprender lo que es y como es la dicha celestial, aun cuando lo hubieran dicho los que se hallan en un goce interior o espiritual, porque la manifestación de estos hubiera caído en idea desconocida para ellos, y por consiguiente no hubiera entrado en su percepción, por lo cual quedaría entre las cosas rechazadas por el hombre natural. Cualquiera puede, sin embargo, saber que el hombre al despojarse de lo exterior o natural entra en lo interior o espiritual, y que por consiguiente el goce celestial es un goce interior y espiritual y no exterior y natural, y que por ser interior y espiritual es más exquisito y puro; y que afecta a las cosas interiores del hombre o sea a su alma y espíritu. Sólo por estas cosas se puede concluir que cada uno tiene tal goce cual ha sido el goce de su espíritu, y que el goce del cuerpo, que se llama el goce de la carne, en comparación no es celestial. Igualmente se puede por ello saber que todo cuanto se halla en el espíritu del hombre, cuando se despoja del cuerpo material, permanece después de la muerte, porque entonces el hombre vive como espíritu.

396. Todo goce viene del amor, porque todo cuanto, el hombre ama, siente como gozo. Ninguno tiene gozo de otro origen. Los goces del cuerpo o de la carne nacen todos del amor a sí mismo y del amor al mundo; de allí vienen también las concupiscencias y placeres derivados de ellas; los goces del alma o del espíritu, por otra parte, provienen del amor al Señor y del amor al prójimo; de allí son asimismo las inclinaciones al bien y a la

verdad y las felicidades interiores. Estos amores con sus goces influyen del Señor y del cielo por vía interior, o desde arriba, y afectan las cosas interiores; pero los otros amores con sus goces influyen de la carne y del mundo por vía exterior, o sea desde abajo, y afectan las cosas exteriores. Por lo tanto, en la medida en que son recibidos los amores celestiales y afectan, se abren las cosas interiores, que son las del alma o del espíritu y, miran desde el mundo arriba hacia el cielo, pero en la medida en que se reciben los amores del mundo y afectan, se abren las cosas exteriores, que son las del cuerpo o de la carne, y se apartan del cielo, mirando al mundo. Según y conforme influyen y son recibidos los amores, influyen también sus goces; los goces del cielo en las cosas interiores, los goces del mundo en las exteriores, porque todo goce pertenece a su amor, según se ha dicho antes.

397. El cielo en sí mismo es tan lleno de goces que en y por sí considerado es entera y completamente gozo y beatitud, porque el Divino bien procedente del Divino amor del Señor hace el cielo en general y en particular en cada uno allí, y el Divino amor desea la salvación de todos y la felicidad de todos desde lo más interior y plenamente. Decir "cielo," o decir "goce celestial" es por lo tanto una misma cosa.

398. Los goces del cielo son innumerables al par que inefables, pero de estos goces nada puede saber él que se halla exclusivamente en el goce del cuerpo o de la carne, porque, como ya se ha dicho, sus cosas interiores se apartan del cielo y miran hacia el mundo, por consiguiente por detrás. Él que se halla totalmente en el goce del cuerpo o de la carne, o lo que es lo mismo, en amor a sí mismo y al mundo, no siente goce alguno más que en honores, lucros y los placeres del cuerpo y de los sentidos, cuyos goces de tal manera extinguen y sofocan los goces interiores, que son del cielo, que hace creer que no existen, y este hombre se extraña altamente con tan sólo oír decir que existen goces aparte de los honores y lucros y más aun si se le dice que los goces del cielo, que deben sustituir a aquellos son innumerables y de tal naturaleza que los goces de honores y lucros no se pueden comparar con ellos. Por esto se ve claramente por qué causa se ignora lo que es el goce celestial.

399. Cuan grande es el goce del cielo consta por el mero hecho de que cada uno allí tiene su goce por comunicar su goce y su bienaventuranza a otros, y, siendo tales todos en el cielo, es evidente que el goce del cielo es inmenso, considerando lo que antes se ha dicho (n. 268), que en el cielo existe una comunicación mutua de todos a cada uno y de cada uno a todos. Esta comunicación proviene de los dos amores del cielo, los cuales, como se ha dicho, son el amor al Señor y el amor al prójimo. Estos amores son comunicativos de sus goces. Que el amor al Señor es así es porque el amor del Señor es amor de comunicar todo lo suyo a otros, porque quiere la felicidad de todos. Un amor parecido hay en cada uno que ama a Él, puesto que el Señor está en ellos y de allí viene la mutua comunicación de los goces del amor de los ángeles entre ellos. Que igualmente el amor al prójimo es así se verá más adelante. Consta, pues, que estos amores son comunicativos de sus goces: El caso es diferente con el amor a sí mismo y al mundo. El amor a sí mismo desvía y quita de otros todo goce, dirigiéndolo hacia sí mismo porque desea el bien únicamente a sí mismo, y el amor al mundo quiere que sea suyo lo que es del prójimo; estos amores son por consiguiente destructivos con respecto al goce de otros; si son comunicativos es sólo por interés propio y no por el bien de otros, por lo cual, con respecto a otros no son comunicativos sino destructivos, salvo en cuanto los goces de los otros concuerdan con ellos o están en ellos mismos. Que el amor a sí mismo y el amor al mundo son así cuando

EL CIELO Y EL INFIERNO

dominan me ha sido dado percibir a menudo y por viva experiencia. Cada vez que se me han acercado espíritus que mientras vivían como hombres en el mundo se hallaban en aquellos amores, ha cesado y desvanecido mi gozo, y se me ha dicho además que con sólo aproximarse tales espíritus a una sociedad celestial, disminuye el gozo de la sociedad exactamente en la medida de la proximidad, y, lo que es asombroso, estos espíritus malos se hallan entonces en su gozo. Por esto me fue claro como es el espíritu de semejante hombre mientras que vive en el cuerpo, porque es el mismo después de ser separado del cuerpo; codicia o desea el goce o el bien de otros, y en la medida en que consigue hacerse con él siente gozo. Se ve por esto que el amor a sí mismo y el amor al mundo tienden a destruir el goce del cielo; son totalmente opuestos a los amores del cielo, que son comunicativos.

400. Pero hay que saber que el goce que sienten los que tienen amor a sí mismo y al mundo, cuando se acercan a una sociedad celestial, es el goce de su concupiscencia, y por consiguiente también enteramente opuesto al goce del cielo. En el goce de su concupiscencia entran mediante alejar y quitar el goce celestial de los que se hallan en él. Otra cosa sucede cuando no tiene lugar alejamiento y privación; entonces no pueden acercarse, puesto que en la medida en que se acercan experimentan angustia y dolores; por esta razón rara vez se atreven a acercarse. Esto me ha sido permitido experimentar también varias veces; de cuyas experiencias referiré algo. Los espíritus que del mundo entran en la otra vida no tienen mayor deseo que el de entrar en el cielo. Casi todos los espíritus desean esto, creyendo que el cielo es sencillamente ser introducido y recibido; y al desearlo son conducidos a alguna sociedad del último cielo. Al llegar al primer borde de este cielo empiezan los que están en amor a sí mismo y al mundo a angustiarse y a sufrir tal tormento interior que sienten más bien el infierno que el cielo, por cuya razón huyen precipitadamente de allí y no se detienen hasta encontrarse en el infierno entre los suyos. Con frecuencia ha ocurrido que semejantes espíritus han deseado conocer lo que es el goce celestial y al oír que existe en el interior de los ángeles, han deseado que les fuere comunicado, lo cual también se ha verificado, porque a un espíritu que aún no está en el cielo ni en el infierno, le es concedido lo que desea si es beneficioso para él. Verificada la comunicación comenzaron a experimentar unos tormentos tan intensos que no sabían que hacer; les he visto bajar la cabeza hasta los pies, echarse por tierra y allí retorcerse a manera de serpientes, a causa de los tormentos interiores. Tal es el efecto producido por el goce celestial en los que se hallan en el goce del amor a sí mismo y al mundo. La causa es que estos amores son totalmente opuestos a los amores celestiales, y al obrar una fuerza en otra fuerza opuesta resulta semejante dolor; porque, el goce celestial entra por vía interna, influyendo en el goce contrario, torciendo las cosas interiores de este goce hacia atrás, forzándole a hacer oposición a sí mismo; por ello resultan tales tormentos. La razón por la cual son opuestos es que el amor al Señor y el amor al prójimo quieren comunicar todo lo suyo a otros porque esto es su goce, y el amor a sí mismo y al mundo quieren despojar a otros de lo suyo y añadirlo a sí mismos, y en cuanto pueden conseguirlo se hallan en su goce. Esto da a conocer también la razón por la cual el infierno está separado del cielo; es que todos los que están en el infierno se hallaban, mientras que vivían en el mundo, en el exclusivo goce del cuerpo o de la carne, por el amor a sí mismo y al mundo; y que todos los que están en el cielo se hallaban, mientras que vivían en el mundo, en el goce del alma y del espíritu por el amor al Señor y al prójimo, y, puesto que estos amores son opuestos, se hallan los infiernos y los cielos

completamente separados, hasta el punto de que un espíritu que está en el infierno no se atreve a sacar fuera siquiera un dedo, ni levantar encima la parte más superior de la cabeza; apenas lo haga, sufre convulsiones y torturas. Esto he visto muchas veces.

401. El hombre que se halla en amor a sí mismo y al mundo siente, mientras que vive en el cuerpo, goce en estos amores y en toda voluntad que proviene de ellos; pero el hombre que se halla en amor a Dios y en amor al prójimo no siente goce manifiesto por estos amores mientras que vive en el mundo, sino solamente una beatitud casi imperceptible, porque se hallan escondidos en su interior cubiertos por lo exterior, que pertenece al cuerpo, y debilitados por los cuidados del mundo. Pero el estado cambia completamente después de la muerte. El goce del amor a sí mismo y al mundo se transforma entonces en cosas tristes y espantosas; en lo que se llama el fuego infernal, alternando con escenas sucias y asquerosas, que corresponden a sus inmundos placeres, las cuales, cosa extraña, entonces son goces para ellos. Pero el débil goce y la beatitud casi imperceptible que en el mundo había en los que se hallaban en amor a Dios y al prójimo, cambian entonces en goces del cielo, y déjense percibir y sentir de innumerables maneras, porque la beatitud que se hallaba escondida en las cosas interiores, mientras que vivían en el mundo, se revela entonces manifiestamente a los sentidos, puesto que entonces el Hombre se halla en su espíritu y el goce aquel era el goce de su espíritu.

402. Los goces del cielo se hallan todos unidos al uso y provecho e ínsitos en estos, porque los usos son los bienes del amor y de la caridad, en cuyos bienes se hallan los ángeles. Los goces son por lo tanto para cada uno tales cuales son los usos y su intensidad es igualmente según el grado de inclinación al uso. Que todo goce del cielo es el goce del uso puede constar por una comparación con los cinco sentidos del hombre. a cada sentido es dado su goce conforme el uso que presta, a la vista el suyo, al oído el suyo, al olfato el suyo, al gusto el suyo y al tacto el suyo. A la vista el goce de la hermosura y de formas, al oído el de las armonías, al olfato el de los olores, al gusto el de los sabores. Los usos que prestan conoce él que reflexiona y sobre todo él que conoce las correspondencias. La vista tiene su goce por el uso que presta al entendimiento, que es la vista interior; el oído tiene su goce por el uso que mediante el escuchar presta tanto a la voluntad cuanto al entendimiento; el olfato tiene su goce por el uso que presta al cerebro y también al pulmón; el paladar tiene su goce por el uso que presta al estómago y por consiguiente al cuerpo entero, nutriéndolo; el goce conyugal, que es del tacto más puro y exquisito, es más excelente que todo otro goce a causa de la procreación del género humano, y por conducto de este de la de los ángeles del cielo. Estos goces se hallan ínsitos en los mencionados órganos sensorios por el influjo del cielo, y con este viene todo goce mediante el uso y conforme el uso.

403. Ciertos espíritus creían por una opinión adquirida en el mundo que la felicidad celestial consiste en una vida ociosa, en la que son asistidos por otros; pero a estos fue dicho que jamás puede haber felicidad alguna en permanecer ocioso y por ello tener felicidad. De esta manera cada uno desearía para sí la felicidad de otro y deseando esto todos, nadie la tendría. Semejante vida no sería una vida activa, sino una vida paralizada en la que todos se entorpecerían. Debían comprender, sin embargo, que sin una vida activa no hay felicidad posible en esta vida; si en ella hay inactividad es solamente por la necesidad de recrear el cuerpo, con el fin de volver a la actividad de la vida con mas ánimo. Luego les fue manifestado mediante varios ejemplos que la vida angélica consiste en obrar los bienes de la caridad, que son usos y provechos, y que toda la felicidad de los

EL CIELO Y EL INFIERNO

ángeles viene por el uso, del uso y conforme al uso. A fin de que se avergonzasen los que creían que el goce celestial consiste en vivir inactivos, respirando en ociosidad un goce eterno, les fue dado percibir lo que sería semejante vida; percibieron que sería tristísima, y, desvaneciéndose todo el goce, sentirían pronto fastidio y náusea.

404. Ciertos espíritus que se creían más instruidos que otros dijeron que su creencia en el mundo era que el goce celestial consiste exclusivamente en alabar y ensalzar a Dios y que esto era una vida activa; pero les fue dicho que el alabar y ensalzar a Dios no es tal vida activa; que Dios no tiene necesidad de alabanza y ensalzamiento, sino que quiere que se hagan usos y provechos, o sea los bienes llamados bienes del amor al prójimo; pero ellos no podían en manera alguna figurarse que en los bienes del amor al prójimo hay goce alguno celestial, sino tan sólo obligación. Los ángeles les aseguraban sin embargo, que en estos bienes hay verdadera libertad, puesto que proviene de una inclinación íntima y van unidos a un goce inefable.

405. Casi todos los que entran en la otra vida creen que el infierno es igual para todos y el cielo asimismo igual para todos, siendo, sin embargo, así que en ambas hay infinita variación y diversidad. Ni el infierno ni el cielo es jamás para uno exactamente igual que para otro, así como no hay hombre, espíritu o ángel exactamente igual a otro, siquiera en cuanto al rostro. Con sólo pensar yo que pudieran existir dos seres exactamente iguales o similares, se estremecieron los ángeles y dijeron que toda entidad nace de varios individuos en armonioso acuerdo y la entidad es tal como es el acuerdo. Cada sociedad del cielo forma así una entidad y el conjunto de todas las sociedades del cielo forma también una sola entidad, y esto por virtud del Señor sólo mediante el amor. Los usos y provechos en el cielo son también de infinita variación y diversidad y jamás es el uso de uno exactamente similar o idéntico al de otro; por consiguiente tampoco los goces; aun más. Los goces de cada uno son innumerables y cada uno de estos goces innumerables envuelven a su vez variaciones, combinadas, sin embargo, en tal orden que guardan mutuamente relación como los usos de cada miembro órgano y víscera del cuerpo, y como los usos de cada vehículo y fibra en cada miembro, órgano y víscera, cuyas cosas se hallan coordinadas y relacionadas todas y cada una de tal manera que una encuentra su bien en otra; por consiguiente en el conjunto de todas y todas en una. A causa de esta relación común y particular obran juntas como una sola cosa.

406. Con espíritus que acaban de llegar del mundo he hablado varias veces sobre el estado de la vida eterna, es decir, que debía importarles saber quien es el Señor del reino, cual el régimen y cual la forma del mismo, como en el mundo importa a aquellos que vienen a otro reino; a quienes nada importa tanto como el conocer quien y como es el rey, el gobierno y varios detalles relativos al régimen. A más fuerte razón debía importarles esto en este reino, donde habían de vivir eternamente. Que les conste por lo tanto que es el Señor que gobierna el cielo y asimismo el universo, porque Él que gobierna aquel, gobierna este; por consiguiente que el reino en el cual se hallaban es del Señor, y que las leyes de este reino son las verdades eternas, que todas se fundan en la verdad principal que se debe amar al Señor sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Oído esto nada podían contestar porque habían oído decir algo parecido mientras que vivían en el cuerpo, pero sin creerlo, y quedaron asombrados al oír que tal amor existe en el cielo y que puede infundirse hasta tal grado que se ame al prójimo más que a sí mismo; pero fueron informados de que en la otra vida todos bienes crecen inmensamente; que la vida del cuerpo por su naturaleza no permite alcanzar más que amar al prójimo como a sí

mismo, por hallarse el hombre entonces en las cosas corporales, pero después de ser apartadas estas, el amor se hace más puro y finalmente angelical, cuyo amor es amar al prójimo más que a sí mismo: porque en el cielo es un goce el hacer bien a otro, pero no hay allí goce alguno en hacerse bien a sí mismo si no es con el fin de beneficiar a otro, por consiguiente a causa de otro y así se ama al prójimo más que a sí mismo. Les fue dicho que la existencia de tal amor puede constar en el mundo por el amor conyugal de ciertas personas que han preferido morir antes de dejar que sufriera perjuicio el cónyuge. Por el amor de los padres para con sus hijos; que una madre prefiere sufrir hambre antes de permitir que al hijo falte el alimento. Por la amistad sincera, que se expone a peligros por los amigos; por la amistad urbana y simulada, la cual quiere imitar a la amistad sincera, ofreciendo la mejor parte a los amigos, a quienes llaman queridos con los labios pero no en el corazón; finalmente, por la naturaleza misma del amor, la cual es tal que para él es una alegría el servir a otros, no por su propio bien sino por el bien de ellos. Pero estas cosas no podían comprender estos espíritus que se amaban a sí mismos más que a otros, y que en la vida del cuerpo fueron ávidos de lucro; los avaros menos que otros.

407. Cierta espíritu, que en la vida del cuerpo había gozado de mayor poderío que otros, continuaba en la otra vida queriendo imperar. a este le fue dicho que se hallaba en otro reino, que es un reino eterno; que su imperio en la tierra había concluido, y que ahora cada uno gozaba de estima sólo según el bien y la verdad y según la misericordia del Señor en el cual se hallaba a consecuencia de su vida en el mundo. Asimismo le fue dicho que en este reino como en la tierra se estima a uno por su opulencia y por la gracia que goza cerca del Príncipe. Las opulencias aquí son el bien y la verdad, y la gracia del Príncipe es la misericordia del Señor de la cual goza el hombre con arreglo a su vida en el mundo. Si quería imperar de otra manera, era un rebelde, puesto que se hallaba en el reino de otro. Oído esto se avergonzó.

408. He hablado con espíritus que creían que el cielo y el gozo celestial consisten en grandeza; pero les fue dicho que en el cielo el mayor es él que es el más pequeño, porque se llama pequeño al que nada sabe y en nada es sabio por sí mismo, y que nada quiere saber y en nada quiere ser sabio por sí mismo, sino por el Señor. Por ser tal este más pequeño, tiene la mayor felicidad, y por tener la mayor felicidad resulta ser el más grande, porque de esta manera sabe por el Señor todas las cosas, y es más sabio que los otros y ¿qué es ser el más grande sino ser el más feliz? porque ser el más feliz desean los poderosos por el poder y los opulentos por la opulencia. Además les fue dicho que el cielo consiste en desear el bien a todos de todo corazón; y en ministrar a otros para su felicidad, no con algún fin egoísta de ser recompensado, sino por amor.

409. El goce celestial tal como es en sí mismo no se puede describir; porque se halla en las más íntimas cosas de la vida de los ángeles; por consiguiente en cada detalle de su pensamiento y de su inclinación y por conducto de estos en cada detalle del habla y en cada detalle de sus actos; es como si sus más íntimas cosas estuvieran enteramente abiertas y dispuestas a recibir el goce y la beatitud, los cuales se comunican a toda fibra, por consiguiente a todo el cuerpo y por esta razón la percepción y la sensación de ellos es tal que no se puede describir, puesto que principia por las cosas más íntimas e influye en todo detalle derivado de las íntimas, propagándose siempre con aumento hacia las cosas exteriores. Cuando los espíritus buenos que todavía no se hallan en este goce por no haber sido todavía elevados al cielo, lo perciben por la esfera del amor de un ángel, se

EL CIELO Y EL INFIERNO

llenen de un goce tan intenso que parecen caer en un dulce desmayo; esto ha sucedido algunas veces con los que han deseado conocer lo que es el goce celestial.

410. Otros espíritus anhelaban igualmente conocer lo que es el goce celestial, por lo cual les fue concedido percibirlo hasta el máximo grado en que lo podían soportar; no era, sin embargo, el goce angelical mismo; apenas era como el más ligero goce de los ángeles, y les fue dado percibirlo por comunicación; era tan insignificante que casi era algo frío, y no obstante lo estimaron lo más celestial, porque era el goce más íntimo de ellos; de esto me resultó claro que en el goce celestial no tan sólo hay grados, sino también que lo más íntimo de uno apenas alcanza a lo más exterior o intermedio de otros y asimismo que alcanzando uno lo más íntimo del suyo se halla entonces en su goce celestial y no puede soportar otro más interior, el cual para él resulta doloroso.

411. Ciertos espíritus que no eran malos, cayeron en un reposo parecido a un sueño, y de esta manera fueron, con respecto a las cosas interiores de sus mentes, elevados al cielo, porque los espíritus, antes de ser abiertas sus cosas interiores pueden ser trasladados al cielo y allí instruidos con respecto a las felicidades de los que allí están. Después de haber reposado, así durante una media hora, les vi reincidir en sus exteriores en los cuales se hallaban antes, guardando al mismo tiempo el recuerdo de las cosas que habían visto. Dijeron que habían estado entre los ángeles en el cielo y allí habían visto y percibido cosas asombrosas; todo resplandecía como oro y plata y piedras preciosas en admirables formas, variando maravillosamente; que los ángeles no se gozaban de las cosas exteriores mismas sino de las cosas que estas representaban, las cuales eran inefables, Divinas y de una sabiduría infinita; estas cosas les causaban goce. Vieron además innumerables cosas que no se pueden expresar en lenguaje humano siquiera en una diez milésima parte, ni pueden caber en las ideas que llevan en sí algo de material.

412. Casi todos los que entran en la otra vida ignoran lo que es el goce celestial, porque ignoran lo que es el goce interior; sólo de las alegrías y goces corporales tienen percepción, y por esta razón creen que aquello que ellos ignoran es nada, siendo, sin embargo, así que los goces corporales y mundanos son comparativamente de ningún valor. Por esta razón los sinceros, que ignoran lo que es el goce celestial, a fin de que lo sepan y conozcan, son primero conducidos a paisajes paradisíacos, cuya hermosura excede a toda imaginación, creyéndose entonces entrar en el paraíso celestial; pero son informados de que esta no es la verdadera felicidad celestial, y les es dado conocer los estados interiores del goce, perceptible hasta su más íntimo grado, y entonces reconocen que nada de ellos se puede expresar ni pensar; finalmente son introducidos en el estado de inocencia igualmente hasta su más íntima percepción; mediante esto aprenden a conocer lo que es el verdadero bien espiritual y celestial.

413. A fin de que reconociera lo que es el cielo y el goce celestial, me ha sido dado por el Señor percibir los goces y las alegrías celestiales, a menudo y durante amplio tiempo, por cuya razón lo conozco por viva experiencia, pero no puedo describirlo. Sin embargo, referiré algo aunque sólo sea para dar de ello una vaga idea. Es una sensación de innumerables alegrías y goces, las cuales en conjunto presentan cierta cosa común, en cuyo común, o sensación común, hay armonías de innumerables sensaciones, que no pueden llegar a clara percepción, sino tan sólo confusamente, esta es la percepción más común. Me fue dado percibir, sin embargo, que en ella había innumerables cosas arregladas de tal manera que jamás se podrán describir. Estas innumerables cosas fluyen tales como son del orden del cielo; este orden está en toda la sensación y en cada detalle

de ella, presentándose los detalles sólo como un conjunto común o general y percibiéndose según la capacidad del que lo experimenta; en una palabra, una infinidad de cosas en arregladísima forma se halla en cada sensación común; no hay detalle que no anima y afecta, y precisamente desde lo más íntimo. Percibí también que el goce y la delicia venían por así decir del corazón, difundiéndose suavemente por toda fibra interior y desde allí por las fibras compuestas con tal íntima sensación de alegría que las fibras apenas eran más que alegría y delicia y por ello era todo cuanto había (en mí) de perceptivo y sensitivo igualmente vivo por la felicidad. El goce de los placeres corporales en comparación con estos goces es como un grumo grueso y crudo en comparación con un aura pura y suavísima. Observé que al querer comunicar a otro toda mi dicha, influía en su lugar constantemente una dicha más interior y más completa que la primera, y cuanto más lo deseaba tanto más influía y percibí que esto venía del Señor.

414. Los que están en el cielo progresan continuamente hacia la primavera de la vida y hacia una primavera tanto más agradable y feliz, cuanto más miles de años viven, con eterno aumento según los progresos y los grados del amor, de la caridad y de la fe. Las del sexo femenino que han muerto en alta vejez, debilitadas por los años, habiendo vivido en la fe en el Señor, en amor al prójimo y en feliz amor conyugal con sus maridos, vuelven después de una serie de años más y más a la flor de la juventud y de la adolescencia, y a tener una hermosura que excede a toda idea de hermosura perceptible a la vista. Es el bien y el amor al prójimo que forman y presentan la semejanza suya, haciendo que lo agradable y lo hermoso del amor al prójimo trasluce en todas las facciones del rostro, de manera que son las formas exactas del amor al prójimo. Algunos que las han visto han quedado como estupefactos. La forma del amor al prójimo, cuyo amor es vivamente percibido en el cielo, es tal que es el amor al prójimo mismo que forma su imagen y es formado en imagen, hasta tal punto que se puede decir que todo el ángel, principalmente el rostro, es el mismo amor al prójimo, que aparece manifiestamente, y se deja percibir. Es una forma que cuando es contemplada presenta una hermosura inefable, la cual con amor al prójimo afecta la más íntima vida de la mente. En una palabra: envejecer en el cielo es rejuvenecer. Los que han vivido en amor al Señor y en caridad, llegan a ser tales formas o tales hermosuras en la otra vida. Todos los ángeles son tales formas, con infinita variación; de estas formas consiste el cielo.

43

LA INMENSIDAD DEL CIELO

415. Que el cielo del Señor es inmenso puede ser claro por mucho de lo que se ha dicho y manifestado en lo que antecede, sobre todo por aquello de que el cielo proviene del género humano (véase arriba, n. 311-317); no sólo del género que nace dentro de la iglesia sino también del que nace fuera de ella (n. 318-328), por consiguiente de todos cuantos han vivido en el bien en esta tierra desde su primer origen. Él que tiene algún conocimiento acerca de las varias partes, regiones y reinos de esta tierra puede comprender cuan grande es la multitud de hombres (nacidos) en este orbe terrestre. Quien calcule verá que mueren en ella diariamente varios millares de hombres, y dentro de un año por consiguiente algunas miríadas o millones, y esto desde el principio, después del cual han transcurrido muchos miles de años; cuyos hombres, después de la muerte, todos han ido, y continuamente van, al otro mundo, llamado el mundo espiritual; pero cuantos de ellos han llegado a ser ángeles del cielo no se puede decir. Se me ha dicho que en el

EL CIELO Y EL INFIERNO

tiempo antiguo muchos llegaron a serlo, porque entonces los hombres pensaban más interior, y más espiritualmente y porque así se hallaban en una inclinación celestial, pero en las edades que siguieron no lo consiguieron tantos, por la razón de que los hombres en el trascurso del tiempo se volvieron exteriores, empezando a pensar de un modo más natural y por ello a entrar en una inclinación terrenal. Puede por esto ser claro que el cielo es grande, en primer lugar sólo por los habitantes de esta tierra.

416. Que el cielo del Señor es inmenso puede constar sólo por el hecho de que todos los niños, tanto los que han nacido dentro de la iglesia cuanto los que han nacido fuera de ella, son adoptados por el Señor y llegan a ser ángeles; su número alcanza la cuarta o quinta parte del género humano entero en la tierra. Que todo niño, donde quiera que haya nacido, dentro de la iglesia, o fuera de ella, de padres piadosos o de padres impíos, es recibido por el Señor cuando muere, educado en el cielo y según el Divino orden instruido e introducido en inclinaciones al bien y mediante estas en conocimientos de la verdad, y luego, conforme va perfeccionando su inteligencia y sabiduría, introducido en el cielo y hecho un ángel, se puede ver arriba (n. 329-345). Puede por esto concluirse cuan grande es la multitud de ángeles en el cielo, originados sólo de los niños desde el principio de la creación hasta hoy.

417. Cuan inmenso es el cielo del Señor puede constar también por el hecho de que todos los planetas que vemos con los ojos en nuestro mundo solar, son tierras y que además de ellos existen en el universo innumerables otros, todos ellos llenos de habitantes, de cuyos planetas se ha hablado particularmente en una pequeña obra que trata de estas tierras, de lo cual citaré lo siguiente:

"En la otra vida es muy conocido que hay varias tierras y en ellas hombres, y, procedente de estos, espíritus y ángeles, porque allí, a todo él que lo desea por amor a la verdad y por consiguiente por la utilidad, es concedido hablar con espíritus de otras tierras, para así convencerse de la pluralidad de los mundos y aprender que el género humano no procede de una sola tierra sino de innumerables tierras. He hablado varias veces con espíritus de nuestra tierra sobre este particular, y han dicho que el hombre que tiene buen entendimiento puede por varias cosas, por él conocidas, saber que hay varias tierras y en ellas hombres, porque racionalmente puede deducir que masas tan grandes como son los planetas, de los cuales algunos exceden en tamaño a esta tierra, no son masas desiertas, creadas meramente para dar vueltas yendo y viniendo alrededor del sol y brillar con su escaso resplandor para una sola tierra: su uso y provecho debe ser más importante que este. Él que cree, como todos debemos creer, que la Divinidad ha creado el universo con el solo fin de posibilitar la existencia del género humano y por ello la del cielo, porque el género humano es el seminario del cielo, no puede dejar de creer que existen hombres donde quiera que haya una tierra. Puede ser claro que los planetas, que vemos con nuestros ojos por hallarse dentro del límite de nuestro mundo solar, son tierras, porque son cuerpos de materia terrestre que reflejan la luz del sol, y observados a través de un telescopio no aparecen como las estrellas, centellantes como fuego, sino como tierras compuestas de varias oscuras materias, y porque gravitan alrededor del sol y avanzan por la vía del zodiaco de la misma manera que nuestra tierra, determinando así los años y las temporadas del año, que son primavera, verano, otoño e invierno; también porque dan vueltas sobre sus ejes de parecida manera que nuestra tierra, así ocasionando los días y las divisiones del día, que son la mañana, el mediodía, la tarde y la noche; además porque algunos de ellos tienen lunas, que se llaman satélites que gravitan alrededor de su orbe en

un tiempo determinado, como la luna alrededor del nuestro, y porque el planeta Saturno, que se halla a la mayor distancia del sol, tiene un cingulo grande y luminoso, el cual proporciona a esa tierra mucha luz aunque reflejada. ¿Quién, sabiendo estas cosas y pensando racionalmente, puede jamás creer que estos son cuerpos desiertos? Además he hablado con espíritus sobre el particular de que los hombres pueden creer que en el universo existen más de una tierra, considerando que el cielo de las estrellas es tan inmenso y que hay allí tantas innumerables estrellas, las cuales cada una en su lugar o en su mundo es un sol como nuestro sol, de varias magnitudes. Quien reflexiona debidamente viene a la conclusión de que todo esto, tan inmenso, no puede dejar de ser un medio para algún fin que debe ser el objeto final de la creación, y que este objeto final es el reino celestial en el cual puede habitar la Divinidad con los ángeles y los hombres; porque el universo visible o sea el cielo, brillante por innumerables estrellas, las cuales son otros tantos soles, es sencillamente un medio de que existan tierras y en ellas hombres, de los cuales viene el reino celestial. Así es que el hombre racional no puede menos que pensar que este medio tan inmenso de un fin tan importante, no ha sido creado por causa del género humano en una sola tierra. ¿Qué sería esto para la Divinidad que es infinita, y para la cual millares y aun miríadas de tierras, todas llenas de habitantes, apenas sería algo? Hay espíritus cuyo constante esfuerzo es adquirir conocimientos, puesto que sólo en ello se complacen. A estos espíritus es por lo tanto permitido circular por todas partes y también de trasladarse fuera de su mundo solar a otros para adquirir conocimientos. Estos dicen que no tan sólo en este mundo solar hay tierras en las cuales viven hombres, sino también fuera del mismo en el cielo de las estrellas hay inmenso número de ellas. Estos espíritus son del planeta Mercurio. Se ha hecho el cálculo de que si en el universo hubiese 1,000,000 de tierras y si en cada tierra el número de hombres fuesen 300,000,000 o sea trescientos millones y 200 generaciones dentro de 6000 años, y si a cada hombre o espíritu se concediere un espacio de tres varas cúbicas, el número de tantos hombres o espíritus, comprendidos en una suma total, no ocuparía, sin embargo, el espacio que ocupa esta tierra, y apenas más que el espacio que ocupa un solo satélite, que gravita alrededor de los planetas; cuyo espacio en el universo sería pequeñísimo, casi invisible, porque los satélites aparecen difícilmente delante de la simple vista. ¿Qué sería esto para el Creador del Universo?—para el cual no sería bastante sí el universo entero fuese lleno; porque Él es infinito. De estas cosas he hablado con los ángeles, quienes han dicho que ellos tienen igual idea de la escasez del género humano comparado con la infinidad del Creador, pero que ellos, sin embargo, piensan desde el punto de vista de estados y no de espacios, y que según sus ideas el mayor número imaginable de miríadas de tierras sería absolutamente nada en comparación con el Señor."

Con respecto a las tierras en el universo y a sus habitantes, y a los espíritus y ángeles que proceden de ellos, se puede ver en el antes mencionado opúsculo. Lo que allí se ha consignado me ha sido revelado y manifestado a fin de que se sepa que el cielo del Señor es inmenso, y que en su totalidad procede del género humano así como que nuestro Señor por todas partes allí es reconocido por el Dios del cielo y de la tierra.

418. Que el cielo del Señor es inmenso puede constar también porque el cielo en conjunto representa a un solo hombre y porque asimismo corresponde al hombre y a cada mínimo detalle en él y que esta correspondencia nunca puede ser completa, puesto que hay correspondencia no tan sólo con los diversos miembros, órganos y vísceras del cuerpo en general, sino también en particular y detalladamente con toda mínima víscera y órgano

EL CIELO Y EL INFIERNO

que hay dentro de los primeros, hasta con cada uno de los vasos y fibras, y no tan sólo con estos, sino también con las sustancias orgánicas que más al interior reciben el influjo del cielo, de cuyas sustancias el hombre tiene las fuerzas activas que sirven a su alma para sus funciones, porque todo cuanto existe interiormente en el hombre existe en formas que son sustancias, siendo así que lo que no existe en principio como sustancias, nada es. La correspondencia con todas estas cosas tiene lugar con el cielo, lo cual puede ser claro por el artículo en que se ha tratado de la correspondencia de todo en el cielo con todo en el hombre (n. 87-102). Esta correspondencia no puede nunca ser completa, siendo así que cuantas más sociedades de ángeles haya, correspondientes a un solo miembro, tanto más se perfecciona el cielo, porque en el cielo, toda perfección aumenta con la numerosidad. La razón por la cual la perfección en el cielo aumenta según la numerosidad es que todos allí tienen un mismo fin, hacia cuyo fin es el unánime mirar de todos. Este fin es el bien común, y cuando reina, tiene cada uno en particular también su bien por este bien común. Esto sucede porque el Señor vuelve hacia sí a todos en el cielo (véase arriba, n. 123), y por esto hace que formen uno en Él. Que la unanimidad y concordia de varios producen perfección, sobre todo cuando vienen de tal origen y de tal vínculo, puede comprender cualquiera que tenga una razón algún tanto ilustrada.

419. También me ha sido concedido ver la extensión del cielo habitado así como la del no habitado, y vi que la extensión del cielo no habitado era tan grande que en toda eternidad no podría ser ocupado completamente, aunque hubiera varias miríadas de tierras y tanta multitud de hombres en cada una como en la nuestra. (De cuyo particular también se puede ver en el opúsculo "Las Tierras en el Universo," n. 168).

420. Que el cielo no es inconmensurable sino pequeño opinan algunos por ciertos lugares en el Verbo, entendidos según el sentido literal, como por ejemplo aquellos en que se dice que en el cielo entran únicamente los pobres; nadie más que los elegidos; sólo los que están dentro de la iglesia y no los que están fuera de ella; sólo aquellos para quienes el Señor intercede; que el cielo se cierra cuando está lleno y que esta duración está prefijada. Pero estos no saben que el cielo nunca se cierra, y que no hay tiempo prefijado, ni tampoco número determinado, y que se dice "elegidos" de los que se hallan en la vida del bien y de la verdad; y "pobres" de los que no tienen conocimientos del bien y de la verdad, deseándolos sin embargo; a causa de este deseo, se llaman también "hambrientos."

Los que por el Verbo, no comprendido, se han formado la opinión de que el cielo es de reducida extensión, piensan también que el cielo se halla en un lugar determinado, donde se verifica la congregación de todos, siendo, sin embargo, así que el cielo consiste de innumerables sociedades (véase arriba, n. 41-50), y también piensan que el cielo es dado a cada uno por inmediata misericordia, verificándose la admisión y la recepción por mero beneplácito. No entienden que el Señor por misericordia guía a cada uno que a Él recibe; y que reciben a Él los que viven conforme las leyes del Divino orden, que son los mandamientos del amor y de la fe, y que lo que se entiende por misericordia es el ser así guiado por el Señor desde la niñez hasta el fin de la vida en el mundo, y después en la eternidad. Que sepan, pues, que todo hombre nace para el cielo; que es recibido, quien en sí recibe el cielo en el mundo y excluido quien no lo recibe.

— Parte II —

El mundo de los espíritus y el estado del hombre después de la muerte.

43

DE LO QUE ES EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

421. El mundo de los espíritus ni es el cielo ni es el infierno, sino un lugar intermedio entre ambos; porque allí entra el hombre después de la muerte y luego, transcurrido cierto tiempo según su vida en el mundo, es elevado al cielo, o bien castigado en el infierno.

422. El mundo de los espíritus es un lugar intermedio entre el cielo y el infierno, y asimismo un estado intermedio del hombre después de la muerte; que es un lugar intermedio me consta por estar los infiernos debajo y los cielos arriba (encima), y un estado intermedio porque el hombre, mientras que se halle allí, no está aún en el cielo, ni en el infierno. El estado del cielo en el hombre es la conjunción del bien y de la verdad en él, y el estado del infierno es la conjunción del mal y de la falsedad en él. Cuando en el hombre-espíritu el bien se halla unido a la verdad, entonces entra en el cielo, puesto que, según se ha dicho, esta conjunción es el cielo en él; pero cuando en el hombre-espíritu el mal se halla unido a la falsedad, entonces va al infierno, puesto que esa conjunción es el infierno en él. Esta unión se verifica en el mundo de los espíritus, por hallarse el hombre entonces en un estado intermedio. Decir conjunción del entendimiento con la voluntad, y decir conjunción de la verdad con el bien es lo mismo.

423. Aquí procede, en primer lugar, decir algo de la conjunción del entendimiento con la voluntad, y de su semejanza con la conjunción del bien con la verdad, puesto que esta conjunción se verifica en el mundo de los espíritus. El hombre tiene entendimiento y tiene voluntad; el entendimiento recibe las verdades y se forma por medio de ellas, y la voluntad se forma por medio de los bienes que recibe; por lo cual todo cuanto el hombre entiende, y por consiguiente piensa, lo llama verdad, y todo cuanto el hombre quiere, y por consiguiente piensa, lo llama bueno. El hombre puede pensar por el entendimiento y mediante ello percibir que una cosa es verdad y asimismo que es un bien, pero no obstante no lo piensa por la voluntad a menos de que la quiera y la haga; cuando la quiere y por la voluntad la hace, entonces se halla aquella cosa tanto en el entendimiento cuanto en la voluntad, por consiguiente en el hombre; porque el entendimiento solo no hace el hombre, ni la voluntad sola, sino el entendimiento y la voluntad juntos; por lo cual lo que está en ambos esto está en el hombre y le es apropiado; lo que está solo en el entendimiento, está por cierto con el hombre, pero no en el hombre; es solamente cosa de su memoria, y cosa de los saberes en la memoria, de cuya cosa puede pensar cuando no se halla solo, es decir, cuando está con otros; por consiguiente, de la cual puede hablar y raciocinar, y según la cual, puede asimismo simular formas e inclinaciones.

424. Que el hombre puede pensar por el entendimiento y no por la voluntad, simultáneamente, es provisto al objeto de poder ser reformado; porque el hombre es reformado mediante verdades y las verdades pertenecen al entendimiento, como ya se ha dicho: es que el hombre nace en todo mal con respecto a la voluntad; por ello no desea por sí mismo el bien a nadie más que a sí mismo, y quien desea el bien a sí mismo se alegra del mal que sucede a otros, sobretudo si de ello resulta alguna ventaja para él.

EL CIELO Y EL INFIERNO

Porque quiere hacer suyo todo el bien ajeno, sea honor, sea riquezas, y en cuanto pueda hacerlo se alegra en sí mismo. Con el fin de que este estado de la voluntad sea enmendado y reformado, ha sido concedido al hombre el poder entender las verdades y mediante ellas subyugar las malas inclinaciones que provienen de la voluntad; es por esta razón que el hombre puede por el entendimiento pensar las verdades y también hacerlas y hablarlas; no puede, sin embargo, pensarlas por la voluntad, hasta ser tal que de sí mismo, es decir, de corazón, las quiere y las hace; cuando el hombre es tal, entonces las cosas que piensa por el entendimiento son de su fe; y las que piensa por la voluntad son de su amor: por cuya razón entonces se unen en él la fe y el amor, como el entendimiento y la voluntad.

425. Así es que cuando las verdades, que son del entendimiento, se hallan unidas a los bienes, que son de la voluntad, es' decir, cuando el hombre quiere las verdades y en su consecuencia las hace, entonces tiene en sí el cielo, puesto que, según arriba queda dicho, la conjunción del bien y de la verdad es el cielo; pero cuando las falsedades, que son del entendimiento, se hallan unidas a los males, que son de la voluntad, entonces tiene el hombre en sí el infierno, puesto que la conjunción del mal y la falsedad es el infierno. Pero cuando las verdades, que son del entendimiento, no son unidas a los bienes, que son de la voluntad, entonces se halla el hombre en un estado intermedio. Actualmente, casi todo hombre se halla en un estado en que conoce las verdades y las piensa por medio del saber y también por medio del entendimiento, y cumpliendo de ellas, ora mucho, ora poco, ora nada, ora obra en contra de ellas por causa de su amor al mal y por consiguiente por la fe en la mentira; por lo tanto, a fin de que tenga o bien el cielo o bien el infierno, es, al morir, primero introducido en el mundo de los espíritus, y allí se verifica la unión del bien y de la verdad en los que han de ser elevados al cielo, y la conjunción del mal con la falsedad en los que han de ser echados al infierno; porque no es permitido a nadie en el cielo ni en el infierno tener una mente dividida, es decir, entender de una manera y querer de otra manera, por lo cual, quien en el cielo quiere bien entiende la verdad, y en el infierno quien quiere el mal entiende la falsedad; por la misma razón se apartan allí las falsedades en los buenos y se les da verdades que concuerdan con su bien y que son conformes con este; y allí en los malos se apartan las verdades y se les da falsedades que concuerdan y son conformes con su mal. Consta por esto lo que es el mundo de los espíritus.

426. En el mundo de los espíritus hay un enorme número, puesto que allí tiene lugar la primera reunión de todos, y allí son preparados y explorados todos. No hay término fijo para su estancia allí; algunos no hacen más que entrar en él, y en seguida son llevados al cielo o bien echados al infierno; otros permanecen allí tan sólo algunas semanas, otros varios años, pero no más de treinta. Las variaciones en la duración vienen de la correspondencia y no correspondencia entre los interiores y los exteriores en el hombre; pero la manera en que el hombre en aquel mundo pasa de un estado a otro se dirá en lo que sigue.

427. Tan pronto como los hombres después de la muerte entran en el mundo de los espíritus, son distinguidos cuidadosamente por el Señor; los malos son seguidamente unidos a la sociedad infernal en la cual estaban en el mundo en cuanto al amor predominante, y los buenos son unidos en seguida a la sociedad celestial, en la que también estaban en el mundo en cuanto al amor, la caridad y la fe; pero por más que son así distinguidos se reúnen, sin embargo, en ese mundo, y todos, cuantos han sido amigos

y conocidos en la vida del cuerpo, y también hermanos y hermanas, se hablan cuando lo desean. He visto a un padre hablar con sus seis hijos, reconociéndolos, y varios otros con sus parientes y amigos; pero siendo de diferente carácter en consecuencia de su vida en el mundo, se separaron después de breve tiempo; pero los que desde el mundo de los espíritus entran en el cielo o en el infierno, no se vuelven a ver después jamás, ni se conocen, sí no son de similar carácter por tener similar amor. La causa de que se ven en el mundo de los espíritus y no en el cielo ni en el infierno es que los que se hallan en el mundo de los espíritus son introducidos en estados iguales a los que tenían en la vida del cuerpo, de un estado a otro; pero luego acaban todos por entrar en un estado constante, igual al estado de su amor predominante, en cuyo estado se conocen unos a otros únicamente por la similitud del amor, porque, como queda expuesto arriba (n. 41-50), la similitud une y la disimilitud desune.

428. Así como el mundo de los espíritus es un estado intermedio entre el cielo y el infierno en el hombre, así es también un lugar intermedio. Debajo están los infiernos y por encima los cielos. Todos los infiernos se hallan cerrados hacia, aquel mundo: comunican solo a través de perforaciones y rendijas, como las que hay en las rocas, y por anchas aberturas que se hallan custodiadas para que nadie salga sin previo permiso, el cual se da cuando lo exige alguna necesidad, de cuyo particular se hablará en lo que sigue. El cielo se halla igualmente cercado por todos lados y a ninguna sociedad celestial hay entrada más que por un estrecho sendero, el cual asimismo se halla custodiado. Estas salidas y entradas son las que en el Verbo se llaman las puertas y umbrales del cielo y del infierno.

429. El mundo de los espíritus tiene el aspecto de un valle, que aquí y allí se introduce entre montes y rocas, tortuoso y elevado. Las puertas y umbrales de las sociedades celestiales no son visibles más que a los que son preparados al cielo; otros no las encuentran; a cada sociedad hay de desde el mundo de los espíritus una sola entrada, detrás de la cual hay una sola vía, pero esta vía se divide durante la ascensión en varias. Las puertas y umbrales de los infiernos tampoco aparecen más que a los que han de entrar; a estos se abren y luego de estar abiertas se ven antros negruzcos y como cubiertos de hollín, que se extienden bajando hacia la profundidad de una manera oblicua, y donde hay de nuevo varias entradas; por estos antros se exhalan hedores asquerosos y vapores de mal olor, de los cuales los buenos espíritus huyen, puesto que les causan aversión, mientras que los malos espíritus los solicitan, puesto que les causan placer; porque así como en el mundo, uno se complace en un mal, así se complace después de la muerte en el olor malo que corresponde al mal. Pueden en cuanto a esto compararse con aves de rapiña y animales fieras, tales como cuervos, lobos, y puercos, los cuales por el olor que perciben vuelan, y corren hacia materias cadavéricas y estiércoles. Oí a uno proferir un fuerte grito, como por un tormento interior al alcanzarle la exhalación que sale del cielo, y volverse tranquilo y alegre al herirle el hálito que sale del infierno.

430. En cada hombre hay asimismo dos puertas, de las cuales una da al infierno y está abierta al mal y a la falsedad que vienen de allí; la otra puerta da al cielo y está abierta al bien y a la verdad procedentes del mismo. La puerta del infierno está abierta en aquellos que se hallan en el mal y por ello en la falsedad, y únicamente al través de algunas rendijas influye por encima la luz del cielo, mediante cuya influencia el hombre puede pensar, raciocinar y hablar pero la puerta del cielo está abierta en aquellos que se hallan en el bien y por ello en la verdad. Hay dos vías que conducen a la mente racional del

EL CIELO Y EL INFIERNO

hombre; una vía superior o interior por la cual entra el bien y la verdad procedente del Señor, y una vía inferior o exterior por la cual se deslizan el mal y la falsedad que suben del infierno. La mente racional misma, a la cual conducen las vías, se halla en el centro, por lo cual el hombre en cuanto admite la luz del cielo es racional, pero en cuanto no la admite no es racional, sea cual fuere su parecer. Esto queda dicho con el fin de que se pueda saber también de que carácter es la correspondencia en la naturaleza del hombre con el cielo y con el infierno. Su mente racional, mientras que se halla en formación, corresponde al mundo de los espíritus; las cosas que están por encima de la misma, al cielo y las que están por debajo, al infierno. Las que están encima se abren, y las que están debajo se cierran al influjo del mal y de la falsedad, en los que se preparan al cielo; las que están debajo se abren y las que están encima se cierran al influjo del bien y de la verdad en los que se están preparando al infierno, estos no pueden mirar más que por debajo de sí, esto es al infierno, y los primeros únicamente por encima de sí mismos, esto es, al cielo. Mirar por encima de sí es mirar al Señor, puesto que Él es el centro común hacia el cual miran todas las cosas del cielo; y mirar por debajo de sí es mirar en dirección opuesta al Señor hacia el centro opuesto, al cual miran y tienden todas cosas del infierno. (Véase arriba, n. 123, 124).

45

CON RESPECTO A SU INTERIORIDAD, TODO HOMBRE ES UN ESPÍRITU

432. El que reflexiona con detenimiento puede saber que el cuerpo no piensa, puesto que es material, pero el alma sí, puesto que es espiritual. El alma del hombre, acerca de cuya inmortalidad varios hombres han escrito, es su espíritu y lo espiritual recibe lo espiritual y vive espiritualmente, lo cual es pensar y querer; por lo tanto toda la vida racional que existe en el cuerpo es del alma y nada de ello del cuerpo; porque, como queda dicho arriba, el cuerpo es material, y lo material que es lo propio del cuerpo se halla añadido y como si fuera unido al espíritu, al objeto de que el espíritu del hombre pueda conducir su vida y hacer usos y provechos en el mundo natural, cuyas cosas son todas ellas materiales, y en sí y por sí no participan de la vida. Siendo pues así, que lo material no vive, sino sólo lo espiritual, puede constar que todo cuanto vive en el hombre pertenece a su espíritu y que el cuerpo sencillamente sirve a este, del mismo modo que lo instrumental sirve a la fuerza viva que lo mueve; se dice por cierto de un instrumento que obra, que se mueve o que hiera, pero creer que esto viene del instrumento y no del que mediante el mismo obra, mueve o hiera, es una falacia.

433. Puesto que todo cuanto en el cuerpo vive, y por la vida obra y siente, es sola y únicamente del espíritu y nada de ello del cuerpo, sigue que el espíritu es el verdadero hombre; o lo que viene a ser igual, que el hombre, en y por sí considerado, es un espíritu, y también de igual forma, porque todo cuanto vive y siente en el hombre, es de su espíritu, y nada hay en el hombre, desde de la cabeza hasta la planta de los pies, que no viva y sienta; por esto es que cuando el cuerpo se separa de su espíritu, lo cual se llama morir, el hombre continua, sin embargo, siendo y vive. He oído decir del cielo que ciertas personas, que mueren, también piensan en sus cuerpos fríos mientras que yacen en la mesa mortuoria, antes de haber resucitado, y no saben sino que todavía viven, pero con la diferencia de que no pueden mover partícula alguna material, propia del cuerpo.

434. El hombre no puede pensar y querer a menos de que haya una base que es sustancia, por la cual y en la cual, este pensar y querer pueda verificarse; lo que se cree existir sin

una base substancial, es nada. Esto podemos saber por el hecho de que el hombre no puede ver sin un órgano que es la base de su vista, ni oír sin un órgano que es la base de su sentido auricular. La vista y el oído sin estas bases son nada, ni existen. Así, también, el pensamiento, que es la vista interior, y la percepción, que es el oído interior, si no fuesen sustancias y formadas por sustancias, las cuales son las formas orgánicas, que son sus bases, tampoco existirían en manera alguna. Puede por esto constar que el espíritu del hombre también tiene forma; y que tiene una forma humana y que goza de sensorios y de sentidos cuando se halla separado del cuerpo, tanto como cuando se hallaba en él; y que todo cuanto pertenece a la vida del ojo y a la vida del oído, en una palabra, todo cuanto pertenece a la vida de los sentidos del hombre, no existe en estos por el cuerpo sino por el espíritu y existen en ellos, en los más mínimos detalles. De ahí viene que los espíritus ven, oyen y sienten tanto como los hombres, pero después de la separación del cuerpo, no en el mundo natural, sino en el espiritual; que el espíritu siente de una manera natural mientras que está en el cuerpo, es a causa de lo material que lleva añadido, pero no obstante, piensa, siente y quiere entonces también de una manera espiritual.

435. Esto se ha dicho con el fin de que el hombre racional pueda quedar' convencido de que el hombre en sí mismo considerado es un espíritu, y que lo corporal que se halla unido a este, a fin de hacer posible estas funciones en el mundo natural y material, no es el hombre, sino tan sólo el instrumento de su espíritu. Pero más valen las pruebas de la experiencia, puesto que las cosas racionales por muchos no sé conciben y en aquellos que han confirmado en sí lo contrario, se convierten en objetos de dudas, mediante racionios formados por las falacias de los sentidos. Los que han confirmado en sí lo contrario, suelen pensar que los animales también viven y sienten, y que así éstos también tienen un espíritu igual al que tiene el hombre, siendo sin embargo así que aquellos mueren con el cuerpo; la parte espiritual de los animales no es como la parte espiritual del hombre, porque el hombre y no los animales tiene un ambiente espiritual más íntimo en que influye lo Divino, elevándole a sí y mediante ello uniéndole a sí; por esto el hombre, con preferencia al animal, puede pensar en Dios y en las cosas Divinas, que pertenecen al cielo y a la iglesia, amar a Dios por ellas y en ellas, y así unirse a Él, y lo que puede unirse a lo Divino no puede perecer; pero lo que no puede unirse a lo Divino, perece. De lo íntimo que el hombre tiene además de los animales, se ha tratado arriba (n. 39) y conviene referirlo aquí de nuevo, porque importa que sean disipadas las falacias que acerca de eso han podido surgir, como acontece con varios, quienes por falta de conocimiento y por una inteligencia no abierta, no pueden por medio de la razón formar conclusiones acerca de estas cosas. Las palabras allí consignadas, son estas:

Voy a referir cierto arcano, tocante a los ángeles de los tres cielos, cuyo secreto hasta ahora no ha venido a la mente de nadie, por no haber comprendido los grados, es decir que en cada ángel y en cada hombre también hay un grado íntimo o supremo, o sea algo sumo íntimo y supremo en lo cual lo Divino del Señor influye más directamente, desde lo cual dispone las demás cosas interiores, las cuales se siguen en él con arreglo a los grados del orden. Este algo, sumo íntimo o supremo, puede llamarse la entrada del Señor en el hombre y en el ángel, y también su propia morada en ellos; por este íntimo y supremo el hombre es hombre y se distingue del bruto, porque este no tiene aquello; de aquí viene que el hombre, con diferencia del animal, puede, con respeto a sus cosas interiores, que son las de su mente y su alma, ser elevado por el Señor hacia Él, puede creer en Él, sentir amor por Él, y de esta manera ver a Él, y puede recibir entendimiento y sabiduría y hablar

EL CIELO Y EL INFIERNO

mediante la razón; de allí viene también el que puede vivir eternamente. Pero lo que el Señor en aquel íntimo o supremo dispone o provee, no influye de una manera apreciable en la percepción de ángel alguno, puesto que esto está por encima de su pensar y excede su sabiduría.

436. Que el hombre, en cuanto a su interior es un espíritu me ha sido dado a saber por mucha experiencia, toda la cual, si fuera referida, llenaría como se dice pergaminos. He hablado con espíritus como espíritu y he hablado con ellos como hombre en el cuerpo, y cuando he hablado con ellos como espíritu no han sabido sino que yo fuera un espíritu, y también en forma humana como ellos; así han aparecido ante ellos mis interiores, puesto que al hablar con ellos como espíritu no ha aparecido mi cuerpo material.

437. Que el hombre, en cuanto a su interior es un espíritu, puede constar porque después de la separación del cuerpo, la cual tiene lugar a la muerte, vive, sin embargo, hombre como antes. a fin de que me convenciera de ello, me ha sido permitido hablar con todos los que jamás he conocido en la vida del cuerpo; con algunos durante horas, con algunos durante semanas y meses, y con algunos durante años, y esto principalmente con el fin de que me confirmara y diera testimonio de ello.

438. A esto es permitido añadir que todo hombre, aún mientras vive en el cuerpo, se halla, en cuanto a su espíritu, en compañía de espíritus por más que lo ignora; el bueno se halla mediante ellos, en una sociedad angelical, el malo en una sociedad infernal, y que entran en esta misma sociedad después de la muerte. Esto se ha dicho y se ha demostrado con frecuencia a los que después de la muerte vienen entre los espíritus. Bien es cierto que el hombre no aparece en esta sociedad como espíritu mientras que vive en el mundo, por la causa de que entonces piensa de una manera natural, pero los que piensan de una manera abstracta del cuerpo, estando entonces en el espíritu, aparecen a veces en su sociedad, y cuando aparecen se distinguen fácilmente de los espíritus que están allí, porque andan meditabundos, guardando silencio, y no miran a los demás; parecen no verlos y tan pronto como algún espíritu les dirige la palabra desaparecen.

439. Como ilustración de que el hombre en cuanto a sus interiores es un espíritu, referiré por experiencia de que manera el hombre se separa del cuerpo y la manera en que es transportado por el espíritu de un lugar a otro lugar.

440. En cuanto a lo primero, es decir a ser separado del cuerpo, se verifica así: el hombre es introducido en cierto estado, intermedio, entre sueño y vigilia, y cuando se halla en este estado no puede saber sino que se halla completamente despierto; todos los sentidos están tan despiertos, como en la más completa vigilia del cuerpo; tanto la vista como el oído, y lo que es extraño, el tacto, el cual entonces es más exquisito que nunca, puede ser en la vigilia del cuerpo; en este estado he visto espíritus y ángeles de la manera más viva, les he oído también y, cosa extraña, les he palpado, y entonces casi nada del cuerpo ha estado presente. Este es el estado del cual, se dice "estar apartado del cuerpo y que no se sabe si se está en el cuerpo o fuera del cuerpo." En este estado he sido introducido dos o tres veces solamente y con el mero fin de que supiese como es, y que los espíritus y los ángeles gozan de todos los sentidos, y también el hombre cuando se halla apartado del cuerpo.

441. Con respecto a lo otro (es decir), ser llevado por el espíritu a otro lugar, me ha sido manifestado mediante viva experiencia lo que es, y como se verifica, pero sólo dos o tres veces. Referiré una sola experiencia; andando por las calles de una ciudad y por campos y simultáneamente en conversación con espíritus, no sabía sino que fuera tan despierto y

tanto en posesión del uso de la vista como en otras ocasiones; así caminaba sin vacilar, y entretanto tenía una visión, observando árboles, ríos, palacios, casas, hombres y varias cosas; pero después de andar así durante varias horas me hallé de repente en la vista del cuerpo, viendo que me encontraba en otro lugar. Altamente sorprendido por esto, advertí que me Había hallado en igual estado que aquellos de quienes se dice que fueron "llevados por el espíritu a otro lugar": porque mientras dura no se fija uno en el camino, aun cuando fuese de varias millas, tampoco se fija uno en el tiempo, aunque fuera de varias horas o días; ni siente uno cansancio. Entonces es uno también llevado por caminos, por él desconocidos, sin equivocación hasta el lugar designado.

442. Pero estos dos estados del hombre, los cuales son sus estados cuando se halla en sus interiores, o lo que es lo mismo, cuando se halla en su espíritu, son extraordinarios, habiéndome sido manifestados con el solo fin de conocer como son, puesto que son conocidos en la iglesia; pero hablar con espíritus y estar con ellos como uno de ellos, me ha sido concedido hasta en plena vigilia del cuerpo, y esto ahora durante muchos años.

443. Que el hombre con respeto a sus interiores es un espíritu puede constar además por lo que se ha dicho y manifestado arriba (n. 311 a 317) donde se trata de que el cielo y el infierno son del género humano.

444. Que el hombre es un espíritu con respecto a sus interiores, quiere decir que lo es, en cuanto a las cosas que pertenecen a su pensamiento y voluntad, puesto que estos son las cosas interiores mismas, las cuales hacen que el hombre es hombre y tal hombre cual es con respecto a ellas.

46

LA RESURRECCIÓN Y LA ENTRADA A LA VIDA ETERNA

445. Cuando el cuerpo no puede atender por más tiempo a sus funciones en el mundo natural correspondientes a los pensamientos e inclinaciones de su espíritu, que vienen del mundo espiritual, se dice que el hombre muere. Esto acontece cuando cesan los movimientos de respiración de los pulmones y los sístoles del corazón; pero a pesar de esto el hombre no muere; sino sólo separa de sí lo corporal, que le prestaba uso y provecho en el mundo; porque el hombre mismo vive, puesto que el hombre no es hombre por virtud del cuerpo, sino por el espíritu, siendo así que el espíritu en el hombre es quien piensa, y el pensamiento junto con la inclinación constituye el hombre. Consta por esto, que el hombre al morir, pasa tan sólo de un mundo a otro. De ahí viene que "muerte" en el Verbo en su sentido interior significa resurrección y continuación de la vida.

446. La íntima comunicación del espíritu tiene lugar con la respiración y con los latidos del corazón; su pensamiento con la respiración y su inclinación que pertenece al amor, con el corazón, por lo cual tan pronto cesan estos dos movimientos en el cuerpo se verifica la separación; estos dos movimientos, es decir, los movimientos de respiración de los pulmones y de los sístoles del corazón, son los vínculos mismos cuya rotura deja al espíritu entregado a sí mismo, y el cuerpo, puesto que entonces se encuentra sin la vida de su espíritu, se enfría y se descompone; la razón por la cual la íntima comunicación del espíritu del hombre tiene lugar con la respiración y con el corazón es que todo movimiento vital depende de ellos, no solamente en general, sino también en cada detalle.

EL CIELO Y EL INFIERNO

447. El espíritu del hombre permanece en el cuerpo algún tiempo después de la separación, pero sólo hasta la cesación total de la función del corazón, cuya cesación se verifica con variación según el estado de la enfermedad de la cual muere el hombre; porque el movimiento del corazón continúa en algunas personas largo rato, en otras menos largo; tan pronto como este movimiento cesa, el hombre resucita, pero esto sólo el Señor lo hace. Por resurrección se entiende la salida del espíritu' del hombre de su cuerpo, y su introducción en el mundo espiritual, lo cual se llama generalmente resurrección; la razón por la cual el espíritu del hombre no es separado del cuerpo hasta haber cesado todo movimiento del corazón, es que el corazón corresponde a la inclinación que pertenece al amor, y es la vida misma del hombre; porque del amor tiene cada uno su calor vital; por lo cual mientras dura esta conjunción, hay correspondencia y en su consecuencia vida del espíritu en el cuerpo.

448. La manera de efectuarse la resurrección no sólo se me ha dicho, sino también me ha sido manifestado mediante viva experiencia: la experiencia ha sido practicada conmigo mismo, a fin de que conociese perfectamente la manera en que se verifica.

449. Fui introducido en un estado de insensibilidad, con respecto a los sentidos corporales, o sea casi en el estado de un moribundo, permaneciendo íntegra la vida interior con el pensamiento, a fin de que percibiese y retuviese en la memoria las cosas que experimentaba y que experimentan los que resucitan de los muertos. Percibí que la respiración del cuerpo fue casi nula al par que la respiración interior, que pertenece al espíritu, permanecía junto con una respiración ligera y silenciosa del cuerpo. Entonces me fue dada comunicación, primero con el reino celestial por medio del latido del corazón, puesto que este reino corresponde al corazón del hombre; también se veían ángeles de allí, algunos a mucha distancia y dos cerca de la cabeza, junto a la cual estaban sentados. Como consecuencia de esto, quedó apartada toda inclinación propia; permaneciendo, sin embargo, el pensamiento y la percepción. Continuaba en este estado durante varias horas. Los espíritus que se hallaban alrededor se alejaron entonces, suponiendo que estaba muerto; se dejó asimismo sentir un olor aromático, y cuando los espíritus sienten este olor no pueden acercarse; de esta manera también los espíritus malos son mantenidos a distancia del espíritu del hombre al principio de ser este introducido en la vida eterna. Los ángeles que estaban sentados junto a mi cabeza guardaban silencio, tan sólo comunicando sus pensamientos con los míos; y cuando estos son recibidos, saben los ángeles que el hombre se halla en estado de poder ser apartado del cuerpo. La comunicación de sus pensamientos se verificó contemplando ellos mi rostro. Esta es la manera en que se verifican las comunicaciones de los pensamientos en el cielo. Puesto que el pensamiento y la percepción permanecían conmigo, a fin de que conociese y recordase la manera en que se verifica la resurrección, percibí que estos ángeles empezaban por inquirir mi pensamiento, si era como suele ser el de los que mueren, es decir, acerca de la vida eterna, y percibí, que procuraban mantener mi mente en este pensamiento. Se dijo después que el espíritu del hombre al expirar el cuerpo, se detiene en el último pensamiento, hasta que vuelven los pensamientos que proceden de su inclinación común o reinante en el mundo. Particularmente se dio a percibir y asimismo a sentir que tenía lugar una atracción, como si dijéramos una evulsión del cuerpo de las cosas interiores de mi mente o de mi espíritu y se me dijo que lo causaba el Señor y que de esto viene la resurrección.

450. Cuando los ángeles celestiales se hallan juntos a un resucitado no se retiran de su compañía puesto que aman a todos; pero si el espíritu es tal que no puede continuar, más en compañía de los ángeles celestiales, el mismo desea retirarse o separarse de ellos, y cuando esto tiene lugar vienen ángeles del reino espiritual del Señor, mediante los cuales recibe el don de la luz porque antes no veía; tan sólo pensaba. Se manifestó también como esto se hace. Al parecer estos ángeles levantan la membrana del ojo izquierdo hacia la nariz con el fin de abrir el ojo y hacer que se vea. El espíritu cree que esto sucede, pero no es más que una apariencia. Cuando, según parece, han levantado la membrana, se nota alguna claridad, sin embargo oscuramente, como cuando al primer despertar miramos al través de los párpados. Esta confusa claridad me apareció de un color celestial, pero se dijo después que en esto hay variación. Luego se siente quitar cierta cosa de sobre el rostro, hecho lo cual, se introduce el pensamiento espiritual; este descubrir del rostro es en sí mismo una apariencia, representándose por ella el entrar en un pensamiento espiritual desde el pensamiento natural. Los ángeles velan con esmero para que no venga del resucitado idea alguna en la cual no haya amor. Le dicen entonces que es un espíritu. Cuando este nuevo espíritu ha recibido el don de la luz los ángeles espirituales le prestan todos los servicios que puede desear en aquel estado, y le instruyen acerca de las cosas que hay en la otra vida; pero tan sólo en cuanto pueda concebirlas; si, por otra parte, el resucitado es de tal carácter que no quiere dejarse instruir, desea separarse de la compañía de estos ángeles; no le abandonan, sin embargo, los ángeles, más él mismo se separa de ellos; porque los ángeles aman a todos y nada desean mejor que servir, instruir y encaminar al cielo; esto es su mayor placer. Cuando así se aparta el espíritu, le reciben los espíritus buenos, y mientras que está en su compañía le prestan también toda clase de servicios, pero si su vida en el mundo ha sido tal que no ha podido gozar de la compañía de los buenos, desea separarse también de estos, y así continua repetidas veces hasta juntarse con tales que concuerdan completamente con su vida en el mundo, entre los cuales vuelve a entrar en su propia vida y entonces, cosa extraña, conduce una vida similar a la que conducía en el mundo.

451. Pero, este principio de la vida del hombre después de la muerte no dura más que algunos días; de como por otra parte es conducido de estado a estado y finalmente al cielo o bien al infierno se dirá en lo que sigue. Esto me ha sido dado a conocer asimismo mediante abundante experiencia.

452. He hablado con algunos al tercer día de su muerte, habiéndose verificado entonces las cosas de las cuales se ha hablado arriba (n. 449, 450); también con tres que en el mundo fueron conocidos míos a quienes conté que iban preparándose sus funerales para que fueren enterrados sus cuerpos; dije para que fueren enterrados (ellos), y al oír esto experimentaron cierto estupor, diciendo que vivían y que se enterraba aquello que les había servido en el mundo. Después se extrañaban mucho de que mientras vivían en el cuerpo no habían creído en tal vida después de la muerte, y que particularmente dentro de la iglesia ninguno lo creía. Los que en el mundo no han creído en vida alguna del alma después de la vida del cuerpo experimentan grande vergüenza al notar que viven, pero los que se han confirmado en ello se asocian a sus semejantes y son separados de los que han vivido en la fe; por la mayor parte son unidos a cierta sociedad infernal porque estas niegan también lo Divino y desprecian las verdades de la iglesia. El caso es que cuanto más se confirma uno en contra de la vida eterna, tanto más se confirma también en contra de las cosas que pertenecen al cielo y a la iglesia.

EL HOMBRE DESPUÉS DE LA MUERTE ESTÁ EN COMPLETA FORMA HUMANA

453. Que la forma del espíritu del hombre es la forma humana, o que el espíritu es hombre también con respecto a la forma puede constar por lo que queda expuesto en varios artículos arriba; principalmente en aquellos en que se ha manifestado que cada ángel tiene perfecta forma humana (n. 73-77); que todo hombre es un espíritu con respecto a sus cosas interiores (n. 432-444), y que los ángeles en el cielo son del género humano (n. 311-317). Esto se puede ver aun más claramente por esto que el hombre es hombre en virtud de su espíritu y no en virtud de su cuerpo, y que la forma corporal se halla añadida al espíritu según la forma de este y no al contrario, porque el espíritu se halla vestido: de un cuerpo con arreglo a su forma, por lo cual el espíritu del hombre obra en toda parte, en toda partícula del cuerpo, hasta que la parte que no es movido por el espíritu, o en el cual el espíritu no es activo, no vive. Que esto es así pueden saber todos por el hecho de que el pensamiento y la voluntad, ponen en movimiento todo el cuerpo y cada detalle del mismo, tan completamente a su antojo que a nada hay que no concurra, y lo que no concurre no forma parte del cuerpo, y se desecha también como una cosa en que nada hay de vida; el pensamiento y la voluntad pertenecen al espíritu del hombre, no al cuerpo; si el espíritu no se deja ver en forma humana por el hombre, después de estar separado del cuerpo ni en otro hombre, es porque el órgano de vista del hombre, o sea el ojo, en cuanto ve en el mundo, es material, y lo material no ve más que lo material, mientras que lo espiritual ve lo espiritual, por lo cual cuando el ojo material está cubierto y privado de su cooperación con lo espiritual, aparecen los espíritus en su propia forma, que es la forma humana, no tan sólo los espíritus que se hallan en el mundo espiritual, sino también el espíritu que está en otro hombre, mientras todavía se halla en su cuerpo.

454. La razón por la cual la forma del espíritu es la forma humana, es que el hombre con respecto a su espíritu es creado según la forma del cielo, porque todas las cosas que pertenecen al cielo y a su orden se hallan concentradas en la mente del hombre; por cuya circunstancia este tiene facultad de recibir inteligencia y sabiduría. Decir facultad de recibir inteligencia y sabiduría y decir facultad de recibir el cielo, es lo mismo; como puede constar por lo que se ha expuesto acerca de la luz y del calor del cielo (n. 126-140), de la forma del cielo (n. 200-212), de la sabiduría de los ángeles (n. 265-275), y en el artículo que el cielo, en cuanto a su forma en general y en particular, representa a un hombre (n. 59-77), y esto por virtud de lo Divino-Humano del Señor, de lo cual viene el cielo y su forma (n. 78-86).

455. Un hombre racional puede comprender las cosas que acabamos de consignar porque puede verlas por la correlación de las causas y por las verdades de su orden; pero el hombre que no es racional no las comprende. No las comprende por varias razones; la primera, que no quiere porque son contrarias a las falsedades, por las cuales ha formado sus verdades, y quien por esta causa no quiere comprender cierra el camino del cielo para su razón, cuyo camino puede, sin embargo, abrirse con tal que no se oponga la voluntad, véase arriba (n. 42). El hombre puede comprender las verdades y ser racional, con tal que el lo quiera; esto me ha sido manifestado mediante mucha experiencia. Los espíritus malos que se han vuelto irracionales por haber en el mundo negado lo Divino y las verdades de la iglesia, confirmándose en contra de ellas, han sido a menudo, por fuerza Divina, obligados a volverse hacia los que se hallan en la luz de la verdad, y entonces han

comprendido todo como los ángeles, y han reconocido que era verdad y asimismo lo comprendieron; pero tan pronto como volvieron en sí mismos y miraron hacia el amor de su voluntad nada comprendían y hablaban cosas contrarias. También he oído decir a ciertos infernales que saben y perciben que es malo todo lo que hacen, pero que no pueden resistir el goce de su amor, es decir su voluntad, y que esta domina sus pensamientos, de manera que ven lo malo como bueno y lo falso como verdadero; por esto ha resultado que los que se hallan en falsedades a consecuencia del mal pueden comprender y por consiguiente ser racionales, pero no quieren; y la causa de que no quieren es que aman las falsedades más que las verdades, por estar aquellas en armonía con los males en que se hallan; amar y querer es lo mismo, porque lo que el hombre quiere, esto ama, y lo que ama esto quiere. Siendo el estado de los hombres tal, que pueden comprender las verdades si quieren, me ha sido concedido confirmar las verdades espirituales que pertenecen a la iglesia y al cielo, también mediante cosas racionales; y con el fin de que las falsedades que en varios han cerrado la razón puedan mediante cosas racionales ser dispersadas, y acaso así abrirse el ojo hasta cierto punto; porque confirmar verdades espirituales, mediante cosas racionales, es lícito para todos los que se hallan en verdades. ¿Quién comprendería el Verbo jamás en su sentido literal, si no viese las verdades allí por medio de una razón iluminada? ¿Sí se comprendiera como han venido tantas herejías del mismo Verbo?

456. Que el espíritu del hombre después de la separación del cuerpo es hombre y de igual forma ha quedado para mí un hecho probado mediante experiencia diaria durante varios años, porque les he visto, les he escuchado, y les he hablado mil veces, diciéndoles que los hombres en el mundo no creen que son así, y que los que lo creen son considerados por los eruditos como simples; los espíritus se han lamentado profundamente de que todavía continúe tal ignorancia en el mundo, y ante todo, dentro de la iglesia. Pero esta creencia, dijeron, había venido precisamente de los eruditos, quienes han pensado acerca del alma, desde lo corpóreo-sensual, lo cual les ha inducido a formar una idea de ella de un mero pensamiento, el cual, al ser considerado sin el sujeto que se halla y del cual viene, es como una cosa voluble de puro éter, la cual al morir el cuerpo no puede dejar de disolverse; pero puesto que la iglesia a causa del Verbo cree en la inmortalidad del alma, no han podido menos que reconocer que tiene algo de vital, como aquello que pertenece al pensamiento, pero niegan un sensorio como tiene el hombre, hasta volver a reunirse con el cuerpo. Sobre esta opinión se funda la doctrina de la resurrección, y la creencia de que la reunión tendrá lugar cuando llegue el día del último juicio. De ahí viene que al pensar uno acerca del alma según la doctrina y al mismo tiempo según la hipótesis (indicada) no comprende en manera alguna que es un espíritu, y que este tiene forma humana a esto viene, que actualmente, apenas hombre alguno sabe lo que es lo espiritual, y menos aun que los seres espirituales, tales como todos los espíritus y los ángeles, tienen forma humana; por eso casi todos los que vienen del mundo se extrañan altamente de que viven y que son hombres como antes, que ven, oyen, y hablan y que su cuerpo goza de sentidos como antes sin diferencia alguna (véase arriba, n. 74). Pero cuando cesan de extrañarse de sí mismos, empiezan a extrañarse de que la iglesia nada sabe de tal estado de los hombres después de la muerte; tampoco pues del cielo y del infierno, siendo, sin embargo, así, que todos cuantos jamás vivieron en el mundo se hallan en la otra vida y viven como hombres. Y puesto que también se extrañan de que esto no se ha revelado a los hombres mediante visiones, viendo que es una cosa esencial de la fe de la iglesia, les

EL CIELO Y EL INFIERNO

fue dicho desde el cielo que esto hubiera podido revelarse, porque nada hay más fácil cuando bien place al Señor, pero que, sin embargo, no llegarían a creer, aquellos que se han confirmado en mentiras contra estas cosas, aun cuando ellos mismos llegasen a verlas. Además se dijo que es peligroso confirmar mediante visiones algo en aquellos que se hallan en falsedades, puesto que de esta manera primero llegarían a creer y luego a renegar, y así a profanar aquella misma verdad; porque profanar es creer y después negar, y los que profanan verdades son echados a los infiernos más terribles. Este es el peligro al que aluden las palabras del Señor:

Cegó los ojos de ellos y endureció su corazón, a fin de que no vean con los ojos y entiendan con el corazón y se conviertan y yo los sane (Juan 12: 40).

Y que los que se hallan en falsedades, sin embargo, no crecerían, se entiende por estas palabras:

Abrahán dijo al rico en el infierno, A Moisés ya los profetas tienen, óiganlos, pero este dijo: No, padre Abrahán, pero si alguno fuere & ellos de los muertos se convertirían. Mas Abrahán le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán si alguno se levanta de los muertos (Lucas 16: 29-31).

457. Cuando el espíritu del hombre entra en el mundo de los espíritus, lo cual hace poco después de la resurrección (véase arriba), tiene al principio igual rostro y al hablar igual timbre de voz, que tenía en el mundo. La causa es que entonces se halla en el estado de sus exteriores; no hallándose aún descubiertos sus interiores; éste es el primer estado de los hombres después de la muerte; pero luego cambia el rostro, tomando un aspecto totalmente diferente; se asimila a su inclinación o amor reinante, en el cual se hallaban en el mundo los interiores que pertenecían a su mente, y en el cual se hallaba su espíritu en su cuerpo; porque el rostro del espíritu del hombre difiere mucho del rostro de su cuerpo; el rostro de su cuerpo proviene de sus padres, pero el rostro del espíritu viene de su inclinación, cuya imagen es; este rostro llega a ser el rostro del espíritu, después de la vida del cuerpo, cuando quedan apartados los exteriores y descubiertos los interiores. Este es el segundo estado del hombre; he visto algunos que acababan de llegar del mundo, y los he reconocido por el rostro y por el habla; pero al verlos más tarde, no los he reconocido; los que habían tenido buenas inclinaciones presentaban un rostro hermoso, pero los que habían tenido malas inclinaciones un rostro disforme. Es que el espíritu del hombre, en y por sí, no es más que su inclinación; la forma exterior de esta es el rostro. La causa de que el rostro cambia, es que en la otra vida a nadie es permitido aparentar inclinaciones que no son suyas, o sea adoptar un rostro que es contrario al amor en que se halla. Todos cuantos hay son reducidos a un estado en el cual hablan como piensan, con semblantes y gestos que son expresión de su voluntad, y de ahí viene que los que se han conocido en el mundo, también se conocen en el mundo de los espíritus, pero no en el cielo ni en el infierno, según se ha dicho arriba (n. 427).

458. Los rostros de los hipócritas cambian más lentamente que los demás rostros, por la causa que por práctica han adquirido la costumbre de componer sus interiores a formar imitación de las buenas inclinaciones, por lo cual, durante largo tiempo no parecen carecer de hermosura; pero puesto que lo simulado en ellos se descubre, poco a poco, al par que los interiores que pertenecen a la mente se asimilan a la forma de sus inclinaciones, llegan luego a ser más disformes que otros. Los hipócritas son los que han hablado como ángeles, pero en sus interiores han reconocido únicamente la naturaleza, y

no lo Divino, habiendo, en su consecuencia negada las cosas que pertenecen a la iglesia y al cielo.

459. Es de notar que la forma humana de cada hombre después de la muerte es tanto más hermosa cuanto más íntimamente ha amado las verdades Divinas y ha vivido conforme a ellas, porque los interiores de cada uno se forman y se descubren según su amor y su vida, por lo cual, cuanto más íntima es la inclinación, tanto más parecido al cielo, y por consiguiente tanto más perfecta la forma del rostro; por esto los ángeles en el íntimo cielo son los más hermosos, puesto que son las formas del Divino amor; por otra parte, los que más exteriormente han amado las verdades Divinas y también de una manera exterior han vivido conforme a ellas, son menos hermosos, porque en sus rostros lucen solamente las inclinaciones exteriores sin traslucir en ellos el íntimo amor celestial, y en su consecuencia tampoco la forma del cielo tal como es en sí misma. En sus rostros aparece algo comparativamente oscuro, sin ser animado por el traslucimiento de la vida interior. En una palabra, toda perfección aumente hacia los interiores, y disminuye hacia los exteriores, y con la perfección aumenta también la hermosura. He visto rostros de ángeles del tercer cielo, que eran tales, que jamás pintor alguno con todo su arte hubiera podido dar a los colores un tinte que llegaría a ser siquiera una milésima parte de aquella luz y aquella vida que ostentaban sus rostros; los rostros de los ángeles del cielo exterior pueden sin embargo ser reproducidos hasta cierto punto.

460. Para concluir referiré cierto secreto, por nadie aún conocido, y es que todo bien y toda verdad que sale del Señor y hace el cielo es de forma humana, y no solamente en el conjunto y en general, sino también en cada parte y en su más mínimo detalle; esta forma afecta a todos cuantos reciben el bien y la verdad del Señor, y hace que todos y cada uno de ellos en el cielo tenga forma humana, según y conforme el recibimiento. De esto viene que el cielo es igual en general y en particular, y el conjunto, así como cada sociedad y cada ángel tienen forma humana, según se ha expuesto en los cuatro artículos desde el n. 59 al n. 86; a lo cual procede aquí añadir, que la tiene cada detalle del pensamiento que del amor celestial se halla en los ángeles. Pero este arcano entra difícilmente en el entendimiento de hombre alguno, entrando, sin embargo, claramente en el entendimiento de los ángeles, por hallarse ellos en la luz del cielo.

48

DESPUÉS DE LA MUERTE EL HOMBRE POSEE TODOS LOS SENTIDOS, TODA LA MEMORIA,
PENSAMIENTO Y AFECCIÓN QUE TUVO EN EL MUNDO, NO DEJANDO NADA TRAS DE SI, SINO
SU CUERPO TERRENAL

461. Que, el hombre, cuando pasa del mundo terrenal al mundo espiritual, lo cual hace al morir, lleva consigo todo lo suyo, es decir, todo lo que pertenece a su ser humano, con excepción de su cuerpo terrenal, me ha sido probado por mucha experiencia. Porque el hombre, cuando pasa al mundo espiritual o a la vida después de la muerte, se halla en un cuerpo como en el mundo. Aparentemente no hay diferencia, puesto que no siente ni ve diferencia alguna, pero su cuerpo es espiritual, por consiguiente separado de las cosas terrestres o sea purificado, y cuando lo espiritual toca y ve lo espiritual, es exactamente como cuando lo natural toca y ve lo natural. Por eso el hombre cuando pasa a ser espíritu no sabe sino que se halla en su cuerpo en: el cual estaba en el mundo y por consiguiente no sabe que ha fallecido. El hombre-espíritu goza también de todo sentido externo e

EL CIELO Y EL INFIERNO

interno del cual ha gozado en el mundo; ve como antes, oye y habla como antes; tiene también olfato y gusto, y al ser tocado siente por el tacto, como antes; asimismo tiene deseos, anhela, ambiciona, piensa, quiere, reflexiona, se aficiona, ama, quiere, como antes, y el que se complacía en estudios lee y escribe como antes; en una palabra, cuando un hombre pasa de esta vida a la otra, o de este mundo al otro, es como si pasara de un lugar a otro lugar y lleva consigo todo cuanto como hombre posee en sí mismo, de modo que no se puede decir que el hombre después de la muerte, que es la del cuerpo terrenal, ha perdido algo de lo suyo. Lleva consigo asimismo, la memoria natural, porque todo cuanto en el mundo vio, oyó, leyó, aprendió, y pensó, desde la primera infancia hasta el fin de la vida, lo retiene; pero no pudiendo las cosas naturales que están en la memoria aparecer en el mundo espiritual, descansan, como hacen cuando el hombre no piensa en ellas; pero son reproducidas siempre y cuando al Señor place. De esta memoria y de su estado después de la muerte se dirá más en lo que sigue. Que el estado del hombre después de la muerte es tal, no lo puede creer el hombre sensual, puesto que no lo concibe, porque el hombre sensual-externo no puede pensar más que naturalmente, también acerca de las cosas espirituales, por lo cual dice que las cosas que no siente, es decir, ve con los ojos de su cuerpo y toca con las manos del mismo, no existen, como se lee de Tomás (Juan 20: 25, 27, 29). Cual y como es el hombre sensual-externo, se puede ver en lo que antecede (n. 267 y allí en las notas B).

462 (Primero). La diferencia entre la vida del hombre en el mundo espiritual y su vida en el mundo natural es sin embargo grande, tanto con respecto a los sentidos exteriores y sus inclinaciones, cuanto con respecto a los sentidos interiores y sus inclinaciones. Los que están en el cielo sienten, es decir, ven y oyen mucho más exquisitamente y también piensan más sabiamente, que cuando estaban en el mundo. Es que ven por la luz del cielo, la cual en muchos grados excede la luz del mundo (véase arriba, n. 126); oyen también espiritualmente o mediante la atmósfera espiritual, la cual es igualmente mucho más excelente que la terrestre (n. 235). La diferencia entre sus sentidos externos es como la diferencia entre serena claridad y oscuro nublado en el mundo, y como entre la luz del mediodía y la sombra vespertina; porque la luz del cielo por ser la Divina verdad, da a la vista de los ángeles la facultad de percibir y distinguir las más mínimas cosas. Su vista exterior corresponde también a la vista interior o al entendimiento, porque en los ángeles estas vistas influyen la una en la otra, de manera que obran como una sola vista; de ahí que tengan tan experta la vista; el oído corresponde asimismo a su percepción, la cual pertenece tanto a la inteligencia cuanto a la voluntad; por esto perciben en la voz y en las palabras del que habla, los más mínimos detalles de su inclinación y pensamiento; en la voz, los que pertenecen a la inclinación, y en las palabras los que pertenecen al pensamiento (véase arriba, n. 234 a 245). Pero los demás sentidos de los ángeles no son tan exquisitos como el sentido de la vista y del oído, por la razón de que la vista y el oído sirven a su entendimiento y sabiduría) pero no así los demás sentidos, los cuales, si fueren igualmente exquisitos, quitarían el goce y la luz de su sabiduría, y traerían el goce de las voluptuosidades, las cuales son propias de varios apetitos y del cuerpo, y oscurecen y debilitan la inteligencia en la medida en que son predominantes; lo cual también sucede con hombres en el mundo, quienes son ofuscados y estúpidos en la medida en que se abandonan a gustos y excitaciones carnales de su cuerpo. Que también los sentidos de los ángeles del cielo, cuyos sentidos son sus pensamientos e inclinaciones, son más exquisitos y perfectos que cuando estaban en el mundo, puede constar por lo que queda

dicho y expuesto en los artículos de la sabiduría de los ángeles del cielo (n. 265-275). Por otra parte, en cuanto al estado de los que están en el infierno, con relación con su estado en el mundo, la diferencia es también grande; porque tan grande como es la perfección de los sentidos exteriores e interiores de los ángeles que están en el cielo, tan grande es la imperfección de los que están en el infierno; pero del estado de estos últimos se tratará más adelante.

462 (Segundo). Que el hombre lleva consigo del mundo toda su memoria me ha resultado manifiesto por mucha evidencia, y referente a la misma he visto y oído varias cosas dignas de mención, algunas de las cuales referiré en su orden. Había quienes negaban los crímenes y actos viles que habían cometido en el mundo, por lo cual, a fin de que no se creyere que fuesen inocentes, fue descubierto todo y sacado de su memoria por su orden, desde su primera hasta su última edad. Eran principalmente adulterios y' fornicaciones. Había quienes habían engañado a otros mediante malas trabas y habían robado; sus mañas y sus robos fueron enumerados, también unos tras otros, y muchos de ellos apenas fueron conocidos por hombre alguno en el mundo, con excepción de ellos mismos. Los reconocían también, porque fueron exhibidos como en clara luz, con todo pensamiento, intención, goce, temor, los cuales entonces simultáneamente asaltaron sus ánimos. Algunos habían admitido regalos a cambio de juicios favorables; fueron examinados también desde su memoria y de ella fueron reproducidas todas las cosas desde el principio de su oficio hasta su fin; todo detalle, en cantidad y calidad, así como el tiempo, el estado de sus mentes e intención, cuyas cosas fueron simultáneamente introducidas en su recuerdo y exhibidas ante la vista y eran varios centenares. Esto se hizo con algunos—y cosa extraña—hasta sus libros-memorales, en que escribieron tales cosas, fueron abiertos y leídos ante ellos, página por página. Otros habían seducido a vírgenes y violado la castidad, y fueron igualmente llamados a juicio, sacándose y recitándose de su memoria cada mínima cosa; los rostros mismos de las mujeres y vírgenes, así como los lugares, la conversación y los ánimos, aparecieron presentes, y tan súbitamente, como cuando un objeto es presentado delante de los ojos. Las manifestaciones duraron a veces horas. Hubo uno que en nada consideraba infamar a otros; oí las infamaciones repetidas por su orden y asimismo las maledicciones con las mismas palabras que empleó; y las personas, de las cuales y delante de quienes fueron dichas; cuyas cosas fueron reproducidas simultáneamente y exhibidas de viva manera; a pesar de que el individuo había ocultado cuidadosamente todo particular, mientras que vivía en el mundo. Hubo una persona que había despojado a un pariente de su herencia bajo pretexto falso; este fue asimismo convicto y juzgado—y cosa extraña—las cartas y los billetes que se habían pasado fueron leídos delante de mí y se dijo que no faltaba ni una palabra. El mismo había también poco antes de su muerte matado con veneno a un vecino suyo. Esto fue descubierto de la siguiente manera: le vieron cavar un foso debajo de sus pies, y cuando lo hubo cavado, salió del mismo un hombre como de una tumba, el cual, dirigiéndose al primero, exclamó "¿Que has hecho?" Entonces se descubrió todo; como el envenenador le había hablado con máscara de amigo, presentándole la copa, así como lo que anteriormente había pensado y lo que luego sucedió; después de descubrirse estas cosas fue juzgado y condenado al infierno. En una palabra, todas las maldades, malos hechos, robos, trabas, engaños, se descubren en un espíritu malo, y se sacan de su misma memoria; no es posible negar, puesto que todas las circunstancias aparecen a un mismo tiempo. He oído por la memoria de uno, vista y examinada por los ángeles, lo que había

EL CIELO Y EL INFIERNO

pensado durante un mes, día por día, sin error, siendo los detalles evocados, tales cuales pasaron en él, aquellos días. Por estos ejemplos puede constar que el hombre lleva consigo toda su memoria, y que nada es tan oculto en el mundo que no pueda ser descubierto, después de la muerte; y esto en presencia de varios según dijo el Señor con estas palabras:

Porque nada hay encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de ser sabido. Por tanto, las cosas que dijisteis en tinieblas, a la luz serán oídas, y lo que hablasteis al oído en las cámaras, será pregonado en los terrados (Lucas 12: 2, 3).

463. Cuando a un hombre le descubren sus actos después de la muerte, los ángeles encargados de examinarle, escudriñan su rostro, y la investigación prosigue por todo el cuerpo; empezando por los dedos de una y otra mano, extendiéndose sucesivamente por todo el cuerpo. Extrañándome esto, me fue explicada la causa. Era que los mínimos detalles del pensamiento y de la voluntad que se hallan inscritos en el cerebro, por hallarse allí en sus principios, están también inscritos en todo el cuerpo, puesto que todas las cosas del pensamiento y de la voluntad penetran en éste desde sus principios, y terminan allí en sus últimos límites. Así es que las cosas que están inscritas en su memoria, procedentes de su voluntad y por consiguiente del pensamiento, se hallan inscritas no tan sólo en el cerebro, sino también en todo el hombre, y existen en él, por su orden conforme el orden de cada particular del cuerpo. De ahí ha resultado claro que el hombre en su totalidad es tal cual es en su voluntad y por consiguiente su pensamiento, y hasta tal punto que un hombre malo es su mal, y un hombre bueno es su bien. Por esto también puede ser claro lo que se entiende por el libro de vida del hombre, del cual se habla en el Verbo, es decir que todos los actos y pensamientos están inscritos en el hombre entero, y es como si fueren leídos en un libro, cuando son evocados en la memoria, y como si fueren vistos en una imagen, cuando el espíritu es contemplado en la luz del cielo. a esto solo añadiré una cosa digna de observación, referente a la memoria que permanece con el hombre después de la muerte, por cuya cosa, me he convencido de que permanecen no sólo las cosas comunes, sino también los más mínimos detalles, y que nunca se borran. Me aparecieron libros con escrituras en ellos, como en el mundo, y se me informó que procedían de la memoria de los que los habían escrito, y que en ellos no faltaba ni una sola palabra de las que estaban en el libro escrito por ellos en el mundo, y que así pueden sacarse de la memoria de otro los más mínimos detalles, hasta los que el mismo, en el mundo había olvidado. La causa se reveló también; y era que el hombre tiene una memoria exterior y otra interior, una externa que pertenece a su hombre natural, y otra interna que pertenece a su hombre espiritual, y que todas las cosas que el hombre ha pensado, querido, hablado, hecho, hasta las que ha oído y visto están inscritas en su memoria interior o espiritual. Y las cosas que están allí nunca se borran, siendo así que también se hallan inscritas en el espíritu mismo y en las diferentes partes de su cuerpo, como se ha dicho arriba, y que así el espíritu está formado con arreglo a los pensamientos y actos de su voluntad. Sé que estas cosas parecerán paradójicas y que por ello apenas serán creídas, pero son, sin embargo, exactas. Por lo tanto no crea el hombre que quede escondida cosa alguna que el hombre ha pensado en sí mismo y hecho en secreto, después de su muerte; sino crea que todo y cada mínimo detalle entonces aparecerá manifiesto como en pleno día.

464. Por más que la memoria externa o natural continua en el hombre después de la muerte, las cosas puramente naturales que hay en ella no son, sin embargo, reproducidas

en la otra vida, sino tan solo las espirituales, que mediante correspondencias se hallan unidas a las naturales, cuyas cosas espirituales al ser presentadas delante de los ojos, aparecen no obstante en una forma exactamente igual a la que tenían en el mundo natural, porque todas las cosas, que aparecen en el cielo, aparecen en igual forma que en el mundo, por más que en su esencia no son naturales sino espirituales, según puede verse expuesto en el artículo de Representaciones y Apariencias en el Cielo (n. 170-176). Pero la memoria externa o natural por cuanto hay en ella cosas que tienen algo en sí de material, así como de tiempo y de espacio, y de las demás cosas que son propias de la naturaleza, no sirve al espíritu para el uso al cual le servía en el mundo, viendo que el hombre en el mundo cuando pensaba desde lo sensual-externo y no al mismo tiempo desde lo sensual-interno o intelectual, pensaba de una manera natural y no espiritual; mientras que en la otra vida, en la cual es un espíritu en el mundo espiritual, no piensa de una manera natural, sino espiritualmente. Pensar espiritualmente es pensar intelectual o racionalmente. De ahí viene que la memoria natural o externa entonces reposa con respecto a las cosas que son materiales, y entran en uso solamente las que el hombre por medio de ellas ha adquirido y hecho racionales en el mundo. La causa de que la memoria externa reposa con respecto a las cosas que son materiales es que no pueden ser reproducidas; porque los ángeles y los espíritus hablan desde las inclinaciones y los consiguientes pensamientos que pertenecen a su mente, por cuya razón no pueden pronunciar las cosas que no concuerdan con estos, según puede constar por lo que se ha dicho acerca del habla de los ángeles en el cielo, y de su habla con el hombre (n. 234-257). Por esto es que, cuanto el hombre en el mundo ha llegado a ser racional por medio de idiomas y saberes, tanto es racional después de la muerte, y no en la medida de sus idiomas y saberes. He hablado con algunos quienes se creían sabios por conocer los idiomas antiguos, como el hebreo, el griego y el latín, y no habiendo educado su razón mediante lo que en estos idiomas se ha escrito, y algunos de ellos parecían tan simples, como los que nada conocieron de esas lenguas, algunos estúpidos, permaneciendo, sin embargo, con el orgullo, como si fueren más sabios que otros. He hablado con algunos quienes creían que el hombre es sabio en la medida de la capacidad de su memoria, y que también habían enriquecido su memoria con muchas cosas, habiendo hablado casi exclusivamente por esta, y en casi nada perfeccionado su facultad racional. Algunos de ellos eran estúpidos, algunos fatuos; nada comprendían de la verdad si era o no era verdad, y acogían todas las falsedades por los que se llaman eruditos, como si fuesen verdades; porque no pueden en manera alguna ver por sí mismos si es así o no es así, por consiguiente no pueden ver cosa alguna de una manera racional, oyéndola de otros. Asimismo he hablado con muchos quienes en el mundo habían escrito muchas cosas y precisamente de ciencias de todo género, y quienes por ello tenían fama de eruditos en una gran parte del mundo. Algunos de ellos podían racionar de las verdades, si eran o no eran verdades; otros, cuando se volvían hacia los que estaban en la luz de la verdad, entendían que eran verdades, pero, sin embargo, no querían entenderlas, por lo cual las negaban; cuando se hallaban en sus falsedades y por consiguiente en sí mismos, algunos de ellos no eran más sabios que la ignorante multitud; por consiguiente unos diferentemente de otros, según y conforme habían desarrollado su facultad racional, mediante las cosas científicas que habían escrito o copiado. Por otra parte, los que habían sido contrarios a las verdades de la iglesia, y pensado desde las cosas científicas, confirmándose por ellas en falsedades, no habían educado su facultad racional sino tan

EL CIELO Y EL INFIERNO

sólo la facultad de raciocinar, cuya facultad en el mundo se toma por racionalidad, pero es una facultad aparte de la racionalidad, siendo una facultad de confirmar cualquier cosa que se quiere, y desde adoptados principios y falacias, ver falsedades y no verdades, siendo así que las verdades no pueden ser vistas desde las falsedades, pero las falsedades pueden ser vistas desde las verdades. La razón del hombre es como un jardín, y como una huerta, y también como un terreno que empiezan a cultivar. La memoria es la tierra, las verdades científicas y los conocimientos son la simiente; la luz y el calor del cielo producen; sin ellos no hay germinación. Así también sucede con la razón, si no son admitidos la luz del cielo que es la Divina verdad, y el calor del cielo que es el Divino amor. Sólo de ellos viene la razón. Los ángeles se lamentan en alto grado de que una gran parte de los eruditos atribuyen todo a la naturaleza, y que en consecuencia de esto han cerrado sus interiores que son de su mente, hasta el punto de no poder ver verdad alguna por la luz de la verdad que es la luz del cielo. En la otra vida son por lo tanto privados de raciocinar, a fin de que no se diseminen falsedades por medio de raciocinios entre los hombres simples buenos, seduciéndoles, y son enviados a lugares desiertos.

465. Cierta espíritu sentía enojo por no acordarse de ciertas cosas que había conocido en la vida del cuerpo, condoliéndose de la pérdida de este placer, en el cual se había complacido en alto grado: pero se le dijo que nada absolutamente había perdido y que sabía todo y cada cosa en particular; que en el mundo donde ahora se hallaba, no le era permitido sacar a luz tales cosas, y que bastaba ahora poder hablar y pensar con más perfección y mucho mejor, no inmergiendo su racionalidad como antes, con densas tinieblas, y cosas materiales y naturales que a nada sirven en el reino donde había entrado ahora; que ahora tenía todo cuanto contribuyese a la comodidad de la vida eterna, y que por consiguiente no podía ser dichoso y feliz de otra manera. Así es que es propio de la ignorancia, creer que en ese reino se pierde la inteligencia, con el despojo o el reposo de las cosas naturales o materiales que están en la memoria, siendo al contrario así, que a medida que la mente puede ser alejada de las cosas sensuales del hombre externo o del cuerpo, más se eleva a las cosas espirituales y celestiales.

466. Cuales y como son las memorias es a veces manifestado a la vista en la otra vida, en formas que sólo allí se presentan. Se presentan allí ante la vista varias cosas que de otra manera no se notan en los hombres sino como ideas. La memoria exterior se presenta allí en apariencia como una membrana callosa, la interior como una sustancia medulosa, tal como existe en el cerebro humano; por ello es dado a conocer también tales y como son. La callosidad de los que en el mundo se han cuidado solamente de la memoria, omitiendo por consiguiente el educar su racionalidad, se presenta dura en la parte interior y aparentemente llena de tendones; en los que han llenado la memoria con falsedades aparece peluda y áspera, cuyo aspecto tiene por el amontonamiento desordenado de las cosas. En los que cultivaron la memoria a causa del amor a sí mismo y al mundo aparece conglutinada y osificada. En los que han querido penetrar en los arcanos Divinos, por medio de cosas científicas, sobre todo filosóficas, y no creer hasta ser persuadidos por estas, aparece la memoria tenebrosa, siendo la tenebrosidad de tal naturaleza que absorbe los rayos de luz y los convierte en tinieblas. En los que han sido hipócritas y engañosos aparece dura y osificada como el marfil, que refleja los rayos de la luz. Por otra parte, en los que han estado en el bien del amor y en las verdades de la fe, no aparece tal callosidad, por transmitir su memoria interior los rayos de la luz a la exterior, en cuyos objetos o ideas terminan los rayos como en su base, o como en su tierra, encontrando allí

gratos receptáculos, porque la memoria exterior es lo último del orden, en la cual las cosas celestiales y espirituales son suavemente limitadas, y residen, cuando hay allí bienes y verdades.

467. Los hombres que se hallan en amor al Señor y en amor al prójimo tienen, mientras que viven en el mundo, consigo y en sí, una inteligencia y sabiduría angelical, pero escondida en lo más íntimo de su memoria interior, cuya inteligencia y sabiduría jamás pueden notar, hasta dejar su vestidura corporal. La memoria natural queda entonces adormecida, despertándose ellos con respeto a la memoria interior, y entrando desde esta sucesivamente en la memoria angélica misma.

468. De que modo la racionalidad puede ser también educada, se dirá en pocas palabras. La verdadera racionalidad consiste de verdades y no de falsedades; la que consiste de falsedades no es racionalidad. Las verdades son de triple naturaleza, son civiles, morales y espirituales. Las verdades civiles se refieren a las cosas judiciales y gubernativas en los reinos, en general a las que allí se refieren a la justicia y a la equidad; las verdades morales se refieren a las cosas propias de la vida de cada hombre, con respeto a las sociedades y a los tratos en general, a la sinceridad y a la rectitud, y especialmente a toda clase de virtudes; pero las verdades espirituales se refieren a las cosas que pertenecen al cielo y a la iglesia, en general al bien que es del amor, y a la verdad que es de la fe. Hay tres grados de vida en cada hombre (véase arriba n. 267). La racionalidad se abre al primer grado por medio de verdades civiles; al segundo grado, por medio de verdades morales, y al tercer grado por medio de verdades espirituales. Pero es de notar que la racionalidad que viene de ellas no es formada ni abierta por eso de que el hombre las conoce, sino por vivir conforme a ellas, y por vivir conforme a ellas se entiende, amarlas por inclinación espiritual; y amarlas por inclinación espiritual es amar lo justo y lo equitativo por ser justo y equitativo; a lo sincero y recto, por ser recto y sincero, al bien y a la verdad, por ser el bien y la verdad; pero vivir según ellas y amarlas por inclinación corporal es amarlas por causa de sí mismo, de su fama, honor o lucro, por lo cual, en cuanto el hombre ama aquellas cosas por inclinación corporal, no llega a ser racional, porque no las ama, sino ama a sí mismo, sirviéndole las verdades, como los criados sirven a sus amos; y cuando las verdades son reducidas a ser servidumbre, no entran en el hombre, ni abren grado alguno de su vida, ni siquiera el primero, residiendo en la memoria como cosas de saberes bajo formas materiales, y allí se unen con el egoísmo, que es un amor corporal. Por esto puede ser claro de que manera el hombre llega a ser racional, es decir que llega a serlo al tercer grado, por medio de amor espiritual al bien y a la verdad, que son del cielo y la iglesia; al segundo grado por medio de amor a la sinceridad y a la rectitud, y al primer grado por medio de amor a la justicia y a la equidad; estos últimos dos amores se vuelven igualmente espirituales por virtud del amor espiritual al bien y a la verdad, puesto que este influye en aquellos, se une a ellos y forma en ellos como si dijéramos sus semblantes.

469. Los espíritus y los ángeles como los hombres tienen una memoria; porque permanece con ellos todo cuanto oyen, ven, piensan, quieren y hacen, y mediante esto se educa también su racionalidad, por toda la eternidad; es por esto que los espíritus y los ángeles se perfeccionan en inteligencia y sabiduría mediante el conocimiento del bien y de la verdad, de igual manera que los hombres. Que los espíritus y los ángeles tienen una memoria, me ha sido dado a saber también por medio de varias experiencias, porque en mi presencia ha sido evocado de su memoria todo cuanto habían pensado y hecho, tanto

EL CIELO Y EL INFIERNO

abiertamente cuanto en secreto, cuando se hallaban con otros espíritus; y los que poseían alguna verdad por virtud de un bien cándido han sido instruidos asimismo en conocimientos; mediante estos, en inteligencia, siendo después elevados al cielo; pero hay que saber que son instruidos en conocimientos, y mediante estos en inteligencia sólo en el grado de inclinación al bien y a la verdad en el cual se hallaban en el mundo, y no excediendo este grado; porque en cada espíritu y ángel permanece la inclinación de tal fuerza y de tal calidad, cual eran ellos en el mundo, siendo luego perfeccionado mediante complemento, lo cual también continua por toda la eternidad, porque nada hay que no pueda ser continuamente completado en la eternidad, siendo así que cada cosa puede ser eternamente variada, y así enriquecida mediante muchas cosas, por consiguiente puede desarrollarse y fructificar; no hay límite para cosa alguna de bien, puesto que nace de lo Infinito. Que los espíritus y los ángeles se perfeccionan continuamente en inteligencia y en sabiduría mediante conocimiento de la verdad y del bien, puede verse en el artículo en el cual se ha tratado de la sabiduría de los ángeles del cielo (n. 265-275); de los gentiles y los pueblos extra-iglesia en el cielo (n. 318-328); de los niños en el cielo (n. 329-345); y que esto se verifica en el grado de la inclinación al bien y a la verdad, en el cual se hallaban en el mundo, no excediendo este grado (n. 349).

49

EL HOMBRE DESPUÉS DE LA MUERTE ES TAL COMO LO FUE EN SU VIDA EN EL MUNDO

470. Que la vida de cada uno le remanece después de la muerte lo sabe todo cristiano por el Verbo, porque en él se dice en muchos lugares que el hombre será juzgado y retribuido según sus hechos y obras. Además quien piensa por el bien y la verdad misma no deja de ver que todo él que vive bien va al cielo, y él que vive mal va al infierno. Pero él que se halla en el mal no quiere, sin embargo, creer que su estado después de la muerte será conforme su vida en el mundo, sino que piensa, y particularmente cuando está enfermo, que el cielo es para todos por pura misericordia, sea cual fuera la vida que han conducido y que lo es según y conforme la fe, la cual separa de la vida.

471. Que el hombre será juzgado y retribuido según sus hechos y obras se dice en el Verbo en muchos lugares; de los cuales citaré aquí algunos:

El hijo del hombre vendrá en la gloria del Padre con sus ángeles, y entonces dará a cada uno, conforme a sus obras (Mateo 16: 27).

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor... sin duda, dice el espíritu, descansarán de sus trabajos... sus obras les siguen (Apocalipsis 14: 13).

Dará a cada uno según sus obras (Apocalipsis 2: 23).

Vi a los muertos, pequeños y grandes, delante de Dios, y los libros fueron abiertos y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras... y el mar dio los muertos que estaban en él, la muerte y los infiernos dieron los muertos que estaban en ellos, y fue juzgado cada uno según sus obras (Apocalipsis 20: 12, 13).

He aquí que yo vengo y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según su obra (Apocalipsis 22: 12).

Todo él que oye mi palabra y la hace, lo compararé a un hombre prudente y todo él que oye mi palabra y no la hace, se compara a un hombre insensato (Mateo 7: 24, 26).

No todo él que dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos mas él que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día, Señor, Señor ¿no profetizamos en tu nombre? ¿Y en tu nombre no lanzamos demonios, y en tu nombre no hicimos muchos milagros? Mas entonces les protestaré Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad (Mateo 7: 21, 22, 23).

Entonces comenzareis a decir, Delante de ti hemos comido y bebido y en nuestra plaza enseñaste, mas dirá: Os digo que no os conozco, obradores de iniquidad (Lucas 13: 25-27).

Yo los pagaré conforme a sus hechos y conforme a las obras de sus manos (Jeremías 25: 14).

Jehová, cuyos ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres, para dar a cada uno según sus caminos y según el fruto de sus obras (Jeremías 32: 19).

Visitaré sobre... sus caminos y les pagaré conforme a sus obras (Oseas 4: 9).

Jehová... hace con nosotros conforme nuestros caminos y conforme nuestras obras (Zacarías i. 6).

Donde el Señor predica acerca del último juicio no menciona más que las obras y que entrará en el cielo o en la vida eterna él que ha hecho obras buenas, y en la condenación él que ha hecho obras malas (Mateo 25: 32-46); sin contar muchos otros lugares donde se trata de la salvación y de la condenación del hombre. Que las obras y los hechos son la vida exterior del hombre, y que mediante ellos se manifiesta su vida interior, cual y como es, es claro.

472. Pero por los hechos y las obras no se entienden los hechos y las obras, tan sólo cuales, y como se presentan en forma externa; sino también cuales y cómo son en su forma interna porque es bien sabido que todo hecho y toda obra proviene de la voluntad y del pensamiento del hombre; si no procediese de ahí, no sería más que un movimiento de aquellos que hacen los autómatas y las imágenes, por lo cual el acto y la obra en y por sí considerados no son más que un efecto, el cual deriva su alma y su vida de la voluntad y del pensamiento, hasta el punto de ser voluntad y pensamiento en efecto, y es por consiguiente, voluntad y pensamiento en forma externa. De ahí sigue que cual es la voluntad y el pensamiento que producen el acto y la obra, tal es también el acto y la obra; si el pensamiento y la voluntad son buenos, entonces los actos y las obras son buenos; pero si el pensamiento y la voluntad son malos, entonces los actos y las obras son malas, por más que en la forma externa parezcan iguales. Mil hombres pueden hacer una misma cosa, es decir, presentar iguales actos, o tan similares, que en cuanto a la forma exterior apenas pueden distinguirse, y sin embargo, en y por sí considerado, cada uno es diferente, puesto que proviene de una voluntad diferente. Sirva como ejemplo el obrar con sinceridad y justicia con respecto al prójimo. Algunos pueden obrar sincera y justamente con él, a fin de parecer sinceros y justos a causa de su honor y de sí mismo; otros por causa del mundo y del lucro; otros por causa de la retribución y del mérito; otros por causa de la amistad; otros por causa del temor de las leyes, de perjudicar su fama y su oficio; otros con el objeto de ganar a alguien para su partido, igualmente malo; otros a fin de poder engañar; y así todos de diferente manera; pero todos estos actos, por más que

EL CIELO Y EL INFIERNO

parezcan buenos, porque obrar sincera y justamente con su prójimo es bueno, son sin embargo malos, puesto que no se hacen por amor a lo sincero y a lo justo sino por amor a sí mismo y al mundo; a cuyo amor, lo sincero y lo justo sirven como los criados sirven a su amo, siendo por él despreciados y despedidos, cuando no le son de provecho. De igual manera en forma exterior obran también sincera y rectamente, con su prójimo, los que obran por amor a lo sincero y lo justo, algunos de ellos por causa de la verdad de la fe, por ser así preceptuado en el Verbo; algunos por causa del bien de la fe, o por conciencia, puesto que obran con motivos religiosos, algunos por causa del bien que pertenece al amor al prójimo, puesto que se debe ministrar a este bien; algunos por causa del bien del amor al Señor, porque debe hacerse el bien por causa del bien e igualmente lo sincero y justo por causa de lo sincero y justo, lo cual se ama por ser del Señor, por hallarse en ello lo Divino, que procede del Señor, y por ser ello en su esencia considerado por Divino. Estos actos u obras son buenas en cuanto a lo interior, por lo cual son buenos en cuanto a lo exterior, porque como se ha dicho antes, los hechos o las obras son exactamente tales cuales son el pensamiento y la voluntad de los cuales proceden, y sin estos no son actos y obras, sino tan sólo movimientos inanimados. Consta por esto, lo que en el Verbo se entiende por obras y actos.

473. Puesto que las obras y los actos proceden de la voluntad y del pensamiento, proceden también del amor y de la fe, porque decir amor y decir voluntad es lo mismo, y decir pensamiento decidido del hombre es lo mismo también; siendo así que lo que el hombre ama, eso también quiere, y lo que el hombre cree eso también piensa; si el hombre ama lo que cree, entonces también lo quiere, y en cuanto puede lo hace. Todos pueden saber que el amor y la fe se hallan en la voluntad y en el pensamiento del hombre, y que no se hallan fuera de ellos, siendo así que es la voluntad que se enardece por el amor, y el pensamiento que es iluminado en asuntos de la fe, por lo cual nadie más que los que pueden pensar sabiamente son iluminados y, según y conforme la iluminación, piensan las verdades y quieren las verdades, o lo que es lo mismo, creen las verdades y aman las verdades.

474. Pero hay que saber que la voluntad hace el hombre, y el pensamiento tan sólo en cuanto procede de la voluntad, y que los actos y obras proceden de ambos; o lo que es lo mismo, que el amor hace el hombre y la fe tan sólo en cuanto procede del amor, y que los actos y obras proceden de ambos; de ahí sigue que la voluntad o el amor es el hombre mismo, porque las cosas que proceden, pertenecen a aquello, de lo cual proceden; proceder es producirse y manifestarse en forma conveniente, a fin de que pueda apercibirse y aparecer. Por esto puede ser claro lo que es la fe sin el amor, es decir que no es fe, sino tan sólo saberes, los cuales no tienen en sí vida alguna espiritual; igualmente lo que son los actos u obras sin el amor, es decir que no son actos u obras de la vida, sino que son actos y obras de la muerte, en los cuales hay una apariencia de vida, por el amor al mal, y por la fe en lo falso. Esta apariencia de vida es lo que se llama muerte espiritual.

475. Por último hay que saber que en los actos y en las obras es representado todo el hombre, y que su voluntad y pensamiento, o su amor y fe, que son las cosas interiores del hombre, no están completas hasta hallarse en actos y obras, que son las cosas exteriores del hombre; porque estas son las últimas cosas, en las cuales aquellas terminan, y sin las terminaciones son como cosas indefinidas, las cuales todavía no existen y por consiguiente no se hallan en el hombre. Pensar y querer sin hacer, cuando se puede, es

como una llama encerrada en un vaso, que se extingue, o como simiente echada en arena, que no brota, mas que se pierde, junto con su prolífico; y pensar y querer y por ello hacer, es como una llama que despide en su derredor calor y luz, y es como simiente en la tierra, que brota, crece, haciéndose árbol o flores y existe. Cualquiera puede saber que querer y no hacer, cuando se puede, es no querer, y amar y no hacer el bien, cuando se puede, es no amar, por consiguiente que tan sólo es querer y amar en el pensamiento, o sea un pensamiento aislado, el cual desvanece y desaparece. El amor y la voluntad son el alma misma de las obras o los actos; forman su cuerpo de lo sincero y justo que hace el hombre. El cuerpo espiritual, o el cuerpo del espíritu del hombre, no viene de otra cosa, es decir, se forma precisamente de las cosas que el hombre hace por el amor o la voluntad (véase arriba, n. 463). En una palabra, todo cuanto pertenece al hombre y a su espíritu, está en sus actos y en sus obras.

476. Por esto puede ahora ser claro lo que se entiende por la vida que espera el hombre después de la muerte, es decir que es su amor y de ahí su fe, no tan sólo en potencia sino también en acto; por consiguiente que son los actos y las obras, puesto que estos encierran en sí todo cuanto pertenecen al amor y a la fe del hombre.

477. El amor dominante es el que permanece al hombre después de la muerte, y que jamás en toda eternidad cambia. Cada uno tiene varios amores, sin embargo todos se refieren a su amor reinante y hacen uno con este, o lo componen todos simultáneamente. Las cosas de la voluntad que concuerdan con el amor reinante se llaman todas ellas amores, porque se les ama. Estos amores son interiores y exteriores; hay de ellos que están unidos con él, directamente e indirectamente, hay más cercanos y más lejanos, son auxiliares que sirven de diferentes modos; todos en conjunto constituyen por decirlo así, un reino; porque de tal modo se hallan ordenados en el hombre, por más que el hombre nada sabe de su ordenación; pero algo le es revelado en la otra vida; porque según y conforme su ordenación tiene allí extensión de pensamiento y de inclinación; extensión en las sociedades celestiales si el amor reinante consiste en los amores del cielo, pero en sociedades infernales si el amor reinante consiste en amores del infierno. Que todo pensamiento e inclinación de los espíritus y ángeles tienen una extensión en las sociedades, puede verse arriba en el artículo de la sabiduría de los ángeles del cielo, y en el artículo de la forma del cielo, según y conforme la cual hay allí asociaciones y comunicaciones.

478. Pero lo que hasta ahora se ha dicho, no afecta más que al pensamiento del hombre racional; a fin de que aparezca perceptible ante los sentidos, consignaré experiencias mediante las cuales quedará ilustrado y confirmado. Primero, Que el hombre después de la muerte es su amor o su voluntad. Segundo, Que el hombre permanece eternamente tal cual es con respecto a su voluntad o amor reinante. Tercero, Que va al cielo el hombre que tiene un amor espiritual y celestial, y al infierno el hombre que tiene un amor corporal y mundano, sin amor celestial y espiritual. Cuarto, Que la fe no permanece en el hombre, a menos que no provenga de amor celestial. Quinto, Que el amor en acto es el que permanece, siendo por consiguiente la vida del hombre.

479. Que el hombre después de la muerte es su amor o su voluntad me ha sido probado por abundante experiencia. El cielo universal se distingue en sociedades según las diferencias del bien del amor, y cada espíritu que es elevado al cielo y hecho ángel es conducido a la sociedad en la cual se halla su amor; y cuando llega allí, se encuentra

EL CIELO Y EL INFIERNO

como si estuviera en su casa, o en la casa en que nació; esto percibe el ángel y se asocia allí a sus iguales. Cuando se aleja de allí y va a otra parte, siente una resistencia, y una inclinación y un anhelo de volver a reunirse con sus similares, así pues con su amor reinante. De esta manera se verifican asociaciones en el cielo. Igualmente en él infierno, donde también se hallan asociados según los amores opuestos a los celestiales. Que las sociedades constituyen el cielo y también el infierno, y que todas ellas se hallan distinguidas según las diferencias del amor, puede Verse arriba (n. 41-50 y n. 200-212). Que el hombre después de la muerte es su amor, puede asimismo constar esto de que entonces de él son apartadas y por así decir quitadas las cosas que no concuerdan con su amor reinante. De él que es bueno son apartadas y por así decir quitadas, todas las cosas de discordia y disensión, y de esta manera es introducido en su amor. De igual manera un malo, pero con la diferencia de que de este se quitan las verdades, y del bueno se quitan las falsedades, hasta que finalmente cada uno queda hecho su amor; esto se verifica cuando el hombre-espíritu es introducido en el tercer estado, del cual se hablara en lo que sigue. Cuando esto queda hecho el hombre vuelve siempre su rostro hacia su amor, el cual tiene continuamente delante de sus ojos, doquiera que se vuelva (véase arriba n. 123,124). Todos los espíritus pueden ser conducidos a donde sea, con tal que se les mantenga en su amor reinante, y no pueden resistir por más que saben que tal cosa se haga con ellos, e intentan oponerse. Varias veces se ha probado si podían obrar en contra del mismo, pero no podían; su amor es como un vínculo, o como una cuerda que les sujeta, por la cual pueden ser arrastrados, y de la cual no pueden librarse. De igual manera sucede con los hombres en el mundo, los cuales son también conducidos por su amor y mediante su amor son conducidos por otros; pero en más alto grado cuando llegan a ser espíritus, puesto que entonces no es permitido aparentar tener otro amor, y exhibir mentirosamente uno que no es suyo. Que el espíritu del hombre es su amor reinante se manifiesta en todo trato en la otra vida, porque cuanto uno obra y habla según el amor de otro, tanto aparece este vivamente con rostro lleno, vivo y alegre; y cuanto obra y habla en contra de su amor, tanto empieza a mudar de rostro, confundirse y desaparecer y finalmente desaparece completamente, como si no hubiese estado allí. Varias veces me he extrañado de que esto suceda, no pudiendo existir tal cosa en el mundo; pero se me ha dicho que lo mismo acontece con el espíritu en el hombre, el cual al desviarse de otro no queda ya más ante su vista. Que el espíritu es su amor reinante es también claro poroso de que cada espíritu recoge y se apropia de las cosas que concuerdan con su amor, y rechaza todas las cosas que no concuerdan, separándose de ellas. El amor de cada uno es como madera esponjosa y porosa que absorbe tales jugos que favorecen su desarrollo, y rechaza los demás; y es como toda clase de animales que conocen sus alimentos y apetecen aquellos que armonizan con su naturaleza, y evitan los que no casan con ella; porque cada amor quiere ser alimentado por lo suyo; un amor malo por falsedades, un amor bueno por verdades; varias veces me ha sido permitido ver que ciertos buenos simples han querido enseñar a los malos en verdades y en bienes, pero que estos al empezar la enseñanza huyeron lejos, y llegados a los suyos acogieron con gusto las falsedades que concordaban con su amor; asimismo que los espíritus buenos han hablado entre sí de verdades, las fueron escuchadas con anhelo por los buenos presentes, pero los malos, también presentes, no prestaron oído como si no lo advirtieran. En el mundo espiritual aparecen caminos; unos conducen al cielo, otros al infierno, cada tino a cierta sociedad. Los espíritus buenos no van por otros caminos que aquellos que conducen al cielo, y a la

sociedad en que se halla en el bien de su amor, y no ven los caminos que van en otra dirección. Los espíritus malos, por el contrario, no ven más caminos que los que conducen al infierno, y allí, a la sociedad que se halla en él mal de su amor; los caminos que van en otras direcciones no son notados por ellos; y si los ven, no quieren sin embargo ir por ellos; tales caminos en el mundo espiritual son apariencias reales que corresponden a las verdades o a las falsedades, por cuya razón en el Verbo, la palabra "caminos" significa esto. Por estos hechos de experiencia queda confirmado lo que se ha dicho por vía de raciocinio en lo que antecede, es decir que cada hombre después de la muerte es su amor y su voluntad; se dice voluntad, porque la voluntad misma de cada uno es su amor.

480. Que el hombre después de la muerte permanece tal cual es con respecto a su voluntad o su amor reinante también me ha sido confirmado por medio de variada experiencia. Me ha sido permitido hablar con algunos que vivían hace, dos mil años, cuya vida se halla referida en la historia, siendo por lo tanto conocida. Se averiguó que eran todavía como antes, y exactamente tales cuales son pintados; es decir con respecto al amor del cual y según el cual habían conducido su vida. Hubo otros que vivían hace diecisiete siglos y que también son conocidos por la historia, y hubo algunos que vivían hace cuatro siglos, y algunos que vivían hace tres siglos y así sucesivamente, con quienes también me ha sido permitido hablar, y se averiguó que todavía reinaban en ellos las mismas inclinaciones, sin más diferencia, que el hallarse los goces de su amor transformados en cosas correspondientes. Han dicho los ángeles que la vida del amor reinante en nadie cambia en toda la eternidad, por lo cual, al cambiar este amor en el espíritu, equivale a quitarle la vida o a extinguirla. Dijeron también la causa, es decir, que el hombre después de la muerte no puede ya ser reformado mediante enseñanza como en el mundo, puesto que el plano ulterior que consiste de conocimientos e inclinaciones naturales, entonces reposa, y no puede ser abierto, porque no es espiritual (véase arriba, n. 464); y porque sobre este plano descansan las cosas interiores, que son de la mente o del alma, como una casa sobre su fundamento, y que de ahí viene que el hombre permanece eternamente tal como ha sido toda la vida de su amor en el mundo. Los ángeles se extrañan mucho que los hombres no sepan que cada uno es tal cual es su amor reinante, y que muchos crean que pueden ser salvados mediante inmediata misericordia, o por la sola fe, sea cual fuere la calidad de su vida; y que no saben que la Divina misericordia es mediata, y que es ser guiado por el Señor, primero en el mundo y luego en la eternidad, siendo guiados por la misericordia los que no viven en el mal; y que tampoco sepan que la fe es una inclinación a la verdad, cuya inclinación procede del amor celestial, que es del Señor.

481. Que va al cielo el hombre cuyo amor es celestial y espiritual, y al infierno aquel cuyo amor es corporal y mundano sin amor celestial y espiritual, me ha podido constar por todos los que he visto ser elevados al cielo, o echados al infierno. Los que han sido conducidos al cielo habían llevado una vida de un amor celestial y espiritual; por otra parte, los que han sido echados al infierno, habían conducido una vida de un amor corporal y mundano. Amor celestial es amar el bien, la sinceridad y la justicia, por lo bueno, sincero y justo, y hacerlas por causa de este amor; de allí tienen una vida buena, sincera y justa, que es la vida celestial. Los que aman estas cosas por ellas mismas, y las hacen o las viven, aman también al Señor sobre todas las cosas, puesto que provienen de Él, y también aman al prójimo, puesto que estas cosas son el prójimo que ha de ser

EL CIELO Y EL INFIERNO

amado. Por otra parte, el amor corporal es amar el bien, lo sincero, lo justo, no por causa de esas cosas, sino por causa de sí mismo, porque mediante ellas adquieren fama, honores y ganancias; estos no ven al Señor y al prójimo en el bien, en lo sincero, y en lo justo, más ven a sí mismos y al mundo, gozándose en engaños, y el bien, la sinceridad y la justicia por engaño, son maldad, insinceridad e injusticia, las cuales aman en los anteriores. Siendo así que los amores determinan la vida de cada uno, son examinados todos cuales y como son, tan pronto entran en el mundo espiritual y unidos a los que se hallan en similar amor; los que tienen amor celestial con los que están en el cielo, y los que tienen amor corporal con los que están en el infierno; y también son separados, después de haber atravesado el primer y segundo estado, de manera que no se ven más ni se reconocen; cada uno se hace su amor, no sólo con las cosas interiores que pertenecen a la mente, sino también con las cosas exteriores que pertenecen al rostro, al cuerpo y al habla, porque cada uno se hace la imagen de su amor también en las cosas exteriores: Los que son amores corporales toman un aspecto rudo, sombrío, negro y disforme; los que, por otra parte, son amores celestiales, aparecen alegres, serenos, resplandecientes y hermosos; también son completamente diferentes con respecto a sus mentes y pensamiento; los que son amores celestiales son asimismo entendidos y sabios; pero los que son amores corporales son torpes y falsos. Cuando es dado de ver los interiores y los exteriores del pensamiento y de la inclinación de los que están en amor celestial, aparecen los interiores como luz; en algunos, como la luz del fuego, y los exteriores de varios colores semejantes a un arco iris; pero los interiores de los que están en amor corporal aparecen como negros, puesto que se hallan cerrados, y en algunos como un fuego de color sombrío; estos son los que han vivido en un malicioso engaño. Los exteriores aparecen de un color asqueroso y de un aspecto desolado. (Las cosas interiores y exteriores que pertenecen a la mente son exhibidas a la vista en el mundo espiritual, siempre y cuando place al Señor.) Los que se hallan en amor corporal nada ven en la luz del cielo; la luz del cielo es para ellos negras tinieblas; pero la luz del infierno, que es como la luz de carbón encendido, es para ellos como una luz clara. En la luz del cielo se ofusca también su vista interior de tal manera que se vuelven dementes, por lo cual huyen de ella, escondiéndose en antros y cavernas, profundamente que corresponden a las falsedades, que en ellos, procedentes del mal, hay. Lo contrario sucede con los que se hallan en amor celestial. Cuanto más son introducidos o elevados en la luz del cielo, tanto más claro ven, tanto más hermosas parecen también todas las cosas y tanto más entendida y sabiamente perciben las verdades. Los que se hallan en amor corporal no pueden en manera alguna vivir en el calor del cielo, porque el calor del cielo es amor celestial, sino en el calor del infierno, que es amor a ejercer crueldad contra otros que no les favorecen. El despreciar a otros, las enemistades, los odios, sentimientos de venganza, son los goces de aquel amor, y estando en ellos, están en su vida, ignorando por completo lo que es el hacer el bien a otros por el bien mismo, y por causa del bien mismo, sino solamente el bien por el mal, y por causa del mal. Los que están en amor corporal, ni siquiera pueden respirar en el cielo. Cuando algún espíritu malo es llevado allí, respira con dificultad como quien lucha en su agonía, pero los que se hallan en el amor celestial respiran tanto más y viven más libremente, cuanto más interiormente se hallan en el cielo. Puede por esto constar que el amor celestial y espiritual es el cielo en el hombre, puesto que este amor encierra todas las cosas del cielo, y que el amor corporal, mundano, sin amor celestial y espiritual es el infierno en el hombre, puesto que en este amor se hallan todas

las cosas del infierno. Es pues claro que van al cielo, aquellos cuyo amor es celestial y espiritual, y van al infierno, aquellos cuyo amor es corporal y mundano sin celestial y espiritual.

482. Que la fe no permanece en el hombre, a menos de que proceda de amor celestial, me ha sido manifestado por tanta experiencia que si las cosas que con respeto a estas cosas he visto y he oído fuesen referidas, llenarían un libro. Puedo afirmar que no tienen fe alguna y ni pueden jamás tenerla, aquellos que se hallan en amor corporal y mundano, sin celestial y espiritual, y que sólo tienen un saber o una persuasión de que es verdad, porque sirve a su amor; algunos de los que han creído estar en la fe han sido llevados juntos a los que se hallaban en la fe, y entonces han percibido, por la comunicación dada, que no tenían fe alguna. Confesaron también, luego, que meramente creer en el Verbo y en la verdad no es fe, sino amar la verdad por amor celestial; y quererla, hacerla por inclinación interior. Fue también demostrado que su persuasión que llamaban fe era tan sólo como la luz del invierno, cuya luz, por carecer ella de calor, entorpece todas las cosas en la tierra, contraídas por el frío, y yacen bajo la nieve; por lo cual la luz de la persuasión en ellos apenas la hieren los rayos de la luz del cielo, no sólo se extingue, sino que se trueca en negras tinieblas, en las cuales nadie ve a sí mismo, y entonces también se oscurecen las cosas interiores de manera que nada absolutamente entienden, y se vuelven dementes por las falsedades. Por esto les son quitadas todas las verdades que han sabido por el Verbo y por la doctrina de la iglesia y que han dicho eran pertenencia de su fe, y en su lugar son penetrados por todo lo falso que concuerda con el mal de su vida, porque todos son introducidos en sus amores y en sus falsedades que concuerdan, y entonces tienen odio y aversión a las verdades, y las rechazan, porque se oponen a las falsedades del mal en el cual se hallan. Puedo testificar por toda mi experiencia de las cosas del cielo y del infierno, que los que por la doctrina profesan la fe sola, y se han hallado en el mal, con respecto a la vida, están todos en el infierno; he visto echar allí varios millares, de lo cual he tratado en el opúsculo "*El Ultimo Juicio y La Babilonia Destruida*."

483. Que el amor en acto es lo que permanece, siendo por consiguiente la vida del hombre, sigue como conclusión de lo que ahora se ha expuesto de experiencia, y de lo que se ha dicho antes acerca de los actos y obras. El amor en acto es la obra y el hecho.

484. Hay que saber que todo acto y toda obra pertenece a la vida moral y civil, y que por lo tanto mira a lo sincero y a lo recto, así como a lo justo y equitativo; lo sincero y lo recto pertenecen a la vida moral y lo justo y equitativo a la vida civil. El amor de la cual nace es o bien celestial o bien infernal. Las obras y hechos de la vida moral y civil son celestiales si se hacen por amor celestial, porque las cosas que se hacen por amor celestial se hacen por el Señor, y las que se hacen por el Señor son todas buenas; pero las obras y los hechos de la vida moral y civil son infernales, si se hacen por amor infernal, porque los que se hacen por este amor, el cual es el amor a sí mismo y al mundo, se hacen por el hombre mismo, y las cosas que se hacen por el hombre mismo son todas malas en sí mismas; el hombre considerado por sí y en sí mismo, o sea su propio, no es más que maldad.

EL CIELO Y EL INFIERNO

50

LAS DELICIAS DE LA VIDA DE CADA CUAL, SE TRANSFORMAN, DESPUÉS DE LA MUERTE, EN LAS DELICIAS CORRESPONDIENTES

485. Que la inclinación reinante o el amor predominante permanece eternamente en cada uno, queda expuesto en el precedente artículo, pero que los deleites de esta inclinación o de este amor se convierten en cosas correspondientes, será explicado ahora. Por convertirse en cosas correspondientes se entiende el convertirse en cosas espirituales que corresponden a las cosas naturales. Que se convierten en cosas espirituales puede constar por esto de que el hombre mientras está en su cuerpo terrestre está en el mundo natural, pero al dejar aquel cuerpo terrestre entra en el mundo espiritual revestido de un cuerpo espiritual. Que los ángeles tienen perfecta forma humana, y también los hombres después de la muerte, y que los cuerpos de los cuales están revestidos son espirituales puede verse arriba (n. 73-77 y n. 453-460); y lo que es la correspondencia de las cosas espirituales con las naturales (n. 87-115.)

486. Todo goce que tiene el hombre viene de su amor reinante, porque el hombre no siente cosa alguna como goce más que lo que ama, por consiguiente en mayor grado lo que ama sobre todo: Decir amor reinante y decir lo que se ama sobre todas las cosas es lo mismo. Estos goces son varios; son tantos como hay amores reinantes, por consiguiente tantos como hay espíritus y ángeles, porque el amor reinante del uno no es igual del todo al de otro. De ahí viene que nunca tiene uno un rostro exactamente igual al de otro, porque el rostro es la imagen del alma de cada uno, y en el mundo espiritual es la imagen del amor reinante de cada uno. Los goces de cada uno en particular son asimismo de infinita variación, y en ninguna persona hay un goce determinado, enteramente igual o idéntico a otro goce (en él), ni sucesiva ni simultáneamente, uno idéntico con otro no existe; pero, sin embargo, se refieren estos goces en cada uno en particular a cierto amor suyo que es su amor reinante, porque juntos constituyen este, formando así uno con él. De igual manera se refieren todos los goces en general, a un solo amor, universalmente reinante, en el cielo al amor al Señor, y en el infierno al amor a sí mismo.

487. Cuales y como son los goces espirituales en los cuales se convierten los goces de cada uno, no se puede saber sino por la ciencia de las correspondencias. Esta enseña en general que no existe cosa alguna natural al que no corresponde una cosa espiritual, y particularmente enseña, asimismo, cual y como es lo que corresponde, por lo cual él que esté al corriente de esta ciencia puede saber su estado después de su muerte, con tal que conozca su amor, y como es con relación al amor universalmente reinante, al que se refieren todos los amores, como se acaba de decir más arriba; pero conocer su amor reinante es imposible para los que se encuentran en amor consigo mismo, puesto que aman lo suyo y llaman bienes a sus maldades, y verdades a las falsedades que favorecen sus males, los cuales confirman mediante ellas; Esto no obstante pueden saberlo, si quieren, por otros que son sabios, puesto que estos ven lo que no ven aquellos; pero ni esto sucede con los que están saturados por el amor a sí mismo, hasta el punto de despreciar toda la doctrina de los sabios. Por otra parte, los que se hallan en amor celestial admiten la enseñanza por las verdades, y ven sus males, en los cuales han nacido, cuando son introducidos en ellos, porque las verdades descubren los males; cada uno puede, desde la verdad que viene del bien, ver el mal y su falsedad, pero nadie desde el mal puede ver el bien y la verdad. La causa es que las falsedades del mal son tinieblas, y corresponden asimismo a estas, por lo cual los que están en falsedades por el mal son

como los ciegos que no pueden ver las cosas que se hallan en la luz y huyen de ellas como las lechuzas.

Pero las verdades del bien son luz y corresponden asimismo a esta (véase arriba, n. 126-134), por lo cual los que están en verdades por el bien ven y tienen los ojos abiertos, haciendo distinción entre las cosas que pertenecen a la luz y las que pertenecen a la sombra. También en estos puntos me ha sido concedido confirmarme por experiencia. Los ángeles que están en los cielos ven y perciben los males y las falsedades que varias veces se despiertan en ellos mismos, y también los males y las falsedades en las cuales están los espíritus que en el mundo de los espíritus tienen comunicación con los infiernos, pero los espíritus mismos no pueden ver sus maldades y falsedades. Lo que es el bien del amor celestial, lo que es la conciencia, lo que es la sinceridad y la rectitud, aparte de lo que hacen por sí mismos, lo que es el ser guiado por el Señor, no lo conciben; dicen que tales cosas no existen, que por consiguiente no tienen valor alguno. Esto se ha dicho con el fin de que el hombre se examine, y por sus goces aprenda a conocer su amor, y tanto como entiende de la ciencia de las correspondencias, saber el estado de su vida después de su muerte.

488. De que manera los goces de la vida de cada uno después de la muerte se convierten en cosas correspondientes puede por cierto saberse por la ciencia de las correspondencias, pero viendo que ésta ciencia aún no ha llegado a ser generalmente conocida, aclararé algo este particular mediante ciertos ejemplos por experiencia. Todos los que se hallan en el mal, habiéndose confirmado en falsedades contra las verdades de la iglesia, sobretudo los que han rechazado el Verbo, huyen de la luz del cielo, arrojándose en criptas cuyos orificios parecen negras tinieblas, y en rocas agrietadas, escondiéndose allí, y esto porque amaron las falsedades y odiaron las verdades; porque tales criptas y grietas, así como las tinieblas, corresponden a las falsedades, y la luz a las verdades. Su gozo es vivir allí y su pena vivir en campos abiertos. De igual modo hacen aquellos cuyo goce ha sido espiar a otros en secreto y ocultamente urdir engaños. Éstos están también en las mencionadas criptas, y se meten en unos receptáculos tan oscuros que ni siquiera pueden verse los unos a los otros, y en los rincones se hablan al oído; en tales cosas se convierten los goces de su amor. Los que han estudiado las ciencias sin otro fin que el de llamarse doctos, no habiendo mediante ellas desarrollado su mente racional, habiendo experimentado goce en las cosas de la memoria por orgullo de ello, aman lugares arenosos, los cuales eligen con preferencia a los campos y huertas, puesto que los terrenos arenosos corresponden a tales estudios. Los que han sido versados en la ciencia de las doctrinas de su iglesia y de otras, no habiendo aplicado esta a su vida, eligen lugares pedregosos y habitan entre montañas de piedras, huyen de los lugares cultivados, porque les son antipáticos. Los que han atribuido todo a la naturaleza, así como los que han atribuido todo a la propia inteligencia, y valiéndose de artificios varios, se han elevado a puestos honoríficos, enriqueciéndose, estudian en la otra vida artes mágicas, que son abusos del orden Divino, en los cuales encuentran el gozo mayor de su vida; los que han aplicado las verdades Divinas a sus amores, falsificándolas de esta manera, aman suciedades de orina, porque suciedades de orina corresponden a los goces de tales amores. Los que codiciosamente han sido avaros, viven en los sótanos y aman la sordidez de los cerdos, y también hedores tales como los que exhalan los alimentos indigestos en el estómago. Los que han vivido enteramente en voluptuosidades, delicadamente, satisfaciendo la boca y el estómago, y estimando estas cosas las más importantes de la vida, aman en la otra vida los

EL CIELO Y EL INFIERNO

excrementos y las letrinas; estas cosas les son entonces gratas, porque tales voluptuosidades son inmundicias espirituales: huyen de los lugares limpios y libres de suciedad, por serles desagradables. Los que han gozado en adulterios pasan su vida en burdeles, donde todas las cosas son sucias y asquerosas; estas cosas aman, y huyen de las casas castas; tan pronto llegan a estas últimas caen en desmayo; nada hay para ellos más agradable que romper los matrimonios; los que han sido vengativos, y por ello han adquirido una naturaleza feroz y cruel, aman la carroña, y están también en tales infiernos. Otros de otra manera.

489. Por otra parte, los goces de la vida de los que en el mundo han vivido en amor celestial, se convierten en tales cosas correspondientes cuales hay en los cielos, procedentes del sol del cielo y de la luz del mismo, cuya luz expone visiblemente estas cosas, que dentro de sí encierran cosas Divinas. Las cosas así presentadas afectan los interiores de los ángeles, es decir, las cosas de sus mentes, y al mismo tiempo los exteriores, que son las cosas de su cuerpo; y puesto que la luz Divina que es la Divina verdad, procedente del Señor, influye en sus mentes, que se hallan abiertas por amor celestial, se presentan exteriormente cosas que corresponden al goce de su amor. Que las cosas que aparecen ante la vista en los cielos corresponden a los interiores de los ángeles, es decir, a las cosas que son de su fe y de su amor, y por ello de su inteligencia y de su sabiduría, se ha expuesto en el artículo donde se trata de la sabiduría de los ángeles del cielo (n. 265-275). Ya que he empezado a confirmar este hecho, mediante ejemplos por experiencia, para ilustrar lo que antes he dicho acerca de cosas determinadas por el mismo, referiré también algo de los goces celestiales, en los cuales se cambian los goces naturales en aquellos que viven en amor celestial en el mundo. Los que han amado la Divina verdad y el Verbo por inclinación interior, o por inclinación a la verdad misma, habitan en la otra vida en luz, en lugares 'elevados, parecidos a montes, y allí se hallan constantemente en la luz del cielo; ignoran lo que son tinieblas como las de la noche en el mundo, y viven asimismo en una temperatura primaveral; delante de su vista, se presentan en apariencia, campos, cosechas y viñedos; en sus casas brilla todo objeto con el brillo de las piedras preciosas; mirar por sus ventanas es como mirar al través del cristal puro; estos son goces de su vista, pero son también goces interiores, a causa de la correspondencia con las cosas Divinas celestiales, porque las verdades que vienen del Verbo, el cual amaban, corresponden a las cosechas, las viñas, las piedras preciosas, las ventanas y los cristales. Los que han aplicado a la vida las enseñanzas doctrinales de la iglesia, inmediatamente, las cuales son del Verbo, están en el íntimo cielo, y en preferencia de los demás en el goce de la sabiduría. En cada objeto ven cosas Divinas; ven por cierto el objeto, pero la correspondencia Divina influye en seguida en sus mentes y las llena de una felicidad que afecta todos sus sentidos; por esta causa todas las cosas ante sus ojos parecen jugar, reír y vivir (acerca de esto véase arriba, n. 270). Los que amaban las ciencias, y por ellas desarrollaban su mente racional, adquiriendo así entendimiento, y al mismo tiempo reconocían lo Divino, sus placeres de la ciencia y sus goces racionales se convierten en la otra vida en goces espirituales, que vienen de los conocimientos del bien y de la verdad. Viven en jardines donde hay flores y sábanas verdes, hermosamente distribuidas en grupos y guarnecidos de árboles, que forman arcadas y pórticos; los árboles y las flores cambian cada día. La contemplación de todas las cosas causa goces a su mente en general, y las variaciones en los detalles renuevan constantemente estos goces y puesto que corresponden a cosas Divinas, y aquellos

ángeles se hallan en la ciencia de la correspondencia, adquieren siempre nuevos conocimientos, y mediante estos perfeccionan su racionalidad espiritual. Estas cosas son goces para ellos, porque jardines, flores, matas y árboles corresponden a saberes y conocimientos, y por consiguiente al entendimiento. Los que han atribuido todo a lo Divino, considerando la naturaleza en comparación muerta, meramente subordinado a las cosas espirituales, habiéndose confirmado en estas, se hallan en la luz celestial, y todas las cosas que ven ante sus ojos tienen por esta luz la particularidad de que son diáfanas, y en esta transparencia ven innumerables variaciones de la luz, las cuales su luz espiritual acoge casi inmediatamente, percibiendo por esto goces interiores. Las cosas que hay en sus casas son como de diamantes, y en ellas hay las mismas variaciones. Se ha dicho que las paredes de su casa son como de cristal, es decir, también transparentes, y en ellas se ven como formas flotantes, representando cosas celestiales, también de continua variación; y esto porque tal transparencia corresponde al entendimiento iluminado por el Señor, después de ser alejadas las sombras que vienen de la fe en cosas naturales y el amor a las mismas. Estas y otras infinitas son las cosas, acerca de las cuales dicen los que han estado en el cielo, que han visto cosas que jamás ojos vieron, y a causa de la percepción de cosas Divinas, que por conducto de aquellos objetos les fue comunicada, que "han oído cosas que jamás oído escuchó." Los que no han obrado en secreto, deseando, al contrario, que todo ' cuanto pensaban fuese manifiesto, cuanto lo permitía la vida civil—puesto que estos no han pensado más que sincera y justamente por lo Divino—su rostro luce en el cielo, y en el rostro aparecen por esta luz todas las inclinaciones y pensamientos como en su forma, y en cuanto a hablar y obrar, son como imágenes de sus inclinaciones. En su consecuencia son amados más que otros; cuando hablan, se oscurece algún tanto su rostro, pero después de hablar se manifiestan las cosas que han hablado en el rostro también plenamente visibles. Todas las cosas que existen en sus alrededores son también del aspecto que otros perciben claramente lo que representan y significan—puesto que corresponden a sus interiores. Los espíritus que han sentido gozo en obrar ocultamente, huyen de ellos lejos, y al alejarse de ellos, parecen arrastrarse por tierra como serpientes. Los que han considerado el adulterio como asquerosidades, y han vivido en casto amor conyugal, se hallan con preferencia a los demás en el orden del cielo y por ello en toda hermosura, y continuamente en la florescencia de la juventud. Los goces de sus amores son inefables y aumentan eternamente, porque en aquel amor influyen todas las cosas, del gozo y de la felicidad del cielo, puesto que aquel amor descende de la conjunción del Señor con el cielo y con la iglesia, y en general por la conjunción del bien y la verdad, cuya conjunción es el mismo cielo en general y en cada ángel en particular (véase arriba, n. 366-386). Sus goces externos son tales que no pueden expresarse mediante palabras humanas. Pero pocas son las cosas aquí citadas con respecto a las correspondencias de los goces en los que se hallan en amor celestial.

490. Por esto puede ahora saberse que los goces de estos todos se convierten después de la muerte en cosas correspondientes, mientras que el amor mismo, sin embargo, permanece eternamente; como por ejemplo el amor conyugal, el amor a la justicia, a la sinceridad, al bien y a la verdad, el amor a la ciencia y a los conocimientos, el amor a la inteligencia y a la sabiduría y los demás. Las cosas que fluyen de ellos como ríos de sus fuentes son los goces los cuales también permanecen, pero son elevados a un grado superior, cuando de naturales pasan a ser espirituales.

EL CIELO Y EL INFIERNO

51

EL PRIMER ESTADO DEL HOMBRE DESPUÉS DE LA MUERTE

491. Después de la muerte el hombre pasa por tres estados, antes de entrar en el cielo o en el infierno. El primer estado es el estado de sus exteriores; el segundo es el estado de sus interiores, y el tercer estado es el estado de su preparación; estos estados experimenta el hombre en el mundo espiritual; hay, sin embargo, ciertos hombres que no experimentan estos estados, siendo inmediatamente después de la muerte conducidos al cielo o bien echados al infierno; los que en seguida son conducidos al cielo son los que han nacido de nuevo, habiendo así en el mundo sido preparados para el cielo; los que han sido regenerados y preparados hasta tal punto, que sólo les falta descartar la suciedad, natural con el cuerpo, son conducidos en seguida por los ángeles al cielo; he visto algunos que han sido elevados seguidamente después de la muerte. Por otra parte, los que han sido interiormente maliciosos y exteriormente en apariencia buenos, es decir, los que han llenado su maldad con tramas y engaños, valiéndose de la bondad como un medio de engañar, son en seguida echados al infierno; he visto algunos como estos echarse al infierno inmediatamente después de la muerte; el más falso y engañador, cabeza abajo y pies arriba; y otros de diferente manera. Hay algunos que inmediatamente después de la muerte son echados en Cavernas, y de esta manera separados de los demás que están, en el mundo de los espíritus, siendo alternativamente sacados y metidos allí; estos son los que bajo pretexto civil han obrado maliciosamente con su prójimo. Pero estos y aquellos son pocos, comparados con los que tardan en el mundo de los espíritus, siendo allí preparados según el orden Divino, bien para el cielo, bien para el infierno.

492. En el primer estado, que es el estado de las cosas exteriores, entra el hombre inmediatamente después de la muerte. Cada hombre tiene en cuanto a su espíritu cosas exteriores y cosas interiores. Las cosas exteriores del espíritu, son aquellas mediante las cuales el hombre acomoda su cuerpo en el mundo, principalmente su rostro, su habla y sus gestos, al trato con otros. Las cosas interiores del espíritu son, por otra parte, las que pertenecen a su propia voluntad y por consiguiente a su pensamiento, las cuales, pocas veces se manifiestan en su rostro, habla y gestos, porque el hombre se acostumbra desde la niñez a mostrar amistad, benevolencia y sinceridad, y a ocultar los pensamientos de su propia voluntad; por esto conduce habitualmente una vida moral y civil en lo exterior, sea cuál; fuere su vida interior. De esta costumbre resulta que el hombre apenas conoce sus interiores y que tampoco se fija en ellos.

493. El primer estado del hombre después de la muerte es similar a su estado en el mundo, puesto que entonces también se halla en los exteriores. Tiene asimismo igual rostro, igual habla, y el mismo carácter, sí pues igual vida moral y civil. Por eso no sabe entonces sino que todavía se halla en el mundo, a no ser que se fije en las cosas que se manifiestan a su vista, y en aquello que le dijeron los ángeles, cuando resucitó, que ahora es un espíritu (n. 450) De esta manera esta vida continua en la otra, y la muerte es solamente un tránsito.

494. Puesto que el espíritu del hombre al principio es así después de la vida en el mundo, le reconocen entonces sus amigos y los que han sido sus conocidos en el mundo, porque estos perciben los espíritus no sólo, por su rostro y su habla, sino también por su esfera de vida cuando se aproximan. En la otra vida, cada uno se representa también en su pensamiento el rostro de otro, mientras piensa en él, y asimismo varias cosas relacionadas con su vida, y cuando hace esto el otro aparece presente como si fuere buscado y

llamado. Tal cosa existe en el mundo espiritual por comunicarse allí los, pensamientos, y por ser allí los espacios de otra naturaleza que en el mundo (véase arriba, n. 191-199). De allí viene que todos los que acaban de entrar en la otra vida son reconocidos por sus parientes, amigos y por los que en alguna manera les son conocidos, y que también hablan entre sí, reuniéndose luego, según y conforme su amistad en el mundo. He oído varias veces que los que han venido del mundo se han alegrado de volver a ver a sus amigos, y los amigos, por su parte, de reunirse con ellos. Es común que cónyuge encuentre a cónyuge, felicitándose mutuamente. Permanecen también juntos, pero más o menos tiempo según haya sido el goce de su cohabitación en el mundo. Sin embargo, si no les ha unido el verdadero amor conyugal, cuyo amor es la unión de las mentes por medio del amor celestial, se separan después de estar juntos algún tiempo. Pero si las mentes de los cónyuges han estado; en desacuerdo entre sí, y si interiormente se han aborrecido, rompen en abierta enemistad y riñen a veces con las manos, no separándose, sin embargo, hasta entrar en el segundo estado, del cual se tratará en lo que ahora sigue.

495. Puesto que la vida de los espíritus recién venidos no es disimilar a su vida en el mundo natural y puesto que nada saben del estado de su vida después de la muerte, y nada del cielo y del infierno, aparte de lo que han aprendido por el sentido literal del Verbo, y de los sermones consiguientes, llegan — después de extrañarse de que se hallan en un cuerpo con todos sus sentidos como en el mundo, de que ven cosas iguales — a sentir deseos, de saber como es el cielo, y como es él infierno, y donde se hallan. Los amigos les instruyen, por lo tanto, acerca del estado de la vida eterna, conduciéndoles asimismo por varios lugares e introduciéndoles en varias compañías; son conducidos a ciudades y también a jardines y a paraísos; por la mayor parte a lugares donde pueden ver cosas magníficas, puesto que estas/agradan a los exteriores, en los cuales se hallan. Entonces son introducidos alternativamente en los pensamientos que tenían en la vida del cuerpo acerca del estado de su alma después de la muerte, así como acerca del cielo y del infierno, y esto hasta que se arrepienten de haber sido completamente ignorantes de estas cosas, y también de que la iglesia está completamente en ignorancia de estas cosas. Casi todos desean saber si van al cielo; la mayor parte creen que van al cielo, por haber conducido en el mundo una vida moral y civil, no fijando, su atención en que malos y buenos conducen igual vida en cuanto al exterior; obran de igual manera bien con otros y visitan de igual manera a menudo los templos, escuchando sermones y orando; ignoran por completo que las obras exteriores, del culto nada hacen, sino las cosas interiores de las que proceden las exteriores. Entre varios miles, apenas hay uno que sepa lo que son cosas interiores y que en estas se halla el cielo y la iglesia para el hombre; aun menos sabe qué las obras exteriores son de igual naturaleza que las intenciones y los pensamientos y dentro estos el amor y la fe de los cuales nacen. Y al ser instruidos no comprenden que el pensar y el querer hace algo al caso sino tan sólo el hablar y el obrar. Tales son por la mayor parte los del mundo cristiano que actualmente entran en la otra vida.

496. Pero buenos espíritus les exploran cuales y cómo son, y esto de varias maneras, puesto que en este primer estado los malos tanto como los buenos hablan verdades y hacen buenas obras, por la causa arriba mencionada, o sea queden lo exterior han vivido igualmente conforme la moral, habiendo vivido en reinos y bajo leyes, y mediante ellos, adquirido la reputación de rectos y sinceros, procurando captarse los ánimos y de esta manera verse elevados a puestos de honor y tener éxitos. Pero los espíritus malos son

EL CIELO Y EL INFIERNO

distinguidos o, por mejor decir, pueden ser distinguidos de los buenos, especialmente por esto de que los malos prestan particularmente oído a lo que se dice de las cosas exteriores, y haciendo poco caso de lo que se dice de las cosas interiores, las cuales son los bienes de la iglesia y del cielo; y escuchan estas últimas cosas por cierto, pero no con atención y regocijo. También se distinguen por volverse a ciertos puntos cardinales, y por andar por los caminos que conducen en cierta dirección, cuando están a solas. Por el volverse hacia el punto cardinal y por el andar por los caminos se sabe cual y como es el amor que conduce.

497. Todos los espíritus que llegan del mundo se hallan por cierto unidos a alguna sociedad en el cielo, o a alguna Sociedad en el infierno; pero tan sólo con respecto a las cosas interiores; las cosas interiores no se descubren a nadie, mientras permanecen en los exteriores, porque las cosas exteriores cubren y ocultan las interiores, en mayor grado en los que se hallan en un mal interior. Luego, cuando entran en el segundo estado, aparecen, sin embargo, visiblemente, por abrirse entonces sus interiores, mientras se adormecen sus exteriores.

498. Este primer estado del hombre después de la muerte dura, para algunos, días, para otros, meses, y para otros, todo un año; pocas veces más de un año; con diferencia en cada particular individuo según y conforme la concordia o discordia de las cosas exteriores con las interiores. En cada uno las cosas interiores y exteriores deben obrar como una sola cosa y corresponder. A nadie en el mundo, espiritual es permitido pensar y querer de una manera y hablar y obrar de otra manera. Cada uno allí debe ser la imagen de su inclinación o de su amor; por lo tanto, cual es en las cosas interiores, tal ha de ser en las exteriores, y por consiguiente, las cosas exteriores del espíritu deben ser primero reveladas y puestas en orden, a fin de poder servir como plano correspondiente para las interiores.

52

EL SEGUNDO ESTADO DEL HOMBRE DESPUÉS DE LA MUERTE

499. El segundo estado del hombre después de la muerte se llama el estado de las cosas interiores, puesto que entonces es introducido en las cosas interiores que pertenecen, a su mente: o a su voluntad y pensamiento, mientras que las cosas exteriores en las cuales se hallaba durante su primer estado se adormecen. Él que se fija en la vida del hombre y en sus dichos y hechos, puede conocer que en cada uno hay cosas exteriores y cosas interiores, o sea pensamientos e intenciones exteriores e interiores: esto puede conocerse por lo siguiente. Él que se halla en una vida civil piensa con respecto a otros según y conforme lo que, bien por la reputación, bien por el trato, haya oído y percibido de ellos, pero, sin embargo, no habla con ellos según su propio pensamiento, y aunque sean malos, les trata, sin embargo, con urbanidad. Que esto es así lo saben sobretodo los aduladores y los simuladores, quienes hablan y obran diferentemente de como piensan y quieren; y los hipócritas, cuando hablan del cielo, de Dios, de la salvación del alma, de las verdades de la iglesia, del bien de la patria y del prójimo, como si fuera por amor y fe, mientras que en el corazón creen otra cosa, y aman únicamente a sí mismos. De aquí, puede ser claro que existen dos clases de pensamientos, la una exterior y la otra interior y que hablan por el pensamiento exterior, sintiendo otra cosa por el pensamiento interior, y que estas dos clases de pensamientos se hallan separadas, porque se tiene cuidado de que el interior no influya en el exterior, y se revele en manera alguna. El hombre, desde la creación, es

formado de manera que el pensamiento interior obre como una sola cosa, con el exterior por medio de correspondencia, y como una sola cosa, obra también en los que se hallan en el bien, porque estos no piensan más que el bien, y hablan sólo el bien. Por otra parte, en los que se hallan en el mal no obra el pensamiento interior como uno en el exterior, porque estos piensan el mal y hablan el bien. En ellos el orden es inverso, porque el bien en ellos está a lo exterior y el mal a lo interior; de ahí viene que el mal domina el bien, subyugando a este como a un: esclavo, a fin de que le sirva para llegar al objeto de su amor, y puesto que tal intención se halla dentro del bien que se habla y se obra, es claro que el bien en ellos no es bien, sino contaminado por el mal, por más que para los que no conocen las cosas interiores tenga en la forma exterior apariencia de bien. Diferente de los que se hallan en el bien; en estos el orden no es inverso, sino que el bien influye desde el pensamiento interior en el exterior, y de esta, manera en el habla y en las obras. Este orden es el orden en el que ha sido creado el hombre, porque de esta manera sus interiores están en el cielo y en la luz del mismo, y puesto que esta luz es la Divina verdad que sale del Señor, siendo por consiguiente el Señor en el cielo (n. 126-140), resulta que tal hombre es amado por el Señor. Esto queda dicho a fin de que se sepa que cada hombre tiene un pensamiento interior y un pensamiento exterior, y que estos dos se hallan separados entre sí. Al decir pensamiento, se entiende también voluntad, porque el pensamiento viene de la voluntad, no pudiendo pensar persona alguna sin querer. De esto resulta claro lo que quiere decir el estado, de las cosas exteriores y el estado de las cosas interiores del hombre.

500. Cuando se dice voluntad y pensamiento, se entiende por ello también la inclinación y el amor, así como todo deseo que pertenece a la inclinación y al amor, puesto que estos se refieren a la voluntad como su base, porqué lo que el hombre quiere, esto ama, y lo siente como goce y deleite; y al contrario, lo que el hombre siente como goce y deleite, esto quiere; pero por pensamiento se entiende también entonces todo aquello por medio de lo cual confirma su inclinación o su amor, porque el pensamiento no es más que la forma de la voluntad, o la exhibición en la luz de lo que el hombre desea. Esta forma es presentada, mediante varios análisis racionales los cuales llevan su origen del mundo espiritual, y pertenecen propiamente al espíritu del hombre.

501. Hay que saber que el hombre es exactamente tal cual es con respecto a sus cosas interiores, y no tal cual es con respecto a las exteriores, separadas de las interiores. La causa es que las interiores pertenecen a su espíritu, y la vida del hombre es la vida del espíritu, porque por este vive el cuerpo, por lo cual el hombre también permanece eternamente tal cual es con respecto a sus cosas interiores; pero las exteriores, puesto que pertenecen también al cuerpo, se apartan después de la muerte y aquellas cosas que adhieren al espíritu se adormecen y sirven únicamente como base de las interiores, según queda manifestado arriba, donde se trata de la memoria del hombre que permanece después de la muerte. De ahí es claro cuales cosas: son propias del hombre y cuales no son propias de él o sea, que en los malos todas las cosas que pertenecen al pensamiento exterior por las cuales hablan, y a la voluntad exterior por la cual obran no son propios de ellos, sino sólo las que pertenecen a su pensamiento y voluntad interiores.

502. Después de haber atravesado el primer estado que es el estado de las cosas exteriores, del cual se ha tratado en el artículo que antecede, el hombre es introducido en el estado de sus cosas interiores, o en el estado de la voluntad interior y del consiguiente pensamiento, en el cual ha estado en el mundo, cuando a solas pensaba libremente y sin

EL CIELO Y EL INFIERNO

freno. En este estado reclina como por sí mismo de igual manera que en el mundo, cuando recoge en sus adentros, o en sus interiores, el pensamiento que está más próximo al que habla, o el pensamiento del cual sale el habla, entreteniéndose en él. Cuando el hombre se encuentra en este estado, se encuentra por, lo tanto en sí mismo, y en su misma vida, porque pensar libremente, por propia inclinación, es la vida misma del hombre y es el hombre mismo.

503. En este estado el espíritu piensa por su verdadera voluntad, así pues por su verdadera inclinación, o por su verdadero amor, y entonces el pensamiento forma uno con su voluntad, hasta el punto de que apenas nota que piensa, sino sólo lo que quiere. Casi de la misma manera es cuando habla, con la diferencia, sin embargo, de que se hace con cierto miedo de que los pensamientos de la voluntad salgan desnudos, puesto que a consecuencia de la vida civil en el mundo, esto también ha llegado a ser pertenencia de su voluntad.

504. Todos los hombres, sin excepción, son introducidos en este estado después de la muerte, porque es el estado propio del espíritu. El primer estado es tal como el hombre en cuanto a su espíritu ha sido en su trato, cuyo estado no es su estado verdadero. Que el primer estado, en el que entra el hombre después de la muerte, de cuyo estado se ha tratado en el precedente artículo, no es su estado verdadero, puede constar por varias razones, entré otras por esta de que los espíritus no tan sólo piensan sino también hablan por sus inclinaciones, porque su habla viene de estas, lo cual puede ser claro por lo que queda dicho y expuesto en el artículo que trata del habla de los ángeles (n. 234-245). De igual manera pensaba también el hombre en el mundo, cuando pensaba dentro de sí mismo, porque entonces no pensaba por el habla de su cuerpo; sólo veía estas cosas y también veía dentro del tiempo de un minuto más que podía luego pronunciar en una media hora. Que el estado de las cosas exteriores no es el estado propio del hombre o de su espíritu, puede también ser evidente por esto de que cuando en el mundo se halla en compañía habla según las leyes de la vida moral y civil, y que entonces el pensamiento interior dirige el exterior, como un hombre dirige a otro hombre, a fin de que se mantenga dentro de los límites de la decencia y honestidad. Es evidente también por esto, que cuando el hombre piensa dentro de sí mismo, piensa también de que manera ha de hablar y obrar, a fin de agradar, procurar y ganarse la amistad, la benevolencia y la gracia, y esto con imitación, así pues de otra manera que si lo hiciera por su propia voluntad. Resulta por esto claro que el estado de las interiores, en el cual es introducido el espíritu, es su estado verdadero, así pues también el estado verdadero del hombre cuando vivía en el mundo.

505. Cuando el espíritu se halla en el estado de sus cosas interiores, se conoce claramente cual y como era el hombre en sí mismo en el mundo, porque entonces obra por virtud de su propio; él que interiormente se hallaba en el bien en el mundo obra entonces racionalmente y sabiamente y más sabiamente que cuando estaba en el mundo, puesto que se halla libre del vínculo del cuerpo y por consiguiente de las cosas terrestres, que oscurecían y, por así decir, interponían una nube. Por otra parte, él que en el mundo se hallaba en el mal, obra entonces neciamente y locamente, más locamente que en el mundo, puesto que se halla en libertad y sin impedimento. Mientras vivía en el mundo era racional en lo exterior, porque por medio de esto presentaba la imagen de un hombre racional, por lo cual al serle quitado lo exterior, su locura se descubre. Un hombre malo que en lo exterior representa el bueno, puede compararse con un vaso exteriormente

lustroso y pulido, cubierto con una tapa debajo de la cual hay toda clase de inmundicias, y como dijo el Señor:

Sois como sepulcros blanqueados, que de fuera parecen hermosos, pero de dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad (Mateo 23: 27).

506. Todos los que en el mundo vivían en el bien y obraban concienzudamente, como son los que reconocían lo Divino y amaban las Divinas verdades, sobre todo los que las aplicaban a su vida, se sienten al hallarse en su estado interior como unos que, despertándose del sueño, entran en el estado de vigilia, y como los que de la sombra entran en la luz; piensan también por la luz del cielo, así pues, por una sabiduría interior, y obran por el bien, por consiguiente por inclinación interior. Asimismo influye el cielo en sus pensamientos y en sus inclinaciones con una dicha y un goce interior del cual antes no tenía idea, porque estos tienen comunión con los ángeles del cielo. Entonces reconocen también al Señor y adoran a Él con toda su vida; porque cuando se hallan en el estado de sus cosas interiores se hallan en su vida misma, como se acaba de decir arriba (n. 505); y asimismo reconocen y adoran a Él en libertad, porque la libertad es de las inclinaciones interiores; De esta manera se apartan de una santidad exterior y entran en una santidad interior, en la cual consiste la verdadera adoración. Tal es el estado de los que según los preceptos del Verbo han conducido una vida cristiana; pero completamente opuesto es el estado de aquellos que en el mundo han vivido en el mal, careciendo de conciencia y por consiguiente negando lo Divino, porque todos los que viven en el mal niegan dentro de sí lo Divino, por más que cuando se hallan en sus exteriores creen que no lo niegan, sino que lo reconocen, porque el reconocer lo Divino y vivir mal son dos cosas contrarias. Los que son tales aparecen en la otra vida, al entrar en el estado de sus cosas interiores, como estúpidos, cuando se les ve obrar y se les oye hablar; porque a causa de sus malas inclinaciones prorrumpen en cosas nefandas, en desprecio de los demás, en burlas y blasfemias, en odios, venganzas, engaños, algunos entre ellos con tanta astucia y maldad que es casi increíble que semejante maldad existió jamás en hombre alguno. Es que entonces se hallan en un estado que son libres de obrar según los pensamientos de su voluntad, hallándose separados de las cosas exteriores, que en el mundo les mantenían dentro de límites refrenándoles. En una palabra, se hallan despojados de la racionalidad, puesto que la racionalidad (en ellos) en el mundo no ha sido incorporada en sus interiores, sino en sus exteriores; pero no obstante parecen a sí mismos entonces más sabios que otros. Por ser de esta calidad, al hallarse en este segundo estado, vuelven a intervalos a ser introducidos en el estado de sus cosas exteriores, y entonces con la memoria de sus actos cometidos, cuando se hallaban en su estado interior. Algunos sienten entonces vergüenza y reconocen que han sido torpes; algunos no sienten vergüenza; algunos, se enfadan de que no se les permita hallarse continuamente en el estado de sus cosas exteriores; pero a estos se les demuestra lo que llegarían a ser, a caso de hallarse continuamente en este estado; que secretamente tramarían tales cosas y por medio de simulación de bondad, sinceridad y rectitud, seducirían a los sencillos de corazón, y de fe, perdiéndose a sí mismos completamente, porque, las cosas exteriores arderían finalmente como por un incendio, lo mismo que las cosas interiores, lo cual consumiría toda su vida.

507. Cuando los espíritus se hallan en este segundo estado aparecen exactamente tales cuales han sido en sí mismos, en el mundo, y entonces se descubren también las cosas que ocultamente han hecho y hablado, porque puesto que los exteriores entonces no les

EL CIELO Y EL INFIERNO

mantienen dentro de los límites, hablan estas cosas abiertamente, y también procuran abiertamente realizarlas, sin temor por su reputación como en el mundo. Son asimismo introducidos en los diferentes estados de sus males, a fin de que aparezcan delante de los ángeles y de los buenos espíritus, cuales y como son. De este modo se descubren cosas ocultas y revélese secretos de conformidad con las palabras del Señor:

Nada hay encubierto que no será descubierto ni oculto que no será sabido... las cosas que dijisteis en tinieblas, a la luz serán oídas y lo que hablasteis al oído en las cámaras, será pregonado en los tejados (Lucas 12: 2, 3);

y, en otro lugar:

Mas yo os digo que toda palabra ociosa que hablaron los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio (Mateo 12: 36).

508. Cuales y como son los malos en este estado no puede decirse con pocas palabras, porque cada uno enloquece entonces según y conforme sus pasiones y estas son múltiples; por lo cual, solo referiré algunos casos especiales, por los cuales uno se pueda formar un concepto de los demás; los que se han amado a sí mismos sobre todas las cosas, y en los oficios y ocupaciones buscado su propia fama; que han prestado usos no por causa de los usos, habiéndose complacido en ellos solamente a causa de su reputación, a fin de que por medio de ellos fuesen estimados más dignos que otros y habiéndose por consiguiente complacido en la reputación de su propia honra, estos son, cuando se hallan en éste segundo estado, estúpidos en mayor grado que los demás; porque en la medida en que uno se ama a sí mismo, uno se aleja del cielo, y de la sabiduría que viene del cielo. Los que han tenido amor a sí mismo y al mismo tiempo han sido astutos y mañosamente se han elevado a puestos, honoríficos, se unen a los peores y aprenden además artes mágicas, que son abusos del orden Divino, mediante los cuales excitan y molestan a todos los que no les profesan estima; urden engaños, abrigan odios, arden en sentimientos de venganza, y quieren meterse en furor contra todos cuantos no se subordinan, abandonándose a todas estas cosas, a medida que les favorecen las hordas malignas, y finalmente ponderan en su mente medio de poder montar al cielo, a fin de destruirlo, o a fin de ser allí adorados como dioses; hasta este punto va su locura. Los de la religión (católica) papal que han sido tales son más locos que los otros, porque creen que tienen en su poder el cielo y el infierno, y que pueden según gusto, perdonar los pecados; estos se apropian de todo lo Divino y se llaman Cristo. Su persuasión de que se hallan en la verdad es tal, que en donde influyen meten en confusión los ánimos e introducen las tinieblas hasta el punto de causar dolor. Son casi iguales, los dos estados pero en el segundo carecen de racionalidad; acerca de sus locuras y de su suerte después de este estado se ha dicho algo en el opúsculo "El Último Juicio y la Babilonia Destruída." Los que han atribuido la creación a la naturaleza y por lo tanto, en el corazón, aunque no con la boca, han negado lo Divino y por consiguiente todas las cosas de la iglesia y del cielo, se unen en este estado a sus semejantes y llaman Dios a cualquiera que es poderoso en astucia; le adoran también; demostrándolo con honores Divinos. He visto a semejantes espíritus en una reunión, adorar a un mágico, deliberar sobre la naturaleza, y: portarse estúpidamente como si fueren animales bajo forma humana; entre ellos había también, quienes en el mundo habían ocupado puestos de dignidad, y algunos que en el mundo eran considerados eruditos y sabios. Otros de otra manera. Por estos pocos detalles puede uno formarse concepto de como son aquellos, cuyas cosas interiores pertenecientes a la mente se hallan cerradas hacia el cielo, cual es el caso en todos los que

no han recibido influjo del cielo mediante reconocimiento de lo Divino, y mediante la vida de la fe. Cada uno puede juzgar por sí mismo como sería si fuera tal, caso de serle permitido de obrar sin temor de la ley y de la vida, y sin refreno exterior, cuales son los temores de perjudicarse con respecto a su reputación y en su consecuencia de perder honores, lucros y goces. Pero, sin embargo, su locura es moderada por el Señor, a fin de que no exceda los límites de los provechos, porque de cada uno de ellos se saca provecho. Los espíritus buenos ven en ellos lo que es el mal, y de que índole es y como es el hombre, caso de no ser guiado por el Señor. Un provecho es también este, de que mediante ellos se juntan los malos de similar calidad, siendo separados de los buenos, y además que los bienes y las verdades que los malos han presentado en su exterior, ostentándolos mentirosamente, les son quitados y son introducidos en los males de su vida, y en las falsedades de estos males, siendo de esta, manera preparados para el infierno; porque nadie entra en el infierno hasta que se halla en su mal y en las falsedades de su mal, no siendo allí permitido tener una mente dividida, es decir, pensar y hablar una cosa y querer otra. Cada espíritu malo allí debe por el mal pensar lo falso y hablar por la falsedad del mal, ambas cosas por la voluntad, por consiguiente por su propio amor, y sus goces y apetitos, como pensaba en el mundo, cuando pensaba en su espíritu, es decir, como pensaba cuando pensaba por inclinación interior. La causa es que la voluntad es el mismo hombre y no el pensamiento sino en cuanto tenga en sí la voluntad, y la voluntad es la misma, naturaleza o carácter del hombre, por lo cual, esto de volver a ser introducido en su voluntad, equivale ser introducido en su naturaleza o carácter y asimismo en su vida, porque mediante la vida se reviste el hombre de una naturaleza; y permanece después de la muerte tal cual es la naturaleza adquirida en el mundo, la cual en los malos ya no puede mejorar y cambiar por medio del pensamiento o entendimiento de la verdad.

509. Puesto que los espíritus malos, mientras están en este segundo estado, se abandonan a toda clase de maldades, suelen ser castigados con frecuencia y rigurosamente. Los castigos son múltiples en el otro mundo, y no se tiene en consideración si la persona ha sido rey o siervo en el mundo. Todo mal lleva consigo el castigo; van unidos, por lo cual él que se halla en el mal se halla asimismo en el castigo del mal. Sin embargo nadie sufre allí castigo por el mal que ha cometido en el mundo, sino por el mal que allí comete. Pero resulta igual, y lo mismo se puede decir que sufren castigo por las maldades que hacen en la otra vida, puesto que cada uno vuelve después de la muerte en su vida y por lo tanto en iguales maldades, porque el hombre es tal cual ha sido en la vida de su cuerpo (n. 470-484). La causa de que sufren castigo es que el miedo del castigo es el único medio de subyugar los males en aquél estado. La amonestación no puede ya nada, la instrucción tampoco; ni el temor de la ley y de la reputación, puesto que obran por virtud de la naturaleza, a la cual no se puede poner restricciones, ni puede ser domada sino mediante castigo. Pero los espíritus buenos nunca son castigados por más que hayan cometido males en el mundo, porque sus males no vuelven a ellos, y asimismo he aprendido que sus males han sido de otra naturaleza, porque no han obrado contra la verdad, con intención ni por un corazón malo, mas por el mal que han recibido en herencia de sus padres, en cuyos males fueron introducidos por un placer ciego, hallándose en los exteriores, separado de los interiores.

510. Cada uno entra en su sociedad en la que ha estado su espíritu en el mundo, porque cada hombre se halla en cuanto a su espíritu unido a una sociedad, bien sea infernal, bien

EL CIELO Y EL INFIERNO

sea celestial. Que cada uno después de la muerte vuelve a su sociedad, puede verse n. 438; a esta sociedad es conducido el espíritu paso a paso y finalmente entra en la misma. Un espíritu malo se vuelve cuando se halla en su estado interior gradualmente a su sociedad y finalmente directo allá, antes de terminar este estado, y cuando el estado ha terminado el espíritu mismo, siendo malo, se lanza al infierno, donde se hallan sus parecidos: El acto mismo de lanzarse se presenta a la vista, como si cayera sobre la espalda, cabeza abajo y pies arriba. La causa de que se manifiesta así es que el espíritu se halla en un orden inverso, por haber amado las cosas infernales y rechazado las cosas celestiales. Algunos malos entran durante este segundo estado, de vez en cuando en los infiernos, y salen también, pero estos no parecen entonces arrojarse de espalda, como cuando se hallan completamente destruidos. La sociedad misma en la que se hallaban con respecto a su espíritu (mientras estaban en el mundo), se presenta asimismo a ellos, mientras están en el estado de sus cosas exteriores, con el fin de que sepan por ello de que se hallaban en el infierno aún (mientras estaban) en la vida del cuerpo, pero no en un estado igual al de aquellos que están en el mismo infierno, sino en un estado igual al de aquellos; que están en el mundo de los espíritus, de cuyo estado con relación al de aquellos que están en el infierno, se hablará en lo que sigue.

511. La separación de los espíritus buenos de los malos se efectúa en este segundo estado, porque en el primer estado están juntos, puesto que el espíritu mientras se halla en sus cosas exteriores es como cuando estaba en el mundo, por consiguiente juntos allí, el malo con el bueno, y el bueno con el malo. Otra cosa es cuando es introducido en sus cosas interiores, y abandonado a su naturaleza o a su voluntad; la separación de los buenos y de los malos se efectúa de varias maneras, generalmente con llevarlos por los alrededores a las sociedades con quienes habían tenido comunicación mientras estaban en su primer estado, por medio de buenos pensamientos e inclinaciones y por consiguiente a las sociedades, a las cuales mediante apariencia exterior habían inducido a creer que no eran malos; por la mayor parte suelen ser llevados a recorrer un ancho circuito, y en todas partes presentados ante los buenos tales como son en sí mismos; viéndoles se apartan entonces los espíritus buenos, y al apartarse ellos se apartan también los espíritus malos que son llevados de lugar a lugar, y vuelven la cara en dirección, opuesta a ellos; hacia el punto cardinal donde se encuentran sus sociedades infernales, en las cuales van a ingresar. Paso en silencio las varias otras maneras de separación.

53

EL TERCER ESTADO DEL HOMBRE DESPUÉS DE LA MUERTE: ESTADO DE INSTRUCCIÓN PARA AQUELLOS QUE ENTRAN AL CIELO

512. El tercer estado del hombre o de su espíritu después de la muerte es el estado de instrucción; este estado es para aquellos que van al cielo siendo hechos ángeles, pero no para aquellos que van al infierno, puesto que estos no pueden ser instruidos, por lo cual su segundo estado es también su tercero, terminando con volverse directamente ellos a su amor, por consiguiente a la sociedad infernal que se halla en igual amor. Hecho esto, quieren y piensan sólo por este amor, y por ser este amor infernal no quieren más que el mal y no piensan más que lo falso; estas cosas son su gozo, puesto que son de su amor, y en su consecuencia rechazan todo bien y toda verdad, que antes habían admitido, por haber servido a su amor como medios. Pero los buenos son conducidos desde el segundo estado al tercer estado, que es su estado de preparación para el cielo mediante instrucción.

Nadie puede ser preparado para el cielo, sino mediante conocimientos del bien y de la verdad, por consiguiente sólo mediante instrucción, porque nadie puede conocer lo que es el bien y la verdad espiritual, y lo que es el mal y la falsedad, que son opuestos a los primeros, a menos de ser instruido. Lo que es el bien y la verdad civil y moral, lo cual se llama rectitud y sinceridad, puede saberse en el mundo, puesto que allí hay leyes civiles que enseñan lo que es rectitud, y también existen tratos en los cuales el hombre aprende a vivir conforme a las leyes morales, las cuales todas se refieren a lo sincero y a lo recto. Pero el bien y la verdad espirituales no se aprenden del mundo, sino del cielo. Bien pueden saberse por las Escrituras y por la doctrina de la iglesia sacadas de la Escritura, pero no obstante no pueden influir en la vida si el hombre con respecto a sus cosas interiores, que son de la mente, no se halla en el cielo, y el hombre se halla en el cielo cuando reconoce lo Divino y asimismo obra con rectitud y sinceridad, por tener el deber de obrar así puesto que lo exige el Verbo; vive por consiguiente en rectitud y sinceridad a causa de lo Divino, y no a causa de sí mismo y del mundo, como fines. Nadie puede obrar de esta manera sin embargo, a menos de haber sido anteriormente instruido, acerca de que hay un Dios, un cielo y un infierno, que hay una vida después de la muerte, que se debe amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo; y que se debe creer lo que dice el Verbo, por ser el Verbo Divino. Sin conocimiento de estas cosas y reconocimiento de ellas el hombre no puede pensar espiritualmente, y sin pensar en ellas no las puede querer, porque el hombre no puede pensar en las cosas que ignora, y aquellas en que no piensa, no puede quererlas. Cuando, por lo tanto, el hombre quiere las cosas antes referidas, entonces influye el cielo, es decir, el Señor mediante el cielo, en la vida del hombre, porque influye en la voluntad y, mediante esta, en el pensamiento, y por conducto de ambos en la vida, porqué toda la vida del hombre se viene de allí. De ahí resulta claro que el bien y la verdad espiritual no vienen del mundo, sino del cielo, y que nadie puede ser preparado para el cielo, sino mediante instrucción. También es el caso que el Señor, en la medida que influye en el hombre, en esta medida le instruye, porque en esta medida despierta en la voluntad el deseo de conocer las verdades, y en la misma medida, ilumina el pensamiento al efecto de poder conocerlas y en la medida que esto acontece, se abren las cosas interiores del hombre, y se implanta en ellas el cielo, y además influye en la misma medida lo Divino y lo celestial en las cosas sinceras que pertenecen a la vida moral y en las rectas que pertenecen a la vida civil en el hombre, volviéndolas espirituales; puesto que el hombre entonces las hace por virtud de lo Divino, haciéndolas a causa de lo Divino. Las cosas sinceras y rectas que pertenecen a la vida moral y civil, las cuales de este origen se hacen por el hombre, son los efectos mismos de la vida espiritual y un efecto deriva su todo de su causa eficiente, porque cual esta es, tal es también aquel.

513. La instrucción se verifica por ángeles de varias sociedades, especialmente los que se hallan en la región del norte y del mediodía, porque estos ángeles tienen entendimiento y sabiduría en consecuencia de conocimientos del bien y de la verdad. Los lugares donde enseñan se hallan hacia el norte y son de diferentes clases, dispuestos y distinguidos según los géneros y especies celestiales, a fin de que se pueda instruir a todos y a cada uno en particular, según su carácter y facultad de recibir. Estos lugares se extienden allí, sobre un circuito bastante grande. Los buenos espíritus que han de ser instruidos son conducidos por el Señor, después de haber pasado su segundo estado, allí, en el mundo de los espíritus; pero no todos; porque los que en el mundo han sido instruidos han sido

EL CIELO Y EL INFIERNO

también preparados para el cielo, y son conducidos por otro camino al cielo; algunos inmediatamente después de la muerte, algunos después de una corta permanencia entre buenos espíritus, donde son apartadas las cosas más gruesas que han llevado consigo del mundo, adquiridas en puestos honoríficos y por riquezas, y siendo así purificados. Algunos son antes devastados, lo cual se efectúa en lugares debajo de las plantas de los pies, llamados la tierra inferior, donde algunos de ellos experimentan duros sufrimientos: estos son aquellos que se han confirmado en falsedades, y sin embargo han conducido una buena vida, porque falsedades confirmadas se adhieren fuertemente y hasta que hayan sido dispersadas no puede ver uno las verdades, por consiguiente tampoco recibirlas. Pero de las devastaciones y de la manera en que se verifican, se ha tratado en “Arcana Coelestia”.

514. Todos los que se hallan en los lugares de la instrucción habitan con distinción entre sí. Cada uno de ellos en particular se halla con respecto a sus cosas interiores unido con las sociedades del cielo, en las cuales han de ingresar. Siendo así que las sociedades se hallan ordenadas según la forma celestial (véase arriba, n. 200-212), lo están también por lo tanto los lugares en que se verifica la instrucción; por lo cual al ser estos lugares contemplados desde el cielo, aparecen como un cielo en menor forma; se extienden allí por lo largo, desde el este hacia el oeste, y por su anchura desde el sur hacia el norte, pero la anchura es menor que la largura según la apariencia. La organización en general es así; delante se hallan los que han muerto como niños, y hasta su primera adolescencia han sido educados en el cielo, siendo después de su estado de infancia cerca de sus institutrices, por el Señor conducidos allí e instruidos. Detrás de estos están los lugares donde se hallan los que han muerto adultos, y en el mundo se han hallado en inclinación a la verdad por el bien de su vida; detrás de estos están los que en el mundo fueron adictos a la religión musulmana y les llevaron una buena vida, reconociendo a un solo Ser Divino y al Señor como el mismo profeta, los cuales al abandonar a Mahoma, que ninguna ayuda puede prestarles, se dirigen al Señor, adoran a Él y reconocen su Divinidad, siendo entonces instruidos en la religión cristiana. Detrás de estos, más hacia el norte, están los lugares de instrucción de varias naciones idólatras, que en el mundo han conducido una buena vida en conformidad con su religión, adquiriendo por esto cierta conciencia, obrando recta y justamente, no tanto a causa de las leyes de su gobierno como a causa de las leyes de su religión, cuyas leyes, opinaban debían ser santamente observadas, y de ninguna manera violadas en actos y obras. Todos esos son fácilmente inducidos a reconocer al Señor, cuando hayan sido instruidos, porque han guardado en el corazón la idea de que Dios no es invisible, sino visible bajo forma humana. Estos exceden en número a los demás; los mejores entre ellos son de África.

515. Pero no todos son instruidos de la misma manera ni por una misma sociedad celestial. Los que desde la infancia han sido educados en el cielo son instruidos por ángeles del cielo interior, puesto que no han adquirido falsedades por errores de la religión, ni se ha resentido su vida espiritual por las asperezas de que traen consigo los puestos honoríficos y las riquezas en el mundo. Los que han muerto adultos son por la mayor parte instruidos por ángeles del cielo exterior, puesto que estos ángeles se adaptan más a ellos que los ángeles de los cielos interiores, porque estos últimos se hallan en una sabiduría interior, la cual todavía no pueden recibir. Los mahometanos, por otra parte, por ángeles que antes han sido de la misma religión, y convertidos a la religión cristiana. Los gentiles de igual manera por ángeles suyos.

516. Toda instrucción se verifica allí por medio de doctrina sacada del Verbo y no por medio del Verbo sin doctrina. Los cristianos son instruidos por medio de la doctrina celestial, la cual es de completo acuerdo con el sentido interior del Verbo. Los demás, como los gentiles y los mahometanos, por medio de las doctrinas que más se adaptan a su facultad de concepción, las cuales difieren de la doctrina celestial únicamente en que enseña la vida espiritual mediante las cosas morales, que concuerdan con sus buenos dogmas religiosos, conforme cuyas cosas morales han conducido su vida en el mundo.

517. Las instrucciones en los cielos difieren de las instrucciones en la tierra en que los conocimientos no se imparten a la memoria sino a la vida; porque la memoria de los espíritus se halla en su vida, siendo así que reciben y se empapan de todas las cosas que concuerdan con su vida, y las cosas que no concuerdan no las reciben, menos aun las embeben; los espíritus son inclinaciones, y se hallan por esto mismo en una forma humana semejante a su inclinación. Puesto que son así, se les inspira continuamente la inclinación a la verdad perteneciente al provecho de la vida, porque el Señor cuida de que cada uno ame los usos y provechos que concuerdan con su índole, cuyo amor es estimulado por la esperanza de llegar a ser ángeles; y siendo así que todos los usos y provechos del cielo se refieren al uso y provecho general, que es favorecer el reino del Señor, el cual allí es su patria, y siendo así que todo y cada uso y provecho son tanto más excelentes, cuanto más directa y plenamente miran a este uso y provecho general, por esta razón todos los innumerables usos y provechos, y cada uno de ellos, son buenos y celestiales, por lo cual la inclinación a la verdad en cada uno se combina con la inclinación al uso y provecho, hasta el punto de obrar como una cosa sola. Mediante esto se implanta la verdad en el uso, de modo que las verdades que aprenden son las verdades del uso. De esta manera son instruidos los ángeles-espíritus y preparados para el cielo. La inclinación a una verdad que concuerda con el uso y provecho, se las comunica por varios medios, la mayor parte de los cuales son desconocidos en el mundo; especialmente mediante representación de usos y provechos, cuyas representaciones en el mundo espiritual se hacen de mil maneras, y con tal delicia y placer que penetran en el espíritu desde los interiores, que pertenecen a su mente, hasta sus exteriores, que son de su cuerpo, afectándole así plenamente; a consecuencia de esto el espíritu viene a ser como su propio uso y provecho. Puede por esto constar que los conocimientos, que son verdades exteriores, no determinan la ida al cielo, sino la vida misma, que es la vida del uso y provecho, introducida mediante los conocimientos.

518. Hubo algunos espíritus que por su pensamiento en el mundo se habían persuadido de que irían al cielo, y serían allí recibidos con preferencia a otros, por haber sido doctos y porque habían conocido muchas cosas del Verbo y de las doctrinas de las iglesias; creyendo así que eran sabios, y que eran los de quienes se dice:

Que brillarán como el resplandor del firmamento, y como las estrellas (Daniel 12: 3).

Pero fueron examinados a fin de saber si sus conocimientos residían en su memoria o en su vida. Los que habían tenido una genuina inclinación a la verdad, es decir, a causa de los usos y provechos apartados de cosas mundanas y corporales, fueron después de ser instruidos asimismo recibidos en el cielo, y entonces les fue dado a conocer lo que brilla en el cielo, es decir, que es la Divina verdad, la luz celestial, en el uso y provecho el cual es el plano o base que recibe los rayos de aquella luz y las refleja con múltiples resplandores. Por otra parte, aquellos, cuyos conocimientos residían en la memoria solamente, por lo cual habían adquirido la facultad de raciocinar sobre las verdades, y

EL CIELO Y EL INFIERNO

confirmar las cosas que habían adoptado como verdades, las cuales por más que eran falsas, miraban sin embargo como verdaderas — estos pues, que no se habían hallado en luz alguna del cielo y no obstante a consecuencia del orgullo que por la mayor parte se adhiere a esta clase de entendimiento, en la creencia de que eran más doctos que otros, y que ello irían al cielo, donde les servirían los ángeles, fueron por esto, con el fin de que se apartasen de su necia creencia, elevados al primer cielo, o sea al exterior, para ser introducidos en cierta sociedad de ángeles allí. Pero cuando habían entrado, sus ojos empezaban, por la influencia de la luz del cielo, a oscurecerse; luego su entendimiento a confundirse, finalmente empezaban a luchar por falta de respiración como lucha un moribundo; y al percibir el calor del cielo, que es el amor celestial, empezaron a experimentar tormentos interiores. Fueron por lo tanto precipitados de allí, y luego instruidos de que los conocimientos no hacen el ángel, sino la vida misma adquirida mediante los conocimientos; siendo así que los conocimientos en sí y por sí considerados están fuera del cielo, pero la vida mediante los conocimientos dentro del cielo.

519. Cuando los espíritus en los lugares antes citados hayan sido preparados para el cielo mediante enseñanza; lo cual se verifica en breve tiempo, por la razón de que se hallan en ideas espirituales, las cuales abrazan varias cosas a la vez, se les pone vestiduras de ángeles, las cuales por la mayor parte son de un blanco resplandeciente como lienzo brillante, y son conducidos a un camino que se extiende arriba hacia el cielo, y allí son entregados al cuidado de ángeles guardianes; después son recibidos por otros ángeles y son introducidos en las sociedades y en varias felicidades allí. Cada uno es conducido luego por el Señor a su sociedad, igualmente por varios caminos, a veces por ambages. Los caminos por los cuales son conducidos no los conocen los ángeles, sino tan sólo el Señor. Al llegar a su sociedad son abiertas sus cosas interiores, y puesto que estas son similares a las de los ángeles que se hallan en la sociedad, son inmediatamente recibidos y reconocidos con alegría.

520. Añadiré a esto un detalle digno de memoria, referente a los caminos que desde aquellos lugares conducen al cielo, y por los cuales son introducidos los ángeles novicios. Hay ocho caminos; dos desde cada lugar de instrucción; uno de ellos sube por el lado del este, el otro por el lado del oeste. Los que entran en el reino celestial del Señor son introducidos por el camino del este, pero los que van al reino espiritual son introducidos por el camino del oeste; los cuatro caminos que conducen al reino celestial del Señor aparecen plantados de olivos y árboles frutales de varias clases; por otra parte, los que conducen al reino espiritual del Señor son plantados de viñas y laureles; esto a consecuencia de la correspondencia, siendo así que viñas y laureles corresponden a la inclinación a la verdad y a los usos y a los provechos de la misma, y "olivos" y "árboles frutales" corresponden a la inclinación, al bien y a sus usos y provechos.

54

NADIE ENTRA AL CIELO POR MERA MISERICORDIA SIN LOS MEDIOS NECESARIOS PARA ELLO

521. Los que no han sido instruidos con respecto al cielo y al camino que conduce al cielo, así como a la vida del cielo en el hombre, opinan que la admisión al cielo tiene lugar sólo y únicamente por misericordia; de la cual gozan aquellos que están en la fe, y por los cuales el Señor intercede; es decir, que son admitidos sólo por la gracia; por consiguiente que todos los hombres, cualesquiera que fuere el número, pueden ser salvos por beneplácito; hasta hay que opinan que los que están en el infierno pueden serlo. Pero

estos hombres nada saben con respecto al hombre; que este es exactamente cual es su vida, y su vida tal es su amor, no tan sólo con respecto a sus cosas interiores, que son de su voluntad e inteligencia, sino también con respecto a sus cosas exteriores, que son de su cuerpo, y que la forma corporal no es más que una forma exterior, en la que las cosas interiores se manifiestan en efecto, y que por ello todo nombre es su amor (véase arriba, m 363); tampoco saben que el cuerpo no vive de y por sí mismo, sino por su espíritu, y que el espíritu del hombre es su inclinación verdadera, y que su cuerpo espiritual es por cierto la inclinación del hombre en forma humana, en cuya forma también se halla después de la muerte (véase arriba, 453-460). Tanto como ignora estas cosas el hombre puede ser inducido a creer que la salvación es exclusivamente una complacencia Divina, que se llama misericordia y gracia.

522. Pero primero se dirá lo que es la Divina misericordia. La Divina misericordia es la pura misericordia para con todo el género humano para salvarlo, está asimismo presente con todo hombre, y nunca le abandona, por lo cual todo el que puede ser salvo, se salva; pero nadie puede ser salvo sino por medios Divinos, cuyos medios se hallan revelados por el Señor, en el Verbo. Los medios Divinos son los que se llaman las Divinas verdades; éstas enseñan como el hombre ha de vivir, a fin de poder salvarse. El Señor guía por medio de ellas el hombre al cielo, y le da mediante ellas vida celestial; esto hace el Señor con todos, pero no puede dar la vida del cielo más que a los que se abstienen de obrar el mal, porque el mal se opone. Por consiguiente, en la medida en que el hombre se abstiene de obrar el mal le guía el Señor por sus medios Divinos, por pura misericordia, y esto desde la infancia hasta el fin de su vida en el mundo, y luego eternamente, y esta es la Divina misericordia de que se trata. Es por esto claro que la misericordia del Señor es pura misericordia, pero no inmediata, es decir, no es así que salva a todos por beneplácito, cualquiera que haya sido la calidad de su vida.

523. El Señor nunca obra en contra del orden, puesto que Él mismo es el orden. La Divina verdad que procede del Señor es lo que hace el orden, y las verdades Divinas son las leyes del orden; según estas guía el Señor al hombre, por lo cual el salvar al hombre por inmediata misericordia es contrario al Divino orden, y lo que es contrario al Divino orden es contrario a lo Divino. El Divino orden es el cielo en el hombre; este cielo ha sido pervertido, por el hombre, por medio de una vida contraria a las leyes del orden que son las Divinas Verdades; a este orden es reestablecido el hombre por pura misericordia por el Señor mediante las leyes del orden y en cuanto es restablecido tanto recibe en sí el cielo, y quien recibe en sí el cielo entra en el cielo. Por esto es evidente, otra vez, que la Divina misericordia del Señor es pura misericordia, pero no inmediata.

524. Si los hombres pudiesen ser salvos por inmediata misericordia se salvarían todos, también los que están en el infierno; es más, no existiría el infierno, puesto que el Señor es la misericordia misma, el amor mismo, y el bien mismo, por lo cual es contrario a su Divinidad decir que puede salvar a todos directamente y que no los salva. Por el Verbo se sabe que el Señor quiere la salvación de todos y que ninguno se pierda.

525. La mayor parte de los que del mundo cristiano entran en la otra vida llevan la creencia consigo de que serán salvos por inmediata misericordia, porque imploran esta; pero al ser examinados ha resultado manifiesto que han creído que entrar en el cielo es sencillamente ser admitidos en él, y que se encuentran en el gozo celestial tan pronto sean introducidos, ignorando por completo lo que es el cielo y el gozo celestial; por lo cual se les ha dicho que el Señor no niega admisión en el cielo a persona alguna, y que pueden

EL CIELO Y EL INFIERNO

ser introducidos si así desean y también quedarse allí. Los que deseaban esto fueron introducidos, pero al llegar al primer umbral, el calor celestial, que es el amor en el cual se hallan los ángeles, y la influencia de la luz celestial, que es la Divina verdad, les causaron tal angustia de corazón que experimentaban en sí un tormento infernal en vez de un gozo celestial, y heridos por esto, se precipitaron de allí. De esta manera fueron informados que el cielo a nadie puede ser dado por inmediata misericordia.

526. He hablado algunas veces con los ángeles acerca de este particular, y he dicho que la mayor parte de los hombres en el mundo que viven en el mal, y hablan con otros acerca del cielo y de la vida eterna, siempre dicen que eso de entrar en el cielo es ser introducido allí, por mera misericordia, y esto creen aquellos que hacen de la fe el único medio de salvación, porque estos, a causa del dogma fundamental de su religión, no miran a la vida y a las obras del amor que constituyen la vida, por consiguiente a otros medios tampoco, por conducto de los cuales el Señor introduce el cielo en el hombre, y hace que pueda recibir el gozo celestial. Así, rechazando todo cuanto en efecto es medio, concluyen como consecuencia necesaria del dogma fundamental, que es un hecho, el que el hombre va al cielo por mera misericordia, a cuya misericordia el Padre, según dicen, es movido por la intercesión del Hijo. A esto han contestado los ángeles, que saben que tal dogma necesariamente sigue de la doctrina fundamental adoptada de la fe sola, en que se halla actualmente la iglesia con respecto al Señor, al cielo, a la vida después de la muerte, al gozo celestial, a la naturaleza del amor y de la caridad, y en general al bien y a su conjunción con la verdad, por consiguiente a la vida del hombre, de donde procede, y erial y como es, cuya vida sin embargo nadie tiene en virtud del pensamiento, sino en virtud de la voluntad, y por ello, por los actos y obras, y que es del pensamiento tan sólo en cuanto este lleva consigo la voluntad; por consiguiente que no es ele la fe, sino en la medida que esta lleva en sí el amor. Los ángeles se lamentan de que los hombres mencionados no sepan que una fe sola no puede existir en persona alguna, siendo así que la fe, sin su fuente que es el amor, no es más que un saber, y en algunos una cosa imaginaria, que presenta la apariencia de la fe (véase arriba, n. 482); cuya cosa imaginaria no se halla en la vida del hombre sino fuera de ella, porque se separa del hombre si no forma uno con el amor. Además han dicho que los que se hallan con tal dogma principal con respecto al medio esencial de la salvación del hombre, no pueden menos de creer en una misericordia inmediata, puesto que por la luz, natural, y asimismo a causa de la experiencia adquirida mediante la vista, perciben que una fe separada no constituye la vida de hombre, puesto que aquellos que conducen una vida mala también pueden pensar e imaginarse tales cosas. De ahí viene la creencia de que los malos pueden ser salvos, lo mismo que los buenos con tal que en la hora de morir hablen con confianza de la intercesión, y mediante ella, misericordia. Los ángeles aseguraron que hasta entonces no habían visto hombre alguno que, habiendo conducido vida mala, fuese recibido en el cielo por inmediata misericordia, por más que en el mundo hubiese hablado con esperanza y confianza, lo cual en sentido elevado se entiende por fe. Al ser preguntados si Abrahán, Isaac, Jacob y David, y los apóstoles habían sido, recibidos en el cielo por mera misericordia, contestaron que ninguno de ellos habían sido así recibidos; y que cada uno de ellos había sido admitido con arreglo a su vida en el mundo; que saben donde se encuentran y que allí no gozan de más estima que otros. Han dicho que la causa de su mención honorable en el Verbo es que por ellos se entiende en él sentido interior el Señor. Por Abrahán, Isaac y Jacob, el Señor con respecto a lo Divino y la Divina

Humanidad; por David, el Señor con respecto a la Divinidad regia, y por los apóstoles, el Señor con respecto a las Divinas verdades; que nada perciben de sus personas, cuando el Verbo es leído por el hombre, puesto que los nombres no entran en el cielo, sino en lugar de ellos, perciben al Señor, como se acaba de decir, y que por lo mismo no son mencionados en lugar alguno en el Verbo que está en el cielo (del cual arriba, n. 259), puesto que ese Verbo es el sentido interior del Verbo que se halla en el mundo.

527. Que es imposible el introducir la vida del cielo en aquellos que en el mundo han conducido una vida contraria a la vida del cielo, puedo testificar por abundante experiencia. Hubo quienes habían creído que recibirían fácilmente las verdades Divinas después de la muerte, oyéndolas de los ángeles; que creerían y que por consiguiente vivirían de diferente manera, y que de ese modo serían recibidos en el cielo. Esto se ha ensayado con muchos, sin embargo, tan sólo con los que tenían semejante creencia, fue a los que se les permitió dicha experiencia, a fin de que aprendiesen que no pueden arrepentirse después de la muerte. Algunos de los que sufrieron la experiencia entendieron las verdades y parecían admitirlas, pero apenas vueltos de nuevo hacia la vida de su amor, las rechazaban y hasta hablaban en contra de ellas; algunos las rechazaban inmediatamente, negándose a escucharlas. Algunos deseaban que la vida del amor que habían llevado consigo desde el mundo les fuese quitada y en su lugar les fuese introducida una vida angelical, o la vida del cielo. Esto siéndoles concedido, se hizo asimismo con ellos, pero al serles quitada la vida de su amor, cayeron como muertos sin imperio alguno sobre sí mismos. Por estas y otras experiencias quedaron enterados los buenos de corazón sencillo, de que después de la muerte no puede cambiar la vida de hombre alguno, y que una vida mala no puede posiblemente transformarse en una vida buena, o sea que una vida infernal no puede ser transformada en una vida angelical, siendo así que todo espíritu es de pies a cabeza precisamente tal cual es su amor, por consiguiente, tal cual es su vida, y cambiar esta en otra es destruir el espíritu por completo. Los ángeles aseguran que es más fácil transformar una lechuza en una paloma y un murciélago en un ave del paraíso que transformar un espíritu infernal en un ángel del cielo. Que el hombre después de la muerte permanece tal cual haya sido su vida en el mundo puede verse arriba (n. 470-484). Puede por esto constar que nadie puede ser recibido en el cielo por inmediata misericordia.

55

NO ES TAN DIFÍCIL VIVIR LA VIDA QUE CONDUCE AL CIELO COMO MUCHOS CREEN

528. Algunos creen que es difícil vivir una vida que conduce al cielo, la cual se llama vida espiritual; y esto porque han oído decir que el hombre tiene que renunciar al mundo, y deshacerse de las concupiscencias llamadas del cuerpo y de la carne, y que ha de vivir una vida espiritual, por cuyas cosas entienden que han de renunciar a las cosas del mundo que principalmente son riquezas y puestos de honor, de ir continuamente en piadosa meditación acerca de Dios, de la salvación, y de la vida eterna, y pasar su vida en oraciones, lectura del Verbo y de libros píos. Creen que esto es renunciar al mundo, y vivir en el espíritu y no en la carne. Pero la cosa es muy diferente, según me ha sido manifestado por abundante experiencia y por conversación con los ángeles; es más, los que renuncian al mundo y viven en el espíritu de esta manera se preparan para sí una vida triste, la cual no puede recibir el gozo celestial, puesto que la vida de cada uno le sigue y

EL CIELO Y EL INFIERNO

le espera; pero a fin de que el hombre pueda recibir la vida del cielo es preciso que viva la vida del mundo y en el mundo, y se ocupé allí en oficios y tratos, recibiendo entonces en sí, mediante la vida moral y civil, la vida espiritual; así y no de otra manera puede formarse en el hombre la vida espiritual, y prepararse su espíritu para el cielo; porque vivir una vida interior y no simultáneamente una vida exterior, es como vivir en una casa que no tiene fundamentos y a poco a poco se hunde, o en la que se abre rendijas y hendiduras; que vacila y cruje hasta que cae en ruinas.

529. Si la vida del hombre es contemplada y examinada en un análisis racional, se encuentra que es de triple naturaleza, es decir, una vida espiritual, una vida moral, y una vida civil, y que estas vidas son distintas; porque hay hombres que viven una vida civil, y sin embargo no viven una vida moral y espiritual; hay hombres quienes viven una vida moral y no una vida espiritual; hay en fin, quienes viven una vida civil y también una vida moral y espiritual; estos últimos son los que conducen una vida que les lleva al cielo, pero los anteriores son los que conducen la vida mundana, apartada de la vida del cielo. Por esto se ve en primer lugar que la vida espiritual no está separada de la vida del mundo o de la vida natural, sino que se halla aquella unida a esta como el alma con su cuerpo, y que apartarla sería como vivir en una casa que no tiene fundamento según se acaba de decir más arriba. La vida moral y civil es da actividad de la vida espiritual, porque la vida espiritual es querer el bien, y la vida moral y civil es obrar el bien; si esta se separa de aquella la vida espiritual no consistiría más que en pensamientos y palabras, y la voluntad sucumbiría por no encontrar apoyo; y sin embargo la voluntad es el hombre espiritual mismo.

530. Que no es tan difícil como parece el vivir una vida que conduce al cielo, puede verse por lo que a continuación se sigue: ¿Quién no puede conducir una vida civil y moral? — porque todo hombre es introducido en esta vida y familiarizado con ella, desde la infancia, y su vida en el mundo prueba que lo puede. Todos, tanto buenos como malos, la conducen asimismo, porque ¿quién no desea que se le llame sincero, quién no desea ser considerado como recto y justo? Casi todos profesan sinceridad y rectitud en lo exterior, hasta el punto de que parece como si fueran sinceros y justos en el corazón o como si obrasen por la rectitud y sinceridad mismas. Así debe vivir un hombre espiritual, y lo puede con tanta facilidad como un hombre natural; pero con la diferencia de que un hombre espiritual cree en lo Divino, y obra con sinceridad y con rectitud, no tan sólo porque es conforme a las leyes civiles y morales, sino también porque es conforme a las leyes Divinas, porque, pensando en las leyes Divinas mientras obra, tiene comunión con los ángeles del cielo y en la medida en que obra se une con ellos, y así se abre su hombre interior, el cual, en sí y por sí considerado, es el hombre espiritual. Cuando el hombre es así es elevado y guiado por el Señor sin tener de ello conocimiento, y lo sincero y recto que obra perteneciente a la vida moral y civil, lo ejecuta entonces por principio espiritual, y ejecutar lo sincero y recto por principio espiritual es ejecutarlo por la sinceridad y la rectitud misma, o sea ejecutarlo de corazón. La rectitud y la sinceridad de este hombre parece en su forma exterior exactamente igual a la rectitud y sinceridad de los hombres naturales y hasta de los hombres infernales, pero en la forma interior son completamente diferentes. Es que los malos obran recta y sinceramente tan sólo a causa de sí mismos y del mundo, por lo cual si no fuera porque temen las leyes y el castigo así como la pérdida de su reputación, de su honor, de ganancias y de la vida, obrarían del todo insincera y falsamente, puesto que no temen a Dios ni ley alguna Divina. No es pues un vínculo

interior que les impide, por lo cual entonces engañarían, robarían y saquearían a otros cuanto podrían y esto por gozo. Que son así interiormente se ve claramente por semejantes individuos en la otra vida, cuando los exteriores se quitan de cada uno, siendo abiertos los interiores en los cuales por fin existen eternamente (véase arriba, ni 499-511); y puesto que entonces obran sin restricción exterior, la cual, como se acaba de decir arriba es temor de las leyes, de la perdida de reputación, honra, ganancia y vida, obran por lo mismo neciamente, riéndose de la sinceridad y de la rectitud. Por otra parte, los que han obrado sincera y rectamente a causa de las leyes Divinas, obran sabiamente después de serles quitados los exteriores y ser introducidos en los interiores, puesto que se hallan en comunicación con los ángeles del cielo, los cuales les proporcionan sabiduría. Por esto puede constar que un hombre espiritual puede obrar exactamente como un hombre natural, con respecto a la vida civil y moral, con tal que se halle en comunicación con lo Divino con respectó al hombre interior, o sea con respecto a la voluntad y al pensamiento (véase arriba, n. 358, 360).

531. Las leyes de la vida espiritual, las de la vida civil y las de la vida moral son también consignadas en los diez mandamientos del decálogo; las de la vida espiritual en los tres primeros, las de la vida civil en los cuatro siguientes y las de la vida moral en los tres últimos. Un hombre exclusivamente natural vive exteriormente en conformidad con los mismos mandamientos, de igual manera que un hombre espiritual, porque adora de igual manera a lo Divino, va al templo, escucha sermones, compone su rostro para la adoración, no mata, no comete adulterio, no roba, no da falso testimonio, no engaña a los compañeros con respecto a sus bienes; estas cosas las hace, sin embargo sola y exclusivamente por consideración a sí mismo, y al mundo a causa de su reputación; pero este mismo hombre es, en cuanto a su interior completamente contrario a lo que exteriormente aparenta ser, puesto que en el corazón niega a lo Divino. En la adoración, hace el papel de hipócrita; cuando a solas medita, se ríe de las cosas sagradas de la iglesia, creyendo que sólo sirven para contener a las masas ignorantes; de ahí resulta que es completamente separado del cielo, por lo cual no siendo espiritual tampoco es; hombre moral, ni hombre civil; porque a pesar de que no; mata, odia, sin embargo, a cualquiera que se le opone, y arde en sentimientos de venganza a consecuencia del odio, por lo cual mataría, caso de no retenerle las leyes civiles y los estorbos exteriores que son temores; siendo así que anhela matar, resulta que mata continuamente. Por más que no comete adulterio, es, sin embargo, adultero, puesto que considera lícito el adulterio, porque de esta manera lo comete en la medida en que puede, y con la frecuencia posible. El mismo hombre por más que no roba, es en su espíritu ladrón, puesto que codicia los bienes ajenos, no reconociendo que engaños y artificios son contrarios a la justicia. De igual manera a los mandamientos de la vida moral, los cuales son, no dar falsos testimonios y no ambicionar los bienes ájenos. Tal es todo hombre que niega lo Divino y no tiene por la religión conciencia alguna. Que son tales se ve claramente por semejantes individuos en la otra vida; cuando, después, de serles quitados los exteriores, les son introducidos en los interiores, obran como uno con el infierno, puesto que están separados del cielo, y por lo tanto se unen a los que se hallan en el infierno. Otra cosa sucede con los que en su corazón han reconocido lo Divino, y en los actos y obras de su vida han reparado en las leyes Divinas, obrando en conformidad con los tres primeros mandamientos del decálogo, tanto como con dos demás; estos cuando después de serles quitados los exteriores son introducidos en los interiores, son más sabios que cuando estaban en el

EL CIELO Y EL INFIERNO

mundo. Al entrar en sus cosas interiores, entran como de la sombra en la luz, de ignorancia a sabiduría, y de una vida triste a una vida bienaventurada, puesto que se hallan en lo Divino, por consiguiente en el cielo. Esto queda dicho con el fin de que se sepa cual y como es uno y otro, por más que exteriormente hayan conducido igual vida.

532. Todos pueden saber que los pensamientos se dirigen y se extienden conforme las inclinaciones, o sea, hacia donde, se inclina el hombre, porque los pensamientos son la vista interior del hombre, cuya vista funciona bajo iguales condiciones que la vista externa, dirigiéndose hacia donde es inclinada, y deteniéndose en el punto señalado por la intención. Si por lo tanto la vista interior o sea el pensamiento es dirigido hacia el mundo, y se de tiene allí, resulta que el pensamiento se vuelve mundano: si es dirigido hacia la persona misma, el honor propio se desvía del cielo, hundiéndose en lo corporal; y si es dirigido al mundo, se aparta igualmente del cielo y baja hacia las cosas que se hallan delante de los ojos es el amor del hombre que crea la intención y que inclina la vista exterior, o sea el pensamiento del hombre, hacia sus objetos; el amor propio por consiguiente hacia la persona misma y hacia lo propio; el amor al mundo hacia las cosas mundanas, y el amor celestial hacia las cosas celestiales. Por estas cosas puede conocerse en que estado se hallan las cosas interiores del hombre; cuando se conoce su amor, es decir, que en él que ama el cielo, las cosas interiores se elevan hacia el cielo, hallándose abiertas por la parte superior; en él que ama el mundo y en él que ama a sí mismo las cosas interiores se hallan cerradas en la parte superior y abiertas hacia el exterior. Por lo mismo se puede concluir que si las cosas superiores, pertenecientes a la mente, están cerradas por arriba, el hombre no puede ya ver las cosas que pertenecen al cielo y a la iglesia, hallándose estas cosas en él en densas tinieblas, o bien son denegadas, o bien no se comprenden; De ahí viene que aquellos que aman el mundo y a sí mismos sobre todas las cosas, por hallarse cerradas las cosas superiores de sus mentes, niegan en el corazón las Divinas verdades, y caso de hablar de ellas por la memoria, no las comprenden; las consideran asimismo de idéntica manera que consideran las cosas mundanas y corporales; y puesto que son así no pueden acoger en su ánimo más que las cosas que entran por conducto de los sentidos corporales, de estas exclusivamente se gozan. Entre estas cosa se hallan también muchas que son impuras, indecentes, sacrílegas y viciosas, las cuales no pueden ser apartadas, puesto que en las mentes de los mencionados hombres no existe influencia del cielo, siendo así que estas mentes se hallan cerradas en su parte superior según queda dicho. La intención del hombre que determina su vista interior o pensamiento, es su voluntad, porque lo que el hombre desea está en su intención, y lo que está en su intención esto piensa. Si por lo tanto el objeto de su intención es el cielo, su pensamiento se inclina hacia este, y con él toda su mente, la cual por consiguiente se halla en el cielo; a consecuencia de esto mira luego las cosas del mundo por debajo de sí, cómo quien mira desde el tejado de su casa. De allí viene que el hombre, cuyas cosas interiores, pertenecientes a su mente, se hallan abiertas, puede ver los males y las falsedades que hay en él, porque estas se hallan debajo de la mente espiritual; y por el contrario, el hombre cuyas cosas interiores no se hallan abiertas no puede ver sus males y sus falsedades, puesto que se halla en medio de ellas y no por encima de ellas. Por esto se puede saber de donde procede la sabiduría del hombre, y de donde procede su necedad, y también cual y como será el hombre después de la muerte, cuando queda en libertad de querer y pensar, así como de obrar y hablar en conformidad con sus cosas interiores. Esto

queda asimismo dicho a fin de que se sepa como es él hombre interiormente, por más que exteriormente es similar a otro.

533. Que no están difícil vivir una vida del cielo, como se cree, es por lo tanto claro, porque al presentarse una cosa en la cual, se sabe que no hay sinceridad ni rectitud, y hacia la cual se siente atraído el ánimo, tan sólo es necesario pensar que no se debe hacer esta cosa, porque es contraria a los Divinos mandamientos. Habitándose el hombre a pensar así, y practicándolo hasta hacerlo costumbre, se une poco a poco al cielo, y en la medida en que es unido al cielo se abren sus cosas interiores, pertenecientes a su mente, y a medida que se abren, conoce lo que es insincero y lo que carece de rectitud y en la medida en que conozca estas cosas pueden ser disipadas, no pudiendo ningún mal ser alejado hasta ser conocido. Este es un estado en que puede entrar el hombre por su propia iniciativa, porque — ¿quién no puede pensar de la manera indicada libremente? Pero después de hallarse introducido en el misino, obra en él el Señor todos los bienes, y hace que no tan sólo conozca los males, sino también que los rechace, y finalmente que los aborrezca. Esto es lo que se entiende por las palabras del Señor:

Mi yugo es suave y ligera mi carga (Mateo 11: 30).

Hay también que saber que la dificultad en pensar así, y en resistir los males, aumenta a medida que el hombre por su voluntad obra el mal, porque en esta medida se acostumbra a ellos, hasta que finalmente no los percibe, y luego los ama y los mira con indulgencia por el goce del amor, confirmándolos mediante toda clase de ideas mentirosas, llamándolos lícitos y buenos; pero esto se verifica en aquellos que en su adolescencia se lanzan por la vía del mal desenfrenadamente, expulsando al mismo tiempo de su corazón las cosas Divinas.

534. Una vez me fue presentado el camino que conduce al cielo, y aquel que conduce al infierno. Era un camino ancho, extendiéndose hacia la izquierda ó hacia, el norte. Aparecían una multitud, de espíritus que andaban en el; pero a una distancia se veía una piedra bastante grande, en donde terminaba el camino ancho; desde el punto donde terminaba esta piedra, salían dos caminos, uno hacia la izquierda y otro opuesto, hacia la derecha; el camino que se extendía hacia la izquierda era estrecho y angosto, y rodando por el monte conducía hacia el sur, así pues a la luz del cielo; el camino que se extendía hacia la derecha era ancho y amplió, y bajaba en dirección oblicua, hacia el infierno. Todos se veían al principio andar por un mismo camino, hasta la piedra grande en el punto donde se separaban los caminos, pero al llegar; allí, se separaban, y los buenos se inclinaban hacia la izquierda, entrando por la vía estrecha que conduce al cielo, pero los malos no notaron da piedra en el punto de la división del caminó, y cayeron sobre ella, levantándose, y una vez levantados, corrieron adelante por la vía ancha, que se extendía hacia la derecha, bajando al infierno. Después fue explicado lo que significaban todas éstas cosas, es decir, que por la primera vía que era ancha en la cual andaban juntos, y malos y buenos, conversando como amigos, no pudiendo notarse por la vista diferencia alguna entre ellos, significaban los que en cuanto a lo exterior vivían de una misma manera, sincera y rectamente, no pudiéndose distinguir entre ellos por la vista. Por la división del camino o sea la piedra del ángulo, sobre la cual cayeron los malos y desde la cual corrieron adelante por el camino que conduce al infierno, se significaba la Divina verdad, denegada por los que miran hacia el infierno. En el sentido más elevado se entiende por esa piedra la Divina Humanidad del Señor. Pero los que reconocían la Divina verdad, así como la Divinidad del Señor, fueron conducidos por el camino que se

EL CIELO Y EL INFIERNO

extiende hacia el cielo. Por esta experiencia fue una vez más manifiesto que tanto los malos como los buenos conducen la misma vida exteriormente, o sea que andan por un mismo camino; y por consiguiente que el uno lo hace como el otro, y no obstante sólo los que reconocen lo Divino en el corazón y en la iglesia, especialmente los que reconocen la Divinidad del Señor, son conducidos al cielo, pero los que no la conocen son conducidos al infierno. Los pensamientos del hombre que salen de su intención o de su voluntad se representan en la otra vida por caminos. Allí los caminos se presentan en un todo también, con arreglo a los pensamientos de la intención, y cada uno anda asimismo conforme sus pensamientos que proceden de la intención. De ahí que los espíritus se dejaran conocer por sus caminos, cuales y como son, y también cuales son sus pensamientos. Por ello ha resultado claro también lo que se entiende por las palabras del Señor:

Entrad por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición; y muchos son los que entran en ella, porque estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida y pocos son los que lo hallan (Mateo 7: 13, 14).

Que el camino que conduce a la vida es angosto no es porque es difícil, sino porque son pocos los que lo hallan, como se dice. Por la piedra que se veía en el punto de la división, donde terminaba la vía ancha común y desde la cual se veían dos caminos extenderse en direcciones opuestas, ha resultado claro lo que se entiende con las palabras del Señor:

¿Acaso no habéis leído lo que está escrito, La piedra que condenaron, los edificadores, esta fue por cabeza de esquina? Cualquiera que cayera sobre aquella piedra será quebrantado;(Lucas, 20: 17,18).

La "piedra" significa la verdad Divina y la "Piedra de Israel" el Señor con respecto, a la Divina Humanidad; los "edificadores" son los que pertenecen a la iglesia; cabeza de esquina es donde se separan los caminos; caer y ser quebrantado" es renegar y perecer.

535. Me ha sido permitido hablar con algunos en la otra vida, que se alejaron; de los tratos del mundo con el fin de vivir piadosa y santamente, y asimismo con algunos que se han impuesto privaciones de varias maneras, por pensar que esto era renunciar al mundo, y subyugar los apetitos de la carne; pero puesto que mediante esto han adquirido una vida triste y habiéndose apartado de la vida de caridad, cuya vida no puede conducirse sino en el mundo, la mayor parte no pueden ser unidos a los ángeles, puesto que la vida de los ángeles es alegre por el gozo, y consiste en des. empeñar buenos oficios, cuales son las obras de caridad, los que han conducido una vida separada del mundo arden además por obtener mérito, y por ello anhelan incesantemente el cielo, y piensan en el gozo celestial como retribución, ignorando por completo lo que es el gozo celestial; y cuando son introducidos entre los ángeles y en el gozo de estos cuyo gozo no encierra en sí el mérito, consistiendo en servicios activos y manifiestos oficios, y en el gozo que procede del bien que mediante estos ejercen, se asombran como si vieran cosas que no pertenecen a la fe, y puesto que no pueden recibir este gozo, se alejan y se unen a los suyos, que han conducido una vida similar en el mundo. Por otra parte, los que han vivido cómo santos, continuamente en los templos, en oraciones, y que han infligido sufrimientos a sus almas, pensando en sí mismos que por esto habían de ser honrados con preferencia a otros y que finalmente habían de ser venerados como santos después de la muerte, no están en el cielo en la otra vida, puesto que han hecho tales cosas por causa de sí mismos, y puesto que han unido las Divinas verdades al egoísmo; sumergiéndolas en este; algunos de ellos son tan estúpidos que se creen dioses, por lo que se hallan entre tales en el infierno;

algunos son mañosos y engañadores, y están en los infiernos de éstos últimos; estos son los que en la vida exterior; han cometido tales engaños por astucia y trabas, mediante los cuales han inducido al vulgo a creer que había en ellos, Divina Santidad. Tales son varios santos de la religión papal; con algunos de ellos me ha sido permitido hablar; y entonces su vida me ha sido abiertamente revelada, cual y como había sido en el mundo, y después. Esto se ha dicho con el fin de que se sepa que la vida que califica para el cielo no es una vida aislada del mundo, sino una vida en el mundo, y que la vida de santidad sin la vida de caridad, cuya vida existe exclusivamente por los tratos con el mundo, no conduce al cielo, más la vida de caridad conduce allá, y esta vida es obrar sincera y rectamente en todo trato, por principio interior, o sea por móvil celestial, cuyo móvil se halla dentro de esa vida cuando el hombre obra con rectitud y sinceridad, por ser esto conforme a las leyes Divinas. Esta vida no es difícil, pero una vida de piedad, apartada de la vida del amor al prójimo, es difícil, y sin embargo esta vida desvía del cielo cuanto de ella se cree que conduce al cielo.

— Parte III — El Infierno

56

EL SEÑOR GOBIERNA LOS INFIERNOS

536. En lo precedente, que trata del cielo, se ha manifestado abundantemente que el Señor es el Dios del cielo (especialmente, n. 2-6), que por consiguiente todo gobierno del cielo pertenece al Señor, y puesto que la relación del cielo con el infierno y del infierno con el cielo es como la relación entre dos cosas contrarias, que mutuamente se hacen oposición, de cuya acción y reacción resulta el equilibrio en el cual subsisten todas las cosas, es preciso, a fin de que todas cosas y cada una en particular se mantengan en equilibrio, que Él que gobierna (este) también gobierne (aquel), porque de no mantener dentro de límites un mismo Señor las agresiones del infierno y moderar las locuras allí, desaparecería el equilibrio y con el equilibrio el todo.

537. Pero diremos aquí primero algo acerca del equilibrio. Sabido es que cuando dos personas se oponen mutuamente, repeliendo y resistiendo una a medida que la otra impele e insiste, ninguna de ellas tiene poder, puesto que ambas usan igual fuerza, pudiendo entonces cada una manejarse por una tercera persona al antojo de ésta, porque no teniendo poder ninguna de las dos a consecuencia de la igual resistencia, el poder de la tercera lo hace todo y tan fácilmente como si no hubiera resistencia alguna. Tal equilibrio existe entre el infierno y el cielo pero no es un equilibrio como entre dos, que luchan cuerpo a cuerpo, equivaliendo la fuerza del uno a la del otro, sino que es un equilibrio espiritual, es decir, un equilibrio de la falsedad contra la verdad y del mal contra el bien. El infierno exhala continuamente la falsedad procedente del mal, y el cielo continuamente la verdad procedente del bien; este equilibrio es lo que hace que el hombre puede pensar y querer con libertad, porque todo cuanto el hombre piensa y quiere se refiere o bien al mal y por consiguiente a la falsedad, o bien al bien y por lo tanto a la verdad, por lo cual, encontrándose uno en este equilibrio, se halla en libertad de admitir o recibir el mal y con este la falsedad del infierno o bien de admitir o recibir el bien y por

EL CIELO Y EL INFIERNO

este la verdad del cielo. En este equilibrio es mantenido cada hombre por el Señor, puesto que Él gobierna ambos, tanto el cielo cuanto el infierno; pero la razón por la cual el hombre es mantenido en libertad mediante este equilibrio, y que el mal y la falsedad no le es quitado por el poder Divino introduciendo en él el bien y la verdad, se dirá más adelante en su artículo.

538. Varias veces me ha sido permitido percibir la esfera de la falsedad procedente del mal, que exhala el infierno; era como un continuo esfuerzo de destruir todo bien y toda verdad, unido a una ira y casi rabia por no poderlo con seguir, especialmente un esfuerzo de destruir la Divinidad del Señor, y esto porque de Él viene todo bien y toda verdad. Del cielo percibí por el contrario una esfera de verdad por el bien, mediante la cual fue refrenada la ira del esfuerzo que procedía del infierno, de lo cual resultó el equilibrio. La esfera que sentía venir del cielo procedía del Señor exclusivamente, por más que parecía proceder de los ángeles en el cielo. La razón de que procedía del Señor exclusivamente, y no de los ángeles, era que todo ángel en el cielo reconoce que ningún bien y ninguna verdad vienen de él mismo, sino que todo viene del Señor.

539. Toda potencia en el mundo espiritual pertenece a la verdad que procede del bien, y ninguna potencia pertenece a la falsedad, que procede del mal. La razón por la cual toda potencia pertenece a la verdad del bien es que lo Divino mismo en el cielo es el Divino bien y la Divina verdad, y lo Divino tiene toda potencia. La razón por la cual la falsedad que procede del mal no tiene poder alguno, es que todo (poder) pertenece a la verdad del bien y en la falsedad del mal no existe ninguna verdad de bien; de ahí viene que todo poder se halla en el cielo y ninguno en el infierno. Cada uno en el cielo se halla en verdades por el bien, y cada uno en el infierno se halla en falsedades por el mal, porque nadie es admitido en el cielo hasta que esté en verdades por el bien, y nadie es echado al infierno hasta que se halla en falsedades por el mal. Que así es puede verse en los artículos que tratan del primero, segundo y tercero estado del hombre después de la muerte (n. 491-520); y que toda potencia pertenece a la verdad del bien, en el artículo del poder de los ángeles de los cielos (n. 228-233).

540. Esto es el equilibrio entre el cielo y el infierno. Los que se hallan en el mundo de los espíritus se hallan en este equilibrio, porque el mundo de los espíritus se halla en el medio entre el cielo y el infierno, y a consecuencia de esto son mantenidos en equilibrio, igualmente todos los hombres en el mundo, porque los hombres en el mundo son gobernados por el Señor mediante los espíritus que se hallan en el mundo de los espíritus, de cuyo particular se tratará más adelante en su artículo. Tal equilibrio no puede existir si el Señor no gobierna ambos, tanto el cielo cuanto el infierno, moderando por ambos lados; de lo contrario rebosarían las falsedades que vienen del mal, y afectarían a los de sencilla bondad que se hallan en las partes más externas del cielo, los cuales pueden ser desviados con más facilidad que los mismos ángeles, y de esa manera desaparecería el equilibrio y con el equilibrio la libertad en los hombres.

541. El infierno se halla compuesto de sociedades como el cielo, y en igual número de sociedades que el cielo, porque toda sociedad en el cielo tiene su sociedad opuesta en el infierno, y esto a causa del equilibrio; pero las sociedades en el infierno se distinguen según los males y las correspondientes falsedades, mientras que las sociedades en el cielo se distinguen según los bienes y correspondientes verdades. Que por cada bien existe un mal opuesto y por cada verdad una falsedad opuesta, puede saberse por esto de que nada existe que no tenga relación a su contrario, y que por este contrario se conoce la calidad

[57] §§ 545—550 Ninguno es arrojado al Infierno por el Señor, esto lo hace el espíritu de cada cual

del mismo y su grado; y que de ahí viene toda percepción y noción de los sentidos. Por esto el Señor cuida siempre de que cada sociedad celestial tenga su antítesis en una sociedad infernal, y de que haya entre ellas equilibrio.

542. Puesto que el infierno se halla dividido en igual número de sociedades que el cielo, por lo mismo, existe igual número de infiernos que sociedades celestiales, porque así como cada una de las sociedades celestiales es un cielo en menor forma (véase arriba, n. 51-58), así es cada una de las sociedades infernales un infierno en menor forma. Puesto que hay tres cielos, en general, hay por lo mismo, también, tres infiernos, en general, el más interior, que es opuesto al cielo íntimo, o tercero, el intermedio, que es opuesto al cielo intermedio, o segundo, y el superior, que es opuesto al cielo extremo o primero.

543. También se dirá brevemente de que manera los infiernos son gobernados por el Señor. Los infiernos son gobernados generalmente por la afluencia del Divino bien y de la Divina verdad desde los cielos, mediante la cual la corriente agresiva que sale del infierno es refrenada y mantenida dentro de límites, y asimismo mediante una afluencia especial procedente de cada cielo y de cada sociedad celestial en particular. Los infiernos son gobernados de una manera especial mediante ángeles, a quienes es dado mirar dentro, en los infiernos y moderar las locuras y los perturbaciones allí; a veces son mandados allí ángeles, y presentes moderan esos (disturbios); pero generalmente todos los que están en los infiernos son gobernados por temores, algunos por temores implantados y todavía arraigados desde su vida en el mundo, pero no siendo estos temores suficientes, y, siendo que también desaparecen poco a poco, son gobernados por temores de castigo, mediante cuyos temores son detenidos de malas obras. Los castigos allí son múltiples, ligeros o severos, según las males; por la mayor parte el mando sobre los demás es dado a los más malignos, quienes sobresalen en astucia y artificios, y pueden mantener a los demás en obediencia y servidumbre, mediante castigos y correspondientes temores; estos encargados no se atreven a extralimitarse en los derechos que les son concedidos. Hay que saber que el único medio de mantener dentro de límites los actos violentos y las rabias de los que están en los infiernos es el temor del castigo; no existe otro medio.

544. En el mundo sería creído hasta ahora que existe algún demonio que está al mando de los infiernos, y que ha sido creado ángel de la luz, pero habiéndose rebelado; fue con su turba precipitada al infierno. La causa de esta creencia es que en el Verbo se habla del Demonio y de Satanás así como de Lucifer; y que el Verbo ha sido interpretado literalmente; siendo, sin embargo, así que en dichos lugares, y por Demonio y Satanás se entiende el infierno; por el Demonio, aquel infierno que se halla detrás, donde se hallan los peores que se llaman genios, y por Satanás, el infierno que se halla delante, donde se hallan los que no son tan malignos; quienes se llaman malos espíritus, y por Lucifer se entiende los de Babel o de Babilonia, que son los que extienden su imperio hasta el cielo. Que no hay demonio bajo cuyo mando se hallan los infiernos, es claro también por eso de que tanto los que están en los infiernos, cuanto los que están en el cielo, son todos del generó humano (véase n. 311-317), y que se encuentran allí miríadas de miradas desde el principio de la creación hasta este tiempo, siendo cada uno de ellos tal demonio, cual ha sido su vida en el mundo en contra de lo Divino (véase sobre esto arriba, n. 311, 312).

EL CIELO Y EL INFIERNO

57

NINGUNO ES ARROJADO AL INFIERNO POR EL SEÑOR, ESTO LO HACE EL ESPÍRITU DE CADA CUAL

545. En algunos hombres ha prevalecido la opinión de que Dios aparta Su rostro del hombre, le rechaza y echa de Sí al infierno; que se enfada con él a causa del mal, y algunos creen además que Dios castiga al hombre, infligiéndole penas. En esta opinión se confirman por el sentido literal del Verbo — adonde tales cosas se dicen — no sabiendo que el sentido espiritual del Verbo que explica el sentido literal es muy diferente; y que por lo tanto la verdadera doctrina de la iglesia, cuya doctrina es del Verbo enseña, de distinta manera, es decir, que Dios nunca aparta del hombre Su rostro ni le rechaza, ni echa a hombre alguno al infierno, ni se enfada. Esto siente también todo hombre de mente iluminada cuando lee el Verbo, meramente por esto de que Dios es el Bien mismo, el Amor mismo y la Misericordia misma, y que el Bien mismo no puede causar pena a nadie, ni el Amor mismo y la Misericordia misma rechazar de sí el hombre, puesto que esto es contrario a la naturaleza de la misericordia, y del amor, por consiguiente contrario a lo Divino mismo; por lo cual, los que piensan por una mente iluminada, mientras leen el Verbo, sienten distintamente que Dios nunca se aparta del hombre, y que puesto que no se aparta de él, usa con el bondad, amor y misericordia, es decir, que desea su bien, que le ama y tiene misericordia de él. A consecuencia ven también que el sentido literal del Verbo, en el cual se dicen tales cosas, encierra en sí un sentido espiritual, según el cual deben explicarse las cosas, que en el sentido literal se han dicho en una forma adaptada a la facultad intelectual del hombre, y según sus ideas primordiales y generales.

546. Los que se hallan en iluminación ven además que el bien y el mal son dos cosas opuestas, y que son tan opuestas como el cielo y el infierno; que todo bien es del cielo y todo mal es del infierno; que, siendo así que lo Divino, que sale del Señor, hace el cielo (n. 7-12); que del Señor no influye en el hombre más que el bien y que del infierno (no influye) más que el mal; que por lo tanto el Señor está continuamente apartando el hombre del mal, y conduciéndole al bien, y que el infierno está continuamente procurando inducir el hombre al mal; no hallándose el hombre en medio de ambos, no tendría pensamiento, ni voluntad, menos aun libertad y elección, porque todas estas cosas las tiene el hombre por el equilibrio entre el bien y el mal. Por lo cual, si el Señor se apartara, el hombre, abandonado enteramente al mal, no sería ya hombre. Por esto es claro que el Señor influye con el bien en todo hombre, tanto en el malo, cuanto en el bueno, pero con la diferencia de que continuamente aparta el hombre malo del mal, y que continuamente conduce el hombre bueno al bien, y que la causa de esta diferencia se halla en el hombre, puesto que él es el recipiente.

547. Por esto puede ser evidente que el hombre hace el mal a fuerza del infierno y hace el bien por virtud del Señor; pero siendo así que el hombre cree quede sí mismo hace todo cuanto hace, se adhiere al mismo el mal que hace, como si fuere suyo; de ahí resulta que el hombre es la causa de su mal y de ninguna manera el Señor. El mal en el hombre es él infierno en él, porque decir el mal y decir el infierno es lo mismo. Puesto que el hombre es la causa de su mal, se introduce por lo tanto a sí mismo en el infierno, y no (lo hace) el Señor. El Señor, lejos de introducir el hombre en el infierno, libra el hombre del infierno, y le libra del infierno en la medida que el hombre no quiere y no ama permanecer en su mal. Todo lo que pertenece a la voluntad y al amor del hombre permanece con él después de la muerte (n. 470-484). Él que quiere y ama un mal en el mundo quiere y ama este

mismo mal en la otra vida, y entonces no puede ya desistir de ello. De ahí se ve que el hombre que se halla en el mal está liado con el infierno; en efecto se halla allí, con, respecto a su espíritu; y después de la muerte no tiene mayor deseo que el de estar donde está su mal, por lo cual el hombre después de la muerte se echa a sí mismo al infierno, y de ninguna manera es echado allí por el Señor.

548. De qué manera esto tiene lugar se dirá también. Cuando el hombre entra en la otra vida es primeramente recibido por ángeles, quienes le prestan todos los servicios posibles, y hablan con él acerca del Señor, del cielo, de la vida de los ángeles, y le instruyen en verdades y bienes; pero si el hombre — entonces un espíritu — es de los que en el mundo han tenido conocimiento de semejantes cosas, habiéndolas, sin embargo, negado o rechazado en su corazón, se aparta, después de alguna conversación, y procura alejarse; observando lo cual los ángeles se retiran. Después de algún trato con otros, se une finalmente con los que se hallan en un mal parecido al suyo (véase arriba n. 445-452) y cuando esto se verifica se aparta del Señor, y dirige su rostro hacia aquel infierno con el cual se hallaba unido en el mundo, y allí se hallan los que están en un amor al mal, parecido (al del espíritu). Por esto es claro que el Señor conduce hacia sí a todo espíritu, mediante los ángeles, y también mediante un influjo del cielo, pero los espíritus que se hallan en el mal se oponen totalmente, y como si dijéramos, se desprenden del Señor, siendo atraído por su mal como por una liga, por consiguiente hacia el infierno, y puesto que son atraídos y por amor al mal desean seguir, es evidente que se echan al infierno, por su libre albedrío. En el mundo no se puede creer que esto es así, a causa de la idea que se tiene del infierno, y en la otra vida a los ojos de los que se hallan fuera del infierno hasta parece como si fueran echados, pero no así a los que se echan allí, porque, ellos entran libremente, y los que entran por un amor ardiente al mal parecen precipitarse de espaldas, la cabeza abajo y los pies, al aire. Por esta circunstancia resulta que parece como si fueren precipitados por la fuerza Divina. (Sobre este particular se puede ver más detalles en lo que sigue n. 574). Puede por esto constar que el Señor a nadie echa al infierno, sino que cada uno (se echa) a sí mismo, no solamente mientras vive en el mundo; sino también después de la muerte; cuando entra en medio de los espíritus.

549. Que el Señor no puede por Su Naturaleza Divina, que es el bien, el amor y la misericordia, obrar de igual manera con todo hombre, tiene su causa en el que se oponen a ello los males y las falsedades, no sólo resistiendo, sino también rechazando Su Divina influencia. Los males y por ellos las falsedades son como densas nubes, que se interponen entre el sol y el ojo humano, quitando la plenitud y claridad de la luz, mientras; sin embargo, el sol continua esforzándose para dispersar las nubes que obstruyen el camino, porque está detrás de ellos, obra, y hasta envía de vez en cuando al través de algunas aberturas aquí y allá, una pálida luz al ojo del hombre. En el mundo espiritual sucede cosa igual, el sol allí es el Señor y el Divino amor (n. 116-140); la luz allí es la Divina verdad (n. 126-140); las densas nubes allí son falsedades del mal; el ojo allí es el entendimiento. En la medida que alguien allí sé halla en falsedades por el mal, en esta medida se halla circundado, por tal nube, negra y densa según y conforme la intensidad del mal. Por esta comparación puede verse que el Señor se halla siempre presente en cada uno, pero, es recibido de varias maneras.

550. Los espíritus malos en el mundo de los espíritus son castigados severamente a fin de que por medio del castigo se abstengan de malos actos. Esto parece asimismo como si viniera del Señor, sin embargo nada del castigo allí viene del Señor sino del mismo mal,

EL CIELO Y EL INFIERNO

porque el mal se halla unido a su castigo de tal manera que no pueden ser separados. La turba infernal no tiene mayor deseo que el de practicar el mal, especialmente apresurar el castigo y atormentar, y en efecto causan mal y apresuran el castigo a todo él que no es protegido por el Señor. Cuando, por lo tanto, el mal es practicado por un corazón malo, que por consiguiente desecha de sí toda protección del Señor, se lanzan los espíritus infernales sobre quien obra este mal, castigándole. Esto puede hasta cierto punto ilustrarse por los males en el mundo y su castigo, siendo estos también aquí unidos, porque las leyes imponen un castigo por cada mal especial, por lo cual él que se lanza por el camino del mal también se precipita al encuentro del castigo del mal. La única diferencia es que los males pueden ocultarse en el mundo, pero no así en la otra vida. Es por lo tanto evidente que el Señor no inflige pena a nadie; y esto es también como en el mundo, es decir, que ni el rey, ni el juez, ni la ley son la causa de que el delincuente sufre castigo, puesto que no son la causa del mal que se halla en el malhechor.

58

TODOS LOS QUE ESTÁN EN LOS INFIERNOS ESTÁN EN LOS MALES Y EN LOS ERRORES QUE HAY EN ELLOS, DERIVADOS DEL AMOR AL YO (EGOÍSMO) Y AL MUNDO

551. Todos los que están en los infiernos se hallaren males y por estos en falsedades, y nadie allí sé halla en males y sin embargo en verdades; la mayor parte de los hombres malos en el mundo conocen las verdades espirituales, las cuales son las verdades de la iglesia, porque las han aprendido en la infancia, y luego por sermones y por lectura del Verbo, hablando después a base de ellas; algunos (han conseguido hacer creer a otros) que eran cristianos de corazón, habiendo adquirido el arte de hablar, con mentida inclinación, en conformidad con las verdades, y también de obrar sinceramente como si obrasen por una fe espiritual; pero aquellos entre ellos que en sí mismos han pensado contrariamente a estas verdades y de acuerdo con sus pensamientos se han abstenido de malas obras únicamente a causa de las leyes civiles, de la reputación, de puestos de honor, de ganancias; son todos malos en su corazón, y se hallan en verdades y bienes tan sólo con respecto al cuerpo, no con respecto al espíritu. Cuando, por lo tanto, en la otra vida, se les quita los exteriores, descubriéndose los interiores que pertenecen a su espíritu, se hallan completamente en males y falsedades, y de ninguna manera en verdades y bienes, echándose de ver que las verdades y los bienes han tenido su raíz exclusivamente en su memoria, no difiriendo en manera alguna de las cosas científicas, y que las han sacado de allí cuando hablaban y aparentaban bienes como si fuera por amor y fe espiritual. Cuando tales (espíritus) son introducidos en su estado interior, por consiguiente en sus males, no pueden ya hablar verdades, sino solamente falsedades, puesto que hablan por los males, porque hablar verdades por males es imposible, siendo así que allí el espíritu no es más que su propio mal, y la falsedad procede de su mal. Todo espíritu malo es introducido en este estado antes de ser echado al infierno (véase arriba, n. 499-512). Esto se llama ser devastado con respecto a las verdades y los bienes, y la devastación no es más que introducción en los interiores, por consiguiente, en lo propio del espíritu, o en el mismo espíritu, (sobre esto puede también verse arriba, n. 425).

552. Cuando después de la muerte el hombre es así no es ya hombre-espíritu, como es en su primer estado (de lo cual arriba, n. 491-498), sino que es verdaderamente espíritu, porque, un verdadero espíritu tiene un rostro y un cuerpo que corresponden a sus cosas interiores, que pertenecen a su mente, es decir, tiene una forma exterior que es el tipo o

imagen de sus cosas interiores; tal es el espíritu después de ser pasado el primero y segundo estado de los cuales arriba; por lo cual al ser entonces contemplado con los ojos es conocido inmediatamente cual y como es, no tan sólo por la cara sino también por el cuerpo, y además por el habla y los gestos; y estando entonces en sí mismo no puede estar más que allí donde se hallan sus parecidos. Es que en el mundo espiritual tiene lugar toda clase de comunicación mutua, de inclinaciones y por consiguiente de pensamientos, por lo cual el espíritu es conducido a sus semejantes, como si fuere por sí mismo, puesto que es conducido por su inclinación y por consiguiente por su gusto, y hasta se vuelve hacia ellos, porque de esta manera respira su vida, o respira libremente, lo cual no hace cuando se vuelve en otra dirección. Hay que saber que en la otra vida la comunicación con otros se verifica según la dirección del rostro, y que se hallan delante del rostro de cada uno, aquellos que están en similar amor que el suyo, y esto en cada movimiento del cuerpo (véase arriba n. 151). De ahí viene que todos los espíritus en el infierno se vuelven en sentido opuesto al Señor hacia el punto negro tenebroso, y el punto oscuro que allí están en el lugar del sol y de la luna del mundo, pero todos los ángeles del cielo se vuelven hacia el Señor, como el sol del cielo y como la luna del cielo (véase arriba, n. 123, 143, 144, 151). Puede por lo tanto ser claro que todos los que están en los infiernos están en males y por ellos en falsedades, así como que se vuelven hacia sus amores.

553. Todos los espíritus en los infiernos, al ser contemplados en alguna luz celestial, aparecen en la forma de su mal, siendo así que cada uno es la imagen de su mal, porque en cada uno las cosas interiores y exteriores obran como una sola cosa y los interiores se presentan visibles en las exteriores, que son el rostro; cuerpo, el habla y los gestos; de esta manera al ser contemplados, son conocidos cuales y como son; generalmente son formas del desprecio para los demás, de amenazas contra los que no les honran; son formas de varias clases de odios; son formas de sentimientos de venganzas, también de varias clases. Al través de las mismas arden pasiones y crueldades desde los interiores; pero cuando otros les alaban, les honran y les adoran, se contraen sus rostros y parecen contentos por el gusto; los diferentes aspectos de todas estas formas no pueden decirse con pocas palabras porque no hay una que sea igual a otra; únicamente hay una similitud general entre los que se hallan en un parecido mal y por ello en una misma sociedad infernal, a causa de cuya similitud general los rostros de los individuos que allí están parecen derivaciones de un mismo original, presentando cierta similitud entre sí; generalmente sus rostros son atroces, lívidos como de cadáveres; algunos son negros, otros de color de fuego, ardiente como de antorchas, otros monstruosos a causa de postillas, várices y úlceras; en algunos no se ve rostro sino en su lugar una cosa peluda o osificada; en algunos se ve tan sólo la dentadura. Sus cuerpos son igualmente monstruosos, y hablan como por ira o por odio o por venganza, porque cada uno habla por su falsedad y su voz tiene el timbre de su mal, en una palabra, son todos imágenes de sus (respectivos) infiernos. En que forma general se halla el infierno mismo no me ha sido dado ver; se me ha dicho únicamente que así como el cielo entero en conjunto representa a un solo hombre (n. 59-67) así representa el infierno en conjunto a un solo demonio, y puede asimismo presentarse en la imagen de un solo demonio (véase arriba, n. 544); pero en que forma se hallan los infiernos particularmente, o sea las sociedades infernales, me ha sido permitido ver muy a menudo, porque por sus orificios, que se llaman las puertas de los infiernos, aparece por regla general un monstruo, que representa en imagen la forma de los que se hallan allí dentro. Las iras de los allí presentes son

EL CIELO Y EL INFIERNO

asimismo representadas mediante cosas atroces y espantosas, cuya descripción omitimos. Hay que saber que los espíritus infernales aparecen así en la luz del cielo, pero entre ellos parecen hombres; esto por la misericordia del Señor, a fin de que no sean también entre sí, monstruosidades, como aparecen ante la vista de los ángeles, pero ese parecer es una ilusión, porque tan pronto como sea introducida alguna luz del cielo, se transforman sus cuerpos humanos en formas monstruosas, tales cuales son en sí mismos. Por esto huyen también de la luz del cielo, echándose en su lumen que es como el reflejo de carbones encendidos, y en algunas partes, como fuego de azufre, pero este lumen se muda también en negras tinieblas, al influir allí alguna luz del cielo. Por esto se dice que los infiernos se hallan en tinieblas y en oscuridad y que las tinieblas y la oscuridad significan falsedades procedentes del mal, tales cuales existen en el infierno.

554. Por la examinación de las formas monstruosas de los espíritus que se hallan en los infiernos, los cuales, como queda dicho, son todas ellas formas del desprecio para otros, así como de amenazas contra los que no les honran y estiman, y también formas del odio, y de los sentimientos de venganzas contra los que no les favorecen, ha resultado claro que todos habían sido formas del egoísmo y del amor al mundo, y que los males cuyas propias formas son, derivan su origen de estos dos amores. Se me ha dicho del cielo y asimismo ha sido probado por mucha experiencia que estos dos amores, es decir el amor a sí mismo y el amor al mundo, reinan en los infiernos y también constituyen los infiernos; que el amor al Señor y el amor al prójimo reinan en los cielos, constituyendo asimismo los cielos, así como que los dos amores que son los amores del infierno y los dos amores que son los amores del cielo, son diametralmente opuestos.

555. Al principio extrañaba de que el amor propio y el amor al mundo fuesen tan diabólicos, y de que los que se hallan en ellos tengan aspectos tan monstruosos, siendo así que en el mundo pocos reparan en el amor propio pero más en la soberbia de la mente con respecto a cosas exteriores, cuya soberbia se llama orgullo y sólo este cualifica de egoísmo, puesto que se manifiesta a la vista, y además creen que el amor propio, que no ensoberbece de la indicada manera, es el fuego de la vida, por el cual el hombre es estimulado a buscar ocupaciones y prestar usos y provechos y si el hombre no viera en estos honor y gloria, decaería su ánimo. Dicen: ¿Quién hizo jamás una cosa digna, provechosa y notable no siendo el objeto el ser alabado y honrado por otros o en las mentes ajenas, y de dónde vino este móvil si no vino por el fuego del amor a gloria y honra, que por consiguiente, lo hizo a causa de sí mismo? De ahí viene, que en el mundo se ignora que el amor propio, en y por sí considerado, es el amor que reina en el infierno y hace el infierno en el hombre. En vista de esto explicaré primero lo que es el amor propio y después que de este amor salen todos los males y por ellos todas las falsedades.

556. El amor propio es el desear el bien a sí mismo únicamente y no a otros, sino a causa de sí mismo, ni siquiera a la iglesia, a la patria, o a sociedad humana alguna, y también es hacerles bien únicamente a causa de su propia fama, de su propia gloria y honor, y caso de no esperar estas ventajas de los servicios que les presta, dice en su corazón: ¿A qué sirve? ¿Por qué? ¿Y qué provecho me da? Y deja de hacerlo. De aquí es claro que él que se halla en amor propio no ama a la iglesia, ni a la patria, ni a la sociedad, ni a provecho alguno, sino sólo y únicamente a sí mismo. Su goce no es otro que el goce del amor propio, y puesto que el goce que procede de este amor constituye la vida del hombre, sigue que su vida es una vida propia, y la vida propia es la vida de la naturaleza propia del hombre, cuya naturaleza propia en y por sí considerada no es más que mal. El que

ama a sí mismo ama también los suyos, particularmente sus hijos y sus nietos y en general todos los que están unidos a él; los cuales llama suyos. Amar a estos y aquellos es también amar a sí mismo, porque ama por así decir a ellos en sí mismo y a sí mismo en ellos. Entre los que llama suyos se cuentan también los que le alaban, honran y adoran.

557. Por una comparación con el amor celestial puede verse cual y como es el amor propio. El amor celestial es amar los provechos a causa de los provechos o los bienes a causa de los bienes y hacerlos en favor de la iglesia, de la patria, de la sociedad y del conciudadano; porque esto es amor a Dios y amor al prójimo, puesto que todos los provechos y todos los bienes son de Dios, y también son el prójimo al que se debe amar. Por otra parte él que les ama a causa de sí mismo, no les ama más que como servidumbre, a causa del servicio. De allí viene que él que, se halla en amor propio quiere que la iglesia, la patria, la sociedad y los conciudadanos le sirvan a él y no él a ellos; él se ensalza sobre ellos y les pone a ellos bajo sí mismo, de ahí que cuanto uno se halla en amor propio tanto se aparta del cielo, puesto que se aparta del amor celestial.

558. (primero). Además, en la medida en que se halla uno en amor celestial, que es amar los provechos y bienes y sentir cordial gozo al proporcionarlos en beneficio de la iglesia, de la patria, de la sociedad y de los conciudadanos, en ésta medida es guiado por el Señor, puesto que este amor es el amor en el cual está Él mismo y que viene de Él. Pero en la medida en que uno se halla en amor propio, que es querer prestar usos, provechos y bienes sólo por causa de sí mismo, en esta medida es guiado por sí mismo; cuanto es guiado por sí mismo tanto deja de ser guiado por el Señor; de ahí sigue también que en la medida en que uno ama a sí mismo, en esta medida se aleja de lo Divino, y por consiguiente también del cielo. Ser guiado por sí mismo es ser guiado por su naturaleza propia, y la naturaleza propia del hombre no es más que maldad; porque es su mal hereditario el cual es amar a sí mismo más que a Dios, y al mundo más que al cielo. El hombre entra en su propia naturaleza es decir, en su mal hereditario, cada vez que se mira á sí mismo en el bien que hace, porque mira desde el bien hacia sí mismo y no desde sí mismo hacia el bien; por lo cual reproduce en el bien su propia imagen y no imagen alguna Divina. Que así es he podido confirmar por experiencia. Existen malos espíritus, cuyos lugares se hallan situados entre el norte y el este por debajo de los cielos, los cuales son expertos en el arte de introducir espíritus rectos en su naturaleza propia y por consiguiente en varias clases de males, lo cual verifican con inducirles a pensar en sí mismos, o bien con alabarles y honrarles abiertamente o secretamente con inclinar sus deseos hacia ellos mismos, y conforme consiguen esto consiguen apartar los rostros de los espíritus rectos del cielo, ofuscar su entendimiento, y despertar males en su naturaleza propia.

558. (segundo). Que el amor a sí mismo es opuesto al amor al prójimo puede verse por su respectivo origen y naturaleza. El amor al prójimo, en los que se hallan en amor a sí mismo, principia por ellos mismos, porque dicen que cada uno es su prójimo, y desde este prójimo, como centro, se extiende a todos los que se hallan unidos a ellos mismos, disminuyendo según los grados de unión con ellos mismos mediante el amor. A los que se hallan fuera de este círculo consideran como si fueren nadie, y a los que hacen oposición a ellos y a sus amigos consideran como enemigos, sin reparar en su calidad; aunque fueren sabios, rectos, sinceros y justos. Pero el amor espiritual al prójimo principia por el Señor y de Él como de su centro se extiende a todos cuantos que se hallan unidos a Él mediante el amor y la fe, y se extiende según y conforme la calidad del amor

EL CIELO Y EL INFIERNO

y de la fe en ellos. De aquí es claro que el amor al prójimo que principia por el hombre es opuesto al amor al prójimo que principia por el Señor; aquel sale del mal, puesto que sale de la naturaleza propia del hombre; este, por el contrario del bien, puesto que sale del Señor, quien es el Bien Mismo. Asimismo es claro que el amor al prójimo que sale del hombre y de su propia naturaleza es corporal, pero el amor al prójimo que procede del Señor es celestial. En una palabra, el amor propio constituye la cabeza en el hombre en que se halla, y el amor celestial constituye en él sus pies; sobre este amor se tiene en pie y si no sirve a sus fines, lo aplasta y pisotea. Es por esto que aquellos que van al infierno parecen ser echados por la espalda de cabeza al infierno, y los pies al aire hacia el cielo (véase arriba, n. 548).

559. El amor asimismo es también de tal naturaleza que a medida que se le afloja las riendas, es decir a medida que son apartados los vínculos exteriores, los cuales son temores de la ley y del castigo, pérdida de reputación, honra, ganancia, ocupación, y vida, se lanza adelante y finalmente hasta el punto de que no tan sólo quiere mandar sobre todo el orbe terrestre sino también sobre todo el cielo y sobre lo Divino mismo; no existe para el límite o fin alguno; así es en el fondo cada uno que se halla en amor a sí mismo por más que no se nota en el mundo, donde lo indicados, vínculos le detienen; que esto es así puede ver todo el mundo por hombres poderosos y reyes, para los cuales no existen tales frenos y vínculos; porque se lanzan a la conquista de provincias y reinos cuanto puedan, y ambicionan poderío y honores sin límites. Que esto es así se ve además por la Babilonia moderna, que extiende su dominio hasta el cielo y reclama para sí todo el poder Divino del Señor, avanzando sin cesar; que tales hombres están enteramente en oposición a lo Divino y al cielo, declarándose en favor del infierno cuando después de la muerte entran en la otra vida, puede verse en el opúsculo "El Último Juicio" y "La Babilonia Destruída".

560. Figúrate una sociedad de semejantes hombres todos amando a sí mismos y no a otros más que en la medida que forman uno con ellos mismos, y verás que su amor no es más que un amor de bandidos entre sí, los cuales mientras que son compañeros se abrazan y se llaman amigos, pero, cuando no son compañeros, combatiendo los unos el dominio de los otros, se echan sobre ellos, destruyéndoles. Si fuesen examinadas sus cosas interiores o sea sus ánimos, se vería que son llenos de un odio hostil uno contra otro, y que en su corazón se ríen de todo lo que es recto, y sincero, y asimismo de lo Divino, lo cual rechazan como una cosa sin valor. Esto consta mejor aun por sus sociedades en el infierno, sobre los cuales más adelante.

561. Las cosas interiores en los que se aman a sí mismo sobre todas las cosas cuyas cosas son de los pensamientos y de las inclinaciones se hallan dirigidas hacia ellos mismos y hacia el mundo, por consiguiente apartadas del Señor y del cielo. De allí viene que se hallan infestados de todas clases de males, y que lo Divino no puede influir, puesto que tan pronto como influye es sumergido por sus pensamientos dirigidos a ellos mismos, corrompido, y asimismo infundido en los males que proceden de su propia naturaleza. De ahí viene que en la otra vida todos estos miran en dirección opuesta al Señor hacia el punto negro tenebroso que está en lugar del sol del mundo, y que es diametralmente opuesto al sol del cielo, que es el Señor (véase arriba, n. 123); las negras tinieblas significan, por lo demás, el mal, y el sol del mundo, amor a sí mismo.

562. Los males que tienen aquellos que se hallan en amor a sí mismo son en general: desprecio a los demás, envidia, enemistad contra todos los que no les favorecen,

hostilidad a consecuencia de ello, odio de varias especies, sentimientos de venganza, astucia, engaño, inclemencia y crueldad; y con respecto a las cosas religiosas existe no tan sólo desprecio de lo Divino, y de las cosas Divinas, que son los bienes y las verdades de la iglesia, sino también ira contra ellos, cuya ira se convierte en odio cuando el hombre pasa a ser espíritu, y entonces no sólo le es insufrible el oírlos, sino que también arde en odio contra todos los que reconocen y adoran a lo Divino. He hablado con cierta persona, que en el mundo era poderoso y que había amado a sí mismo en más alto agrado. Al oír mencionar lo Divino, y especialmente al oír mencionar al Señor, se enfureció tanto por el odio de la ira que ardía en deseos de matar al que hablaba. Cuando fueron aflojadas las riendas de su amor, deseaba ser el demonio mismo, a fin de que por su amor propio pudiera infestar el cielo. Esto anhelan también varios que son de la religión católica, al advertir en la otra vida de que el Señor tiene todo el poder y ellos mismos ninguno.

563. Algunos espíritus aparecieron ante mi vista en dirección del suroeste; los cuales dijeron que en el mundo, habían ocupado puestos de mucha dignidad, y que merecían ser preferidos a otros y mandar sobre ellos. Estos fueron examinados por los ángeles para saber como eran en su interior, y se averiguó que en sus oficios en el mundo no habían mirado a los usos y provechos, sino a sí mismos, y que por consiguiente habían preferido a sí mismos a los provechos. Pero puesto que iban por los alrededores insistiendo unánimemente en que se les pusiese sobre otros; se les concedió permiso de estar con aquellos que deliberan sobre asuntos que pertenecen a oficios de dignidades más eminentes, observándose, sin embargo, que de ninguna manera podían prestar su atención a los oficios de que se trataba, ni ver las cosas interiormente en sí mismos; que, hablaban no a raíz del uso y provecho del asunto sino de su propia naturaleza, y asimismo que deseaban obrar, por beneplácito según su gusto; por lo cual fueron despedidos de ese oficio y abandonados al buscarse oficios en otros lugares. Se dirigían con este objeto hacia el este, y fueron recibidos aquí y allá, pero en todas partes les fue dicho que no pensaban más que en sí mismos y en ninguna cosa mas sino desde el punto de vista de sí mismos, de manera que eran espíritus estúpidos, sensuales, y corporales; por cuya razón fueron despedidos en todas partes adonde se dirigieron. Después de algún tiempo se les veía reducidos a la dura necesidad de pedir limosna. De ahí resultó asimismo claro que aquellos que arden en amor a sí mismo, por más que en el mundo parezcan hablar sabiamente, hablan únicamente de la memoria y no de luz alguna racional, por lo cual en la otra vida, cuando ya no se deja salir a las cosas de la mente natural son más necios que otros, y esto por la causa de que se hallan separados de lo Divino.

564. Existen dos clases de dominio; el uno es él del amor al prójimo, el otro él del amor a sí mismo. Estos dos dominios están en cuanto a su esencia completamente opuestos el uno al otro. Él que domina por amor al prójimo quiere bien a todos, y nada ama tanto como los usos y provechos; por consiguiente servir a los demás (por servir a otros se entiende desear el bien a otros, y prestar usos y provechos, bien sea a favor de la iglesia, bien a la patria, bien a la sociedad, bien al conciudadano). Esto es su amor y el goce de su corazón; en la medida que es elevado a dignidades sobre otros, siente también alegría, pero no a causa de las dignidades, sino a causa de los usos y provechos, los cuales puede entonces prestar con más amplitud y en más abundancia. Tal dominio existe en los cielos; pero él que ama por amor a sí mismo no desea el bien a persona alguna, mas que a sí mismo. Los usos y provechos que presta, los prestará causa de su propio honor y gloria, y estos son para él los únicos provechos. Según él se sirve a otros con el objeto de ser

EL CIELO Y EL INFIERNO

servido, de recibir honores, y de dominar. Busca dignidades, no a causa del bien que se debe realizar a favor de la patria y de la iglesia, sino con el objetó de hacerse acreedor de la consideración de otros y de conseguir honores, pudiendo así gozarse en su corazón. El amor al poderío espera a cada uno después de la vida en el mundo, y a los que han dominado por amor al prójimo; les es dado dominio también en los cielos, pero entonces no dominan ellos sino los usos que aman, y dominando los usos, domina el Señor. Por otra parte, los que en el mundo han dominado por amor a sí mismo, están, después de la vida en el mundo, en el infierno, y allí son míseros esclavos. He visto a poderosos hombres, que en el mundo han dominado por amor a sí mismo, desechados entre los más viles; y algunos entre los que allí viven en medio de los excrementos.

565. En cuanto al amor al mundo, por otra parte, es este amor menos opuesto al amor celestial, puesto que en él no se hallan escondidos tan grandes males. Amor al mundo es querer atraer los bienes ajenos hacia sí mismo, por medio de cualquiera artefacto, y también poner su corazón en riquezas, y ser por el mundo desviado y apartado del amor espiritual, que es el amor al prójimo, por consiguiente apartado del cielo y de lo Divino, Pero este amor es de muchas clases. Existe un amor a bienes con el objeto de ser elevado a puestos de dignidad, cuyos puestos son el único objeto del amor. Existe un amor a puestos honoríficos y dignidades con objeto de ganar fortunas: Existe un amor a bienes a causa de las utilidades mediante las cuales goza uno en el mundo. Existe un amor a bienes a causa de los mismos bienes; tal amor tienen los avaros; y así sucesivamente. El objeto con el cual se ambiciona los bienes se llama uso, y el objeto o el uso es lo que da al amor su calidad, porque él amor es tal cual es la intención con la cual se obra; las demás cosas sirven como medios.

59

LO QUE ES EL FUEGO DEL INFIERNO Y EL CRUJIR DE DIENTES

566. Lo que es el fuego eterno y el crujir de dientes apenas es sabido por hombre alguno hasta ahora, por la razón de que han (pensado) materialmente de lo que con respecto a esto se dice en el Verbo y no conociendo su sentido espiritual; así es que por "fuego" han entendido algunos un fuego material, algunos el sufrir tormentos en general algunos los remordimientos de la conciencia, algunos que se ha dicho sólo con el objeto de infundir terror del mal; y por "el crujir de dientes" han entendido algunos el crujir natural, algunos sencillamente un horror como el que se suele experimentar al oír tal choque de los dientes"; pero él que conoce el sentido espiritual del Verbo puede saber lo que es el "fuego eterno", y el "crujir de dientes" porque en cada expresión y en el sentido de cada expresión del Verbo hay un sentido espiritual, puesto que el Verbo en su seno es espiritual, y lo espiritual no puede expresarse al hombre más que de una manera natural, puesto que el hombre se halla en el mundo natural y piensa a raíz de las cosas que allí hay. Lo que es el " fuego eterno" y el "crujir de dientes" en que entran los malos después de muerte, o los cuales sufren sus espíritus, que entonces se hallan en el mundo espiritual; se dirá — pues — en lo que a continuación sigue.

567. Hay dos orígenes de calor, uno del sol del cielo, que es el Señor, otro del sol del mundo. El calor que viene del sol del cielo o sea del Señor, es un calor espiritual que en su esencia es amor (véase arriba, n. 126-140) pero el calor del sol del mundo es un calor natural, que en su esencia no es amor, sino que sirve al calor espiritual; o sea al amor de receptáculo. Que el amor en efecto es calor puede ser claro por el enardecimiento del

ánimo y del cuerpo a causa del amor, con arreglo a su grado y a su calidad, y esto en el hombre en invierno y en verano sin diferencia; también puede verse por el calor de la sangre. Que el calor natural que viene del sol del mundo sirve al calor espiritual de receptáculo es claro por el calor del cuerpo, que se despierta por el calor de su espíritu y mantiene este, particularmente por el calor de primavera y verano en toda clase de animales, los cuales entonces vuelven a sus amores; no que este calor produce este efecto, sino que adapta sus cuerpos al recibimiento del calor que desde el mundo espiritual influye también en ellos; porque el mundo espiritual influye en el natural como la causa en su efecto. Él que cree, que el calor natural causa estos amores se engaña mucho; porque existe un influjo del mundo espiritual en el mundo natural, y no un influjo del mundo natural en el espiritual, y todo amor es espiritual puesto que pertenece a la vida misma. Asimismo se engaña quien cree que cosa alguna nace en el mundo natural sin el influjo del mundo espiritual, porque lo natural ni nace ni subsiste sino por virtud de lo espiritual. También, los objetos en el reino vegetal derivan de allí su virtud germinal; el calor natural que existe en la primavera y en el verano no hace más que disponer las semillas en sus formas naturales, hinchándolas y abriéndolas, a fin de que el influjo del mundo espiritual pueda allí obrar como causa. Esto queda dicho a fin de que se sepa que hay dos (clases) de calor, es decir espiritual y natural, y que el amor espiritual viene del sol del cielo y el calor natural viene del sol del mundo, que el influjo y luego la cooperación producen los efectos que se presentan ante la vista en el mundo.

568. El calor espiritual en el hombre es su calor vital, puesto que, según queda dicho, es en su esencia, amor. Este amor es lo que se entiende por "fuego" en el Verbo; el amor al Señor y el amor al prójimo por "el fuego celestial"; el amor a sí mismo y el amor al mundo por "el fuego infernal."

569. El fuego infernal o amor infernal viene del mismo origen que el fuego celestial o amor celestial, es decir, del sol del cielo que es el Señor, pero se convierte en infernal por los que lo reciben; porque toda influencia del mundo espiritual es modificada conforme el recibimiento o según las formas en las cuales influye, de la misma manera que el calor y la luz del sol del mundo. El calor de este, al influir en arboledas y plantíos de flores, causa germinación, produciendo asimismo gratos, olores y aromas deliciosas, mientras el influjo de este mismo calor en excrementos y materias cadavéricas causa una putrefacción que produce vahos nauseabundas y hedores. De la misma manera la luz del mismo sol produce en cierto objeto colores hermosos y gratos, y en cierto otros colores sin hermosura y desagradables. Así también el color y la luz del sol del cielo que es el amor. Cuando el calor o el amor de este influye en bienes, como por ejemplo en hombres y espíritus buenos y en ángeles, fertiliza estos bienes, pero cuando influye en los malos causa un efecto contrario, porque los malos o lo sofocan o lo trasforman. Cosa igual sucede con la luz del cielo; al influir en las verdades del bien da entendimiento y sabiduría, pero cuando influye en los males de las falsedades se convierte en locuras y varias fantasías. Así en todas partes según el recibimiento.

570. Puesto que el fuego infernal es el amor a sí mismo y al mundo, es pues, también, toda pasión que pertenece a estos amores, siendo así que la pasión es el amor en su continuación ininterrumpida; porque lo que el hombre quiere, esto apetece continuamente; es también un placer, porque, lo que el hombre ama o apetece, siente como ameno al recibirlo. Por esto y no por otra causa tiene el hombre el goce agradable de su corazón. El fuego infernal es pues aquella pasión y aquel gozo que fluyen de estos

EL CIELO Y EL INFIERNO

dos amores, como punto de origen. Estos males son el desprecio de los demás, la enemistad y la hostilidad contra los que no les favorecen, la envidia, el odio, el rencor, y por estos la ira y las crueldades; con respecto a lo Divino, son la negación y por ello el desprecio, la mofa y la blasfemia de las cosas santas, que pertenecen a la iglesia, y después de la muerte, cuando el hombre pasa a ser espíritu, se convierten en ira y odio contra estas mismas cosas (véase arriba, n. 562); y siendo así que estos males respiran continuamente la destrucción y el exterminio: de los que ellos creen sus enemigos, y contra quienes arden en odio y en rencores, es por consiguiente el gozo de su vida el querer destruir y matar y si no pueden, lograr esto, desear causarles pérdidas, perjudicarles y rabiarse contra ellos. Estas cosas son las que se entienden por "fuego" en el Verbo, en lugares que tratan de los malos y de los infiernos, de los cuales por vía de confirmación citaré algunos pasajes:

Todos son falsas y malignos; y toda boca habla necedades... puesto que la maldad arde como fuego, cardos y espinas devora, encendiendo la espesura de la breña y elevándose con el humo, y el pueblo es hecho alimento del fuego, un hombre no tendrá piedad de su hermano (Isaías 9: 17-19).

Daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego y columnas de humo... El sol se tornará en tinieblas (Joel 2: 30, 31).

Y sus arroyos se tornarán en pez, y su polvo en azufre, y su tierra en pez ardiente. No se apagará de noche ni de día, perpetuamente subirá su humo: de generación en generación será asolada, nunca jamás pasará nadie por ella. (Isaías 34:9, 10).

He aquí el día viene ardiente como un horno y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa y aquel, día que vendrá los, abrasará (Malaquías 4: 1).

Babilonia... es hecha habitación de demonios... y viendo el humo de su incendio dieron voces... y su humo subió para siempre jamás (Apocalipsis 18: 2, 18; cap. 19: 3).

Abrió el pozo del abismo, y del pozo salió humo como el humo de un gran horno, y oscurióse el sol y el aire por el humo del pozo (Apocalipsis 9: 2)

De la boca de ellos salió fuego y humo y. azufre... de estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres, del fuego y del humo y del azufre (Apocalipsis 9: 17,18).

El que adora a la bestia... beberá del vino de la ira de Dios, echado puro en el cáliz de su ira y será atormentado con fuego y azufre (Apocalipsis 16: 9, 10)

Él cuarto ángel derramó su copa sobre el sol y le fue dado quemar á los hombres con fuego, y los hombres se quemaron por el grande calor (Apocalipsis. 16: 8, 9)

Fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego ardiendo en azufre (Apocalipsis 19: 20; cap. 20: 14,15; cap. 21: 8). Todo árbol que no hace buen fruto será cortado y echado al fuego (Mateo 3: 10; Lucas 2: 9).

Enviará el Hijo del Hombre sus ángeles y cayeran de su reino todos los escándalos, y los que hacen iniquidad y los echarán en el horno de fuego (Mateo 13: 41, 42, 50).

El Rey dirá... a los que estarán a la izquierda: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles (Mateo 25: 41).

Y ser echado en el fuego eterno... en el fuego de gehena donde su gusano no muere y el fuego nunca se apaga (Mateo 18: 8, 9; Marcos 9: 43-49).

El hombre rico en el infierno a Abrahán: que era atormentado en aquella llama (Lucas 16: 24).

En estos pasajes y en varios otros lugares se entienden por "fuego" las pasiones del amor a sí mismo y al mundo, y por el humo que viene del mismo, la falsedad que viene del mal.

571. Puesto que por "el fuego infernal" se entiende la pasión de obrar las cosas malas que vienen del amor a sí mismo y al mundo, y puesto que cada uno en el infierno tiene tal pasión — véase el artículo precedente — al abrirse los infiernos, se ve una cosa parecida a fuego con humo, cual suele haber en incendios; de los infiernos, donde reina el amor a sí mismo se ve salir un fuego denso; de los infiernos donde reina el amor al mundo un fuego de llama, pero cuando se hallan cerrados no hay tal semejanza de fuego, sino en su lugar una cosa tenebrosa envuelta en denso humo; en lo interior arde sin embargo lo que parece fuego, lo cual he podido notar por el calor que despide, cuyo calor es semejante al que despiden cosas quemadas después de un incendio; en algunas partes es como el calor de un horno caliente, y en otros lugares como el de la calidez de un baño; cuando este calor influye en el hombre, enciende en él pasiones; en los malos odio y rencor, y en los enfermos, locura. Tal fuego o tal calor tienen los que se hallan en los expresados amores, siendo así que con respecto a sus espíritus se hallan unidos a estos infiernos, aún mientras viven en el cuerpo; pero hay que saber que los que están en los infiernos no se hallan en medio de fuego, siendo el fuego una mera apariencia, porque no sienten allí cosa alguna ardiente, sino tan sólo un calor tal cual anteriormente sentían en el mundo. La apariencia de fuego viene de la correspondencia, porque amor corresponde al fuego, y todas las cosas que aparecen en el mundo espiritual, aparecen conforme las correspondencias.

572. Nótese bien que este fuego o sea el fuego infernal se convierte en un frío intenso al influir el calor del cielo, y entonces estremecen, los que están allí, cómo los que experimentan escalofríos; y sufren tormentos en su interior, todo por la razón de que están en completa oposición a lo Divino, y el calor del cielo que es amor Divino, apaga el fuego de los infiernos, que es amor a sí mismo y con este el fuego de su vida, de lo cual resulta el indicado frío, y el consiguiente temblor así como el tormento. Resulta allí entonces también negras tinieblas, y por esto entorpecimiento y ofuscación. Por esta razón se ocurre rara vez, y sólo cuando los insultos exceden los límites y han de ser reprimidos.

573. Puesto que por el fuego infernal se entiende toda pasión por obrar el mal que fluye del amor a sí mismo, se entiende por el mismo fuego, igualmente un tormento como, el que existe en los infiernos, porque la pasión de este amor es una pasión de perjudicar a otros, que no les honran, estiman, y adoran, y en la medida que por ella se enfurecen y por el furor abrigan en sí odio y rencor, en esta medida es fuerte en ellos la pasión de rabiar contra otros; y cuando tal pasión hay en cada individuo en una sociedad, donde no existen vínculos exteriores, cuales son temor de la ley y de perder la reputación, la honra, las ventajas y la vida que les puede mantener dentro de límites, se lanza uno sobre otro impelido por su mal, y en cuanto pueda subyuga a los demás, poniéndolos bajo su soberanía, y contra los que no se someten rabia por gusto. Este goce está estrechamente unido al goce de dominar, hasta el punto de que existen juntos en igual grado, siendo así que el goce de perjudicar se halla en la enemistad, en la envidia, en el odio y en el rencor, los cuales son los males de este amor, según se ha dicho más arriba; todos los infiernos consisten de tales sociedades, por lo cual todos allí llevan en el corazón odio a los demás, y a consecuencia del odio rabian cuanto puedan. Estas rabias y los consiguientes

EL CIELO Y EL INFIERNO

tormentos se entienden también por el "fuego infernal" porque son los efectos de la pasión.

574. Antes, en n. 548, se ha expuesto que un espíritu malo se echa de sí, mismo al infierno, por lo cual se dirá con pocas palabras como esto se verifica, viendo que en los infiernos sin embargo existen tan grandes tormentos. Cada infierno exhala una esfera de las pasiones en las cuales están los que se hallan allí; al percibirse esta esfera por él que se halla en una pasión igual, es afectado en su corazón y se llena de gozo, porque la pasión y su gozo forman uno; lo que uno apetece es para el grato; por esto el espíritu se dirige allí; y se acerca allí con gozo cordial. Es que todavía ignora que allí hay tales tormentos, y él que lo sabe se acerca no obstante, porque en el mundo de los espíritus nadie puede resistir a su pasión, puesto que la pasión pertenece a su amor y el amor pertenece a su voluntad y la voluntad a su naturaleza, y todos y cada uno obran allí por naturaleza. Cuando por lo tanto el espíritu, por su libre albedrío, o por propia libertad llega a su infierno y entra allí, es al principio recibido amigablemente, creyendo por lo tanto que ha venido entre amigos, pero esto dura tan sólo algunas horas; entretanto es examinado en cuanto a su astucia y por consiguiente a su facultad; y después de estar examinado empiezan a molestarle, y esto de varias maneras, y poco a poco con más brío y más insistencia, verificándose esto mediante introducción más adentro y abajo en el infierno, porque cuanto más adentro y abajo tanto más malignos son los espíritus allí; después de las molestias empiezan a rabiarse contra él con castigos y esto hasta hacerle esclavo; pero puesto que allí sobrevienen continuamente movimientos rebeldes, siendo así que allí cada uno quiere ser el primero y arde en odio contra los demás, surgen en su consecuencia, nuevas molestias. Así se transforma da escena en otra, y los que han sido hecho esclavos son librados; a fin de que presten su ayuda a algún nuevo demonio para subyugar a los demás; entonces los que no sé someten ni obedecen a su capricho, son nuevamente atormentados de varias maneras y así sucesivamente. Tales son los tormentos del infierno que se llaman "el fuego infernal."

575. El "crujir de dientes," por otra parte, es una continua lucha de las falsedades entre sí, por consiguiente entre los espíritus que se encuentran en falsedades; cuya lucha va asimismo unida al desprecio de los demás, a las enemistades, a la mofa, la burla y la blasfemia, las cuales también explotan en desgarramientos de varias especies; porque cada uno lucha por su falsedad sosteniendo que es verdad. Estas disputas y luchas se oyen fuera de estos infiernos como crujir de dientes, y se convierten también en crujir de dientes cuando las verdades del cielo influyen allí: En aquellos infiernos están todos aquellos que han reconocido la naturaleza y negado lo Divino; en lo más hondo están los que se han confirmado en ello. Puesto que estos no pueden recibir luz alguna del cielo, y por lo tanto nada pueden ver en su interior, son por la mayor parte sensuales-corporales y estos son los que nada creen más que lo que ven con los ojos; y tocan con las manos; por esto mismo todas las falacias de los sentidos son para ellos verdades, y a base estas disputan. Por esto sus disputas se oyen como un crujir de dientes, porque en el mundo espiritual todas las falsedades crujen, y los dientes corresponden a las cosas extremas de la naturaleza, y también a las cosas extremas del hombre, las cuales son las cosas sensual-corporales. (Que un crujir de dientes existe en los infiernos puede Verse en Mateo 8: 12; cap. 13: 42, 50; cap. 12: 13; cap. 24: 51; cap. 25: 30; Lucas 13: 28.)

LA MALICIA Y LOS ARTIFICIOS DE LOS ESPÍRITUS INFERNALES

576. Cuan superiores son los espíritus comparados con los hombres puede ver y comprender cada uno que piensa algo mas interiormente, y que tiene algún conocimiento de como funciona su mente, porque el hombre puede en su interior analizar, desarrollar y resolver en un minuto más cosas que con hablar y escribir puedo expresar en una media, hora, Es por lo tanto claro cuan superior es el hombre cuando se encuentra en su espíritu, por consiguiente cuanta excelencia tiene cuando llega a ser espíritu, siendo así que el espíritu es él que piensa y el cuerpo es el medio por el cual el espíritu expresa sus pensamientos, hablando o escribiendo. De ahí que el hombre que después de la muerte llega a ser ángel se halle en un entendimiento y una sabiduría inefables, en comparación con su entendimiento y sabiduría mientras que vivía en el mundo, porque mientras que vivía en el mundo su espíritu estaba sujeto por el cuerpo, y mediante este se hallaba en el mundo natural; por lo cual lo que entonces hablaba espiritualmente afluía en ideas naturales, las cuales son comparativamente comunes, gruesas y oscuras, incapaces de recibir las innumerables cosas que pertenecen al pensamiento espiritual, las cuales además envuelven en las densidades propias de los cuidados del mundo. Otra cosa es cuando el espíritu se halla libre del cuerpo, entrando en su estado espiritual, lo cual se verifica cuando pasa del mundo natural al mundo espiritual, el cual para el espíritu es el verdadero. Que entonces su estado con respecto a sus pensamientos y sus inclinaciones es enormemente superior a su estado anterior, puede ser claro por lo aquí expuesto, y esta es la razón de que los ángeles hablan cosas inefables o inexpresables, es decir, cosas que no pueden entrar en los pensamientos del hombre natural y sin embargo cada ángel ha nacido hombre y vivido hombre, sin haber sido entonces, a su parecer, más sabio que otro de sus semejantes.

577. Cuanto en los ángeles, hay sabiduría y entendimiento tanto hay en los espíritus infernales maldad y astucia. Es una misma cosa, siendo así que el espíritu del hombre, cuando se halla libre del cuerpo, está en su bien o en su mal, un espíritu angelical en su bien, un espíritu infernal en su mal, porque cada espíritu es su bien o su mal, puesto que es su amor, según antes se ha expuesto muchas veces; por lo cual, así como un espíritu angelical piensa, quiere, habla y obra por virtud de su bien, así hace un espíritu infernal por su mal, y pensar, querer, hablar y obrar, por virtud del mal mismo, es hacerlo por virtud de todo cuanto hay en el mal. Era diferente mientras que vivía en el cuerpo; entonces el mal del hombre se hallaba aprisionado, cual es el caso con todo hombre, por temor de la ley, por las ganancias, por el honor, por la reputación, y por temor de perder estas cosas, por cuya causa el mal de su espíritu no podía entonces salir al exterior y exhibirse tal cual era en sí mismo. Además el mal del espíritu del hombre, se hallaba entonces revestido de cierta honestidad, sinceridad y rectitud exteriores, y de una inclinación exterior a la verdad y al bien; cuyas virtudes el hombre profesaba con su boca y practicaba mentirosamente a causa del mundo, mientras por debajo de esto yacía el mal oculto y envuelto en tanta oscuridad, que él mismo apenas tenía conocimiento de que en su espíritu existía tan grande maldad y astucia, es decir, de que en sí mismo era el demonio que llega a ser después de la muerte, cuando el espíritu entra en sí mismo y en su propia naturaleza. Entonces revela tanta maldad que excede toda creencia. Millares son los males que entonces salen del mal mismo, y entre ellos hay de tan inauditos que no se pueden expresar con palabras en idioma alguno. Cuales y como son me ha sido

EL CIELO Y EL INFIERNO

permitido conocer y también sentir por varias experiencias, puesto que me ha sido concedido por el Señor estar en el mundo espiritual con respecto a mi espíritu y al mismo tiempo en el mundo natural con respecto al cuerpo. Puedo certificar: Que su maldad es tan grande que apenas puede expresarse uno entre mil de sus males, y también que, si no fuera por la protección del Señor el hombre no podría jamás ser extraído del infierno, porque en cada hombre están presentes espíritus del infierno y ángeles del cielo (véase mas arriba, n. 292, 293), y el Señor no puede proteger al hombre si este no reconoce lo Divino y si no vive una vida de fe y de amor al prójimo, porque de lo contrario se aparta del Señor, y se vuelve hacia los espíritus infernales, empapándose de esta manera con respecto a su espíritu de la misma maldad que estos. A pesar de esto, el hombre es constantemente conducido por el Señor lejos de los males que a consecuencia de su adhesión a estos espíritus recoge y en cierta manera atrae hacia sí—si no mediante vínculos interiores, pertenecientes a la conciencia, cuyos vínculos no acoge, si niega lo Divino, a lo menos mediante vínculos exteriores, los cuales, como ya hemos dicho, son temores de la ley y su castigo, de la pérdida de ganancias, de reputación y de honra. Tal hombre puede por cierto ser retenido del mal por medio de los goces del amor a sí mismo y por medio del temor de la pérdida y despojamiento de los mismos, pero no puede ser introducido en bienes espirituales, porque a medida que es introducido en estos, medita en su interior astucias y engaños aparentando e imitando cosas buenas, sinceras y rectas, con el objeto de persuadir y así engañar. Esta astucia se añade a la maldad de su espíritu, modulando esta hasta hacerla forma exacta del mal de su naturaleza.

578. Los peores son los que han vivido en males a causa del amor a sí mismo, y los que en su interior han urdido tramas; porque el engaño penetra más profundamente en los pensamientos o intenciones, contaminándolas, o envenenándolas, destruyendo de esta manera toda vida espiritual en el hombre. La mayor parte de ellos están en los infiernos posteriores y se llaman genios. Su placer allí es hacerse invisibles y como espectros rodear a otros, y ocultamente introducir males, los cuales esparcen alrededor de sí como culebras que echan su veneno; estos, con preferencia a los demás, son atormentados de una manera terrible; pero los que no han sido astutos y aficionados a nefandas, estratagemas, hallándose, sin embargo, en males por el amor a sí mismo, están también en los infiernos posteriores pero no a tanta profundidad. Los que han vivido en males por amor al mundo están en los infiernos anteriores y se llaman espíritus. Estos no tienen tanta maldad, es decir, no tienen sentimientos feroces de odio y venganza como los que se hallan en amor, a sí mismo, por consiguiente, tampoco tanta crueldad y astucia, por lo cual sus infiernos son menos severos.

579. Me ha sido concedido conocer por experiencia de que carácter es la maldad en los que se llaman genios. Los genios no obran ni influyen sobre los pensamientos, sino sobre las inclinaciones; perciben y huelen, como perros de la caza en los bosques; las buenas inclinaciones, donde quiera que las encuentren, transforman al momento en malas, con dirigirlas e inclinarlas con asombrosa destreza por medio de los goces del individuo, y tan secretamente, y con tanta maña, que este de nada se apercibe, y cuidan con habilidad de que nada penetre en el pensamiento, porque entonces son descubiertos. En el hombre tienen su lugar en la parte baja de la región posterior de la cabeza. En el mundo han sido hombres que engañosamente han procurado captarse mentes ajenas, con guiarles y persuadirles mediante sus inclinaciones o los goces de sus pasiones; pero son mantenidos por el Señor a distancia de los hombres de cuya regeneración hay alguna esperanza,

porque son capaces no solamente de destruir sus conciencias sino también despertar sus males hereditarios, los cuales de otra manera yacen ocultos. Por esta razón, y con el fin de que el hombre no sea introducido en estos males cuida el Señor de que estos infiernos estén completamente cerrados y cuando, después de la muerte, algún hombre, siendo tal genio, entra en la otra vida, es inmediatamente echado en su infierno. Estos genios al ser contemplados con respecto a su carácter traidor y su astucia, presentan en efecto el aspecto de culebras.

580. La cualidad y naturaleza de la maldad que tienen los espíritus infernales puede apreciarse por sus nefandos artefactos, que son tan numerosos que llenarían todo un libro si fueron nombrados y varios tomos si fueron explicados. Estos artefactos son casi todos desconocidos en el mundo. Una clase se refiere a abusos de las correspondencias, otra clase a abusos de las cosas extremas del orden Divino. Una tercera a comunicación e influjo del pensamiento y de las inclinaciones, con volverse en cierta dirección, con observar y con servirse de otros espíritus fuera de ellos; también mediante emisarios. Una cuarta a causar efectos mediante fantasías, una quinta a salir fuera de sí mismos y por consiguiente presentarse en un lugar otro que aquel en que se hallan con respecto al cuerpo. Una sexta a simulación, persuasión y mentiras. En estas artes entra el espíritu de un hombre malo espontáneamente cuando queda libre del cuerpo, porque existen en la naturaleza de su mal en cuya naturaleza entonces entra. Mediante éstas artes se atormentan unos a otros en los infiernos, pero siendo desconocidas en el mundo todas estas artes con excepción de las que se refieren a simulaciones, persuasiones y mentiras, no las explicaré detalladamente, porque no se comprenderían y porque son nefandas.

581. La razón por la cual los tormentos en los infiernos son permitidos por el Señor, es que de otra manera los males no podrían ser mantenidos dentro de límites y subyugados. El único medio de mantenerles dentro de límites y mantener su geta la horda infernal es el temor del castigo; no existe otro medio porque sin el temor del castigo y el tormento estallarían el mal en furia y todo sería deshecho, como un reino en la tierra en el cual no hubiera ley ni castigo.

61

LA APARENTE SITUACIÓN Y NÚMERO DE LOS INFIERNOS

582. En el mundo espiritual, o sea en el mundo donde están los espíritus y los ángeles, existen objetos iguales a los que hay en el mundo natural, donde están los hombres, y hasta tal punto iguales, que con respecto a la forma exterior no hay diferencia. Allí se ven llanuras y montes; collados y rocas, y entre ellos valles, además también agua y varias otras cosas como en la tierra; sin embargo, son todas de origen espiritual, por cuya razón son visibles a los ángeles y espíritus, y no a los ojos de los hombres; siendo así que los hombres están en el mundo natural; y seres espirituales ven las cosas que son de origen espiritual, pero seres naturales las que son de origen natural. Por lo tanto el hombre — a no ser que le es dado estar en el espíritu — no puede en manera alguna ver las cosas que existen en el mundo espiritual hasta después de la muerte, cuando es un espíritu. Por contra, los ángeles y espíritus tampoco pueden ver cosa alguna en el mundo natural, a menos de hallarse en un hombre, a quien es dado hablar con ellos, porque los ojos, del hombre son adaptados al recibimiento de la luz del mundo (natural), y los ojos de los ángeles y espíritus son adaptados al recibimiento de la luz del mundo espiritual; sin embargo, los dos tienen ojos al parecer exactamente iguales. Que el mundo espiritual es

EL CIELO Y EL INFIERNO

así no lo puede comprender un hombre natural, y aun menos un hombre sensual, el cual no cree más que lo que ve con los ojos de su cuerpo, y toca con sus manos, por consiguiente lo que ha aprendido mediante la vista y el sentido, a raíz de lo cual piensa. Este tiene por lo tanto un pensamiento material y no espiritual. Puesto que la similitud entre el mundo espiritual y el mundo natural es tal, el hombre después de la muerte apenas sabe que ya no se encuentra en el mundo donde ha nacido y del cual ha salido, por cuya razón también llaman la muerte un tránsito de un mundo a otro mundo igual. Que semejante igualdad existe entre ambos mundos puede verse más arriba, donde se trata de Representaciones y Apariencias en el Cielo (n. 170-176).

583. En los lugares más elevados se hallan los cielos; en los bajos está el mundo de los espíritus; debajo de este y debajo de aquellos están los infiernos. Los cielos no son visibles a los que están en el mundo de los espíritus, mas que cuando su vista interior es abierta; varias veces aparecen, sin embargo, como neblinas o como nubes blancas resplandecientes. La causa es que los ángeles del cielo se hallan en un estado interior con respecto al entendimiento y a la sabiduría, así pues por encima de la vista de los que están en el mundo de los espíritus. Por otra parte, los espíritus que están en las llanuras y en los valles, se ven los unos a los otros, pero al ser apartados de allí, lo cual sucede cuando hayan sido introducidos en sus cosas interiores, los espíritus malos no ven a los buenos, mientras que los buenos pueden ver a los malos, pero no se inclinan a ellas, y los espíritus que no se inclinan se hacen invisibles. Los infiernos, por otra parte, no aparecen, hallándose cerrados; únicamente las entradas llamadas puertas, cuando se abren para admitir otros semejantes. Todas las puertas de los infiernos comunican con el mundo espiritual, y ninguna con el cielo.

584. Los infiernos se hallan por todas partes, tanto por debajo de los montes, collados y rocas, cuanto por debajo de las llanuras y de los valles. Las aberturas a los infiernos que están debajo de los montes, collados y rocas presentan el aspecto de cuevas y hendiduras en las rocas, algunas amplias y anchas, otras angostas y estrechas, la mayor parte escabrosas; todas, al ser observadas, parecen sombrías y negruzcas; pero los espíritus infernales que se hallan en ellas se hallan en el reflejo de una luz como la que despide el carbón encendido; al recibimiento de este reflejo luminoso se hallan adaptados sus ojos, y esto por la razón de que mientras que vivían en el mundo se hallaban en una noche absoluta con referencia a las verdades Divinas, a fuerza de negarlas, y como en un reflejo luminoso con referencia a las falsedades, a fuerza de confirmarlas, por cuya causa la vista de sus ojos ha llegado a ser así; por esto es también que la luz del cielo para ellos es como noche oscura, por cuya razón al salir de sus grutas, no ven cosa alguna, y por esto se comprende claramente que el hombre entra en la luz del cielo en la medida en que reconoce lo Divino y confirma en sí las cosas que pertenecen al cielo y a la iglesia, y que entra en las negras tinieblas del infierno conforme niegue lo Divino, confirmando en sí las cosas que son opuestas a las que pertenecen al cielo y a la iglesia.

585. Los orificios o puertas que dan a los infiernos que se hallan debajo de las llanuras y los valles, al ser observados, presentan un aspecto muy variado; algunos son semejantes a los que están debajo de los montes, collados y rocas; otros parecen hendiduras o cuevas, otros enormes gargantas y vorágines, algunos son como lagunas y algunos como charcos. Todos se hallan enteramente cubiertos y no se abren más que cuando se echan allí espíritus malos del mundo de los espíritus. Cuando están abiertos despiden cosa parecida a fuego sin humo, o al hollín que sale de una chimenea encendida, o como a una niebla y

una densa nube. He oído decir que los espíritus infernales ni ven ni sienten estas cosas, por hallarse entonces en medio de ellas; se hallan, como si dijéramos, en su propia atmósfera, y de esta manera en el goce de su vida, y esto por la razón de que corresponden a los males y a las falsedades en que se hallan; el fuego al odio y al rencor, el humo y el hollín a las falsedades que vienen de estos; la llama a los males del amor a sí mismo; la niebla y la densa nube a las falsedades que de esto proceden.

586. Asimismo me ha sido permitido mirar dentro de los infiernos y ver como son en su interior, porque, cuando al Señor place, un espíritu o un ángel que está encima puede con la vista penetrar hasta dentro de los más bajos, y ver distintamente como son, no obstante la hermeticidad de su encierro. De esta manera me ha sido permitido a mí también mirar dentro de ellos. Algunos de los infiernos presentaban el aspecto de cavernas y grutas en rocas, extendiéndose hacia el interior, y desde allí también hacia abajo oblicuamente o perpendicularmente. Otros infiernos presentaban el aspecto de cuevas y antros como los de las fieras en la selva, algunos parecían subterráneos y criptas, como los que hay en las minas, terminando en cuevas su parte inferior. La mayor parte de los infiernos son triples; los superiores parecen en su interior negras tinieblas, por hallarse los que están allí en las falsedades del mal, los inferiores, por el contrario, parecen abrazados por fuego, por hallarse los que viven allí en los males mismos, es que las negras tinieblas corresponden a las falsedades del mal, y el fuego a los males mismos, porque en los infiernos más profundos están los que han obrado por el mal en cuanto a su interior, en los menos profundos, por otra parte, están los que así han obrado en cuanto al exterior, es decir, por las falsedades del mal. En algunos de los infiernos se ven semejanzas de ruinas de casas y de ciudades destruidas por incendio, en cuyas ruinas se esconden los espíritus infernales. En los infiernos menos severos se presentan apariencias de cobertizos, algunos contiguos como un pueblecillo con pasillos y plazuelas; en el interior de las casas están los espíritus infernales, y allí hay continuamente disputas, hostilidades, riñas y desgarramientos; por los pasillos y en las plazuelas se cometen robos y saqueos. En ciertos infiernos no hay más que burdeles, que son de un aspecto asqueroso, llenos de toda clase de inmundicia y excrementos. Hay asimismo sombríos bosques en los cuales los espíritus infernales rodean como fieras, y también hay en ellos subterráneos dentro de los cuales huyen los que son perseguidos por otros. También hay desiertos en los cuales no se ve más que terrenos estériles y arenosos, y en algunas partes montañas escabrosas, en las cuales hay cavernas, y en algunos sitios cobertizos. A estos sitios desolados son echados, desde los infiernos, aquellos que han sufrido lo estrenado, particularmente los que en el mundo eran más astutos que otros en trabar engaños e idear artefactos a fin de engañar. Su ulterior estado es semejante existencia.

587. En cuanto a la situación de los infiernos en particular nadie lo puede saber, ni siquiera los ángeles en el Cielo sino tan sólo el Señor; pero su situación en general se sabe por los puntos cardinales en que se hallan. Los infiernos como los cielos se hallan interpartidos con arreglo a los puntos cardinales, y los puntos cardinales en el mundo espiritual son determinados según los amores, porque todos los puntos empiezan por el Señor como sol. El cual es el este, y puesto que los infiernos son opuestos a los cielos, empiezan sus puntos cardinales por el punto directamente opuesto, así pues por el oeste; acerca de este particular puede verse en el artículo de Los Cuatro Puntos Cardinales en el Cielo (n. 141-153). De allí viene que los infiernos en la región del oeste son los peores y más horribles, y esto tanto más cuanto más distantes se hallan del este, así pues

EL CIELO Y EL INFIERNO

gradualmente, paso por paso. En estos infiernos están los que en el mundo han estado en amor a sí mismo, y como consecuencia de esto en desprecio a los demás; en enemistad contra los que no les favorecían y en odio y rencor contra los que no les honraban y adoraban. En los más distantes están los que han pertenecido a la religión llamada católica, y en ella han tenido deseo de ser adorados como dioses, habiendo por lo tanto sentido ardiente odio y rencor contra los que no han reconocido su autoridad sobre los demás hombres y sobre el cielo. Estos son de igual ánimo, es decir, sienten igual odio y rencor contra los que se les oponen, como sentían en el mundo. Su más grande gozo es enfurecerse, pero esta furia en la otra vida se vuelve contra ellos mismos porque en sus infiernos que abundan en la región del oeste, se enfurece uno contra otro, que se niega a atribuirle poder Divino. Acerca de este particular se verá más detalles en el opúsculo "El Último Juicio" y la "Babilonia Destruída"; pero la manera en que se hallan arreglados los infiernos en esta región no puede conocerse; tan sólo se puede saber que los más terribles de ellos se hallan a los bordes de la región del norte, los menos terribles hacia los bordes de la región del sur; así disminuye la fealdad de los infiernos desde la región del norte hacia la región del sur, y también gradualmente hacia el este. Hacia el este se hallan allí los que han sido soberbios y no han creído en lo Divino, sin estar en tal odio y rencor ni en tal engaño como aquellos que están más adentro en la región del oeste. En la región del este no hay actualmente infiernos; los que han estado allí han sido removidos a la región del oeste en la parte anterior. Los infiernos en las regiones del norte y del mediodía son varios; en ellos están los que mientras que vivían en el mundo estaban en amor al mundo y por ello en toda clase de males como enemistades, hostilidades, hurtos robos, astucia, avaricia, inclemencia. Los peores infiernos de esta clase están en la región del norte, los menos graves hacia el mediodía. Su fealdad aumenta conforme se hallan más próximos al punto cardinal del oeste, y asimismo conforme se hallan más distantes del punto cardinal del mediodía, disminuyendo hacia el punto cardinal del este y también hacia el del mediodía. Detrás de los infiernos que están en la región del oeste están los bosques sombríos, en los cuales espíritus malignos rodean como fieras, y también detrás de los infiernos en la región del norte; pero detrás de los infiernos en la región del mediodía están los desiertos de los cuales se ha gratado más arriba. Esta es la situación de los infiernos.

588. En cuanto a la pluralidad de los infiernos, su número es tan grande como el de las sociedades de ángeles en los cielos, siendo así que a cada sociedad celestial corresponde, por antítesis, una sociedad infernal; que las sociedades celestiales son innumerables, y todas distinguidas con arreglo a los bienes del amor, de la caridad y de la fe, puede verse en el artículo de las sociedades de las cuales consiste el cielo (n. 41-50.) y en el artículo de la inmensidad del cielo (n. 415-420). De igual manera las sociedades infernales, las cuales se distinguen con arreglo a los males que son opuestos a los bienes. Cada mal tiene innumerables variedades, como tiene cada bien. Que esto es así no lo pueden comprender los que sólo tienen una idea sencilla de cada mal, como la que tienen del desprecio, de la enemistad, del odio, de la venganza, del engaño y de otros males semejantes, pero sepan que cada uno de ellos contiene tantas variedades generales y estas a su vez tantas variedades especiales y particulares que un libro no bastaría para su enumeración. Los infiernos se hallan clasificados con arreglo a cada mal de una manera tan ordenada que no hay cosa más ordenada ni mejor clasificada. Por esto puede ser claro que son innumerables, uno próximo a otro, o más distante de otro según y conforme las

diferencias de los males en cuanto a género, especie y carácter particular. Hay también infiernos debajo de infiernos; la comunicación entre algunos de ellos tiene lugar por vías de tránsito y esto con estricto arreglo a las afinidades entre uno y otro género y especie del mal. Cuan grande es el número de los infiernos me ha sido dado conocer por el hecho de que hay infiernos debajo de cada monte, collado y roca y asimismo debajo de cada llanura y valle, extendiéndose en longitud, latitud; y profundidad; en una palabra, el cielo entero y todo el mundo de los espíritus parecen socavados, extendiéndose por debajo de ellos un infierno continuo. Esto en cuanto a la pluralidad de los infiernos.

62

EL EQUILIBRIO ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO

589. En todo debe haber equilibrio a fin de que algo pueda existir; sin equilibrio no hay acción y reacción porque el equilibrio existe entre dos fuerzas, impulsando una y repulsando la otra. El descanso que resulta de la acción y reacción se llama equilibrio. En el mundo espiritual existe equilibrio en todo y en cada cosa particularmente; en general en las atmósferas mismas, repulsando y resistiendo los inferiores en la medida en que los superiores impulsan e insisten. En el mundo natural existe igualmente un equilibrio entre el calor y el frío, entre la luz y la sombra, entre la sequedad y la humedad; la temperatura media es el equilibrio. Asimismo existe un equilibrio entre todos los objetos de los reinos del mundo, que son tres; el reino mineral, vegetal y animal, porque sin equilibrio, nada en ellas existe ni subsiste. En toda parte hay, como un empeño por una parte impelente y por la otra repelente. Toda existencia (producción), o sea todo efecto se verifica bajo equilibrio, obrando, sin embargo, una de las fuerzas y admitiendo la otra, la acción, es decir, influyendo una por su actividad y admitiendo y cediendo la otra convenientemente. En el mundo natural se llama fuerza lo que obra y lo que causa la reacción. También se llama esfuerzo; pero en el mundo espiritual se llama vida y voluntad lo que causa esta acción y reacción. La vida allí es una fuerza viva, y la voluntad es un esfuerzo vivo; el equilibrio mismo se llama libertad. Por consiguiente el equilibrio espiritual, o la libertad, existe y subsiste entre el bien que obra por una parte y el mal que resiste por otra parte, o entre el mal que obra por una parte y el bien que resiste por otra parte; el equilibrio entre el bien que obra y el mal que resiste existe en los buenos, mientras que el equilibrio entre el mal que obra y el bien que resiste existe en los males; la razón por la cual el equilibrio espiritual tiene lugar entre el bien y el mal, es que todo cuanto pertenece a la vida del hombre se refiere al bien y al mal, y la voluntad es su receptáculo. Hay también equilibrio entre la verdad y la falsedad, pero este depende del equilibrio entre el bien y el mal. El equilibrio entre la verdad y la falsedad, es como entre la luz y la sombra, las cuales afectan los objetos del reino vegetal en la medida que en la luz y en la sombra hay calor y frío. Que la luz y la sombra en y por sí mismas ningún efecto hacen sino mediante ellas el calor y el frío, puede verse por el hecho de que en el invierno hay luz y sombra como en la primavera. La comparación, de la verdad y la falsedad con la luz y la sombra viene de la correspondencia, porque la verdad corresponde a la luz, la falsedad a la sombra, y el calor al bien del amor; la luz espiritual es en efecto la verdad y la sombra espiritual la falsedad; el calor espiritual es el bien del amor (acerca de cuyo particular puede verse en el artículo n. 126-140, donde se ha tratado de la luz y del calor en el cielo).

590. Hay equilibrio continuo entre el cielo y el infierno. Del infierno sube continuamente un esfuerzo de causar el mal, y del cielo se exhala y desciende siempre un esfuerzo de

EL CIELO Y EL INFIERNO

causar el bien. En este equilibrio se halla el mundo de los espíritus, y que este está situado en el medio entre el cielo y el infierno puede verse más arriba (n. 421-431). Que el mundo de los espíritus se halla en este equilibrio es porque todo hombre después de la muerte primero entra en el mundo de los espíritus, siendo allí mantenido en igual estado en que se hallaba en el mundo, lo cual no podría verificarse si allí no existiera el más completo equilibrio; mediante ello son examinados todos cuales son porqué allí se les deja en una libertad como la tenían en el mundo. El equilibrio espiritual es la libertad en el hombre y en el espíritu, según se acaba de decir arriba (n. 589). Cual y como es la libertad de cada uno es percibida por los ángeles mediante comunicación de las inclinaciones y los pensamientos que proceden de ellas, y esto se manifiesta visiblemente a los ángeles mediante los caminos por los cuales andan. Los buenos espíritus van por los caminos que conducen al cielo, mientras que los malos espíritus van por los caminos que conducen al infierno. En ese mundo aparecen en efecto caminos, y esto es también la razón por la cual "caminos" en el Verbo significan verdades que conducen al bien; y en sentido contrario, falsedades que conducen al mal. Y de ahí viene también que "andar", "caminar", "viajar", en el Verbo significan progresiones de la vida. Tales caminos me ha sido dado ver a menudo y también el andar y caminar de los espíritus en ellos libremente según sus inclinaciones y por consiguiente conforme sus pensamientos.

591. La razón por la cual el mal se exhala y sube continuamente del infierno y que el bien se exhala y descende continuamente del cielo es que una esfera espiritual circunda a cada uno cuya esfera emana y ondea de la vida de las inclinaciones y por ello de los pensamientos. Y puesto que de cada uno emana tal esfera de vida emana por lo tanto también de cada sociedad celestial y de cada sociedad infernal, por consiguiente de todos en conjunto, es decir, del conjunto del cielo y del conjunto del infierno. La razón por la cual el bien emana del cielo es que todos allí se hallan en el bien, y que el mal emana del infierno es porque; todos allí se hallan en el mal. El bien que viene del cielo viene todo del Señor, porque los ángeles que están en el cielo son mantenidos por el Señor, apartados de su propia naturaleza, y mantenidos en la Propia Naturaleza del Señor, la cual es el Bien mismo; pero los espíritus que están en los infiernos se hallan todos en su propia naturaleza mala y la propia naturaleza mala de cada uno no es más que mal; y no siendo más que mal, es por consiguiente el infierno. Por esto puede ser claro que el equilibrio en el cual son mantenidos los ángeles en los cielos y los espíritus en los infiernos es como el equilibrio en el mundo de los espíritus. El equilibrio de los ángeles en el cielo es perfecto en el grado en que han deseado estar en el bien, o en que han vivido en el bien en el mundo, así, pues, también en el grado en que han aborrecido el mal; pero el equilibrio de los espíritus en el infierno es completo en el grado en que han deseado estar en el mal, o en el grado en que han vivido en el mal en el mundo, así, pues, también en el grado en que de corazón y de espíritu han querido estar en oposición al bien.

592. Si el Señor no gobernara tanto los cielos cuanto los infiernos no habría equilibrio, y si no hubiera equilibrio no habría cielo ni infierno, porque todas las cosas en el universo y cada una en particular, tanto en el mundo natural cuanto en el mundo espiritual, subsisten por virtud del equilibrio. Que esto es así puede comprender cada hombre racional. Aumenta el peso a uno de los lados sin añadir resistencia por el otro lado — ¿no perecería ambos lados? Así sucedería en el mundo espiritual, si el bien no resistiese al mal, manteniendo siempre dentro de límites su rebeldía. Si lo Divino no hiciera esto por

Sí Solo perecerían el cielo y el infierno y con ellos toda la raza humana: Se dice; "Si lo Divino no hiciera esto por Sí Solo," puesto que la naturaleza propia de cada uno, tanto de los ángeles cuanto de los espíritus y de los hombres, no es más que mal (véase arriba, n. 591), por lo cual jamás puede ángel ni espíritu alguno resistir los males que sin cesar exhalan los infiernos, puesto que a consecuencia de la naturaleza propia, todos tienden hacia el infierno. Por esto es claro que si el Señor no gobernara por Sí Solo los cielos y los infiernos, no habría jamás salvación para alma alguna. Además, todos los infiernos obran como una sola entidad, porque los males en los infiernos se hallen unidos como los bienes en los cielos, y resistir a todos los infiernos, que son innumerables, y que en conjunto obran en contra del cielo, y en contra de todos los que están allí, no lo puede nadie más que lo Divino que del Señor Solo procede.

593. El equilibrio entre los cielos y los infiernos disminuye y aumenta conforme el número de los que entran en el cielo y de los que entran en el infierno, que ascienden a varios millares diariamente. Saber y percibir esto y con balanzas equilibrarlo no lo puede ángel alguno sino el Señor Solo; porque lo Divino que sale del Señor es omnipresente y observa por todas partes lo que vacila. Un ángel no ve más, que lo que está cerca de él, y no percibe en sí mismo siquiera lo que acontece en su propia sociedad.

594. De que manera todas las cosas se hallan arregladas en los cielos y en los infiernos a fin de que todos y cada uno que allí, están puedan hallarse en equilibrio, puede hasta cierto punto ser claro por lo que arriba se ha dicho y expuesto acerca de los cielos y de los infiernos, es decir, que todas las sociedades del cielo se hallan en la manera más ordenada, clasificadas según los bienes y sus géneros y especies, y todas las sociedades del infierno según los males y sus géneros y especies, y que hay debajo de cada sociedad celestial una sociedad infernal que corresponde por ser su antítesis, de cuya correspondencia contraria resulta equilibrio. Por esto cuida el Señor de que una sociedad infernal debajo de una sociedad celestial no sea superior a esta en fuerza, y a medida que empieza a prevalecer es reprimido y por varios medios reducido a su justa proporción del equilibrio. Estos medios son muchos, y mencionaremos tan sólo unos pocos. Algunos medios se refieren a una presencia más inmediata del Señor, algunos a una comunicación y unión más estrecha de una o de varias sociedades con otras; algunos a expulsión de aquellos espíritus infernales que son demás a los campos desolados, algunos a la transmisión de unos desde un infierno a otro, algunos a la reducción al orden de los que están en los infiernos, lo cual igualmente se verifica de varias maneras; algunos a ocultar ciertos infiernos con capas más densas y espesas, así como también a hundir más en la profundidad a ciertos infiernos; aparte de otros medios, también en los cielos que se hallan encima de ellos. Esto queda dicho a fin de que sea en cierta manera perceptible el que el Señor Solo cuida de que en todos partes haya equilibrio entre el bien y el mal, así pues entre el cielo y el infierno, porque tal equilibrio es la base de la salvación de todos en los cielos y de todos en la tierra.

595. Hay que Saber que los infiernos continuamente atacan el cielo, esforzándose para destruirlo; y que el Señor no cesa de proteger los cielos, mediante el apartar todos los que allí están de los males que proceden de su propia naturaleza, y mantenerles en el bien que es de Él. Muy a menudo me ha sido dado percibir la esfera que exhalan los infiernos, la cual en su totalidad era un esfuerzo de destruir la Divinidad del Señor y por consiguiente el cielo. También he percibido algunas veces exhalaciones de los infiernos, las cuales eran esfuerzos desenfrenados de subir y destruir. Los cielos, por otra parte, nunca atacan

EL CIELO Y EL INFIERNO

los infiernos porque la esfera Divina, que salo del Señor es un continuo esfuerzo de salvar a todos, y puesto que los que están en los infiernos no pueden ser salvados, siendo que los que están allí se hallan en el mal y en contra, de la Divinidad del Señor, se reprimen tanto como sea posible los insultos en los infiernos, y se abaten los furores, a fin de que no haya allí explosiones desmedidas entre ellos mismos; lo cual también se realiza, mediante innumerables medios del Divino poder.

596. En dos reinos se distinguen los cielos, a saber el Reino Celestial y el Reino Espiritual, acerca de lo cual puede verse arriba (n. 20-28). En dos reinos se distinguen asimismo los infiernos; el uno de estos reinos es opuesto al reino celestial, y el otro es Opuesto al reino espiritual. El reino que es opuesto al reino celestial se halla en la región del oeste y los que habitan allí se llaman genios; el reino que es opuesto al reino espiritual se halla en las regiones del norte y del sur, y los que están allí se llaman espíritus. Todos cuantos habitan el reino celestial se hallan en amor al Señor, mientras que todos los que habitan los infiernos que se hallan opuestos a este reino están en amor a sí mismo; todos los que están en el reino espiritual se hallan en amor al prójimo, mientras que todos los que están en los infiernos que son opuestos a este reino están en amor al mundo. Por esto ha resultado claro que el amor al Señor y el amor a sí mismo son opuestos; igualmente el amor al prójimo y el amor al mundo. El Señor cuida siempre de que no emane de los infiernos que son opuestos al reino celestial del Señor, cosa alguna hacia los que están en el reino espiritual del Señor; porque de suceder esto perecería el reino espiritual. La causa puede verse arriba, (n. 578, 579). Estos son los dos equilibrios generales que por el cuidado del Señor siempre son mantenidos enteros y completos.

63

POR MEDIO DEL EQUILIBRIO ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO, EL HOMBRE TIENE LIBERTAD

597. Arriba se ha tratado del equilibrio entre el cielo y el infierno, y se ha demostrado que este equilibrio es un equilibrio entre el bien que es del cielo y el mal que es del infierno, así pues que es un equilibrio espiritual que en su esencia es libertad. La razón por la cual el equilibrio espiritual en su esencia es libertad es porque tiene lugar entre el bien y el mal, y entre la verdad y la falsedad y estas son espirituales, por lo cual el poder querer el bien o el mal, y pensar la verdad o el error, y preferir lo uno a lo otro, es la libertad de la cual se trata. Esta libertad es dada a cada hombre por el Señor y nunca le es quitada. En virtud de su origen es por cierto del Señor y no del hombre; puesto que viene del Señor, pero, sin embargo, es dada con la vida como don al hombre y como propiedad suya, y esto al objeto de que el hombre pueda reformarse y salvarse, porque sin libertad no hay reformación ni salvación; cual quiera puede por un poco de intuición racional comprender que es por su libre albedrío que el hombre piensa malo o bien, sincera o hipócritamente, recta ó no rectamente, y que asimismo puede hablar y obrar el bien, sinceramente y rectamente, pero no el mal, hipócritamente y perversamente, por las leyes espirituales, morales y civiles, mediante las cuales su exterior es mantenido dentro de límites; por esto es claro que el espíritu del hombre, que es el que piensa y quiere, es libre; no así el exterior del hombre, que habla y obra, a menos de que esto se hace en conformidad con las leyes arriba mencionadas.

598. Que el hombre no puede ser reformado si no se halla en libertad es porque nace en todas clases de males; los cuales, sin embargo, han de ser apartadas, antes de que pueda ser salvado, y no pueden ser apartados si no las ve en sí, reconociéndolos y luego

desechándolos, llegando al fin a aborrecerlos; esto no puede verificarse si el hombre no está igualmente y en el bien y en el mal, porque por el bien puede ver los males, pero por el mal no puede ver los bienes. Los bienes espirituales que puede pensar el hombre los aprende desde la niñez por lectura del Verbo y por predicaciones, pero los bienes morales y civiles por la vida en el mundo; esto es la primera razón por la cual el hombre ha de estar en libertad. La segunda es que nada es apropiado por el hombre si no es apropiado por la inclinación que pertenece al amor; de otra manera puede seguramente introducirse pero no más allá del pensamiento; no en la voluntad, y lo que no entra hasta dentro de la voluntad del hombre no llega a ser suyo porque el pensamiento saca lo suyo de la memoria, pero la voluntad, por la vida misma. Nada es jamás libre si no viene de la voluntad; o lo que es lo mismo, de la inclinación que es del amor, porque todo cuanto el hombre quiere o ama esto hace con libertad. De ahí viene que la libertad del hombre y la inclinación que pertenece a su amor, son una misma cosa. Por esto la libertad es dada al hombre también, a fin de que pueda ser afectado por la verdad y por el bien, o amar estos, pudiendo ellos por consiguiente llegar a ser aparentemente propiedad suya. En una palabra, todo cuanto no entra con libertad en el hombre no permanece en él, puesto que no pertenece a su amor o a su voluntad, y las cosas que no pertenecen al amor o a la voluntad del hombre no pertenecen a su espíritu, porque el ser del espíritu del hombre es amor o voluntad; digo “amor o voluntad” porque lo que el hombre ama, esto quiere. He aquí la razón porque el hombre no puede ser reformado sino en libertad. Más detalles acerca de la libertad del hombre pueden verse en “Arcana Coelestia” en los lugares indicados al pie.

599 A fin de que el hombre se halle en libertad, al objeto de poder ser reformado es, con respecto a su espíritu, unido al cielo y al infierno. Con cada hombre hay espíritus del infierno y ángeles del cielo. Mediante los espíritus del infierno se halla el hombre en su mal, pero mediante los ángeles del cielo se halla en el bien por el Señor, así pues en equilibrio espiritual, esto es en libertad; que todo hombre tiene junto a sí ángeles del cielo y espíritus del infierno, puede verse en el artículo de la conjunción del cielo con el género humano (n. 291-302).

600. Hay que saber que la conjunción del hombre con el cielo y con el infierno no tiene lugar directamente con estos, sino mediatamente por conducto de espíritus que están en el mundo de los espíritus; estos espíritus están junto al hombre pero ninguno del infierno ni del cielo mismo; por medio de los espíritus malos en el mundo de los espíritus se halla el hombre unido al infierno, y por conducto de los buenos espíritus que están allí, con el cielo; por ser así se halla el mundo de los espíritus en el medio entre el cielo y el infierno, y allí está en equilibrio mismo. Que el mundo de los espíritus está en el medio entre el cielo y el infierno, puede verse en el artículo del mundo de los espíritus (n. 421-431), y que allí está el mismo equilibrio entre el cielo y el infierno puede verse en el artículo próximo pasado (n. 589-596), De esto se ve ahora claro de donde el hombre tiene la libertad.

601. Algo se dirá todavía con respecto a los espíritus que son unidos al hombre. Toda una sociedad puede allí tener comunicación con otra sociedad, y también con alguna otra persona, donde quiera que esté, mediante un espíritu enviado, por ella. Este espíritu se llama conductor (sujeto) de varios. El caso es el mismo con la conjunción del hombre con las sociedades en el cielo y con las sociedades en el infierno por conducto de espíritus del

EL CIELO Y EL INFIERNO

mundo de los espíritus unidos al hombre. Acerca de esto se puede también ver en "Arcana Coelestia".

602. Finalmente referiré algo acerca de lo implantado, que viene del influjo del cielo en el hombre, referente a su vida después de la muerte. Hubo ciertos individuos de la gente sencilla, quienes en el mundo habían vivido en el bien; estos fueron introducidos en un estado igual al estado en que se habían hallado en el mundo; esto puede verificarse con todo espíritu, cuando el Señor lo concede — y entonces se vio cuales conceptos habían tenido del estado del hombre después de la muerte. Dijeron que hombres entendidos en el mundo les habían preguntado lo que pensaban con respecto a su alma después de la vida en el mundo. Dijeron que no sabían lo que era el alma. Les preguntaron luego lo que pensaban de su estado después de la muerte; dijeron que creían que vivirían como espíritus. Entonces les preguntaron que idea tenían del espíritu. Dijeron que es hombre. Preguntaron como sabían esto. Dijeron que lo sabían porque es así. Estos entendidos se asombraban de que los sencillos tenían tal creencia y no ellos mismos. Por esto resultó claro que en todo hombre que se halla en conjunción con el cielo, hay idea implantada con respecto a su vida después de la muerte; esta idea implantada no viene por otra cosa que por el influjo del cielo, es decir, que viene del Señor mediante el cielo, por conducto de los espíritus que del mundo de los espíritus se hallan unidos a los hombres, y cuyo influjo (nótese bien) tiene lugar en aquellos en quienes la libertad del pensamiento no ha sido extinguida por principios adoptados y mediante varias cosas confirmados, referentes al alma del hombre, la cual dicen es el mero pensamiento o bien algún elemento animado, cuyo lugar en el cuerpo buscan, cuando sin embargo el alma es ni más ni menos que la vida del hombre. El espíritu es el verdadero hombre, y el cuerpo terrestre, del cual se halla revestido en el mundo, no es más que una ayuda, mediante el cual el espíritu, que es el verdadero hombre, obra convenientemente en el mundo natural.

603. Lo que en esta obra se ha dicho acerca del cielo, del mundo de los espíritus y del infierno permanecerá en oscuridad para aquellos que no sienten gozo por conocer verdades espirituales, pero en claridad para los que sienten este gozo. Mayormente para los que se hallan en la inclinación a la verdad por amor a la verdad, esto es, que aman la verdad por ser verdad, porque todo cuanto se ama entra con luz en el concepto de la mente, sobre todo la Verdad cuando se ama, puesto que toda verdad se halla en luz.

El fin de la obra.